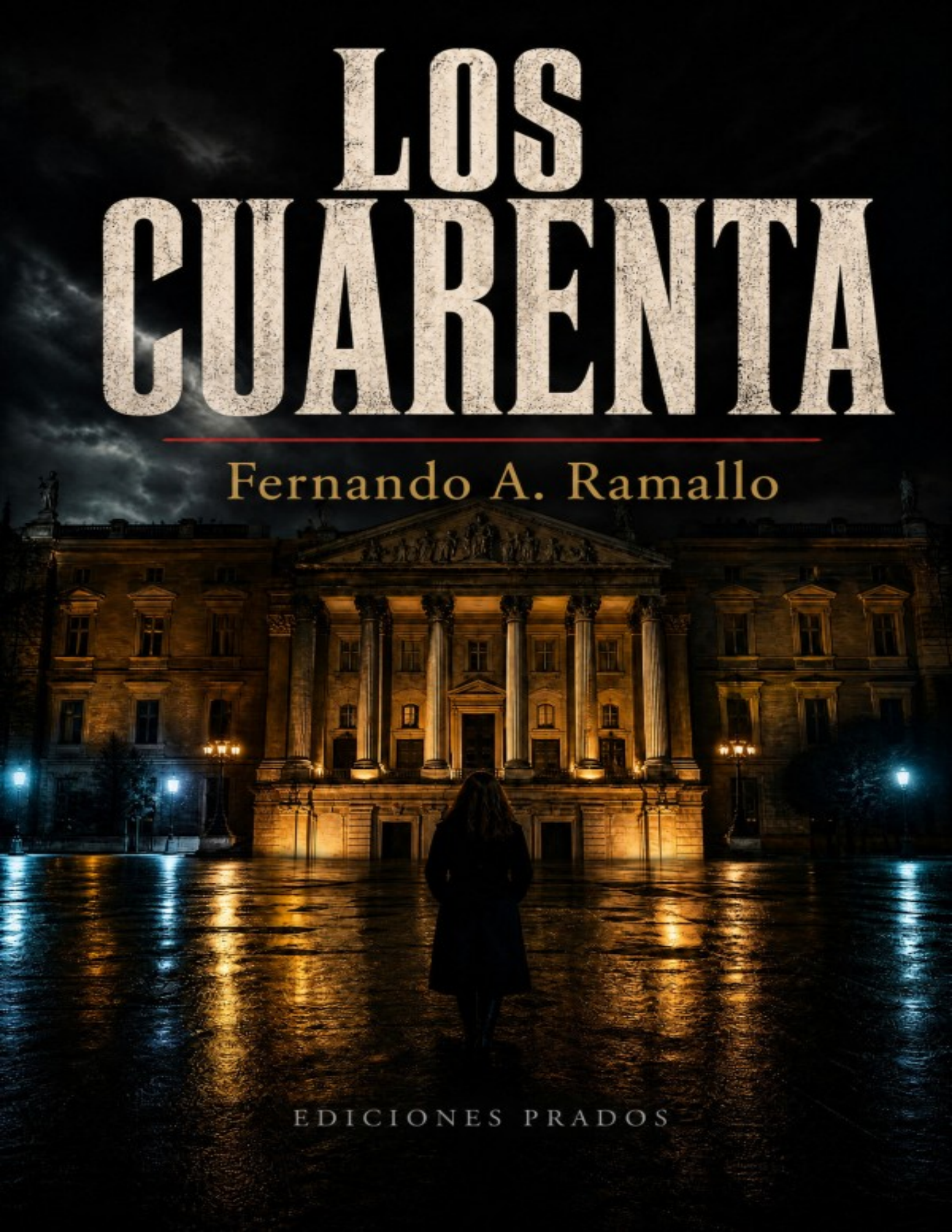
LOS CUARENTA

Fernando A. Ramallo



EDICIONES PRADOS

LOS CUARENTA

Fernando A. Ramallo

Ediciones Prados

© 2026 Fernando A. Ramallo

EdicionesPrados

edicionesprados@gmail.com

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2026

Prólogo

El cuaderno tenía las tapas de cartón gris y ciento doce páginas.

Cuando Nicolás Ferreras lo encontró debajo del colchón del dormitorio número tres de Santa Clara de Miraflores, estaba vacío. Era octubre de 1977 y Nico tenía seis años. No sabía exactamente qué iba a escribir en él, pero sí sabía que iba a escribir algo, porque era de esas personas que aprenden antes a escribir que a hablar de lo que importa.

Durante los cuatro años siguientes llenó el cuaderno.

No de manera continua: había semanas en que no escribía nada y semanas en que llenaba tres o cuatro páginas seguidas con la letra apretada y ligeramente inclinada de quien sabe que el espacio es limitado y cada palabra tiene que contar. Escribía lo que veía. Escribía lo que oía. Escribía los números de matrícula de los coches que llegaban los martes por la noche. Escribía descripciones físicas. Escribía nombres cuando tenía nombres y descripciones cuando no los tenía.

Lo hacía porque era lo único que podía hacer.

Cuando Nico huyó de Santa Clara en la madrugada del tres de diciembre de 1981, con diez años y las huellas de sus pies en la nieve del patio, llevaba el cuaderno dentro de la chaqueta.

No lo dejó.

Nunca lo dejó.

Durante cuarenta y tres años lo guardó en distintos sitios —debajo de la cama en Alcalá de Henares, en una caja de metal en el piso de Madrid, en el cajón de la mesita de noche en Brihuega— y lo leyó dos veces, la primera a los veinticinco años y la segunda cuando encontró en un periódico de 2003 una foto que reconoció en seis segundos.

No hizo nada con él durante veinte años más.

No porque no supiera qué hacer, sino porque sabía perfectamente qué hacer y entendía también que para que sirviera de algo tenía que llegar al sitio correcto. Y el sitio correcto tardó en aparecer.

Tardó hasta que un reportaje de cuatro millones de visitas puso el nombre de Santa Clara de Miraflores en el vocabulario de la ciudad y el teléfono de una inspectora de Homicidios de la Policía Nacional en la pantalla de Nico.

Entonces Nico llamó.

* * *

Esta es la historia de lo que encontró la inspectora Sara Montero cuando descolgó ese teléfono.

Es también la historia de lo que estaba al otro lado: una red construida durante cuarenta años sobre el silencio de las instituciones y la deuda de los hombres que habían cruzado una línea pequeña y que desde entonces no podían retroceder sin exponerse.

Y es, sobre todo, la historia de los que no callaron aunque nadie les estuviera escuchando.

Nicolás Ferreras. Marta Sáez Ruano. Javier Andrade Vilar.

Tres niños de un orfanato de Carabanchel que en algún momento decidieron, cada uno a su manera, que lo que había ocurrido tenía que ocurrir una sola vez.

Solo una.

PARTE I

Los Nombres

(Madrid — Otoño de 2024)

Capítulo 1

La marca en el brazo

Sara Montero tenía una regla que nunca había verbalizado con nadie: no entrar en las escenas del crimen hasta haber fumado.

No era superstición. Tampoco un tic de inspectora veterana que necesita un ritual para prepararse. Era simplemente que el tabaco le daba dos o tres minutos para mirar desde fuera, desde la acera o desde el portal, antes de cruzar el umbral y convertirse en parte de la escena. Una vez dentro, la cabeza cambiaba de registro. Dejaba de ver el cuadro completo y empezaba a ver los detalles, y los detalles podían comerte vivo si no te habías preparado para recibirlos.

Encendió el cigarrillo en la calle del Amparo y miró el número 31.

Era un edificio de ladrillo visto, de los años sesenta, con la fachada manchada por décadas de lluvia madrileña y algún graffiti en la planta baja que alguien había intentado borrar sin demasiada convicción. La puerta del portal estaba abierta de par en par, sujeta con una cuña de madera, y desde la acera se veía el tablero de buzones y la escalera que arrancaba hacia arriba con esa penumbra amarilla y permanente de los edificios que nunca han tenido buena iluminación. Un coche patrulla bloqueaba el carril derecho de la calle. El agente que hacía guardia en la puerta había apoyado la espalda contra el marco y miraba el móvil con la indiferencia de quien espera que lleguen los que saben lo que hay que hacer.

Lavapiés a las once y cuarto de la mañana de un martes de marzo era Lavapiés en cualquier otro momento: el olor a aceite caliente del bar de la esquina, dos mujeres con bolsas de la compra que habían ralentizado el paso para mirar el coche de policía sin disimulo, un hombre mayor que sacaba a un perro salchicha que olfateaba la base del portal con interés científico. La lluvia de la noche anterior

había dejado las aceras mojadas y el cielo tenía ese color de zinc que en Madrid dura a veces toda la semana.

Sara dio la última calada y aplastó el cigarrillo contra la pared.

Cruzó la puerta.

* * *

El agente de guardia en el cuarto B se llamaba Herrera y tenía cara de no haber dormido bien. Le entregó el parte de intervención sin decir mucho: llamada al 091 a las diez cuarenta y dos, vecina del tercero que había oído la televisión toda la noche a volumen alto y que por la mañana había llamado al timbre sin que nadie abriera. La patrulla había subido, había encontrado la puerta sin echar el pestillo, habían entrado, habían encontrado al hombre.

Sara se puso los guantes de nitrilo antes de entrar.

El piso era pequeño. Cuarenta metros cuadrados, tal vez cuarenta y cinco, con ese tipo de distribución que en los años setenta alguien consideró razonable y que ahora resulta difícil de justificar: un salón-comedor que hacía también de pasillo, una cocina estrecha al fondo, dos puertas cerradas que debían de ser el dormitorio y el baño. El suelo era de terrazo, del tipo de terrazo con virutas de colores que ya nadie pone y que ningún propietario de edificio antiguo se molesta en cambiar.

La televisión seguía encendida.

Emitía un programa de cocina. Un hombre con delantal explicaba con entusiasmo cómo preparar una salsa de tomate. La voz llenaba el piso con una normalidad brutal, incongruente con el silencio que había alrededor de ella.

Tomás Vidal Serrano estaba en el sofá.

Tenía los ojos abiertos. La cabeza inclinada levemente hacia la izquierda, como si se hubiera quedado dormido mirando algo que estaba justo fuera de su campo de visión. Las manos en el regazo, cruzadas, con esa postura que tiene algo de litúrgico, de cuerpo preparado para una ceremonia que él no había organizado. Llevaba

una camisa de franela de cuadros, azul y gris, y unos pantalones de pana marrón. Calcetines de lana. El tipo de ropa de un hombre que vive solo y que se viste para estar en casa, no para que nadie le vea.

Sara se acercó despacio.

La marca estaba en el brazo izquierdo. Pequeña. Rojiza. En la cara interior del antebrazo, justo encima de la muñeca, del tamaño de una moneda de cinco céntimos. Un punto de punción, limpio, sin hematoma alrededor. Sin los regueros de pequeñas marcas en paralelo que dejan los años de aguja. Sin las venas colapsadas, sin la piel maltratada. Solo esa marca, única y precisa, como la que hace alguien que sabe exactamente lo que está haciendo.

En la mesita, junto al mando a distancia, un vaso de agua vacío.

Sara miró el vaso. Miró la marca. Volvió a mirar el vaso.

—¿Dónde está el forense?

—De camino —dijo Herrera desde la puerta.

—¿Han tocado algo?

—Solo la puerta al entrar. Y la ventana, la abrimos un momento porque olía…

—¿Olía a qué?

—A cerrado. A piso sin ventilar.

Sara asintió sin apartar los ojos del brazo de Tomás Vidal. En veinte años de homicidios había aprendido que los pisos donde alguien muere de sobredosis huelen de una manera específica, una mezcla de sudor y algo más dulzón y químico que se pega a las paredes. Este piso no olía así. Olía a cerrado, como había dicho Herrera. A comida de hace dos días. A ese polvo concreto que se acumula en los pisos donde vive gente que no tiene mucho y que no presta mucha atención a las superficies horizontales.

Fue hacia la cocina.

En el fregadero, un plato, un vaso y un cubierto escurriendo. La persona que los había lavado los había puesto con cuidado, el plato

apoyado en el escurridor de plástico con la misma precisión que se pone cuando uno no tiene prisa y está haciendo las cosas por última vez. En la encimera, una caja de ibuprofeno abierta, con tres pastillas dentro. Nada más. Sin medicamentos. Sin jeringuillas. Sin bolsitas ni papelinas ni ninguno de los signos que acompañan a la muerte por sobredosis cuando esta forma parte de una historia más larga.

Sara abrió el cajón que había junto al fregadero. Cubiertos mezclados sin orden, un sacacorchos, un rollo de cuerda de cocina, una linterna pequeña, pilas sueltas. El cajón de alguien que mete las cosas donde puede.

Volvió al salón.

Se arrodilló frente al sofá, a la altura del brazo de Tomás Vidal, y miró la marca de cerca sin tocarla. La piel alrededor estaba limpia. Sin rojeces. Sin inflamación. El pinchazo era reciente, las últimas horas, pero no había reacción cutánea de ningún tipo. Quien lo había hecho sabía exactamente qué estaba inyectando y en qué cantidad.

Se puso en pie.

Miró la habitación desde el centro, girando despacio. El sofá. La televisión. La mesita. Una estantería con libros ordenados por tamaño, no por título ni por autor. Una fotografía enmarcada sobre la estantería: un hombre más joven, quizá treinta y tantos años, de pie junto a un coche en lo que parecía una carretera de montaña. Solo. Sonriendo a la cámara con la sonrisa de alguien a quien alguien le ha dicho *sonríe* y ha obedecido sin demasiado convencimiento.

El mismo hombre que ahora estaba en el sofá.

Sara sacó el móvil y llamó a Rubén.

—¿Dónde estás?

—Aparcando. ¿Qué tenemos?

—Varón, cincuenta y tres años. Causa aparente, sobredosis. —Hizo una pausa—. No hay marcas en los brazos. Solo una, limpia, reciente. Y no hay ningún material en el piso.

—¿Ninguno?

—Nada. Ni aguja, ni recipiente, ni restos de nada. Si te chutaste tú mismo, la aguja está en algún lado. Si alguien te chutó a ti, la aguja se la llevó.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Y hay algo más?

Sara miró el vaso vacío en la mesita.

—Este hombre vino ayer a la comisaría de Leganitos y dejó un sobre. Dentro había una lista con cuarenta nombres. Dijo que iban a morir todos. Dijo que él sería el primero.

Otro silencio, más largo esta vez.

—¿Y nadie fue a hablar con él?

—El agente de guardia lo metió en una bandeja de pendientes. — Sara no dijo nada más. No hacía falta.

Oyó cómo Rubén cerraba la puerta del coche.

—Subo.

* * *

Rubén Alcázar entró en el piso ocho minutos después con una bolsa de plástico de la panadería de abajo y dos cafés en vasos de cartón. Era su manera de aparecer en las escenas: con algo en la mano, como si estuviera de paso, como si hubiera llegado por casualidad. Sara llevaba doce años trabajando con él y todavía no había conseguido descifrar si lo hacía para parecer menos intimidante o simplemente porque siempre tenía hambre.

Dejó los cafés en la encimera de la cocina sin tocar nada más y se asomó al salón.

Miró a Tomás Vidal. Miró el brazo. Miró el vaso.

—El forense llega en diez minutos —dijo Sara.

—¿Tienes la lista?

—Me la mandan desde Leganitos. —Miró el móvil—. Ya la tengo.

La abrió. Era una foto del documento, tomada con el móvil del agente Fonseca, ligeramente torcida y con el brillo de la pantalla del ordenador reflejado en una esquina. La letra mecanografiada era nítida a pesar de eso. Cuarenta nombres en dos columnas. Nombres y apellidos, sin fechas, sin direcciones, sin ningún otro dato.

Rubén se puso a su lado y leyó por encima del hombro.

—¿Los has buscado?

—Empecé en el coche. De los primeros diez, cuatro no aparecen en ningún registro. Los DNIs que corresponden a esos nombres están asignados a personas distintas o directamente no existen.

—¿Nombres falsos?

—O identidades falsas. Que no es lo mismo.

Rubén cogió uno de los cafés y se apoyó en el marco de la puerta del salón, sin entrar, mirando el cuerpo de Tomás Vidal con esa atención lateral que tenía cuando estaba pensando.

—¿El primero de la lista es él?

—Sí. *Tomás Vidal Serrano*. Arriba del todo, columna izquierda.

—¿Y el segundo?

Sara buscó en la lista.

—*Rafael Soler Marchena*. Nació en 1972. El DNI existe, está a nombre de un hombre de cincuenta y dos años que figura como autónomo en Málaga. Sector inmobiliario.

—¿Lo has llamado?

—Está en la lista de pendientes. —Señaló con la cabeza el cuerpo de Vidal—. Primero quería ver esto.

Rubén asintió. Bebió el café. Miró a Tomás Vidal durante un momento más, con esa expresión que Sara había aprendido a leer a

lo largo de los años: no era perplejidad, no era emoción, era la cara de alguien que está construyendo una hipótesis y todavía no tiene suficientes piezas para saber si aguanta.

—¿Tú qué crees? —preguntó él.

Sara tardó en contestar.

—Creo que este hombre sabía que iba a morir. Y creo que no se lo hizo él mismo. —Hizo una pausa—. Y creo que llegó a esa comisaría ayer por la mañana con la convicción de que nadie iba a hacer nada con ese sobre.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—Porque lleva cuarenta años pensando que nadie va a hacer nada.

Rubén la miró.

—¿Cuarenta años?

—Eso dijo. —Sara repitió las palabras que Fonseca había anotado en el parte—. *Llevan cuarenta años muriéndose y todavía no lo saben.*

Rubén dejó el vaso de café en la encimera de la cocina. Se limpió las manos en los pantalones, un gesto que hacía cuando algo empezaba a pesarle.

—¿De qué año estamos hablando?

—De 1984. Cuarenta años atrás, 1984. —Hizo la cuenta sin necesidad de pensarlo—. Aunque si es cuarenta años de lo que sea que está detrás de esta lista, puede que el origen sea anterior. Ochenta y dos, ochenta y uno.

En el salón, el hombre del delantal seguía explicando la salsa de tomate.

Sara fue hasta la televisión y la apagó.

El silencio que quedó tenía una densidad distinta. El tipo de silencio que llenan cuarenta años de algo que nadie ha contado todavía.

* * *

El forense se llamaba Castellano y tenía la costumbre de hablar mientras trabajaba, no para los demás sino para sí mismo, un monólogo técnico y continuo que solo interrumpía cuando alguien le hacía una pregunta directa. Sara lo había pedido en otras ocasiones porque era meticuloso y porque, al contrario que otros forenses que ella había conocido, Castellano no se dejaba llevar por la causa de muerte más obvia. Era de los que buscaban la segunda lectura.

Examinó el cuerpo durante veinte minutos mientras Sara y Rubén esperaban apoyados en la pared del fondo, sin estorbar.

Cuando se incorporó, se quitó los guantes con ese chasquido seco que tienen los guantes de nitrilo.

—La marca es reciente. Menos de doce horas. —Hizo una pausa—. El calibre de la aguja es fino. Muy fino. No es el tipo de aguja que usa habitualmente un consumidor de heroína. Es más parecido al calibre que se usa en inyecciones subcutáneas o intramusculares. Médico o paramédico.

—¿O alguien que sabe lo que hace?

—O alguien que sabe lo que hace. Sí.

Sara señaló el vaso vacío.

—¿Podemos saber qué había en el vaso?

—Habrá que analizarlo. A simple vista, agua. Pero si estamos pensando en un hipnótico o un sedante previo a la inyección, el vaso es el sitio más probable.

—¿Cuánto tardaréis?

—Los preliminares, cuarenta y ocho horas. El análisis completo, una semana.

—Necesito los preliminares en veinticuatro.

Castellano la miró con la expresión de quien ya sabe que va a decir que sí porque ya sabe que Sara Montero no pregunta si no tiene una razón concreta.

—Dame veinticuatro horas.

Cuando el forense se fue, Rubén sacó el teléfono.

—Llamo a Soler.

Sara asintió. Fue hasta la estantería y miró los libros. Novelas, en su mayoría. Algún ensayo. Una guía de carreteras de España de 1998. Los libros no estaban desgastados, las lomos no tenían el curvado de los libros muy leídos. Los de las esquinas tenían una capa finísima de polvo. Eran los libros de alguien que en algún momento tuvo intención de leer mucho y que con los años fue leyendo menos.

Cogió la fotografía de la estantería. Tomás Vidal, joven, junto al coche, en una carretera de montaña. La vuelta de la fotografía no tenía ninguna inscripción. Ninguna fecha. Ningún nombre del lugar.

Lo miró un momento.

Llevan cuarenta años muriéndose y todavía no lo saben.

¿Quiénes eran? ¿Qué les había pasado hace cuarenta años que este hombre había considerado necesario llevar hasta una comisaría una lista mecanografiada con sus nombres y esperar a que alguien hiciera algo con ella?

¿Y por qué ahora?

Detrás de ella, la voz de Rubén cambió de tono.

—Señor Soler, buenos días. Soy el subinspector Alcázar, de la Brigada de Homicidios de Madrid. No se alarme, solo quiero hacerle unas preguntas…

Sara volvió a dejar la fotografía en su sitio.

Miró a Tomás Vidal una última vez antes de salir. Los ojos abiertos. Las manos cruzadas. La marca en el brazo del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

El primero de la lista había cumplido su pronóstico.

Ahora le tocaba a ella decidir si el segundo iba a hacer lo mismo.

Capítulo 2

La lista

La Brigada de Homicidios de Madrid ocupaba la tercera planta de la Jefatura Superior de Policía de la calle Leganitos, a cuatro minutos a pie de donde Tomás Vidal había entrado la mañana anterior con su sobre de papel manila. Sara pensó en eso mientras subía las escaleras: que el hombre había caminado hasta aquí, había dejado los cuarenta nombres en una bandeja de pendientes, y después había vuelto a casa a morir en el sofá con la televisión encuesta en un programa de cocina.

No había ira en ese pensamiento. Solo el registro frío de un hecho que había que sostener.

El despacho que compartía con Rubén tenía dos mesas enfrentadas, una ventana con vistas al patio interior y una pizarra blanca que Sara había llenado y borrado tantas veces que ya no quedaban ni los fantasmas de los casos anteriores, solo esa blancura ligeramente amarillenta que tienen las pizarras muy usadas. En la pared del fondo había un corcho con un mapa de Madrid, cuatro chinchetas y un post-it escrito con la letra de Rubén que decía *LLAMAR A PERITOS*. Llevaba ahí seis semanas.

Sara se sentó, encendió el ordenador y puso la foto de la lista en la pantalla.

Cuarenta nombres.

Los miró durante un momento antes de empezar.

—¿Soler?

—No coge —dijo Rubén desde su mesa, sin levantar los ojos de la pantalla—. He llamado cuatro veces. Buzón de voz.

—¿Tienes una dirección?

—Dos. Una en Málaga, barrio de El Limonar, que es la del padrón. Y una segunda en una urbanización de Marbella que aparece en el registro de la propiedad como segunda vivienda. —Tecleó algo—. El teléfono es de una empresa de gestión inmobiliaria que tiene a su nombre. He mandado un mensaje a la oficina de Málaga para que hagan una visita de comprobación.

—Bien.

Sara empezó por el primero que no era Vidal. El número dos: *Rafael Soler Marchena*. Luego fue bajando.

El número tres: *Mónica Arenas Dávila*. El DNI correspondía a una mujer de cincuenta y un años empadronada en Getafe. Sara marcó el número. Dos tonos. Una voz de mujer, cauta.

—¿Sí?

—Señora Arenas, soy la inspectora Montero, de Homicidios de Madrid. ¿Puede atenderme un momento?

Un silencio breve.

—¿Ha pasado algo?

—No directamente. Estamos investigando un asunto y su nombre ha aparecido en un documento. Solo quiero hacerle unas preguntas.

—Qué documento.

No era una pregunta. Era una afirmación sin inflexión, del tipo que hace quien ya sabe que la respuesta no le va a gustar.

—Una lista. Cuarenta nombres. ¿Le suena el nombre de Tomás Vidal Serrano?

La pausa fue más larga esta vez.

—No.

—¿Está segura?

—Completamente. No conozco a ningún Tomás Vidal.

—¿Y el Orfanato Santa Clara de Miraflores?

El silencio que siguió a esa pregunta fue de una textura diferente a los anteriores. No era el silencio de quien piensa. Era el silencio de quien reconoce algo y decide en tiempo real si va a reconocerlo en voz alta.

—No sé de qué me habla —dijo Mónica Arenas, y colgó.

Sara se quedó mirando el teléfono durante tres segundos.

—Rubén.

—¿Qué?

—El orfanato. Cuando le he preguntado por el orfanato ha cortado la llamada.

Rubén levantó la cabeza.

—¿Qué orfanato?

—Eso es lo que hay que averiguar.

* * *

Encontró la referencia en el parte que Fonseca había rellenado la mañana anterior en Leganitos. En la casilla de *Observaciones*, el agente había anotado, con la letra comprimida de quien no tiene mucho espacio y tampoco demasiado interés en lo que está escribiendo: *El declarante refiere que los individuos de la lista compartieron estancia en un centro de acogida de menores en Madrid. No especifica nombre ni fechas.*

Centro de acogida de menores.

Sara buscó en el sistema de bienestar social. Orfanatos y centros de acogida de Madrid entre 1975 y 1990. Había cuarenta y dos registros. La mayoría seguían activos o habían cerrado dejando documentación transferida a la Comunidad de Madrid. Algunos tenían expedientes incompletos. Tres aparecían con la nota *Registros no localizados*.

Uno de ellos se llamaba Santa Clara de Miraflores.

Dirección: Calle Vía Carpetana, 118. Carabanchel.

Gestión: Congregación de las Hermanas de la Misericordia Perpetua.

Fechas de actividad: 1971–1983.

Causa de cierre: *Disolución voluntaria de la entidad gestora.*

Registros: *No transferidos. Paradero desconocido.*

Sara lo leyó dos veces.

Paradero desconocido.

Los registros de un orfanato que había funcionado durante doce años habían desaparecido con él.

Buscó la Congregación de las Hermanas de la Misericordia Perpetua. Obtuvo dos resultados: una referencia en un boletín diocesano de 1979 mencionándola en el contexto de una colecta benéfica, y una nota de disolución en el registro de entidades religiosas del Ministerio de Justicia, fechada en octubre de 1983. Sin más información. Sin dirección posterior. Sin ningún rastro de las personas que la habían integrado.

Una congregación religiosa que gestiona un orfanato durante doce años y que, al cerrarlo, desaparece como si nunca hubiera existido.

—Rubén —dijo Sara—, ven a ver esto.

* * *

Rubén se puso detrás de ella y leyó la pantalla.

No dijo nada durante un momento. Luego tiró de la silla de la mesa contigua, que estaba vacía desde que habían trasladado a Gómez a la brigada de robos el mes anterior, y se sentó.

—¿Cuántos de los cuarenta has buscado ya?

—Dieciséis. —Sara señaló la lista en la pantalla—. De los dieciséis, seis tienen DNI válido y datos coherentes. Los otros diez son identidades que no cuadran: el DNI existe pero pertenece a otra persona, o el número no está en el sistema, o el nombre no coincide con los datos del registro.

—¿Nombres falsos?

—Identidades robadas. O construidas. Hay una diferencia técnica: los nombres falsos no existen en ningún registro. Las identidades robadas sí existen, pero le pertenecen a otra persona, alguien que murió joven o que nunca llegó a usar su documentación.

Rubén procesó eso en silencio.

—Si alguien de ese orfanato salió con un nombre que no era el suyo…

—Lleva cuarenta años siendo otra persona. —Sara terminó la frase por él—. Y alguien acaba de decidir que es hora de que eso se sepa. O de que muera antes de que se sepa.

—Las dos cosas no son compatibles.

—Lo son si el que tomó la decisión lleva cuarenta años sin saber cuál es la correcta.

Rubén miró la pantalla un momento más.

—Tomás Vidal. ¿Su identidad es real?

Sara había comprobado eso lo primero, antes de ir al piso de Lavapiés.

—Sí. Tomás Vidal Serrano. Nacido en Madrid el 14 de febrero de 1971. Hijo de José Vidal y Carmen Serrano, ambos fallecidos. Sin cónyuge. Sin hijos. Sin empleo en los últimos nueve años. La última actividad fiscal, 2015, como trabajador eventual en una empresa de logística de Alcorcón. Desde entonces, nada. Vivía del subsidio mínimo y de lo que aparece en los registros como ayuda al alquiler de la Comunidad de Madrid.

—Un hombre que lleva nueve años desaparecido del sistema.

—Un hombre que lleva nueve años sobreviviendo en el margen del sistema. No es lo mismo. —Sara señaló el nombre en la lista—. Pero entró en esa comisaría con una lista de cuarenta nombres y un sobre de papel manila. Y sabía exactamente qué iba a pasar después.

Rubén se levantó. Fue hasta la pizarra y cogió un rotulador.

—Ponme los seis nombres verificados.

Sara los fue dictando mientras Rubén los escribía en la pizarra, con sus datos escuetos: nombre, edad aproximada, ciudad.

Cuando terminó, los dos los miraron.

Seis personas. Entre cuarenta y ocho y cincuenta y cuatro años. Distribuidas entre Madrid, Málaga, Bilbao, Valencia, Sevilla y Albacete. Sin aparente relación entre ellas salvo la edad y el hecho de estar en la misma lista.

—Si todos estuvieron en ese orfanato —dijo Rubén—, entraron siendo niños. En algún momento entre 1971 y 1983. Si el centro cerró en el 83 y el mayor de estos tiene cincuenta y cuatro años ahora…

—Nació en 1970. Tendría trece años cuando cerró el orfanato.

—¿Y el menor?

Sara buscó en la lista.

—El más joven de los que hemos podido verificar nació en 1976. Siete años en el 83. —Hizo una pausa—. Niños de entre siete y trece años cuando cerraron Santa Clara.

Rubén marcó un número en la pizarra: *1981*. Lo rodeó con un círculo.

—¿Por qué ese año?

—Porque cuarenta años atrás desde hoy es 1984. Pero Vidal dijo *cuarenta años muriéndose*. Si algo empezó antes de que cerrara el orfanato, el origen puede ser del 81, el 82. —Miró la pizarra—. Algo ocurrió en ese centro. Algo que afectó a estos cuarenta niños de una manera suficientemente grave como para que algunos de ellos salieran con nombres que no eran los suyos.

—Y para que alguien, cuarenta años después, esté matándolos uno a uno.

El teléfono de Sara sonó.

Era un número de Málaga.

—Inspectora Montero.

—Sí, soy el agente Prieto, de la comisaría de Málaga. Me han pedido que hiciera una visita de comprobación a un Rafael Soler Marchena, en la calle Compositor Lehmberg Ruiz.

—Exacto. ¿Ha podido contactar con él?

Una pausa breve.

—Señora, estoy en el edificio ahora mismo. La puerta del piso está abierta.

Sara sintió que algo se le enfriaba en el pecho.

—¿Ha entrado?

—Sí. El señor Soler está en el interior. —Otra pausa, más larga—. No está en condiciones de hablar con nadie.

* * *

Cuatro horas después, Sara tenía en la pantalla las primeras fotos de la escena de Málaga que le había mandado el agente Prieto por correo oficial.

Rafael Soler Marchena, cincuenta y dos años, empresario inmobiliario, estaba tumbado en la cama de su dormitorio con los ojos abiertos y las manos a los lados del cuerpo. La habitación estaba en orden. No había señales de lucha. No había desorden de ningún tipo, salvo una silla que estaba colocada junto a la cama en un ángulo ligeramente raro, como si alguien hubiera estado sentado allí y luego la hubiera empujado al levantarse sin colocarla del todo.

Y en el brazo derecho, la marca.

Pequeña. Rojiza. Del tamaño exacto de una moneda de cinco céntimos.

Sara amplió la foto hasta que la imagen se pixeló.

Idéntica a la de Tomás Vidal.

—El mismo método —dijo Rubén desde detrás.

—El mismo método. —Sara dejó las fotos y se recostó en la silla—. Pero diferente ciudad. Vidal murió en Madrid ayer por la noche. Soler en Málaga, según el forense provisional de allí, esta madrugada o esta mañana temprano. Si el mismo asesino hizo los dos, viajó de noche.

—O hay dos asesinos.

—O hay dos asesinos que trabajan coordinados y con el mismo material. —Hizo una pausa—. O hay uno que sabía que Vidal iba a ir a la comisaría y que ya tenía a Soler preparado para antes de que nosotros reaccionáramos.

Rubén se quedó en silencio.

—Es decir, que alguien sabía lo que iba a hacer Vidal antes de que Vidal lo hiciera.

—O que el plazo para actuar no dependía de lo que hiciera Vidal. Que la lista ya estaba en marcha independientemente.

Sara miró la pantalla. Los cuarenta nombres. El número uno tachado mentalmente, el número dos tachado también ahora. Treinta y ocho personas en distintas ciudades de España que probablemente no sabían que su nombre estaba en un papel mecanografiado que alguien había dejado en una bandeja de pendientes de la comisaría de Leganitos.

—Tenemos que localizarlos a todos —dijo.

—Son cuarenta.

—Lo sé.

—Con identidades falsas en la mitad de los casos.

—Lo sé.

—Y sin saber qué los conecta exactamente ni quién está detrás.

—Rubén. —Sara lo miró—. Lo sé. Empieza por los que podemos localizar y avisa a las brigadas provinciales de los que están fuera de Madrid. Mientras tanto, yo voy a averiguar qué pasó en ese orfanato.

Rubén asintió. Se levantó, fue a su mesa, cogió el teléfono.

Sara volvió a mirar la lista.

Treinta y ocho personas.

Al menos dos de ellas ya no podían salvarse. Las otras treinta y seis no sabían que alguien las estaba buscando. Y lo que era peor: no sabían que alguien también las estaba encontrando.

* * *

Antes de salir de la oficina esa noche, Sara hizo una última búsqueda.

Tecleó el nombre de la congregación religiosa en el buscador del archivo diocesano digitalizado, al que tenía acceso desde la brigada. La Congregación de las Hermanas de la Misericordia Perpetua aparecía en tres documentos: el boletín del 79 que ya había encontrado antes, un inventario de entidades benéficas de 1980 que la mencionaba junto a otras dieciséis congregaciones activas en Madrid, y una carta interna de la Diócesis de Madrid-Alcalá fechada en enero de 1984, tres meses después del cierre oficial del orfanato.

La carta era breve. Cuatro párrafos. Estaba firmada por un vicario que Sara buscó en el sistema y que había fallecido en 2009.

El cuarto párrafo decía lo siguiente:

En cuanto al asunto de Santa Clara de Miraflores, y a la vista de las circunstancias en que se produjo el cierre del centro y la disolución de la congregación gestora, esta Diócesis ha decidido no abrir ningún proceso de investigación interna. Las familias afectadas han sido informadas de manera individual. Se ruega discreción absoluta en el tratamiento de este asunto, tanto en el ámbito eclesiástico como en el civil, a fin de preservar el bienestar de los menores implicados.

Sara leyó el párrafo tres veces.

Las familias afectadas han sido informadas de manera individual.

¿Qué familias? ¿Informadas de qué?

Se ruega discreción absoluta.

No era el lenguaje de una congregación que se disuelve voluntariamente y cierra un orfanato por falta de recursos. Era el lenguaje de alguien que está cerrando una herida con puntos rápidos y esperando que no se infecte.

Sara guardó el documento, cerró el ordenador y cogió el abrigo del respaldo de la silla.

En el pasillo, Rubén estaba al teléfono con la brigada de Bilbao. Levantó una mano para despedirse sin interrumpir la llamada.

Sara bajó las escaleras.

Fuera, en la calle Leganitos, la noche de marzo era fría y húmeda. Encendió el cigarrillo antes de llegar a la acera y caminó hacia el aparcamiento con las manos en los bolsillos y la carta del vicario dando vueltas en la cabeza.

A fin de preservar el bienestar de los menores implicados.

Cuarenta menores.

Cuarenta nombres en una lista mecanografiada con la *e* más alta que el resto de las letras.

Dos de ellos ya no estaban en condiciones de que nadie preservara nada de lo que les quedaba.

Capítulo 3

Número 23

Santa Clara de Miraflores — Madrid, enero de 1981

La noche que Marta llegó al orfanato hacía el frío de los inviernos de antes, el frío que te entraba por las costuras de la ropa y que no se iba aunque te pusieras dos jerseys encima. El coche de los servicios sociales era un Seat 131 color crema con el calefactor roto y la tapicería del asiento trasero rajada por algún niño que había ido allí antes que ella, o por el desgaste de todos los niños que habían ido antes que ella. Marta tenía ocho años y no lloraba. Hacía cuatro días que no lloraba. Había decidido que ya no iba a llorar más porque llorar no había servido para nada y ella era una persona práctica, o al menos quería serlo.

En el asiento de al lado llevaba una bolsa de plástico blanca de las del supermercado Spar. Dentro: dos mudas de ropa interior, un jersey de cuadros verde, la mitad de un libro de cuentos de los Hermanos Grimm al que le faltaban las primeras cuarenta páginas, y una foto pequeña de sus padres que la señora del centro de acogida provisional le había metido en el bolsillo a las prisas, sin decirle nada, como si fuera un secreto que no quería que el conductor del coche supiera.

Marta tenía la foto en el bolsillo del anorak. No la había sacado en los cuatro días que llevaba sin llorar.

El coche frenó delante de una verja de hierro.

—Hemos llegado —dijo el conductor sin girarse.

Marta miró por la ventanilla.

El edificio estaba al fondo de un patio cuadrado, separado de la calle por la verja y por una franja de cemento en la que habían puesto

dos bancos que la lluvia había ido pudriendo hasta convertirlos en algo que ya no servía para sentarse. El edificio era de ladrillo rojo oscuro, de tres plantas, con las ventanas pequeñas y los marcos pintados de un blanco que en otro tiempo debía de haber sido brillante y que ahora era el blanco de las cosas que llevan mucho tiempo sin que nadie se preocupe por ellas. Encima de la puerta principal, una placa de cerámica azul con letras blancas: *Centro de Acogida Santa Clara de Miraflores. Congregación de las Hermanas de la Misericordia Perpetua.*

Y debajo, más pequeño, en la misma cerámica: *Dios proveerá.*

El conductor pitó una vez.

Desde el interior del edificio, una luz se encendió en el vestíbulo.

* * *

La monja que abrió la puerta se llamaba Sor Remedios y tenía los brazos muy cortos para el cuerpo que tenía, lo que le daba un aspecto de muñeca articulada cuyos fabricantes se habían equivocado de piezas. Era jovial, o hacía el gesto de serlo, que en la oscuridad y el frío de enero era más o menos lo mismo.

—Marta. Qué bien que hayas llegado. Entra, entra, que hace un frío que pela.

El vestíbulo olía a lejía y a algo más difícil de identificar, una combinación de comida vieja y madera húmeda y el olor específico de los sitios donde han vivido muchas personas durante mucho tiempo sin que ninguna de ellas lo haya elegido. Un crucifijo grande presidía la pared del fondo. A la derecha, una escalera de madera con los peldaños hundidos en el centro por el paso de años y pasos. A la izquierda, una puerta cerrada con llave.

Sor Remedios cerró la puerta de la calle y se quedó mirando la bolsa de plástico.

—¿Eso es todo lo que traes?

—Sí.

—Bueno. Mañana te ponemos con lo que tenemos en el almacén. —Una pausa breve, del tipo que hacen las personas cuando están calibrando cuánto decir—. Esta noche dormirás en el dormitorio de las medianas. Hay ocho camas. Las demás ya están durmiendo, así que vas a entrar sin hacer ruido, ¿de acuerdo?

Marta asintió.

—¿Tienes hambre?

Tenía hambre. Llevaba hambre desde el mediodía, cuando en el coche de servicios sociales el conductor había parado en una gasolinera de la carretera de Extremadura y le había comprado un bocadillo de queso que ella había comido en tres mordiscos intentando que no se notara lo hambrienta que estaba.

—No —dijo.

Sor Remedios la miró un momento con esa mirada que tienen los adultos cuando saben que un niño está mintiendo pero han decidido que no merece la pena insistir.

—Mañana desayunamos a las siete y media. —Señaló la escalera—. Vamos.

* * *

El dormitorio de las medianas estaba en el segundo piso, al final de un pasillo con el suelo de linóleo que crujía en dos puntos concretos que Sor Remedios sorteaba con una precisión de quien lleva años haciéndolo. Ocho camas de hierro dispuestas en dos filas de cuatro, con las cabeceras hacia la pared y un espacio estrecho entre cada una. Una bombilla en el techo, apagada. La única luz venía de un pequeño aplique en la pared del fondo que alguien había dejado encendido en el nivel más bajo, una luz de color ámbar que no iluminaba tanto como señalaba, como el testigo de un aparato que dice *sigo aquí, no te preocupes, sigo aquí.*

Siete de las ocho camas estaban ocupadas.

Sor Remedios le señaló la única vacía, segunda de la fila izquierda, y le dejó en los pies de la cama una manta doblada y unas zapatillas

de paño que eran dos tallas demasiado grandes. Luego se fue sin hacer ruido, cerrando la puerta con el cuidado de quien sabe que el pomo cruje si no se gira del todo.

Marta se quedó quieta en la oscuridad casi completa.

No había ruido de coches desde aquí. El edificio era lo suficientemente grueso y lo suficientemente antiguo como para absorber el ruido de la ciudad y devolver a cambio su propio silencio, ese silencio de piedra y madera y años acumulados que tenía una densidad distinta al silencio normal. Alguien respiraba con fuerza en una de las camas de la derecha. Otra niña se había movido al oírla entrar, un crujido de colchón, y luego se había quedado inmóvil con esa quietud exagerada de quien finge que duerme.

Marta se desató los zapatos. Los dejó junto a la cama con cuidado. Se quitó el anorak, lo dobló, lo puso debajo de la almohada con la foto dentro, en el bolsillo. Se metió en la cama sin quitarse el jersey ni los pantalones porque hacía frío y porque no sabía qué normas había aquí sobre eso y prefería equivocarse de la manera menos visible.

La manta olía a detergente de lavandería. Era áspera. Marta la subió hasta la barbilla.

Estuvo mucho tiempo mirando el techo.

Contó los agujeros de la placa de escayola. Luego contó las grietas. Luego empezó a contar las veces que la chica de la cama de al lado respiraba por minuto, pero perdió la cuenta.

Justo antes de dormirse, la niña de la cama de enfrente abrió los ojos.

Era pequeña, más pequeña que Marta, con el pelo muy corto y una manera de mirar que parecía estar midiendo distancias. No dijo nada. Solo la miró durante unos segundos y luego volvió a cerrar los ojos.

Marta no supo hasta el día siguiente que esa niña se llamaba Tere y que hacía seis meses que no hablaba.

* * *

El primer mes en Santa Clara de Miraflores fue el mes del frío y de aprender las reglas.

Algunas reglas estaban escritas en un cartel plastificado que colgaba en el comedor junto a la ventana: los horarios de las comidas, los horarios de las duchas comunitarias los martes y los viernes, la hora de apagar las luces, la prohibición de salir al patio después de las cinco de la tarde en invierno. Las reglas del cartel eran fáciles de aprender porque estaban escritas y porque Sor Remedios las repasaba con cada niño nuevo el primer día, con la paciencia mecánica de quien ha repetido lo mismo tantas veces que ya no le presta atención al contenido.

Las otras reglas no estaban escritas en ningún sitio.

Esas se aprendían mirando. Aprendiendo quién miraba a quién y con qué cara. Aprendiendo a qué hora bajaba Sor Asunción al comedor, y cuánto más quieto se ponía todo el mundo cuando ella aparecía en la puerta, y cómo las monjas más jóvenes cambiaban ligeramente la postura cuando la directora del centro estaba en la habitación, como flores que se orientan hacia una luz que prefieren no encontrarse.

Sor Asunción era alta. Tenía los ojos de un gris muy claro, casi transparente, del tipo de ojos que parecen estar viendo algo que está detrás de ti. No levantaba la voz. Marta no la oyó levantar la voz en todo el tiempo que estuvo en Santa Clara, y eso era lo más raro de ella, porque los adultos que nunca levantan la voz suelen estar esperando algo.

La regla más importante de todas se la explicó Nico.

* * *

Nicolás Ferreras tenía diez años, llevaba en Santa Clara desde los siete, y era el niño con el cuaderno verde.

No era un cuaderno de los de colegio, con las tapas de cartón y las hojas de rayas. Era un cuaderno pequeño, de los que se venden en las papelerías para apuntar recados o números de teléfono, con las

tapas de plástico verde oscuro que habían perdido el brillo por el uso. Nico lo llevaba siempre metido en el bolsillo trasero del pantalón o en la manga del jersey, dependiendo de la ropa que llevara ese día, y lo sacaba en momentos que no parecían tener nada en especial: durante el recreo en el patio, en los ratos muertos después de comer, en la cama antes de que apagaran las luces.

Marta lo vio por primera vez en el patio, una mañana de la segunda semana, cuando todavía hacía tanto frío que el aliento salía como humo y los niños corrían para entrar en calor. Nico no corría. Estaba sentado en el único banco del patio que todavía tenía las tablas enteras, con el cuaderno abierto sobre la rodilla, escribiendo algo con un bolígrafo que sujetaba con mucha presión, como si tuviera miedo de que se le escapara.

Marta se sentó a su lado sin pedir permiso.

Nico no levantó la vista del cuaderno.

—¿Qué escribes?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

Nico cerró el cuaderno y se lo metió en el bolsillo con el gesto rápido de quien guarda algo que no quiere que nadie más vea.

—Cosas que pasan.

Marta lo miró un momento.

—¿Para qué?

Nico la miró a ella por primera vez. Tenía los ojos muy oscuros y una manera de mirar que era tres o cuatro años más vieja que el resto de su cara.

—Para que alguien sepa que pasaron.

Marta no supo qué contestar a eso. Era una respuesta rara para un niño de diez años, o para cualquier persona, y ella no tenía todavía el vocabulario para decirle que lo entendía aunque no supiera exactamente qué era lo que entendía.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó en cambio.

—Tres años.

—¿Y cuándo sales?

Nico recogió las rodillas hacia el pecho y apoyó la barbilla en ellas, mirando el patio donde los demás niños corrían y se empujaban y gritaban con ese grito específico de los niños cuando corren solos al frío.

—Cuando cumples catorce años te mandan a un piso de acogida. O te adoptan antes. O si tienes familia que quiere recogerte. —Hizo una pausa—. Yo no tengo familia.

—Yo tampoco.

Nico la miró de reojo.

—Lo sé. Sor Remedios lo dijo en el comedor la noche que llegaste. Siempre lo dice cuando llega uno nuevo.

Marta pensó que era una información extraña para compartir en el comedor, pero no dijo nada.

—Oye —dijo Nico al cabo de un momento—. Hay una cosa que tienes que saber.

Algo en el tono de su voz cambió. No era el tono de un niño que va a contarte algo interesante. Era el tono de un niño que va a decirte algo necesario.

—¿Qué?

—Hay una sala al final del pasillo de la planta baja. Detrás de la cocina. La puerta es de madera oscura y siempre está cerrada con llave.

Marta esperó.

—No preguntes por ella. —Nico no la miraba mientras lo decía; seguía con la vista en el patio—. No le preguntes a ninguna monja qué hay ahí dentro. No le preguntes a ningún niño grande. No te quedes mirando la puerta cuando pases por delante.

—¿Por qué?

—Porque los que preguntan tienen problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Nico tardó en contestar.

—El tipo de problemas que no se ven.

Marta quiso preguntarle más. Tenía cinco o seis preguntas formadas en la cabeza, bien ordenadas, del tipo práctico, el tipo que hacen las personas que necesitan entender las cosas para poder moverse por ellas. Pero Nico se había levantado del banco con una decisión que cerraba la conversación mejor que cualquier respuesta.

—Solo recuérdalo —dijo—. La puerta oscura al final del pasillo de abajo. No es para nosotros.

Se alejó hacia el grupo de niños que corrían en el patio, las manos en los bolsillos, el cuaderno verde guardado junto al costado.

Marta se quedó en el banco.

Miró el edificio.

Desde donde estaba, podía ver la fachada trasera: las ventanas del primer piso, las ventanas del segundo, y en la planta baja, casi en la esquina, una ventana más pequeña que las demás, con los cristales pintados de blanco por dentro.

Una ventana que no dejaba ver hacia adentro.

Una ventana que no dejaba ver hacia afuera.

* * *

Miguel tenía trece años y era el mayor de los niños de Santa Clara en enero de 1981.

Era alto para su edad, con los hombros ya empezando a ensancharse y una manera de ocupar el espacio que los demás niños reconocían sin necesidad de que nadie se lo explicara. No mandaba a gritos ni con amenazas directas. Mandaba de la manera más eficaz, que es con la certeza de que lo que dices va a cumplirse, y esa certeza era tan constante en él que los demás la habían

asimilado como parte del paisaje, como el frío o la lejía o el crucifijo del vestíbulo.

Marta se cruzó con él por primera vez en la escalera, el quinto día.

Miguel bajaba, ella subía. Él se detuvo un peldaño por encima de ella, lo que significaba que la miraba desde arriba, y la examinó durante un momento con la misma atención clínica con que se examina algo que hay que clasificar.

—Tú eres la nueva.

—Marta.

—Ya sé cómo te llamas. —Lo dijo sin crueldad, como un dato—. ¿De dónde vienes?

—De Vallecas.

—¿Tienes familia?

—No.

Miguel asintió, como si esa respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Quédate cerca de Nico —dijo—. Es el que más sabe de cómo funciona esto.

Bajó el peldaño que los separaba y pasó a su lado sin rozarla. Marta se giró para mirarlo bajar el resto de la escalera.

Luego recordó lo que Nico le había dicho sobre la sala del fondo.

Y luego recordó el tono con que Miguel acababa de hablar, ese tono de alguien que conoce las reglas porque las ha pagado.

Y se preguntó, por primera vez pero no por última, qué era lo que los niños de Santa Clara sabían que ella todavía no sabía.

* * *

El día en que la registraron oficialmente en el centro, Sor Remedios la sentó en la pequeña oficina que había junto al vestíbulo y rellenó una ficha de cartulina con sus datos. Nombre. Fecha de nacimiento. Procedencia. Estado de salud. Nivel educativo.

Al final de la ficha había un campo que decía *Número de ingreso* y que Sor Remedios rellenó con el número que correspondía al orden de llegada al centro desde su fundación.

—¿Cuál es mi número? —preguntó Marta.

Sor Remedios miró la ficha.

—El veintitrés.

Marta repitió el número en silencio.

Veintidós niños habían llegado antes que ella.

Sor Remedios guardó la ficha en una carpeta de cartón que metió en un cajón que cerró con llave. Luego le dio a Marta una tarjeta pequeña, plastificada, con su nombre y su número escritos a máquina.

—Esto lo guardas. Es tuyo. Para los registros del comedor y para las actividades.

Marta miró la tarjeta.

Marta Sáez Ruano. N.º 23.

La apretó en el puño.

Fuera, en el patio, los demás niños habían salido al recreo de la tarde. Se oían sus voces amortiguadas por el cristal de la ventana de la oficina, una mezcla de gritos y risas que sonaba igual que los niños de cualquier otro patio de cualquier otro lugar, y que sin embargo, aquí, tenía algo diferente. Como las notas de una canción que conoces pero que alguien está tocando en un tono equivocado.

Marta no sabría nombrar esa diferencia hasta mucho más tarde.

Hasta la noche en que Nico por fin le explicó qué pasaba en la sala del fondo.

Pero eso todavía faltaba.

Capítulo 4

Identidades rotas

A las nueve de la mañana del miércoles, Sara llevaba encima dieciséis horas sin dormir y la tercera taza de café del día.

No era inusual. Los primeros días de un caso importante tenían esa cualidad de comprimir el tiempo, de hacer que las horas normales se volvieran elásticas y que el cuerpo se olvidara de lo que necesitaba mientras la cabeza seguía tirando del hilo. Lo que sí era inusual era la pizarra.

Rubén había llegado antes que ella. Lo sabía porque cuando entró en el despacho la pizarra ya tenía dos columnas escritas con el rotulador rojo y una línea horizontal en el centro que las separaba como el ecuador de un mapa. En la columna de la izquierda, diez nombres de la lista con sus datos verificados: nombre, edad aproximada, ciudad, estado. En la columna de la derecha, los nombres cuyas identidades no cuadraban, con una anotación al lado de cada uno que Sara tardó un momento en descifrar porque la letra de Rubén cuando escribía rápido era casi un idioma privado.

Se acercó.

Las anotaciones decían: *fallecido/a antes 2 años.*

—¿Qué es esto? —preguntó.

Rubén estaba sentado en su silla con los codos en la mesa y las manos cruzadas delante de la boca, la postura que adoptaba cuando había estado pensando durante tiempo suficiente como para que el pensamiento le doliera un poco.

—Pasé la noche con el Registro Civil. —Señaló la columna de la derecha—. Los DNIs que no cuadraban. Los números existen, pero los nombres a los que están asignados no corresponden con los de la lista. He buscado los nombres originales.

—¿Y?

—Son niños muertos. Todos. Fallecidos entre 1970 y 1977, antes de cumplir los dos años. Algunos antes del primer año. —Hizo una pausa—. Nacieron, les asignaron un DNI, murieron sin haberlo usado nunca, y alguien, en algún momento, cogió esos números y los recicló.

Sara miró la columna de la derecha.

Diez nombres. Diez niños muertos en los años setenta cuyos documentos alguien había reutilizado para darle una identidad a otra persona.

—¿Quién tiene acceso al Registro Civil para hacer algo así?

—En los años ochenta, el control era mucho más laxo que ahora. Los registros en papel. Los duplicados se gestionaban en las oficinas locales. Con los contactos adecuados y suficiente dinero, no era imposible. —Rubén se levantó y fue hacia la pizarra—. Pero aquí hay algo que me parece más importante que el *cómo*. Mira las fechas.

Sara se acercó.

—Los niños muertos cuyos DNIs se reutilizaron fallecieron todos entre 1970 y 1977. Lo que significa que cuando alguien construyó estas identidades, eligió niños que habrían tenido más o menos la misma edad que los de la lista.

Sara lo entendió antes de que Rubén terminara la frase.

—Eligieron niños que habrían podido ser ellos.

—Eso es. No cogieron cualquier DNI de cualquier fallecido. Cogieron DNIs de niños de la edad correcta. Lo que significa que no fue improvisado. Quien lo hizo sabía de antemano qué edades necesitaba cubrir.

Sara se quedó mirando la pizarra.

Alguien había construido esas identidades antes de que los niños salieran del orfanato. No después. Antes. Con tiempo suficiente para buscar en los registros civiles de Madrid los fallecidos de las edades

adecuadas, hacer los trámites necesarios, preparar la documentación.

Lo que significaba que quien lo había hecho tenía un plan.

Y que ese plan empezaba dentro de Santa Clara.

* * *

El subcomisario Molina la llamó a las diez y media.

Molina era su jefe directo desde hacía tres años y tenía la cualidad de hacer que las conversaciones incómodas sonaran como una charla entre amigos, lo que las hacía más incómodas todavía.

—Sara, ¿cómo va lo de Lavapiés?

—Avanzando. Tenemos una segunda víctima en Málaga con el mismo método y una conexión entre ambas que estamos desarrollando.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar?

Sara reconoció la pregunta. No era una pregunta sobre tiempo. Era una pregunta sobre recursos, sobre cuánto iba a costar este caso en horas y personal antes de que diera resultados visibles.

—Lo que tarde.

—Sara.

—Molina, hay cuarenta nombres en una lista y dos de ellos ya están muertos. Si el patrón continúa, el tercero puede caer esta semana.

Un silencio breve.

—¿Tienes algo concreto?

—Tengo un orfanato que cerró en 1983 sin dejar rastro, una congregación religiosa que se disolvió al mismo tiempo y cuarenta niños que salieron de allí con identidades que no eran las suyas. Y tengo una carta de la Diócesis de 1984 que pide discreción absoluta sobre el asunto.

Otro silencio, más largo.

—¿La Iglesia está implicada?

—No lo sé todavía. Pero el centro era de gestión religiosa y alguien con acceso a los registros construyó esas identidades falsas desde dentro. —Hizo una pausa—. Necesito que nadie me quite este caso.

—Nadie te va a quitar el caso.

—Lo digo porque en cuanto empiece a tirar de ese hilo va a molestar a alguien.

—Sara. —El tono de Molina cambió ligeramente—. Haz tu trabajo. Pero hazlo con cuidado.

Colgó.

Sara dejó el móvil en la mesa.

Hazlo con cuidado. Era la manera que tenía Molina de decirle dos cosas al mismo tiempo: que tenía su respaldo y que no lo tuviera tan seguro.

* * *

A las once, Rubén entró en el despacho con una carpeta y una expresión que Sara había aprendido a distinguir de las demás: no era la expresión de quien trae buenas noticias ni de quien trae malas. Era la expresión de quien trae algo que no encaja con nada de lo que tenían antes y que obliga a reordenar el tablero.

—He estado buscando a los seis con identidad verificada. Los que sí tienen DNI válido a su nombre.

—¿Y?

—Cuatro de ellos han tenido, en algún momento de los últimos veinte años, contacto con los servicios sociales. No como usuarios. Como trabajadores o colaboradores.

Sara lo miró.

—¿Trabajadores de servicios sociales?

—Uno es trabajador social en Getafe. Otro fue educador en un centro de menores de Sevilla hasta 2018. Una tercera es psicóloga infantil en Valencia. Y el cuarto, el de Bilbao, es abogado

especializado en derecho de familia y tutela de menores. —Rubén cerró la carpeta—. No sé si es casualidad.

—No es casualidad.

—No lo creo tampoco.

Sara se levantó. Fue hasta la ventana, que daba al patio interior de la jefatura, un rectángulo de cemento con una palmera pequeña que nadie había pedido y que estaba ahí desde antes de que ella llegara. La miró sin verla.

Cuatro de los seis supervivientes verificados habían construido su vida profesional alrededor de la protección de menores. De los niños que pasaban por los sistemas de acogida. Los niños sin familia o con familias que no podían o no querían tenerlos.

No era nostalgia. No era vocación en el sentido romántico. Era algo más parecido a lo que hace la gente cuando intenta vigilar desde adentro un sistema que sabe que puede fallar. Cuando saben exactamente de qué manera puede fallar porque lo han vivido.

—¿Los has avisado a todos?

—A los que cogen el teléfono. La psicóloga de Valencia y el abogado de Bilbao han confirmado que están al tanto y que van a tener cuidado. La trabajadora social de Getafe, Mónica Arenas, la que colgó ayer cuando le pregunté por el orfanato…

—¿Ha vuelto a llamar?

—No. Pero esta mañana temprano he mandado una patrulla a su dirección. Estaba en casa. No ha querido hablar con el agente.

—Voy yo.

—Sara, si no quiere…

—Voy yo igualmente.

Rubén la conocía lo suficiente como para no insistir. Asintió y anotó algo en su bloc.

—El de Bilbao me ha dicho una cosa interesante.

Sara se giró.

—Ha dicho que lleva años esperando que alguien llamara. Que sabía que tarde o temprano iba a pasar algo con esto. Cuando le he preguntado a qué se refería, ha dicho que hay cosas que no se pueden enterrar para siempre. —Rubén hizo una pausa—. Y luego ha preguntado cuántos de la lista habían muerto ya.

—¿Cuántos sabe él que son?

—Me ha dicho que son cuarenta. Exactamente cuarenta. Y que Tomás Vidal era el que más años llevaba intentando hacer algo con esto.

Sara procesó eso.

—¿Lo conocía?

—Dice que no en persona. Pero que sabía de él. Que había alguien que mantenía el contacto entre los que querían que esto saliera a la luz y los que preferían seguir callados.

—¿Y Vidal era ese alguien?

—Eso parece.

El hombre del sobre, el hombre que había llegado a la comisaría de Leganitos con su lista mecanografiada y la certeza de que iba a morir, no había actuado solo. Había actuado como el eslabón final de una cadena que llevaba años, tal vez décadas, intentando llegar hasta aquí.

Y alguien lo había sabido.

Y lo había eliminado antes de que la cadena llegara más lejos.

* * *

El edificio de la calle Vía Carpetana, 118, en Carabanchel, era ahora un bloque de pisos de los años noventa, de esos con la fachada de piedra artificial de color crema y las persianas de aluminio. No quedaba nada del ladrillo rojo que Sara había visto en la única fotografía del orfanato que había encontrado en el archivo de la Diócesis, una foto en blanco y negro, borrosa, tomada desde la calle en los años setenta.

Aparcó enfrente y estuvo un momento mirando el bloque.

El solar había sido derribado y reconstruido. No había placa, no había señal, no había nada que indicara que en ese espacio había habido durante doce años un edificio donde vivían niños sin familia. Era un bloque de pisos como cualquier otro. En la planta baja había una mercería y una academia de inglés con el cartel pintado a mano.

Sara sacó el teléfono y llamó a Rubén.

—El edificio ya no existe.

—Ya lo sabía. Lo demolieron en el 89. El solar estuvo vacío seis años y luego lo compraron para el bloque actual.

—¿Hay algo debajo?

—¿Cómo que debajo?

—Rubén. ¿Hay sótano en el proyecto de demolición?

Un silencio mientras Rubén buscaba.

—El proyecto de demolición de 1989 menciona una planta semisótano que fue parcialmente sellada antes de la nueva construcción. No hay especificaciones de lo que contenía.

Sara miró el bajo del edificio. La mercería tenía las luces encendidas y una señora mayor que enrollaba un cabo de tela sin mirar hacia la calle.

—¿Quién tiene el expediente de la obra del 89?

—El Ayuntamiento de Madrid. Archivo de urbanismo.

—Pídelo.

—Ya está pedido. Me dijeron que tardaban entre cinco y diez días laborables.

—Diles que es urgente.

—Ya les dije que era urgente. Me dijeron que entre cinco y diez días laborables.

Sara guardó el teléfono.

Siguió mirando el edificio un momento más.

Doce años de niños. Doce años de Sor Asunción y sus ojos transparentes y su voz que nunca se levantaba. Doce años de entradas en el registro numeradas con una tarjeta plastificada. Y luego, en 1983, cierre repentino, congregación disuelta, registros desaparecidos, y cuatro meses después una carta de la Diócesis pidiendo discreción absoluta.

Y en el 89, el edificio derribado.

Y en su lugar, una mercería y una academia de inglés.

Encendió el cigarrillo que llevaba veinte minutos aplazando y se quedó fumando en la acera frente al número 118, mirando la fachada de piedra artificial de color crema.

Dios proveerá, había dicho la placa de cerámica que ya no existía.

Lo que fuera que Dios hubiera provisto en ese lugar, alguien se había encargado de que no quedara rastro.

* * *

A las cuatro de la tarde, Sara aparcó en la calle Colón de Getafe y subió al tercero B.

Mónica Arenas tardó en abrir. Sara contó mentalmente hasta diecisiete antes de oír el ruido de los pasos al otro lado de la puerta, y luego otros cinco antes de que la puerta se abriera, lo que significaba que la mujer había estado mirando por la mirilla antes de decidir si abría.

Tenía cincuenta y un años según el registro, pero los aparentaba de una manera en que la edad no importa tanto como lo que la ha fabricado. Era menuda, con el pelo oscuro cortado corto y una manera de sostenerse en el umbral que no era de bienvenida pero tampoco era de rechazo. Era la postura de alguien que ha aprendido a no dar información con el cuerpo antes de saber qué está pasando.

—Soy la inspectora Montero. Hablamos ayer por teléfono.

—Ya sé quién es.

—¿Puedo pasar?

Mónica Arenas la miró durante un momento. Luego se apartó.

El piso era ordenado con esa precisión que no es natural sino construida, el tipo de orden que mantienen las personas que necesitan que su entorno esté bajo control porque otras cosas no lo están. En el salón había una estantería llena de libros técnicos y algún libro de bolsillo, una mesa de trabajo con un ordenador portátil y varios folios con notas escritas a mano, y en la pared, enmarcado, un título universitario de Trabajo Social de la Universidad Complutense, expedido en 1995.

Sara miró el título.

Mónica Arenas lo vio mirarla.

—¿Qué quiere saber?

—Lo mismo que ayer. Tomás Vidal y el orfanato.

—Ya le dije que no conozco a ningún Tomás Vidal.

—Tomás Vidal murió el lunes por la noche en su piso de Lavapiés. —Sara lo dijo sin inflexión, como un dato—. Rafael Soler murió el mismo día en Málaga. Los dos estaban en una lista que Vidal dejó en la comisaría antes de morir. Los dos procedían de un centro de acogida llamado Santa Clara de Miraflores, en Carabanchel. Y usted también está en esa lista.

Mónica Arenas no se movió.

Sara contó dos respiraciones antes de que la mujer dijera algo.

—¿En qué posición?

—¿Cómo?

—En la lista. ¿En qué posición está mi nombre?

Sara la miró.

—El diecisiete.

Algo cruzó la cara de Mónica Arenas que no era sorpresa. Era reconocimiento. Como cuando alguien te dice el número de tu casa y sabes que te han encontrado.

Se sentó en el sofá sin que nadie se lo pidiera. Cruzó las manos en el regazo con una firmeza que parecía requerir esfuerzo. Estuvo mirando el suelo durante unos segundos.

—Tomás llevaba mucho tiempo queriendo hacer esto —dijo por fin—. Muchos de nosotros le pedimos que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque sabíamos que en cuanto alguien supiera dónde buscarnos, nos encontraría. —Levantó la vista—. Y tenían muchos años para prepararse.

—¿Quiénes?

Mónica Arenas la miró con la expresión de quien va a decir algo que lleva cuarenta años sin decir y que sabe que, en cuanto lo diga, ya no habrá manera de volver atrás.

—Los que pagaban para entrar en la sala del fondo.

Capítulo 5

Los que pagaban

Mónica Arenas fue a la cocina sin decir nada y volvió con dos vasos de agua. Dejó uno frente a Sara y se quedó el otro en las manos, sujetándolo con las dos palmas, como si necesitara tener algo concreto entre los dedos para hablar.

Sara no tocó su vaso.

Esperó.

La luz del salón era la luz de la tarde de marzo, esa luz horizontal y cansada que entra por las ventanas orientadas al oeste y que alarga las sombras de las cosas hasta hacerlas irreconocibles. En la calle de abajo, un coche arrancó. Un niño gritó algo que no se entendía. El mundo seguía siendo el mundo con normalidad terrible.

—Tenía nueve años cuando llegué —empezó Mónica—. Mi madre murió en el 79 y mi padre no quiso hacerse cargo. Lo firmó todo en dos horas, me dejaron allí y no volvió.

Bebió un poco de agua.

—Al principio parecía un sitio normal. Las monjas eran frías, pero no malas. Había comida. Había camas. Había clases por la mañana con una maestra que venía tres días a la semana. Para alguien que venía de donde yo venía, que era una habitación en Vallecas con goteras y un padre que bebía, no era tan diferente.

Hizo una pausa. No era una pausa de quien busca las palabras. Era la pausa de quien sabe exactamente qué palabras van a venir y está midiendo si puede sostenerlas.

—Las primeras semanas no entendí qué pasaba. Veía cosas que no encajaban pero no tenía el lenguaje para nombrarlas. Algunos niños que un día estaban y al siguiente no estaban. No se iban, no los adoptaban, simplemente desaparecían por unos días y luego volvían.

Y cuando volvían eran distintos. No distintos de una manera que pudieras señalar y decir *esto ha cambiado*. Distintos de adentro. Como si alguien hubiera vaciado algo que no se ve.

Sara tenía el bloc en la mano pero no estaba escribiendo. Escuchaba.

—La sala del fondo era al final del pasillo de la planta baja. Detrás de la cocina. Puerta de madera oscura, siempre cerrada con llave. Yo tardé cuatro meses en entender para qué servía.

* * *

Los hombres llegaban de noche.

No siempre los mismos. No siempre el mismo número. Pero siempre de la misma manera: coches que aparcaban en la calle lateral, no en la principal, y que apagaban los faros antes de llegar a la verja. Mónica los había visto desde la ventana del dormitorio, que daba al patio trasero y desde donde, si te colocabas en el ángulo correcto, podías ver el lateral del edificio y la puerta que daba acceso desde fuera a la planta baja.

Entraban por esa puerta.

Sor Asunción los esperaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una noche me desperté con sed y fui al baño. El baño quedaba al final del pasillo del segundo piso y desde la ventana del baño se veía el patio interior. Vi a Sor Asunción cruzar el patio con una linterna. Iba hacia la puerta lateral. Eran las dos de la mañana.

Mónica dejó el vaso en la mesa de centro. Lo alineó con el borde de la mesa con un gesto preciso, casi automático.

—No volví a la cama. Me quedé en el baño, en el suelo, con la espalda contra la pared de azulejos fríos, hasta que oí que la puerta lateral volvía a cerrarse. Pasó algo más de una hora. Cuando me asomé, los coches ya no estaban.

—¿Cuántos coches?

—Esa noche, dos. Otras veces más. Una vez conté cuatro. —Hizo una pausa—. No siempre era de noche. A veces era tarde, después de cenar, cuando los más pequeños ya estaban en cama. Pero siempre era cuando los niños no podían ver bien quién entraba.

Sara pensó en la ventana de la planta baja con los cristales pintados de blanco por dentro.

—¿Y los niños que llevaban a esa sala?

Mónica tardó en contestar.

—Los elegía Sor Asunción. No siempre los mismos. Los cambiaba. Supongo que para que no se notara demasiado en uno solo. —Bebió agua—. Algunos estaban allí cuando yo llegué y ya tenían esa manera de estar que he descrito. Esa manera de mirar desde muy lejos, como si hubiera una distancia entre ellos y el mundo que no podían acortar aunque quisieran. Con los años, he aprendido el nombre técnico de lo que les pasaba. En aquel momento solo sabía que eran niños que ya no eran del todo niños.

Sara escribió algo en el bloc. No lo que Mónica había dicho. Escribió un nombre: *Sor Asunción.* Y debajo: *apellidos, paradero actual.*

—¿Llegaron a llevarte a ti?

La pregunta era directa. Quizás demasiado. Pero Sara había aprendido que las preguntas directas, cuando se hacen con el tono correcto, le ahorraban a los testigos el esfuerzo de llegar solas a los sitios más difíciles.

Mónica Arenas la miró.

—Una vez.

No dijo más.

Sara no presionó.

—¿Sabes quiénes eran los hombres?

—No los vi bien nunca. Los coches tenían los faros apagados, como te he dicho. Y yo tenía nueve, diez, once años. No sabía leer

matrículas ni tenía manera de saber quiénes eran. —Hizo una pausa —. Pero una noche vi algo.

Sara esperó.

—Era invierno, el segundo año que estuve allí. Habían llevado a uno de los niños mayores a la sala del fondo y uno de los hombres salió antes de que terminara. Salió al patio a fumar. Yo estaba en la ventana del segundo piso, en la oscuridad. Él no me vio. La brasa del cigarrillo le iluminaba la mano cuando daba una calada.

—¿Qué viste?

—Un anillo. En el dedo índice de la mano derecha. Grande, de oro o algo que parecía oro, con un escudo en relieve. —Mónica hizo una pausa—. No sé de heráldica. Solo sé que era el tipo de anillo que lleva la gente que pertenece a algo.

Sara sintió que algo se activaba en la parte de la cabeza donde se guardan los hilos que todavía no se saben conectar.

—¿Recuerdas cómo era el escudo?

—Tenía una figura. Un animal, creo. O dos. —Mónica negó con la cabeza—. Han pasado cuarenta años. Solo recuerdo el anillo porque Nico lo dibujó en su cuaderno. Le dije lo que había visto y lo dibujó. Me lo enseñó para ver si era lo que yo recordaba y le dije que sí.

—¿Nico guardaba un cuaderno?

—Nico apuntaba todo. Fechas, noches, quién había ido a la sala. Cuántos coches. Todo lo que podíamos observar sin que nos pillaran. Era su manera de —hizo una pausa y buscó la palabra— de resistir. De decir que lo que pasaba era real aunque nadie fuera a creerlo.

Sara escribió en el bloc: *cuaderno verde. Nico Ferreras. Paradero.*

—¿Dónde está Nico ahora?

La cara de Mónica Arenas cambió de una manera que Sara conocía. Era el cambio específico que se produce en la cara de alguien cuando una pregunta les lleva a un lugar que no habían decidido visitar todavía.

—No lo sé —dijo—. Perdimos el contacto hace muchos años.

—¿Está en la lista?

—Sí.

—¿En qué posición?

—No lo sé. Cada uno de nosotros solo conocía su propio número. Así lo organizó Tomás. Para que si alguien hablaba, no pudiera dar más información de la suya.

Tomás Vidal, pensó Sara. *Un sistema de seguridad construido durante años. Compartimentado como una célula de inteligencia.*

—¿Cuántos de los cuarenta estaban en contacto con Vidal?

—No lo sé con exactitud. Algunos querían hacer algo con esto y otros preferían seguir viviendo sus vidas y no mirar atrás. No todos los que estuvieron en Santa Clara salieron igual de rotos, o igual de decididos a que se supiera. —Mónica hizo una pausa—. Yo estaba en el grupo de los que pensaban que remover esto solo traería más daño.

—¿Y ahora?

Mónica Arenas miró el vaso de agua en la mesa.

—Ahora hay dos personas muertas y alguien ha decidido que la solución es eliminar a todos los que saben. Así que supongo que da igual lo que yo pensara antes.

* * *

—¿Sabes por qué desaparecieron los registros del orfanato?

—Sí.

—¿Me lo vas a contar?

Mónica se levantó del sofá. Fue hasta la estantería, sacó un libro sin mirar el título, lo sostuvo un momento y lo devolvió a su sitio. Era el gesto de alguien que necesita moverse para pensar.

—Cuando cerraron Santa Clara en el 83, algunos de los niños mayores ya teníamos doce, trece años. Suficiente edad para saber lo

que había pasado. Suficiente para hablar, si alguien nos preguntaba. —Se giró—. Los registros desaparecieron porque en esos registros estaban nuestros nombres reales, nuestras procedencias, los datos de nuestras familias originales. Si alguien investigaba, podría encontrarnos. Y si nos encontraba y hablábamos, podría llegar a ellos.

—¿A los hombres del anillo?

—A los hombres del anillo. Y a los que sabían lo que pasaba y miraban hacia otro lado.

Sara pensó en la carta del vicario. *A fin de preservar el bienestar de los menores implicados.*

—La Iglesia sabía.

No era una pregunta.

Mónica Arenas la miró fijamente.

—La Iglesia sabía. No todos, no toda la institución como un bloque, pero sí las personas que tenían que haber vigilado ese centro y que no lo hicieron. Que recibieron las denuncias y las archivaron. Que cerraron el orfanato en silencio en lugar de abrirlo.

—¿Y las identidades falsas? ¿Quién las construyó?

—Sor Asunción. Con ayuda de alguien externo, suponemos. Pero la decisión fue suya. Cuando cerraron el centro, a los que salíamos con identidades falsas nos dijeron que era para protegernos. Que si alguien nos buscaba con nuestros nombres reales, no nos encontraría. Que era un regalo.

La palabra *regalo* sonó en el salón con una amargura tan concreta que casi tuvo forma.

—Nos regalaron nombres de niños muertos —dijo Mónica— para que nosotros también muriéramos, de alguna manera. Para que los niños que habíamos sido desaparecieran. —Hizo una pausa—. Algunos lo agradecieron. Querían desaparecer. Querían empezar de cero y no volver a mirar atrás. Pero otros, como Tomás, como yo, llegamos a entender que esa identidad falsa era también una correa. Una

manera de tenernos controlados. Porque si alguien tiraba del hilo, saltaba todo. Y lo primero que saltaría sería que llevábamos cuarenta años siendo otra persona.

Sara lo entendió del todo en ese momento.

Las identidades falsas no eran solo una manera de borrar el pasado. Eran también una garantía de silencio. Los supervivientes no podían hablar sin admitir que habían vivido con documentación fraudulenta durante décadas. Estaban atrapados por los dos lados: por lo que les habían hecho y por lo que les habían dado para sobrevivir a ello.

Era una trampa construida con una precisión que requería pensar en el largo plazo.

Una trampa construida por alguien que sabía exactamente cómo funcionan las personas cuando tienen miedo.

* * *

El teléfono de Sara vibró.

Era Rubén.

—Un momento —le dijo a Mónica, y descolgó.

—Tercero de la lista —dijo Rubén sin preámbulo—. Bilbao. El abogado, Iñaki Gorostiza. La brigada de Bilbao ha recibido el aviso hace veinte minutos. Aparecido en su despacho en el centro. Misma marca.

Sara cerró los ojos medio segundo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. El cuerpo lo encontró su secretaria al llegar al trabajo. Según el forense de allí, murió entre las once de la noche y las dos de la madrugada.

Mientras ella estaba en el edificio de Carabanchel mirando una fachada de piedra artificial, mientras ella buscaba el solar donde había estado el orfanato, el tercero de la lista moría en un despacho de Bilbao.

—¿Gorostiza había hablado contigo ayer?

—Sí. Me dijo que llevaba años esperando que alguien llamara.

—Y en cuanto llamamos, alguien se adelantó.

Silencio al otro lado.

—Eso es lo que parece.

Sara miró a Mónica Arenas, que la observaba desde el sofá con esa expresión de quien ya sabe lo que está oyendo aunque no escuche las palabras.

—Rubén, necesito que saques todo lo que puedas sobre una mujer llamada Sor Asunción. Directora del Orfanato Santa Clara de Miraflores entre los años setenta y 1983. No tengo apellidos todavía. Y necesito cualquier rastro de un Nicolás Ferreras, aproximadamente cincuenta y dos o cincuenta y tres años, sin localización conocida.

—¿Ferreras con doble erre?

—Con doble erre.

—Dame una hora.

Colgó.

Sara guardó el teléfono y miró a Mónica.

—El tercero de la lista ha muerto esta mañana en Bilbao.

Mónica Arenas asintió una sola vez. Como si lo esperara. Como si llevara cuarenta años esperando que llegara este día concreto y la única sorpresa fuera que hubiera tardado tanto.

—¿Tiene usted algún lugar donde quedarse que no sea esta dirección?

—Tengo una hermana en Alcalá de Henares.

—Llámela esta tarde. —Sara se levantó y dejó su tarjeta en la mesa, junto al vaso de agua que no había tocado—. Y si recuerda cualquier otra cosa sobre el anillo, sobre Sor Asunción, sobre cualquier nombre que oyera en Santa Clara, llámeme. A cualquier hora.

Mónica cogió la tarjeta. La miró.

—¿Cree que puede parar esto?

Sara se puso el abrigo.

Era una pregunta honesta que merecía una respuesta honesta.

—Voy a intentarlo.

No dijo más. Porque lo honesto y lo tranquilizador no siempre eran la misma cosa, y Mónica Arenas llevaba demasiados años en el mundo real como para no saberlo.

* * *

Fuera, en la calle Colón de Getafe, el frío de la tarde había bajado dos grados desde que ella había entrado en el edificio. Sara encendió el cigarrillo apoyada en el capó del coche y miró la acera sin verla.

Tres muertos en dos días.

Cuarenta niños a los que les habían robado el nombre, la infancia y cuarenta años de silencio. Y alguien que los conocía a todos, que sabía dónde vivían bajo sus identidades falsas, que tenía la logística y la frialdad de moverse de Madrid a Málaga a Bilbao en menos de cuarenta y ocho horas.

O que tenía ayuda.

O que no era uno solo.

Pensó en el anillo con el escudo heráldico. En los hombres que llegaban de noche con los faros apagados. En la carta del vicario. En la congregación disuelta. En el solar de Carabanchel cubierto ahora por un bloque de pisos con una mercería en la planta baja.

Todo eso llevaba cuarenta años enterrado.

Y ahora alguien estaba decidido a que siguiera enterrado para siempre.

Lo que significaba que había algo, todavía, que podía salir a la luz.

Algo que valía la pena matar para que no saliera.

Sara aplastó el cigarrillo contra el suelo y se metió en el coche.

Capítulo 6

El cuaderno verde

Rubén llevaba dos horas en el sistema cuando Sara aparcó en el garaje de la jefatura.

Lo sabía porque cuando entró en el despacho él no había movido el café que tenía en la mesa desde la mañana, y Rubén era incapaz de tener un café delante durante más de diez minutos sin beberlo. El café frío era siempre un indicador más fiable que cualquier reloj.

—¿Sor Asunción? —preguntó Sara antes de quitarse el abrigo.

—Asunción Larralde Mendoza. Nacida en Pamplona en 1935. Ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Misericordia Perpetua en 1957. Directora de Santa Clara de Miraflores desde 1971 hasta el cierre en 1983. —Rubén hizo una pausa—. Falleció en 2011. Un convento de clausura en Ávila. Allí pasó los últimos veintiocho años de su vida.

Sara procesó eso.

Sor Asunción había muerto hace trece años, protegida por los muros de un convento de clausura, sin haber dado explicaciones a nadie. Sin haber respondido por nada. Los últimos veintiocho años de su vida en silencio voluntario, que era la mejor descripción posible de alguien que sabe exactamente lo que ha hecho y lo que le costaría que se supiera.

—¿Nico?

Rubén cogió el café frío, lo miró, lo dejó.

—Nicolás Ferreras Alcalde. Nacido el 3 de mayo de 1970 en Madrid. Hijo de padre desconocido y madre fallecida cuando él tenía cuatro años. Ingresó en Santa Clara de Miraflores en 1977, con siete años. — Tecleó algo—. Sale del sistema en 1984, cuando cumple los catorce y lo derivan a un piso de acogida para mayores en

Villaverde. Aparece con dirección propia a partir de 1991. Trabajo irregular, contratos temporales. Última dirección registrada en el padrón: calle de Embajadores, 74, Madrid. 2009.

—¿Y después?

—Después, nada. En 2010 se da de baja del padrón sin nueva alta en ningún municipio de España. —Una pausa—. Pero hay algo más.

Sara esperó.

—En 2009, el mismo año que desaparece del padrón de Madrid, hay un Nicolás Alcalde Ferreras —apellidos invertidos— que solicita una renovación del DNI en la oficina del Registro Civil de Guadalajara. La foto del DNI es de un hombre de unos cuarenta años. No he podido confirmar que sea la misma persona, pero los apellidos invertidos es un truco conocido. Sencillo, difícil de rastrear si no sabes lo que buscas.

—¿Dirección del nuevo DNI?

Rubén cogió un folio de su mesa y lo deslizó hacia Sara.

Una dirección en un pueblo de la sierra de Madrid. Garganta de los Montes. Cuarenta y tres kilómetros al norte de la ciudad.

Sara miró el folio.

—¿Sigue vigente?

—El padrón de Garganta de los Montes tiene registrado a un Nicolás Alcalde Ferreras desde 2010 hasta 2019. En 2019, de baja por traslado. Sin nueva dirección.

—Otra vez.

—Otra vez. Aunque esta vez sin pista de adónde va.

Sara dobló el folio y se lo metió en el bolsillo.

Rubén la miró.

—¿Mañana vas al pueblo?

—Esta tarde.

—Son las cinco, Sara. Para cuando llegues…

—Para cuando llegue será de noche y habrá alguien en ese pueblo que lo conoció. Los pueblos de cuarenta y tres kilómetros tienen ese tamaño en que todo el mundo conoce a todo el mundo y nadie se olvida de los que estuvieron aunque ya no estén. —Se puso el abrigo que acababa de quitarse—. Tú sigue con los nombres de la lista. Quiero localizados y avisados a todos los que tienen identidad real antes de mañana por la mañana.

—Eso son dieciocho personas.

—Dieciocho menos las tres que ya no podemos avisar.

Rubén asintió. Cogió el café frío, lo olió, lo tiró a la papelera.

—Llámame si encuentras algo en el pueblo.

—Siempre.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, febrero de 1981

El cuaderno verde lo sacó Nico por primera vez en la tercera semana de febrero.

Era un sábado. Los sábados por la tarde no había clase y Sor Remedios dejaba a los niños en el patio durante hora y media, hasta que el frío la convencía de que era hora de entrar. Marta se había acostumbrado ya a la rutina del patio: los más pequeños corrían o jugaban a juegos que ella no siempre entendía, los medianos se distribuían por los bordes del patio según sus alianzas invisibles, y Nico se sentaba siempre en el mismo banco, el único con las tablas enteras, a escribir en su cuaderno.

Ese sábado Marta se sentó a su lado sin decir nada y él tampoco dijo nada, y estuvieron así un rato que no supo cuantificar, ella mirando el patio y él escribiendo con esa presión excesiva del bolígrafo que hacía que la letra quedara ligeramente hundida en el papel.

Cuando terminó la entrada del día, cerró el cuaderno y lo sostuvo sobre la rodilla con la palma de la mano encima, como si fuera algo que pudiera escaparse.

—¿Por qué no me cuentas lo que escribes? —dijo Marta.

—Porque no es para contar.

—¿Para qué es entonces?

Nico miró el patio. Uno de los niños pequeños se había caído y lloraba con ese llanto de caída que es más susto que dolor, y Sor Remedios se había acercado a levantarlo con la misma expresión con que levantaría un objeto del suelo.

—¿Tú sabes lo que es un testigo? —preguntó Nico.

—El que ve algo y lo cuenta.

—El que ve algo, lo cuenta y lo puede demostrar. —Levantó el cuaderno un centímetro—. Si solo lo cuentas, puede que nadie te crea. Si lo tienes escrito con fechas y detalles, es más difícil que digan que te lo inventaste.

Marta miró el cuaderno. Las tapas de plástico verde oscuro, el lomo ligeramente combado por el uso.

—¿Qué has visto?

Nico no contestó de inmediato. Miró a Sor Remedios, que había dejado al niño pequeño en pie y estaba hablando con otra monja más joven junto a la puerta que daba al interior.

—Muchas cosas —dijo—. Desde hace dos años.

—¿Las escribes todas?

—Las que puedo verificar. No escribo lo que me imaginé o lo que me pareció. Solo lo que vi y puedo describir con exactitud. —Hizo una pausa—. Fechas. Horas, aproximadas. Cuántos coches. Matrícula de los que pude leer. Lo que describieron los niños cuando quisieron hablar conmigo, que no son muchos, la mayoría no quieren hablar.

—¿Te contaron lo que pasa allí dentro?

—Algunos. —Una pausa breve, del tipo de las pausas que tienen los niños que han aprendido a medir lo que dicen—. No voy a contártelo a ti. No todavía. Tienes que estar más tiempo aquí antes de entender algunas cosas.

—Tengo ocho años, no soy pequeña.

—No tiene que ver con la edad. Tiene que ver con estar preparada. —La miró—. Cuando estés preparada, te lo cuento todo. Y te enseño el cuaderno.

Marta quiso protestar. Tenía el argumento ya formado, el argumento de que ella había visto cosas también, que venía de Vallecas y de un padre que bebía y de una madre que había muerto, que no era de las que necesitaban que la protegieran. Pero algo en la cara de Nico, en la manera en que sujetaba el cuaderno con la palma sobre la tapa como si lo estuviera protegiendo a él tanto como él a ella, le dijo que el argumento no era el adecuado para este momento.

—¿Cuándo? —dijo en cambio.

—Cuando yo lo decida.

Y volvió a mirar el patio con esa expresión de diez años que tenía tres o cuatro de más.

* * *

Fue en la primera semana de marzo cuando Nico abrió el cuaderno delante de ella.

No se lo entregó. Lo abrió sobre su rodilla, girado hacia Marta, y ella leyó por encima de la letra pequeña y apretada las entradas del mes de enero. Fechas en el margen izquierdo. Números. Abreviaturas que no entendió del todo.

—Las letras que no entiendes son matrículas —dijo Nico—. Solo las iniciales y los números finales. No me da tiempo a leer la matrícula completa desde la ventana.

—¿Las coches?

—Los coches de los que vienen. —Señaló una entrada con el dedo sin tocar la página—. Esta noche vinieron tres. Este coche es el que viene más veces, desde el verano pasado. Este otro lo he visto cuatro veces. Este de aquí —señaló una abreviatura distinta— solo vino una vez.

Marta leyó las letras. Tres o cuatro caracteres por entrada. No eran suficientes para identificar un vehículo, lo entendió incluso con ocho años, pero sí eran suficientes para demostrar que había habido un coche. Que alguien había estado ahí. Que no era un sueño.

—¿Y esto? —señaló unas palabras al final de una entrada.

Nico tardó un momento.

—El anillo. —Lo dijo sin inflexión—. Hay un hombre que lleva un anillo con un escudo en el dedo. Lo vi en el patio cuando salió a fumar. Lo dibujo siempre igual para que si alguien lo ve pueda reconocerlo.

Pasó tres páginas hacia adelante.

El dibujo era pequeño, hecho con bolígrafo, pero tenía esa precisión de los dibujos que se hacen muchas veces intentando mejorarlos. Un anillo redondo con una superficie plana en la que había inscrita una figura: un animal rampante, una especie de jabalí o de toro, con algo que podría ser una corona o una hoz encima. A los lados del animal, dos letras: *V* y *C.*

—¿Sabes qué significa?

—No. Pero lo copié muchas veces hasta que me salió igual que lo que recuerdo. —Cerró el cuaderno—. Las dos letras no sé si son iniciales de un apellido o de otra cosa.

V y *C.*

Marta las repitió en silencio.

—¿Por qué me lo enseñas ahora?

Nico miró hacia la puerta del edificio. Sor Remedios había entrado. Eran los dos solos en el patio, junto con cuatro niños pequeños que jugaban en el otro extremo, demasiado lejos para escucharlos.

—Porque necesito que alguien más lo sepa —dijo—. Si solo lo sé yo y me pasa algo, se acaba aquí. Si tú también lo sabes, al menos hay dos.

—¿Qué te va a pasar?

Nico se metió el cuaderno en el bolsillo.

—No lo sé. Pero llevo dos años viendo cosas que Sor Asunción preferiría que nadie viera. Y Sor Asunción es muy lista.

Lo dijo con la misma calma con que habría dicho que iba a llover, y esa calma era la cosa más inquietante de todo lo que había dicho.

* * *

Garganta de los Montes estaba al final de una carretera comarcal que serpenteaba entre pinos y encinas durante los últimos doce kilómetros. Sara llegó cuando el sol ya estaba detrás de la sierra y el cielo tenía ese color de hierro oscuro que precede a la noche de invierno en la montaña.

El pueblo era pequeño. Doscientas casas, una iglesia, una plaza con un bar que tenía la persiana a medio bajar y luz dentro. Sara aparcó en la plaza y entró.

El bar se llamaba La Dehesa y tenía esa atmósfera de los bares de pueblo de montaña en que el tiempo transcurre de otra manera: dos hombres mayores con chaquetas de lana jugaban al dominó en una mesa del fondo, una mujer detrás de la barra secaba vasos con un trapo, y en el televisor de la esquina un canal de noticias emitía en silencio con los subtítulos activados.

Sara pidió un café.

La mujer de la barra tendría unos cincuenta y cinco años, con el pelo gris recogido y las manos de alguien que lleva décadas trabajando con ellas.

—¿Conoce a un hombre que vivió aquí hace unos años? Nicolás Alcalde Ferreras. Alto, cincuenta y pocos años. Llegó al pueblo hacia 2010.

La mujer dejó de secar el vaso.

—¿Es usted de la policía?

—Inspectora Montero. Brigada de Homicidios de Madrid.

—¿Homicidios?

—Es una investigación en la que él podría ayudarnos. No está detenido ni buscado.

La mujer miró a los dos hombres del dominó, que habían dejado de jugar y escuchaban sin disimulo.

—Nico —dijo uno de ellos, el de la chaqueta azul marino—. Vivió en la casa del camino de la fuente nueve años. Buen hombre. Tranquilo. No daba problemas.

—¿Sabe adónde fue cuando se marchó?

El hombre negó con la cabeza.

—Se fue de un día para otro. Dejó las llaves en el buzón de la casera y un sobre con el último mes de alquiler. —Hizo una pausa—. Eso fue en el otoño del 19. Octubre, creo. O noviembre.

—¿Había algún cambio en él antes de marcharse? ¿Algo diferente?

Los dos hombres se miraron.

—Tuvo visita —dijo el otro, el de la chaqueta gris—. En agosto o septiembre, unos días antes de irse. Un coche que no era del pueblo. Se quedó aparcado delante de su casa casi toda una tarde.

—¿Vio a alguien entrar o salir?

—Vi a Nico salir. Solo. Y al coche marcharse.

Sara bebió el café.

—¿Alguien sabe si dejó algo en la casa?

La mujer de la barra volvió a mirar a los dos hombres. Luego miró a Sara.

—La casera vive tres casas más arriba de La Dehesa. Amparo Recuero. Si quiere hablar con ella, a esta hora suele estar en casa.

* * *

Amparo Recuero era una mujer de setenta años con una voz que no admitía rodeos. Abrió la puerta antes de que Sara terminara de llamar, como si hubiera visto llegar el coche desde la ventana, que

era probable porque la ventana del salón daba directamente a la plaza.

—Soy la casera de la casa del camino de la fuente, sí —dijo antes de que Sara dijera nada—. Nico Alcalde. Buen inquilino. Ocho años sin un solo retraso en el alquiler. Me dejó la casa en mejor estado del que la cogió.

—¿Dejó algo cuando se fue?

—Las llaves y el dinero, como le habrán dicho. —Una pausa—. Y una caja.

Sara la miró.

—¿Una caja?

—En el trastero. Me dijo que la guardara. Que si en dos años no venía a recogerla, que la quemara sin abrirla. —Amparo Recuero sostuvo la mirada de Sara con la firmeza de alguien que ha tenido tiempo de pensar en esto—. Han pasado cinco años.

—¿La quemó?

—No. —Otra pausa—. No pude. Era de Nico.

Sara sintió que el hilo tiraba de ella hacia adelante.

—¿Puedo verla?

Amparo Recuero la miró durante un momento. Luego se apartó de la puerta.

—Pase.

* * *

La caja era de cartón reforzado, del tipo que se vende en las tiendas de embalaje, con las esquinas reforzadas con cinta americana y el cierre sellado con tres capas de la misma cinta. Encima, escrito con rotulador negro en letra grande y clara: *PARA QUIEN CORRESPONDA. NO ABRIR SALVO NECESIDAD.*

Sara la sostuvo con las dos manos. Pesaba lo suficiente para que hubiera algo dentro que tenía volumen y consistencia. No mucho. No

una colección de documentos. Algo más compacto.

Miró a Amparo Recuero.

—Voy a necesitar llevarme esto.

La mujer asintió una sola vez.

—Era lo que haría Nico —dijo—. Que llegara a quien tuviera que llegar.

Sara cargó la caja hacia el coche. La puso en el asiento del copiloto y se quedó un momento con las manos en el volante, mirando la plaza desierta de Garganta de los Montes con las primeras farolas encendidas y el frío de la sierra bajando ya sobre el pueblo.

Dentro de esa caja podía haber cualquier cosa.

O podía haber el cuaderno verde que Nicolás Ferreras había llevado en el bolsillo del pantalón desde los diez años, con las fechas y las matrículas y el dibujo del anillo con el escudo y las dos letras: *V* y *C.*

Arrancó el coche.

No abrió la caja hasta llegar a Madrid.

Capítulo 7

La caja

Llegó a Madrid a las diez y cuarto de la noche.

El despacho estaba vacío. Rubén le había mandado un mensaje a las nueve diciéndole que había localizado a doce de los dieciocho y que los seis restantes seguían sin dar señales de vida, y que se iba a casa porque llevaba diecinueve horas despierto y necesitaba dormir aunque fueran cuatro horas. Sara le contestó que bien. Ella no iba a dormir todavía.

Dejó la caja en el centro de la mesa, encendió el flexo, se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla. Luego fue a la máquina del pasillo y volvió con un café que sabía a plástico caliente pero que era cafeína y eso era lo único que importaba.

Se puso los guantes.

La cinta americana llevaba cinco años sellando las solapas de la caja. Sara la cortó con las tijeras del cajón, con cuidado, haciendo palanca en los bordes para no dañar lo que hubiera dentro. Las solapas crujieron cuando las abrió, ese crujido del cartón que lleva tiempo comprimido y que se libera de golpe.

Dentro había tres cosas.

Las separó sobre la mesa con cuidado, una por una, alineándolas como si fueran pruebas en un tribunal, que era lo que podrían llegar a ser.

La primera: el cuaderno.

No era el cuaderno verde de plástico que Mónica había descrito. Era un cuaderno de espiral, tamaño folio, con las tapas de cartón negro. Más grande. Más grueso. El tipo de cuaderno que se compra para un proyecto largo, para algo que se sabe que va a ocupar espacio. En la

tapa, sin título, sin nombre, solo una fecha escrita con rotulador en la esquina inferior derecha: *1981–2019.*

Treinta y ocho años de entradas.

Sara lo abrió por la primera página.

La letra del principio era de niño. Pequeña, apretada, con las letras ligeramente irregulares de quien está aprendiendo todavía a escribir con rapidez. Con los años, según fue pasando páginas, la letra fue cambiando: se hizo más grande, luego más inclinada, luego más firme. Pero el método no cambió nunca. Fecha en el margen izquierdo. Lugar. Descripción. Sin adornos, sin interpretaciones. Solo hechos.

Las primeras entradas eran de Santa Clara. Las matrículas parciales que Mónica había descrito, los horarios de llegada y salida de los coches, el número de personas, los detalles que un niño de diez años había podido observar desde las ventanas del edificio con la precisión de alguien que sabe que está construyendo algo aunque no sepa todavía para qué.

A partir de 1985, las entradas cambiaban de tono. Nico ya tenía quince años y estaba fuera del orfanato, pero había seguido buscando. Había ampliado las matrículas parciales. Había cotejado los fragmentos con registros de vehículos. En algunas páginas había fotocopias pegadas con celo, fotocopias de documentos que Sara no reconoció de inmediato y que necesitaría tiempo para analizar.

Cerró el cuaderno. Lo dejaría para después, con calma y con Rubén.

La segunda cosa: un sobre de papel kraft, del tamaño de un folio doblado, cerrado con pegamento y con algo escrito en el frontal con la letra firme del Nico adulto: *Abrir solo si ya no puedo hacerlo yo.*

Sara lo miró durante tres segundos.

Luego lo abrió.

Dentro había dos hojas. La primera era una lista de doce matrículas completas, con las marcas y modelos de los vehículos, las fechas en que habían aparecido en el entorno de Santa Clara entre 1981 y

1983, y al lado de cada una, un nombre. Nombres con apellidos. Profesiones. En algunos casos, cargos.

Sara los leyó despacio.

Dos empresarios. Un notario. Un médico. Un militar retirado. Un juez. Dos políticos, uno de nivel autonómico y otro con cargo en la administración central. Un aristócrata con el título nobiliario anotado entre paréntesis.

Y al final de la lista, encuadrado con un trazo de bolígrafo como si requiriera una señalización especial, un nombre que Sara leyó dos veces.

Luego una tercera.

Luego cerró los ojos durante un momento.

El nombre era real. Era verificable. Era una persona que en 1981 tenía treinta y pocos años y que en 2024 seguía viva y activa. Una persona cuyo nombre aparecía con regularidad en los periódicos, en los actos públicos, en las declaraciones institucionales.

Una persona con suficiente poder para haber mantenido todo esto enterrado durante cuarenta años.

Sara dejó la primera hoja sobre la mesa y miró la segunda.

Era más corta. Cinco párrafos escritos a mano con la letra del Nico adulto, una letra controlada que en los últimos renglones perdía ligeramente el pulso, como si quien escribía lo hacía sabiendo que era la última vez que iba a escribir esto y que eso tenía un peso específico.

Decía lo siguiente:

Si estás leyendo esto es porque ya no pude entregarlo yo. Lo intenté dos veces antes de guardarlo aquí. Las dos veces alguien supo que lo intentaba antes de que llegara a quien tenía que llegar. No sé cuántos de los cuarenta siguen con vida. No sé si Tomás lo consiguió. Solo sé que esto existe y que alguien tiene que saber que existe.

Los nombres de la lista son los que yo pude verificar. Hay más. Siempre hubo más. Pero estos son los que puedo demostrar con fechas, con matrículas y con los testimonios que recogí a lo largo de los años de los que quisieron contármelo.

El nombre del final de la lista es el más importante. Es el que organizaba las visitas. Es el que habló con Sor Asunción. Es el que tiene los recursos para que esto nunca salga.

Si esto llega a alguien que puede hacer algo con ello, que sepa que nosotros éramos niños. Que nadie nos preguntó. Que nadie nos protegió. Que durante doce años entraron en ese edificio hombres que tenían nombre y apellidos y cargos y familias y nadie los detuvo.

Cuídate.

N.

Sara estuvo un momento sin moverse.

Luego cogió la hoja y la leyó otra vez, más despacio, como si la velocidad de la primera lectura hubiera dejado cosas sin ver.

No había dejado nada sin ver. Estaba todo ahí.

Cogió el móvil. Miró la hora: las once y cuarto de la noche. Estuvo diez segundos con el pulgar sobre el nombre de Rubén en la pantalla. Luego lo llamó.

Rubén cogió al segundo tono, lo que significaba que tampoco estaba durmiendo.

—¿Qué hay en la caja?

—Treinta y ocho años de registros. Matrículas completas. Nombres verificados. —Hizo una pausa—. Rubén, el nombre que aparece al final de la lista es Valentín Castaño.

Silencio.

—¿El Valentín Castaño?

—Hay muchos Valentín Castaño?

Otro silencio, más largo.

—Sara. Valentín Castaño lleva veinticinco años en el Consejo General del Poder Judicial. Actualmente es vocal. El año que viene suena para presidencia.

—Lo sé.

—Si esto es real…

—Parece real. Y hay doce matrículas que se pueden verificar y ocho nombres más en la lista. —Sara miró las hojas sobre la mesa—. Ven mañana temprano. Antes de que llegue nadie más.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Son las once de la noche, Sara.

—A las seis, Rubén.

Colgó.

Se quedó mirando la tercera cosa que había en la caja y que todavía no había tocado.

Era una fotografía en papel fotográfico, de las de revelar, diez por quince, con los bordes ligeramente amarilleados por el tiempo. La había dejado para el final porque las fotografías eran siempre lo más difícil de ver.

La cogió.

Era una imagen tomada de noche, con poca luz, desde un ángulo elevado que sugería una ventana del segundo piso. La calidad no era buena, el tipo de imagen que hace una cámara desechable barata en condiciones de poca luminosidad, con el grano y el movimiento propios de la oscuridad. Pero era suficientemente nítida para lo que necesitaba mostrar.

En el patio de Santa Clara, iluminado apenas por la luz que salía de una ventana de la planta baja, había un hombre de pie. De espaldas a la cámara, con un abrigo oscuro, sosteniendo un cigarrillo que describía un punto de luz en la oscuridad. No se le veía la cara.

Pero se veía la mano.

Y en el dedo índice de la mano derecha, captado en el momento en que levantaba el cigarrillo hacia la boca, un anillo. Grande. Oscuro. Con una superficie plana en la que el flash rebotó lo suficiente para revelar el relieve de un escudo.

Sara puso la fotografía junto a las hojas sobre la mesa.

La tercera cosa en la caja era la prueba de que el cuaderno no era solo memoria. Era documentación.

Alguien había estado en ese patio.

Y ese alguien tenía nombre.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, marzo de 1981

La primera vez que Marta los vio fue un martes de la primera semana de marzo.

Se había despertado con sed, igual que Mónica diría años después que le había pasado a ella, y la coincidencia no era sorprendente porque el dormitorio de las medianas tenía la calefacción más alta que el resto del edificio y el calor seco de la noche te dejaba la garganta como papel de lija. Marta fue al baño sin encender la luz del pasillo porque ya había aprendido que la luz del pasillo crujía en el interruptor con un sonido que llegaba hasta el despacho de Sor Remedios, y que Sor Remedios tenía el sueño muy ligero.

Bebió agua del grifo con las manos en cuenco.

En el espejo, su cara de ocho años la miró de vuelta con el pelo aplastado de dormir y los ojos todavía a medio cerrar. Se secó las manos en el pijama y fue hacia la ventana, que daba al patio interior, porque había aprendido también que el frío del cristal contra la frente la terminaba de despertar y que despertar del todo era necesario si no quería tropezar en el pasillo de vuelta a la cama.

Apoyó la frente en el cristal.

El patio estaba en silencio. La bombilla del poste central del patio estaba encendida, como siempre de noche, con esa luz amarilla y

escasa que más que iluminar señalaba. Las sombras de los dos bancos y del árbol pequeño del rincón se alargaban hacia los bordes del patio.

Y en el lateral del edificio, junto a la puerta que daba a la calle lateral, había un coche aparcado.

Marta lo miró.

Luego miró hacia la calle, más allá del muro de la verja, y vio otro.

Dos coches con los faros apagados. El motor del más cercano todavía caliente, se notaba en el vaho tenue que salía del capó. Habían llegado hacía poco.

Una luz se movió en el patio. Una linterna, pequeña, que cruzaba desde la puerta principal del edificio hacia la puerta lateral. La figura que la llevaba era pequeña y oscura y se movía sin prisa, con la certeza de quien hace un recorrido que conoce de memoria.

Sor Asunción.

Marta la reconoció por la manera de andar. No por la cara, que no podía ver en la oscuridad. Por los pasos, esa manera de pisar que tenía la directora, lenta y deliberada, como si cada paso fuera una declaración.

Sor Asunción llegó a la puerta lateral y la abrió.

Dos figuras entraron desde la calle. Hombres, se notaba en la altura y en la anchura de los hombros, con abrigos oscuros. La linterna de Sor Asunción los recibió brevemente, lo suficiente para que Marta pudiera ver que uno de ellos llevaba algo en la mano, una bolsa quizás, antes de que los tres se metieran en el interior del edificio y la puerta se cerrara.

El patio quedó de nuevo vacío.

Marta siguió con la frente en el cristal.

Contó los latidos del corazón para medir el tiempo: ciento cuarenta y dos latidos, aproximadamente dos minutos, antes de que la planta baja se iluminara. La ventana con los cristales pintados de blanco, que estaba justo debajo del baño, dejó pasar una línea de luz por el

borde inferior donde la pintura no llegaba del todo. Solo una línea. Pero estaba ahí.

Ahí dentro había alguien con luz encendida.

Marta no se movió de la ventana del baño en todo el tiempo que duró. No supo cuánto fue. Sus pies descalzos sobre el suelo de azulejos fríos perdieron la sensibilidad antes de que la luz de la planta baja se apagara, antes de que la puerta lateral volviera a abrirse, antes de que las dos figuras salieran al patio y se fueran hacia los coches con esa misma calma de entrada, sin prisa, como si acabaran de salir de una reunión de negocios.

Sor Asunción los acompañó hasta la puerta lateral. Uno de los hombres se detuvo un momento antes de salir y se giró hacia ella. El gesto era de despedida, o de instrucción, Sara no podía saberlo desde el ángulo y la distancia. Luego los dos se fueron.

Los coches arrancaron uno después del otro. Sin faros hasta llegar a la calle principal.

Sor Asunción volvió a cruzar el patio hacia la puerta principal. Cuando pasó bajo la bombilla del poste, Marta vio su cara durante un segundo: tranquila, concentrada, la misma expresión de siempre, la expresión de una mujer que ha hecho lo que tenía que hacer y está pensando ya en lo siguiente.

Marta fue a la cama con los pies entumecidos.

Se metió bajo la manta y se quedó quieta, mirando el techo con los ojos abiertos, sin decir nada, sin hacer nada.

Al día siguiente buscó a Nico en el patio.

—Los vi —le dijo.

Nico la miró. No dijo *¿a quiénes?* porque ya sabía a quiénes.

—¿Cuántos coches?

—Dos.

—¿Los viste a ellos?

—Solo las siluetas. Y a uno de espaldas cuando salió. —Hizo una pausa—. Llevaba un abrigo muy largo. Y las manos grandes.

Nico sacó el cuaderno. Lo abrió en la primera página en blanco y le pasó el bolígrafo.

—Escríbelo tú. Fecha, hora y todo lo que viste. Con tu letra.

Marta lo miró.

—¿Para qué con mi letra?

—Para que haya dos testigos —dijo Nico—. Si solo está mi letra, soy yo solo. Si está la tuya también, somos dos.

Marta cogió el bolígrafo.

Escribió la fecha. Luego la hora aproximada. Luego lo que había visto, con esa precisión práctica de los niños que han aprendido que los detalles importan porque los detalles son lo que la gente mayor suele ignorar.

Cuando terminó, le devolvió el bolígrafo a Nico.

Él leyó lo que ella había escrito sin decir nada. Luego cerró el cuaderno y lo guardó en el bolsillo.

—Bien —dijo.

Era la primera vez que le decía que había hecho algo bien desde que había llegado a Santa Clara, y Marta entendió sin que nadie se lo explicara que ese *bien* tenía un peso diferente al de los cumplidos normales. Era el *bien* de alguien que está construyendo algo y que acaba de recibir un material que necesitaba.

Esa tarde, al volver del patio, Marta se fijó en la ventana de los cristales pintados de blanco.

Por el borde inferior, de día, no se veía nada. La pintura llegaba casi hasta el marco. Casi.

Quedaba una rendija de medio centímetro, como mucho.

Marta se preguntó si Nico había intentado alguna vez mirar por esa rendija.

Luego se preguntó qué habría visto si lo había hecho.

Luego decidió que había algunas preguntas que era mejor no hacerse todavía.

Capítulo 8

Valentín Castaño

Rubén llegó a las seis y cuatro minutos con dos cafés del bar de la esquina que habría abierto hace veinte minutos y que todavía olería a la grasa del día anterior calentándose en la freidora. Sara lo oyó subir las escaleras antes de que abriera la puerta del despacho: dos pisos a pie porque Rubén no cogía el ascensor cuando pensaba, y el sonido de sus pasos en la escalera tenía esa cadencia específica del que sube sin prisa pero sin parar.

Entró, vio la mesa, vio las hojas desplegadas, vio el cuaderno abierto y la fotografía. Dejó los cafés a un lado y se sentó sin quitarse el abrigo.

—Empecemos por las matrículas.

Sara le pasó la primera hoja. Rubén la leyó despacio, de arriba abajo, con esa manera suya de leer los documentos importantes que consistía en no moverse y no hablar hasta llegar al final.

Cuando terminó la dejó sobre la mesa.

—Doce matrículas. Ocho con nombre asignado.

—Anoche intenté verificar cuatro. —Sara señaló las que llevaban una marca de bolígrafo en el margen—. Estas dos dan positivo en el registro histórico de la DGT. Vehículos registrados a nombre de personas físicas en Madrid entre 1979 y 1984. Las otras dos son matrículas antiguas que ya no están en el sistema activo.

—¿Y los nombres?

—Uno falleció en 2003. El otro todavía vive. Setenta y ocho años. Está en una residencia en Boadilla del Monte.

Rubén asintió sin decir nada. Cogió el café. Bebió.

—Las ocho con nombre asignado en la lista de Nico.

Sara recogió la segunda hoja, la que Nico había escrito a mano, y la puso frente a los dos.

—Dos fallecidos. Uno en 2008 y otro en 2015. Tres retirados o inactivos: el notario tiene ochenta y dos años y lleva una década sin ejercer, el militar murió en 2019, el médico está en paradero desconocido desde 2017. —Hizo una pausa—. Tres activos.

—El juez, el político autonómico y Castaño.

—El juez tiene setenta años y sigue en activo en la Audiencia Provincial de Barcelona. El político autonómico se retiró de la política en 2018 pero preside una fundación cultural en Salamanca. —Sara miró la última línea de la hoja—. Y Valentín Castaño lleva desde 1999 en el Consejo General del Poder Judicial. Fue vocal en dos periodos consecutivos. El año pasado renovó por tercera vez. Y desde hace seis meses su nombre suena con insistencia para la presidencia del Consejo cuando queden vacantes.

Rubén tenía los codos en la mesa y las manos entrelazadas frente a la cara. Era su postura de pensar en cosas que no le gustaban.

—¿Cuántos años tenía en 1981?

—Nació en 1948. Treinta y tres años en el 81.

—¿Qué era entonces?

—Abogado. Recién incorporado al Colegio de Abogados de Madrid. Sin cargo público todavía. —Sara recogió la hoja—. En 1986 se incorpora al Ministerio de Justicia como asesor técnico. En 1991, director general de una subdirección de lo penal. En 1995, primer cargo en el CGPJ. Y a partir de ahí, hacia arriba.

Rubén soltó el aire por la nariz.

—Un hombre que lleva treinta años construyendo su posición en el sistema judicial español y que en 1981 era uno de los que entraban de noche en un orfanato de Carabanchel.

—Eso dice la lista de Nico.

—¿Y la fotografía?

Sara cogió la foto y la puso entre los dos. La imagen borrosa del patio de Santa Clara, la figura de espaldas, el punto de luz del cigarrillo, el anillo.

—Esto no identifica a nadie. No se le ve la cara. —Rubén la miró—. Un buen abogado lo tumba en cinco minutos.

—Lo sé. La fotografía sola no es nada. La fotografía junto con la matrícula verificada a su nombre, los registros del cuaderno y el testimonio de los supervivientes es otra cosa.

—¿Cuántos supervivientes van a declarar contra Valentín Castaño?

Sara no contestó de inmediato porque la respuesta no era sencilla. Mónica Arenas había tardado cuarenta años en hablar con una inspectora de homicidios en su propio salón de Getafe. El salto entre eso y un juzgado con cámaras y taquígrafos y los abogados de Valentín Castaño enfrente era un salto que muchas personas no estarían dispuestas a dar.

—Eso es lo de menos ahora mismo —dijo—. Ahora mismo tenemos tres muertos en dos días y a alguien que está eliminando a los testigos antes de que hablen. Si seguimos la secuencia de la lista, el cuarto puede caer hoy o mañana.

—¿Qué propones?

—Que verifiquemos las matrículas que podamos antes de mover nada más. Que pongamos protección a los supervivientes que hemos podido localizar. Y que guardemos copias de todo esto en tres sitios distintos antes de que este despacho reciba visita.

Rubén la miró.

—¿Crees que vamos a recibir visita?

—Creo que en cuanto alguien sepa que existe esta caja, vamos a recibir visita. —Sara miró la fotografía—. Nico intentó entregar esto dos veces y las dos veces alguien lo supo antes de que llegara. Lo deja escrito. Eso significa que hay una filtración. Que hay alguien, dentro o cerca del sistema, que sabe lo que se mueve.

—¿Dentro de la policía?

Sara no respondió. Recogió las hojas y el cuaderno y los metió en la caja con los guantes todavía puestos.

—Haz tres fotografías de cada documento con el móvil. Mándalas a una cuenta de correo que no uses para el trabajo. Yo hago lo mismo.

Rubén la miró durante un momento.

—Sara. Lo que estás describiendo es actuar como si no pudiéramos confiar en el procedimiento habitual.

—Lo que estoy describiendo es actuar como si hubiera alguien que lleva cuarenta años asegurándose de que el procedimiento habitual no funcione en este caso concreto. —Hizo una pausa—. Puede que esté equivocada. Pero si lo estoy, no perdemos nada. Y si no lo estoy, perdemos todo si no lo hacemos.

Rubén tardó cinco segundos en sacar el móvil.

* * *

A las ocho y cuarto llamó Molina.

Sara vio el nombre en la pantalla y supo antes de descolgar que la llamada no era rutinaria. Molina no llamaba a las ocho y cuarto a menos que alguien lo hubiera llamado a él antes, a las ocho, o a las siete y media.

—Buenos días, Molina.

—¿Tienes un momento?

—Estoy en el despacho.

—Sube.

Colgó.

Sara y Rubén se miraron.

—¿Le has contado algo?

—Le dije que íbamos por el orfanato y que había nombres. No mencioné a Castaño. —Sara se quitó los guantes y los metió en el bolsillo—. Nadie más sabe lo de la caja.

—Entonces alguien se lo contó a él antes de que tú pudieras.

Sara fue hacia la puerta.

—Eso parece.

* * *

El despacho de Molina estaba en el cuarto piso y tenía una ventana que daba a la calle Leganitos con una perspectiva lo suficientemente alta para que el ruido del tráfico llegara amortiguado, como algo que pasa en otra película. Era un despacho de subcomisario estándar: mesa grande, dos sillas de visita, una planta en la esquina que sobrevivía milagrosamente a pesar de que nadie la regaba nunca, una fotografía enmarcada del ministro del Interior en la pared junto al escudo de la Policía Nacional.

Molina estaba de pie cuando Sara entró, lo que significaba que no quería que la conversación durase mucho.

—Cierra la puerta.

Sara cerró la puerta.

—Esta mañana temprano me llamó el gabinete del Consejo General del Poder Judicial. Un asesor de comunicación. Querían saber si la Brigada de Homicidios de Madrid tenía alguna investigación en curso que pudiera afectar a algún miembro del Consejo.

Sara no dijo nada.

—Le dije que no tenía conocimiento de ninguna investigación de ese tipo. —Molina la miró—. Y luego me fui a ver qué estabas investigando.

—El orfanato Santa Clara de Miraflores. Los homicidios de Lavapiés, Málaga y Bilbao. Todos conectados.

—Y en esa investigación ha aparecido algún nombre que le resulta familiar al CGPJ.

—¿Eso te han dicho?

—No me han dicho nada concreto. Me han preguntado de forma muy general y muy educada, que es lo que hace la gente cuando ya

sabe la respuesta y lo que quiere es saber cuánto sabes tú. —Molina se sentó, por fin, lo que fue una señal de que la conversación iba a durar más de lo que su postura inicial había prometido—. ¿Qué tienes?

Sara midió la respuesta.

No era desconfianza en Molina. Era precaución en un caso en que la precaución había demostrado ser necesaria. La diferencia era importante y no siempre era fácil de mantener.

—Tengo documentación que conecta a personas con nombre y apellidos con lo que ocurrió en ese orfanato entre 1979 y 1983. Documentación generada por uno de los menores que estuvo allí, a lo largo de décadas. —Hizo una pausa—. Algunos de los nombres en esa documentación son personas que siguen activas.

—¿Cuánto de verificable es lo que tienes?

—Lo suficiente para abrir una investigación formal. No lo suficiente para sostener un juicio sin trabajo adicional.

—¿Y los homicidios?

—Los tres muertos estaban en una lista de cuarenta supervivientes del orfanato. El patrón es consistente, el método es el mismo o equivalente, y la velocidad de ejecución sugiere que el responsable, o los responsables, tienen acceso a información sobre la identidad y localización de personas que llevan décadas viviendo bajo nombres falsos.

Molina la miró durante varios segundos.

—Eso no se hace sin recursos.

—No.

—Y no se mantiene silenciado durante cuarenta años sin que alguien con poder lo mantenga así.

—No.

Otro silencio. La planta de la esquina agitó levemente una hoja, aunque no había corriente de aire.

—Sara. Lo que me estás describiendo, si es lo que creo que es, no es un caso de homicidios. Es un caso que involucra al sistema judicial, posiblemente al eclesiástico, posiblemente a figuras políticas de primer nivel. —Molina apoyó los codos en la mesa—. Eso está por encima de la Brigada de Homicidios.

—Hay tres personas muertas y treinta y siete en riesgo.

—Lo sé.

—Y alguien ya sabe que hemos encontrado la documentación, porque esta mañana llamaron a tu despacho antes de que yo llegara al tuyo.

Molina no respondió a eso directamente.

—¿Cuántas personas saben lo que tienes?

—Rubén y yo.

—Mantenlo así de momento. —Se levantó de nuevo—. Dame hasta esta tarde. Voy a hablar con algunas personas.

—¿Con quiénes?

—Con las personas adecuadas. —Una pausa—. Sara. Sé cuidadosa. No porque yo te lo pida, sino porque estás moviendo algo que lleva mucho tiempo quieto y que tiene mucho peso encima. Cuando algo así empieza a moverse, lo primero que aplasta es lo que hay más cerca.

Sara salió del despacho de Molina y bajó las escaleras al tercer piso.

En el pasillo, antes de entrar al despacho, se detuvo.

Sacó el móvil. Llamó a un número que no estaba en la agenda, que tenía memorizado, que no había usado en tres meses.

Tardó cuatro tonos.

—¿Qué pasa? —Era la voz de un hombre, ligeramente ronca por la hora.

—Marcos. Soy Sara Montero. Necesito una caja de seguridad que no sea la mía.

Una pausa breve.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Dame una dirección.

Sara dio la dirección del despacho. Luego colgó y entró a buscar a Rubén.

* * *

Marcos Ibáñez tenía cincuenta y dos años, veintiocho de periodismo de investigación y la cara de alguien que ha dormido mal la mayor parte de esos veintiocho años. Era el periodista que había llamado a Sara al principio del caso diciendo que tenía información sobre el orfanato.

Llegó al despacho a las nueve y veinte con un abrigo que debía de tener diez años y una memoria USB que le pasó a Sara sin decir nada.

—En esa memoria hay una copia cifrada de todo lo que yo tengo sobre Santa Clara. Que no es mucho, pero algo es. Lo de la Diócesis, algunas entrevistas fallidas que hice en 2015 cuando intenté publicar algo sobre esto y me cerraron la puerta en todas partes. —Miró la caja sobre la mesa—. ¿Es lo que creo que es?

—Depende de lo que creas.

—El cuaderno de Nico Ferreras.

Sara lo miró.

—¿Lo conocías?

—Sabía que existía. Nico me llamó en 2009. Me dijo que tenía documentación y que quería hablar. Quedamos en un bar de Malasaña. —Marcos se sentó sin que nadie se lo ofreciera—. No apareció. Al día siguiente llamé al número que me había dado y estaba desconectado. Pasé semanas intentando localizarlo y nada.

—En 2009 cambió de dirección y de nombre.

—Algo lo asustó.

—O alguien.

Marcos miró la caja.

—¿Qué quieres de mí?

—Que tengas una copia de todo esto en algún sitio al que yo no tenga acceso y que no esté relacionado con ninguna cuenta o dispositivo que aparezca en mi nombre. —Sara lo miró—. Si en las próximas horas algo me impide seguir trabajando en esto, esa copia sale.

—¿Sale adónde?

—A donde tú decidas. Tú eres el periodista.

Marcos la miró durante un momento con la expresión de quien está calculando el peso de lo que le acaban de poner en las manos.

—¿Es tan gordo como estoy pensando?

—Probablemente más.

Marcos asintió. Cogió la caja con las dos manos.

—Dame una hora.

* * *

A las diez y cuarenta y tres, Sara bajó al garaje a coger el coche.

Lo vio antes de llegar a él.

La ventanilla del conductor estaba rota. No del todo: alguien la había golpeado con algo contundente justo en el borde, lo suficiente para que el cristal se resquebrajara en una telaraña de grietas pero no cayera entero. En el interior del coche no faltaba nada. La radio estaba. El cable del cargador. El abrigo de repuesto que siempre dejaba en el asiento trasero.

No habían entrado a robar.

En el salpicadero, bajo el limpiaparabrisas interior, un papel doblado en cuatro.

Sara se puso los guantes antes de cogerlo.

Lo desdobló.

Una sola palabra escrita con bolígrafo, en mayúsculas, sin firma: *PARA.*

Sara miró el papel durante un momento.

Luego lo dobló de nuevo, lo metió en una bolsa de pruebas que sacó del maletero, cerró el coche con la alarma activada y sacó el móvil.

Llamó a Rubén.

—Baja al garaje.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha roto la ventanilla de mi coche y ha dejado un mensaje.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Miró el papel en la bolsa de pruebas—. Pero ya saben que tenemos la caja. Y quieren que lo sepamos.

—¿Lo detenemos?

Sara pensó en Molina. En el asesor de comunicación del CGPJ llamando a las ocho de la mañana. En Valentín Castaño y sus treinta años de ascenso constante en el sistema judicial. En Nico Ferreras, que había intentado entregar esto dos veces y las dos veces había tenido que desaparecer.

—No —dijo—. Todavía no. Primero necesito que verifiques algo.

—¿Qué?

Sara miró el garaje vacío a su alrededor, las columnas de hormigón, los coches aparcados en silencio.

—Necesito saber si Valentín Castaño tiene un anillo con un escudo heráldico en el dedo índice de la mano derecha. Y necesito saberlo sin que él se entere de que lo estamos mirando.

Un silencio.

—¿Cómo?

—Busca fotografías públicas. Actos oficiales, ruedas de prensa, imágenes de archivo. En alguna tiene que salir las manos.

—Sara, hay miles de fotografías de Castaño en hemeroteca.

—Entonces empieza cuanto antes.

Colgó.

Se quedó un momento más en el garaje, con el papel en la bolsa de pruebas y el cristal roto del coche brillando bajo la luz fluorescente.

Para.

No era una amenaza elaborada. Era un mensaje de alguien que no necesitaba elaborar las amenazas porque llevaba cuarenta años sin necesitarlo.

Sara guardó la bolsa de pruebas en el bolso y salió del garaje hacia la escalera.

No iba a parar.

Pero sí iba a tener mucho más cuidado.

Capítulo 9

La sala del fondo

Santa Clara de Miraflores — Madrid, abril de 1981

Fue en la primera semana de abril cuando Marta entendió lo que Nico no le había querido contar.

No se lo contó nadie. No hubo una conversación, no hubo un momento en que alguien se sentara a su lado y le dijera las palabras que nombran las cosas. Lo que hubo fue una noche de martes en la que se despertó con el ruido de la puerta del dormitorio al abrirse, y el sonido de pasos que no eran los de Sor Remedios porque Sor Remedios pesaba más y su manera de pisar era diferente, y la figura pequeña de un niño que cruzaba el espacio entre las camas en la oscuridad y se metía en la suya sin hacer ruido.

Era Pablo.

Pablo tenía once años y era el niño que siempre estaba en el borde de los grupos, el que escuchaba sin hablar y que cuando reía lo hacía con ese retraso de medio segundo de los niños que están comprobando que reírse es seguro antes de reírse. Era uno de los que llevaban más tiempo en Santa Clara, desde los seis años, y había en él esa calidad de los niños que han aprendido muy pronto que el mundo exterior al orfanato no es necesariamente mejor que el interior.

Marta lo había visto en la cena. Había estado callado, más de lo normal, con la cuchara en el plato moviéndola en círculos sin llevársela a la boca, y Sor Remedios no le había dicho nada sobre no comer, lo que significaba que Sor Remedios también sabía lo que había pasado y había decidido que esta vez no era el momento de la disciplina de la cuchara.

Ahora Pablo estaba en su cama, de cara a la pared, y Marta podía oírle respirar desde la suya, que estaba en la fila de enfrente.

Era una respiración rara. No de llanto. El llanto tiene un ritmo, tiene los picos de quien se recompone y vuelve a hundirse. Esto era diferente. Era la respiración de alguien que está intentando que su cuerpo ocupe el menor espacio posible, que está aprendiendo a respirar de una manera que no llame la atención, que no genere presencia.

Marta tardó mucho tiempo en dormirse.

A la mañana siguiente, Pablo no salió al patio durante el recreo. Se quedó en el banco del comedor con las manos planas sobre la mesa mirando un punto en la pared. Sor Remedios lo vio y no dijo nada. Los otros niños lo miraron y tampoco dijeron nada. Solo Nico, que pasó a su lado antes de salir al patio, le puso una mano en el hombro durante un segundo y luego la quitó.

Marta lo vio todo desde el umbral de la puerta del comedor.

Luego fue a buscar a Nico al patio.

—¿Pablo estuvo en la sala del fondo?

Nico no giró la cabeza hacia ella. Siguió mirando al frente.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Quién lo llevó?

—Sor Asunción.

Marta se quedó callada un momento. Notó que algo le cambiaba en el pecho, una especie de peso que no estaba allí antes y que a partir de ese momento iba a estar siempre, que iba a ser parte del mobiliario permanente de esa parte de ella que guardaba las cosas que no podía contarle a nadie.

—¿Por qué a él?

—No hay un por qué. —Nico hizo una pausa—. Bueno. Sí lo hay. Pero no es el tipo de razón que tiene sentido.

—Explícamelo.

Nico la miró por fin.

—Los eligen según lo que piden los que vienen. Sor Asunción los conoce a todos, sabe quién tiene qué aspecto, sabe quién lleva cuánto tiempo, sabe quién no tiene a nadie fuera que pueda preguntar. —Hizo una pausa—. Pablo no tiene a nadie. Sus padres llevan cuatro años sin dar señales. Nadie va a preguntar por Pablo.

Marta pensó en su propio expediente. En la tarjeta plastificada que guardaba en el bolsillo del anorak. *Marta Sáez Ruano. N.º 23.*

—¿Y por qué no van a la sala del fondo todos? ¿Por qué solo algunos?

—Porque los que vienen pagan. Y lo que pagan da para un número limitado. —Nico volvió a mirar al frente—. Si fueran todos, alguien se daría cuenta. Un médico, una inspección. Así, con pocos y con los que menos pueden quejarse, es más difícil que salga.

Marta procesó eso en silencio.

Tenía ocho años y era lista con la inteligencia práctica de los niños que han tenido que serlo, y la inteligencia práctica no protege de entender las cosas, solo ayuda a entenderlas más rápido. Entendió lo suficiente. No todo, no con el vocabulario preciso que tendría diez años después, pero sí lo suficiente para que el peso en el pecho se volviera permanente.

—¿Lo escribiste en el cuaderno?

—Sí.

—¿Escribiste el nombre de Pablo?

—No. Los nombres de los niños no los escribo. Solo los de los que vienen de fuera.

Marta miró el patio. Los niños que corrían, el árbol pequeño del rincón, el edificio de ladrillo rojo con la ventana de los cristales

pintados de blanco.

—¿Tú estuviste alguna vez?

La pregunta salió antes de que pudiera decidir si hacerla o no. Era la pregunta que no debía hacerse, lo sabía, pero ya estaba en el aire.

Nico tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz no cambió de tono.

—Una vez. Cuando llegué. —Una pausa—. Antes de que empezara a escribir el cuaderno.

No dijo más.

Y Marta no preguntó más.

* * *

Los días que siguieron, Pablo fue volviendo a sí mismo de una manera lenta y desigual, como la recuperación de una enfermedad que avanza y retrocede. Había mañanas en que parecía casi normal, en que comía y hablaba y se sumaba a los juegos del patio con ese retraso de medio segundo que siempre lo había caracterizado. Y había otras mañanas en que se quedaba en el banco del comedor con las manos planas sobre la mesa y la vista en la pared, y entonces los demás niños daban ese pequeño rodeo invisible alrededor de él, el rodeo de quien respeta un territorio de dolor sin nombrarlo.

Marta observó todo esto.

Y observó algo más: que no era la primera vez que ocurría. Que en el dormitorio de los mayores, en el otro extremo del pasillo, había niños que ya tenían esa mirada de Pablo de manera permanente, como si hubieran dejado de hacer el esfuerzo de recuperarse y hubieran decidido quedarse en ese punto intermedio donde el mundo exterior llegaba amortiguado y no podía hacerles más daño del que ya habían recibido.

Miguel no tenía esa mirada.

Miguel tenía otra cosa. Una dureza que no era distancia sino presencia, una manera de estar en el mundo que parecía construida

con materiales más resistentes que los del resto. Marta tardó tiempo en entender que esa dureza no era natural en él, que era aprendida, que alguien o algo se la había enseñado. Que cuando tienes once, doce, trece años y vives en un lugar donde hay cosas que no puedes controlar, algunas personas se repliegan hacia adentro como Pablo y otras construyen hacia afuera como Miguel.

Y que ninguna de las dos estrategias era realmente una elección.

* * *

Madrid — jueves, 7 de marzo de 2024

Rubén encontró la imagen a las doce menos veinte del mediodía.

No en una rueda de prensa ni en un acto oficial de primera línea. En una fotografía de grupo tomada en la entrega de los premios del Consejo General del Poder Judicial de 2018, publicada en la página web del CGPJ en el apartado de *Galería fotográfica de actos institucionales*, que era exactamente el tipo de sitio donde la gente no busca porque asume que no hay nada que encontrar.

La imagen mostraba a dieciséis personas en una sala de techos altos, con los paneles de madera oscura y el escudo de España al fondo que identificaban las salas de ceremonia del CGPJ en el edificio de la calle Marqués de la Ensenada. Dieciséis personas en trajes oscuros, posando con la formalidad de los actos que saben que serán fotografiados. Valentín Castaño estaba en la fila de atrás, cuarto por la izquierda, con el gesto de quien está acostumbrado a aparecer en fotografías de grupo y ha calculado exactamente cómo colocarse para que su postura diga lo que debe decir.

Tenía las manos cruzadas al frente.

Rubén amplió la imagen hasta que los píxeles empezaron a desdibujarse.

En el dedo índice de la mano derecha de Valentín Castaño, perfectamente visible, un anillo. Grande. Con una superficie plana. El

detalle era suficientemente nítido, a pesar del tamaño, para distinguir un relieve en esa superficie.

Rubén hizo una captura, la amplió al máximo y la guardó.

Luego fue a buscar a Sara, que estaba en el despacho leyendo las primeras entradas del cuaderno de Nico con una lupa de los objetos perdidos del cajón superior, que no era la herramienta ideal pero era la que había.

—Ven.

Sara levantó los ojos.

Fue hasta la pantalla de Rubén.

Miró la imagen.

Luego buscó en la caja la fotografía de Santa Clara, la del hombre de espaldas en el patio, y la puso junto a la pantalla.

El anillo de la fotografía de 1981 era una imagen borrosa tomada de noche con una cámara barata por un niño de diez años desde la ventana de un segundo piso. El anillo de la pantalla era una imagen digital de alta resolución tomada por el fotógrafo oficial del CGPJ en condiciones de iluminación perfectas.

No eran comparables en calidad.

Pero la forma era la misma. La proporción era la misma. La posición en el dedo era la misma.

Y el relieve de la superficie plana, aunque en la fotografía de 1981 el detalle era casi imperceptible y en la de 2018 era nítido, tenía la misma estructura: una figura central flanqueada por algo a los lados.

—El escudo —dijo Sara.

—Sí.

Rubén abrió otra pestaña. En los últimos veinte minutos, mientras buscaba fotografías, también había estado en otra cosa.

—El apellido Castaño de origen nobiliario. Hay varias ramas. La que tiene presencia en Madrid desde el siglo XIX es la de los Castaño-Valverde. Incorporaron el segundo apellido al linaje mediante

matrimonio en 1887. —Señaló la pantalla—. Las iniciales heráldicas de la familia Castaño-Valverde son *C* y *V.* No *V* y *C* como Nico las anotó, pero en heráldica el orden de las iniciales en el escudo no siempre coincide con el orden del apellido. Depende del diseñador del escudo y de la época.

Sara miró la pantalla.

C y *V.* O *V* y *C.*

Castaño-Valverde.

—¿El escudo de los Castaño-Valverde tiene un animal rampante?

Rubén abrió una tercera pestaña. Una entrada en un registro heráldico digital: el escudo de la familia Castaño-Valverde, catalogado en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. Cuartel superior izquierdo: un jabalí rampante sobre fondo gules, con una corona de cinco puntas. Cuartel inferior derecho: las iniciales *CV* entrelazadas sobre fondo de plata.

Sara cogió el folio donde Nico había dibujado el anillo cuarenta y tres años atrás.

El animal que había dibujado un niño de diez años desde la ventana de un segundo piso, de noche, con una cámara desechable, con la memoria y el bolígrafo por única herramienta, era un animal rampante con algo encima.

Un jabalí.

Una corona.

—Dios —dijo Rubén en voz baja. No era una exclamación. Era algo más parecido a un reconocimiento.

Sara puso el dibujo junto a la pantalla del escudo.

No eran idénticos. El de Nico era el dibujo de un niño, con las imprecisiones y las simplificaciones propias de quien redibuja de memoria algo que ha visto en condiciones difíciles. Pero los elementos esenciales estaban todos.

—Esto no es suficiente para un juzgado —dijo Sara.

—No solo —confirmó Rubén—. Un abogado puede argumentar que el dibujo de un niño no identifica con precisión un escudo heráldico específico y que cualquier anillo con un jabalí grabado podría ser el de la fotografía. —Hizo una pausa—. Pero esto, junto con la matrícula verificada a su nombre en 1981 y los testimonios de los supervivientes, empieza a construir algo que es más difícil de derribar.

—¿Y la matrícula?

—Sigo en ello. Los registros de vehículos de 1981 están en papel en el archivo de la DGT de Tres Cantos. He pedido acceso esta mañana. Me han dicho que esta tarde o mañana.

Sara miró la pantalla.

Valentín Castaño en 2018, con las manos cruzadas y el anillo en el dedo índice, mirando al fotógrafo oficial con la serenidad de un hombre que lleva treinta años en el sistema y que sabe exactamente qué aspecto tiene la impunidad cuando se viste de institución.

—Necesitamos a los supervivientes —dijo.

—¿A todos?

—A los que estén dispuestos. Y necesitamos al que más sabe. —Sara miró el cuaderno sobre la mesa—. Necesitamos a Nico.

—Nico desapareció en 2019.

—Pero alguien lo vio marcharse. Y alguien sabe adónde fue. —Sara cogió el móvil—. Voy a llamar a Mónica Arenas. Si hay alguien que pueda tener un hilo hasta Nico, es ella.

Rubén la miró.

—¿Y si ya lo han encontrado ellos primero?

Sara marcó el número de Mónica sin apartar los ojos de la pantalla donde Valentín Castaño miraba al objetivo con sus manos cruzadas y su anillo visible.

—Entonces necesitamos saberlo cuanto antes.

El teléfono de Mónica Arenas dio señal cuatro veces.

Cinco.

Seis.

Saltó el buzón de voz.

Sara colgó y volvió a marcar.

Cuatro tonos. Cinco. Seis.

Buzón de voz.

Miró a Rubén.

—Mónica Arenas no coge el teléfono.

—Puede que esté en el trabajo.

—Le dije que se fuera a casa de su hermana. —Sara cogió el abrigo —. Dame la dirección de la hermana.

Capítulo 10

Alcalá

La A-2 a las dos de la tarde de un jueves de marzo era una sucesión de camiones y de paciencia. Sara condujo con el manos libres conectado y los ojos en la carretera y la cabeza dividida entre el tráfico y los seis tonos de teléfono que Mónica Arenas no había cogido.

Rubén le mandó un mensaje mientras ella estaba en el tercer carril esperando a que un camión frigorífico terminara su adelantamiento eterno:

Patrulla en el piso de Getafe. Puerta cerrada con llave. Sin respuesta. Sin señales de nada.

Sara escribió con el pulgar sin apartar los ojos de la carretera:

Voy a ver a la hermana.

La respuesta de Rubén tardó treinta segundos:

Tengo el cuarto de la lista. Espero a que vuelvas para contarte.

Sara no preguntó. Siguió conduciendo.

El cuarto de la lista era otra persona que ya no estaba. Podía esperar diez minutos más a que ella terminara lo que estaba haciendo. Lo que no podía hacer era dejar de buscar a Mónica, que era la única superviviente que había hablado, que sabía dónde podía estar Nico, que llevaba desde ayer sin dar señales.

La hermana vivía en la calle Mayor de Alcalá de Henares, en un primer piso de un edificio del siglo pasado con el portal de madera oscura y el nombre en el buzón escrito con una etiqueta de impresora: *M. Arenas / F. Recio.*

Sara llamó al telefonillo.

Tardó.

—¿Sí?

—Señora Arenas, soy la inspectora Montero. Hablé ayer con su hermana Mónica.

Una pausa.

—Suba.

* * *

Marisol Arenas tenía tres años menos que Mónica y el mismo corte de pelo oscuro, pero la expresión era diferente: donde Mónica tenía esa contención aprendida de quien ha pasado décadas midiendo lo que muestra, Marisol tenía una franqueza directa que se notó en cuanto abrió la puerta.

—¿Le ha pasado algo a Mónica?

—Eso intento averiguar. ¿Ha hablado con ella hoy?

—Ayer por la tarde. Sobre las seis. Me llamó para decirme que igual venía a quedarse unos días. Dijo que me avisaba con tiempo para que yo le preparara la habitación. —Marisol sostuvo la puerta abierta —. ¿Entra?

El piso era diferente al de Mónica. Más desordenado, más habitado, con las marcas de una vida que se vive hacia afuera: fotografías en la pared, una mochila de niño colgada en el perchero, libros apilados en la mesa del salón con marcadores de colores sobresaliendo. El olor era a comida reciente y a ropa limpia.

Sara entró.

—¿Cómo sonaba cuando llamó?

Marisol lo pensó un momento.

—Normal. Un poco tensa, quizá. Pero Mónica siempre está un poco tensa, desde que éramos pequeñas. Es su manera de ser. —Hizo una pausa—. Me preguntó si tenía sitio, le dije que claro, que cuándo llegaba, y ella dijo que no sabía exactamente, que ya me avisaría antes de salir. Y no volvió a llamar.

—¿Eso es raro?

—Sí y no. Mónica es así, a veces dice que va a hacer algo y luego no lo hace porque cambia de idea. Pero esta vez… —Marisol dudó—. Esta vez sonaba como si necesitara venir. No como cuando viene de visita. Como cuando necesita salir de algún sitio.

Sara sacó el bloc.

—¿Dijo algo sobre el motivo?

—Solo que había hablado con una inspectora de policía y que le había removido cosas. Nada más. —Marisol la miró—. ¿Era usted?

—Sí.

Marisol la miró con la expresión de quien está sumando.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas del pasado de su hermana que lleva mucho tiempo sin contar a nadie.

Un silencio.

—Lo del orfanato.

Sara la miró.

—¿Lo sabe?

—Algo. Poco. Mónica nunca habló mucho de eso. Yo era muy pequeña cuando ella estaba allí, tenía tres años. Me criaron con mis abuelos. —Marisol se sentó en el sofá—. Solo sé que salió de allí con un nombre que no era el suyo y que nunca quiso que yo averiguara más. Decía que era mejor que yo no supiera.

—¿Y usted se lo respetó?

—Fui trabajadora social veinte años. Sé cuándo alguien necesita que no le pregunten. —Una pausa—. ¿Está en peligro Mónica?

Sara no mintió.

—Puede que sí.

Marisol cogió el móvil de la mesa y marcó sin vacilar.

Seis tonos. Buzón de voz.

—Mónica, soy Mari. Llámame en cuanto puedas. La inspectora está aquí. Estamos preocupadas.

Colgó.

—Si llama, dígale que la llame a mí inmediatamente —dijo Sara, y le dejó la tarjeta en la mesa junto al teléfono—. Y si nota algo raro, cualquier cosa, llámeme a mí primero.

* * *

El piso de la calle Colón de Getafe estaba a veintiún minutos de Alcalá siguiendo la M-50. Sara llegó cuando los agentes de la patrulla ya llevaban media hora allí y ya habían hablado con la vecina del segundo y con el portero.

El agente que le abrió la puerta del piso se llamaba Herrera, el mismo que había estado en el piso de Lavapiés dos días antes. Sara lo miró cuando le entregó la llave que habían conseguido de la administradora del edificio.

—¿Dos escenas en tres días? —le dijo Herrera.

—Espero que esta no sea escena.

No lo era, al menos no de la misma manera.

La puerta había estado cerrada con llave, a diferencia del piso de Tomás Vidal. Eso era algo. Las llaves de Mónica no estaban en el interior: ni en el cuenco del recibidor donde Sara las había visto el día anterior, ni en ningún bolsillo de ninguna prenda. Se las había llevado. Había salido por su propio pie.

Lo que no había hecho era salir de manera ordenada.

El bolso de mano estaba en el sofá. Dentro: la cartera con el DNI, las tarjetas de crédito y cuarenta y siete euros en efectivo. El teléfono móvil estaba en la mesa del salón, con la pantalla oscura y el quince por ciento de batería, apagado. El abrigo de invierno, el que había llevado el día anterior cuando Sara había estado allí, colgado en el perchero del recibidor.

En la cocina, una taza de café a medio beber sobre la encimera. El café estaba frío y tenía una película fina en la superficie, del tipo que se forma cuando el café lleva más de dos horas expuesto al aire.

El gato estaba en el salón, sentado junto al cuenco vacío, mirando a los agentes con la indiferencia de los gatos y el hambre de los animales que llevan muchas horas sin comer.

Sara lo miró.

La última vez que había estado en ese piso, el día anterior, Mónica había bajado a darle de comer al gato en un momento de la conversación. Lo había visto hacerlo. Un ritual cotidiano, automático, de alguien que tiene un animal y que ha incorporado su cuidado al ritmo de su día.

Mónica Arenas no había salido de ese piso de manera voluntaria.

O, si lo había hecho, había salido con tanta urgencia que no había cogido el bolso, ni el teléfono, ni el abrigo, ni le había dado de comer al gato.

Ninguna de las dos opciones era tranquilizadora.

Sara fue al dormitorio. La cama estaba hecha. El armario, cerrado. En la mesilla, un libro abierto boca abajo sobre las páginas, la señal de quien lo había dejado en mitad de una lectura pensando volver pronto.

Miró bajo la cama. Bajo el armario. En el baño.

Nada que indicara violencia. Ninguna señal física de que algo hubiera ocurrido en el interior del piso.

Lo que habían hecho era llevársela sin dejar rastro del método.

Eso requería experiencia.

Y eso era, de todas las cosas que Sara había visto en dos días, la que más le preocupaba.

* * *

Llamó a Rubén desde el coche, aparcado frente al edificio de Getafe.

—Cuéntame.

—El cuarto de la lista. —La voz de Rubén tenía ese tono plano que adoptaba cuando las noticias eran de las que preferiría no dar—. Una mujer. Sesenta años, aunque en el registro figura con cincuenta y uno porque vivía bajo identidad falsa. La encontraron esta mañana en su casa de Albacete. Misma marca, misma metodología. El forense de allí dice que lleva muerta entre doce y dieciséis horas.

Sara hizo la cuenta: doce horas atrás era la noche anterior, entre las diez y las dos de la madrugada.

—¿La habíais localizado?

—Sí. La llamé ayer por la tarde. Colgó en cuanto mencioné el orfanato. La brigada de Albacete fue esta mañana a comprobar y…

—La encontraron.

—Sí.

Sara apoyó la cabeza en el reposacabezas y miró el techo del coche.

Cuatro muertos. Cuatro en tres días. La velocidad se estaba acelerando.

—¿Cuántos has localizado de los que quedan?

—Catorce con paradero confirmado. Nueve con localización aproximada pero sin confirmar. Seis sin rastro. —Rubén hizo una pausa—. De los catorce confirmados, ocho han aceptado protección policial. Los otros seis no quieren saber nada.

—¿Por qué no quieren protección?

—Las razones varían. Dos dicen que no confían en la policía. Uno dice que lleva cuarenta años escondiéndose y que sabe cuidarse solo. Los otros tres simplemente no explican nada y no quieren que nadie se acerque a ellos.

Sara pensó en eso.

No confiar en la policía. En un caso en que había indicios de que alguien con acceso al sistema judicial había organizado y protegido

lo que ocurrió en Santa Clara durante más de una década, no confiar en la policía era una reacción completamente racional.

—¿Y Mónica?

—Ninguna novedad. He puesto su descripción en los sistemas. El móvil está apagado, así que no podemos rastrearlo. Las tarjetas de crédito no se han usado desde ayer. —Rubén hizo una pausa—. Sara, si se la llevaron sin el móvil y sin la tarjeta, o lo sabían y se lo impidieron, o se los quitaron ellos.

—O ella se los dejó a propósito.

Silencio al otro lado.

—¿Para que no la rastrearan?

—Para que no la rastrearan a ella. Pero también para que nosotros supiéramos que algo había pasado. —Sara miró la fachada del edificio de Getafe—. Mónica es trabajadora social desde hace treinta años. Sabe cómo funciona el sistema. Sabe qué hace la policía cuando alguien desaparece. Si se hubiera ido voluntariamente y no quisiera que la encontraran, se habría llevado el móvil y lo habría apagado después.

—¿Y si lo dejó para darnos algo?

Sara se enderezó en el asiento.

—¿Qué quieres decir?

—El móvil está en la mesa del salón. Apagado. —Una pausa—. Sara, si el móvil está apagado y no es porque se quedara sin batería, alguien lo apagó. Pero si lo apagó ella misma antes de salir y lo dejó allí a propósito…

—Puede tener algo dentro que quería que encontráramos.

Hubo un silencio mientras los dos pensaban lo mismo.

—El móvil lo tiene la Científica —dijo Rubén.

—Diles que lo abran. Que busquen en el historial de llamadas, en las fotos, en las notas, en todo. —Sara arrancó el coche—. Y que lo hagan esta tarde.

* * *

De vuelta en la jefatura, Sara entró por el garaje para no pasar por el cristal roto del coche, que alguien había cubierto con cartón y cinta americana en su ausencia. Subió al tercer piso y encontró a Rubén de pie frente a la pantalla con los brazos cruzados y la expresión de quien ha estado pensando en algo que no le gusta.

—¿Qué? —dijo Sara antes de que él hablara.

—He estado mirando las fechas.

—¿Qué fechas?

—Las de las muertes. Vidal el lunes por la noche. Soler el martes. El abogado de Bilbao, Gorostiza, el martes también, en la madrugada del martes al miércoles. La mujer de Albacete, el miércoles por la noche. —Rubén señaló la pizarra donde había trazado una línea de tiempo—. Un ritmo de una muerte cada veinticuatro horas, aproximadamente. Con variaciones, pero constante. —Hizo una pausa—. Si el ritmo se mantiene, el quinto puede haber muerto ya o puede morir esta noche.

Sara miró la línea de tiempo.

—¿Y si no es uno solo?

—Lo he pensado. Para mover de Madrid a Málaga a Bilbao a Albacete en tres días con el mismo método, tienes que ser uno muy rápido o varios coordinados. —Rubén cogió el rotulador—. Si son varios, la organización es mayor. Pero también hay más puntos de fallo. Más personas que pueden cometer errores.

—¿O más personas que pueden saber cosas?

—Eso también.

Sara miró la pizarra. La línea de tiempo, los cuatro nombres tachados, los treinta y seis que quedaban. Mónica en algún sitio que no sabían. Nico desaparecido desde 2019. El cuaderno en la caja sobre la mesa. El nombre de Valentín Castaño en la última línea de la lista de Nico.

—Necesito hablar con Molina —dijo.

—¿Le vas a contar lo de Castaño?

—Necesito saber si me puede dar cobertura para seguir investigándolo sin que alguien lo sepa antes de que hayamos terminado. —Sara cogió el abrigo, que había dejado en el respaldo de la silla al llegar—. Y si no puede, necesito saberlo también.

Rubén asintió.

—¿Qué hago yo mientras?

—Espera el informe del móvil de Mónica. Y sigue con las matrículas. —Sara fue hacia la puerta—. Y Rubén.

—¿Qué?

—El gato de Mónica estaba sin comer. ¿Puedes decirle a alguien del edificio de Getafe que le dé de comer?

Rubén la miró con una expresión que era difícil de clasificar.

—¿De verdad te preocupa el gato en este momento?

—Me preocupan todas las cosas que Mónica habría hecho si hubiera podido elegir. —Sara abrió la puerta—. El gato es una de ellas.

Salió al pasillo.

La jefatura a las cuatro de la tarde tenía ese sonido específico de los sitios donde mucha gente trabaja sin hablar mucho: el teclado, el teléfono, las sillas, los pasos. El ruido de fondo de la maquinaria burocrática moviéndose a su propio ritmo, indiferente al hecho de que había cuatro personas muertas y al menos una desaparecida y treinta y seis más en algún punto del territorio nacional viviendo bajo nombres que no eran los suyos y sin saber si esta noche iban a seguir vivas.

Sara subió las escaleras al cuarto piso.

Molina estaba en su despacho.

Y con él, sentada en una de las sillas de visita con la postura de alguien que ha llegado antes de que la llamaran, una mujer que Sara

no conocía. Traje oscuro. Cincuenta años, aproximadamente. Una carpeta sobre las rodillas.

Molina levantó la vista cuando Sara entró.

—Pasa, Sara. Te presento a la fiscal Verónica Herás. De la Fiscalía Anticorrupción.

Sara miró a la fiscal.

La fiscal la miró a ella.

—Inspectora Montero. —La voz era de alguien que mide las palabras porque sabe que cuestan—. Llevamos tres meses investigando a Valentín Castaño por otras razones. Esta mañana recibimos información de que la Brigada de Homicidios de Madrid podría tener material relevante para nuestra investigación.

Sara procesó eso en silencio.

Tres meses. La Fiscalía Anticorrupción llevaba tres meses en Castaño.

Y esta mañana alguien les había dicho que Sara tenía material.

Esta mañana, después de que el asesor del CGPJ llamara a Molina. Después de que alguien rompiera la ventanilla del coche y dejara un papel que decía *Para.*

Alguien que quería que Sara parara también había querido que la Fiscalía supiera lo que ella tenía.

Y eso podía significar dos cosas completamente opuestas.

—¿Quién les informó? —preguntó Sara.

La fiscal Herás sonrió levemente.

—Esa es exactamente la pregunta correcta —dijo.

Capítulo 11

La fiscal

La fiscal Verónica Herás tenía la costumbre de no mirar los papeles de la carpeta durante las conversaciones importantes. Los tenía allí, sobre las rodillas, pero no los abría. Era una manera de decir que no los necesitaba, que lo que tenía que decir lo sabía sin apoyarse en notas.

Sara lo notó y lo anotó mentalmente.

—¿Qué investigan exactamente? —preguntó.

—Tres años de flujos financieros irregulares. Cuentas en Malta y en Luxemburgo a nombre de sociedades pantalla que se pueden rastrear hasta Castaño con dificultad pero con suficiente consistencia. Contratos de asesoría a empresas que presentaron recursos ante el CGPJ en los dos años anteriores a la firma de los contratos. —Herás hizo una pausa—. En términos simples: gente que paga por tener el resultado que necesita en el Consejo y que paga a través de capas de intermediarios suficientemente opacas para que sea difícil pero no imposible de demostrar.

—¿Cuánto llevan?

—Tres meses de investigación. Seis semanas desde que conseguimos la autorización judicial para intervenir sus comunicaciones. —Otra pausa—. Lo que tenemos es suficiente para abrir juicio, probablemente. No estoy segura de que sea suficiente para condenarlo.

—¿Por qué no?

—Porque Valentín Castaño lleva treinta años construyendo exactamente la clase de distancia entre él y las pruebas que hace que los casos se caigan en sala. Sabe cómo funciona el sistema porque lleva treinta años siendo parte del sistema. —Herás abrió la

carpeta por primera vez, pero no miró los documentos; los cerró casi inmediatamente—. Lo que usted tiene, si es lo que nos han dicho que es, podría ser diferente.

—¿Qué les han dicho que tengo?

Herás y Molina se miraron brevemente. Fue un intercambio de décimas de segundo, del tipo que ocurre entre personas que han acordado de antemano hasta dónde van a responder determinadas preguntas.

—Que tiene documentación que conecta a Castaño con hechos graves en los años ochenta. Documentación generada por un testigo directo a lo largo de décadas.

Sara miró a Molina.

—¿Se lo dijiste tú?

—No. —Molina lo dijo con la calma de quien dice una verdad que sabe que será verificada—. Me lo dijo la fiscal esta mañana, antes de que tú subieras. No el revés.

Sara volvió a mirar a Herás.

—¿Quién les informó?

La fiscal sostuvo la pregunta durante un momento, evaluando.

—Alguien que tiene interés en que esta investigación llegue a buen término pero que no puede acercarse directamente a nosotros.

Sara procesó eso.

Alguien con interés en hundir a Castaño pero que no podía hacerlo por los canales habituales. Alguien que sabía lo que Sara tenía porque Sara se lo había dado.

—Marcos Ibáñez.

Herás no dijo nada. Que no lo negara era suficiente.

Sara cerró los ojos un segundo.

El periodista al que ella había dado una copia de la documentación para que la guardara en un sitio externo había usado esa copia para hacer un movimiento sin consultarla. Podía entender la lógica: si

Sara estaba siendo vigilada y presionada, poner la Fiscalía Anticorrupción en la ecuación era una manera de ampliar el perímetro de protección. Pero era un movimiento que ella no había aprobado y que cambiaba el tablero antes de que ella supiera exactamente en qué posición estaba.

—El periodista actuó por su cuenta —dijo.

—Los periodistas suelen hacerlo. —Herás lo dijo sin juicio, como una observación sobre la naturaleza de las cosas—. La pregunta ahora es si usted quiere trabajar con nosotros.

—¿En qué términos?

—Usted comparte la documentación del orfanato. Nosotros ponemos recursos de la Fiscalía: protección para los supervivientes que quieran aceptarla, cobertura legal para la investigación paralela de los homicidios, y acceso a lo que llevamos tres meses construyendo sobre Castaño. —Herás la miró directamente—. Juntas somos más difíciles de parar que por separado.

Sara miró a Molina.

—¿Tú qué opinas?

—Que es la decisión correcta si Herás es lo que dice ser. —Molina lo dijo con esa precisión suya de palabras que caben en el espacio exacto que necesitan—. Y que antes de decidir nada deberías saber que esta tarde, hace dos horas, alguien del gabinete de Castaño llamó al director general de la Policía.

Silencio.

—¿Para qué?

—Para preguntar por el estado de la investigación de los homicidios de Lavapiés, Málaga y Bilbao. Con ese nombre exacto, en ese orden, incluyendo Bilbao, cuya conexión con el caso no ha aparecido en ninguna comunicación oficial todavía.

Sara miró a Herás.

—Saben exactamente dónde estamos.

—Desde el principio —dijo Herás—. Tienen a alguien cerca de su brigada, cerca de la jefatura, o cerca de ambas. Es lo que hace Castaño: mantiene información sobre los procesos que pueden afectarle mucho antes de que se conviertan en un problema. —Una pausa—. Por eso no podemos movernos por los canales normales.

* * *

Sara estuvo cuarenta y cinco minutos en el despacho de Molina.

Cuando salió, tenía un número de teléfono directo de Herás, un acuerdo verbal de colaboración que ninguna de las dos había puesto por escrito todavía, y la sensación concreta de estar caminando sobre un suelo que podía ser firme o podía ceder, y que la única manera de saberlo era seguir caminando.

Bajó al tercer piso.

Rubén estaba frente a la pantalla con los auriculares puestos y los ojos muy abiertos con esa expresión de quien está escuchando algo que no esperaba escuchar.

Sara se acercó.

Él levantó un dedo: *espera.*

Pasó un minuto. Rubén quitó los auriculares y los dejó en la mesa.

—El móvil de Mónica —dijo—. La Científica lo abrió hace una hora. Encontraron una nota de voz grabada ayer a las cinco y cuarenta y siete de la tarde. Veinte minutos antes de que llamara a su hermana.

—¿Qué dice?

Rubén giró la pantalla hacia ella y le pasó los auriculares.

Sara los puso.

La voz de Mónica Arenas en la nota de voz era diferente a la que Sara había escuchado el día anterior en el salón de Getafe. No era la voz de alguien que está midiendo lo que dice. Era la voz de alguien que tiene poco tiempo y sabe exactamente lo que necesita transmitir.

Si alguien escucha esto, es que me fui sin poder explicarlo. He recibido hoy una llamada de alguien que dice ser de los cuarenta. No lo conozco de antes. Tiene información sobre Nico. Dice que Nico está vivo y que necesita hablar con la policía pero que tiene miedo de que lo intercepten si lo hacen directamente. Ha quedado conmigo en un sitio fuera de Madrid. Yo sé que puede ser una trampa. También sé que si Nico sigue vivo y tiene lo que dice tener, vale la pena arriesgarse.

Una pausa en la grabación. El sonido de fondo de la calle.

Si algo me pasa, que busquen en el pueblo de Brihuega. En la provincia de Guadalajara. Nico vivió allí un tiempo. Hay una persona que lo conoce.

La nota de voz terminó.

Sara se quitó los auriculares.

Miró a Rubén.

—Brihuega —dijo él.

—Brihuega.

—¿Es la misma persona que vivió en Garganta de los Montes?

—No lo sé todavía. Pero si Nico estuvo en Garganta de los Montes hasta 2019 y luego desapareció, puede que Brihuega sea el siguiente punto de la ruta. —Sara cogió el abrigo—. ¿Qué distancia hay?

—Cien kilómetros de Madrid. Hora y cuarto con buenas condiciones.

Sara miró el reloj. Las cinco y diez de la tarde.

—Vamos los dos.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo más urgente?

Rubén ya estaba cogiendo la chaqueta.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, mayo de 1981

El método de Nico para observar sin ser observado era una ciencia desarrollada a lo largo de tres años de práctica y de dos o tres errores que le habían costado lo suficiente como para no repetirlos.

Se lo explicó a Marta un sábado de mayo, cuando el patio ya tenía ese calor de primavera tardía que hacía que los niños pequeños se quedaran a la sombra y los mayores se tumbaran en el cemento como lagartos. Era el tipo de tarde en que las monjas bajaban la guardia porque el sol hacía que todo pareciera más inocente de lo que era.

—Lo más importante —dijo Nico— es no mirar directamente lo que quieres ver.

—¿Por qué?

—Porque la mirada directa llama la atención. Si alguien está haciendo algo que no quiere que veas y te ve mirar, sabe que has visto. Pero si miras a otro lado y usas el rabillo del ojo, puede que no lo notes y puede que lo que ves sea igual de válido.

Marta pensó en eso.

—¿Y cómo escribes en el cuaderno lo que ves con el rabillo del ojo?

—No lo escribo en el momento. Lo guardo aquí. —Se tocó la sien—. Y lo escribo después, cuando estoy solo y con tiempo. Nunca inmediatamente después, porque entonces todavía estás nervioso y puedes equivocarte. Espero al menos una hora.

—¿Y si se te olvida algo?

—Se me olvidan cosas. Lo acepto. Escribo lo que sé con seguridad y dejo en blanco lo que no estoy seguro. —Hizo una pausa—. Un testimonio con huecos es más honesto que uno sin huecos que miente para rellenarlos.

Marta lo miró.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Lo leí en un libro.

—¿Qué libro?

—Uno de los que dejó alguien en el armario del aula. No tenía portada. —Nico se encogió de hombros—. Hablaba de detectives. Pero lo que decía sobre cómo observar servía para esto también.

Estuvieron un rato en silencio. En el otro extremo del patio, dos niños pequeños discutían sobre algo que ninguno de los dos recordaría al día siguiente. Sor Remedios los miraba desde la puerta con la distancia de quien ya sabe cómo termina ese tipo de discusión.

—¿Qué pasa cuando llenes el cuaderno? —preguntó Marta.

—Tengo otro. Guardado.

—¿Dónde?

Nico negó con la cabeza.

—Eso no te lo digo. No porque no me fíe de ti. Sino porque si no lo sabes, no puedes decírselo a nadie aunque quieras.

Marta aceptó eso. Tenía su lógica.

—¿Y para qué sirve todo esto si no puedes contárselo a nadie?

Era la pregunta que llevaba semanas queriendo hacer y que no había encontrado el momento adecuado hasta ahora.

Nico se quedó callado durante un tiempo que fue más largo de lo habitual en él.

—Ahora mismo no sirve para nada —dijo al final—. Pero las cosas que pasan, si no las apunta nadie, es como si no hubieran pasado. La gente que hace cosas malas cuenta con eso: con que nadie apunte nada, con que los que lo vieron sean demasiado pequeños o demasiado asustados para que alguien les crea, con que cuando sean mayores lo hayan olvidado o prefieran olvidarlo. —Hizo una pausa—. El cuaderno es para cuando seamos mayores. Para que cuando alguien pregunte, podamos decir: fue así, en esta fecha, a esta hora, y aquí está escrito.

Marta miró el patio.

—¿Y si cuando seamos mayores nadie pregunta?

—Entonces habremos hecho algo de todas formas. —Nico metió el cuaderno en el bolsillo—. Mi madre me dijo una vez que la diferencia entre la gente buena y la mala no es que la gente buena no vea las cosas malas. Es que las ve y decide no mirar para otro lado aunque no pueda hacer nada todavía.

Marta pensó en su madre, que había muerto de una enfermedad que los médicos no habían diagnosticado bien porque su padre no había llevado el dinero suficiente para la consulta privada y la pública tenía lista de espera. Pensó en si su madre habría dicho algo parecido a lo que acababa de decir Nico, si hubiera tenido tiempo para decirlo.

Decidió que sí.

—Enséñame —dijo.

—¿Qué?

—A observar sin que se note.

Nico la miró durante un momento.

Luego asintió.

—Bien. —Señaló la puerta del edificio con un gesto mínimo de la cabeza—. Mira hacia el árbol del rincón. El árbol, no la puerta. Y dime cuánto tiempo tarda Sor Remedios en bajar los ojos del móvil para mirar a los niños que están discutiendo.

Marta miró el árbol.

Contó.

—Cuarenta y dos segundos.

Nico no se sorprendió.

—Cuarenta y dos segundos en que nadie está mirando hacia la puerta. —Cogió el cuaderno y lo abrió—. Escríbelo.

* * *

La carretera hacia Brihuega pasaba por la Alcarria, que a principios de marzo tenía esa desolación específica de los paisajes que en

verano son generosos y que en invierno muestran los huesos. Las colinas suaves, los bancales de lavanda sin flor todavía, los olivos con las ramas grises contra el cielo que empezaba a oscurecer.

Sara conducía. Rubén miraba el móvil con el mapa abierto y el volumen de la voz del navegador bajado al mínimo porque había aprendido que a Sara la voz del navegador la irritaba cuando necesitaba pensar.

—¿Confías en la fiscal? —preguntó él.

—Todavía no sé si confiar en ella. —Sara adelantó a un tractor que avanzaba por el carril derecho con la resignación de los tractores en carreteras comarcales—. Sé que investiga a Castaño. Sé que lo hace desde hace tres meses. Sé que lo que tenemos nosotros encaja con lo que busca ella. Pero no sé quién le dijo a Castaño esta mañana exactamente qué sabemos y hasta dónde hemos llegado.

—¿Crees que la filtración viene de la Fiscalía?

—Puede venir de cualquier sitio. De la Fiscalía, de la jefatura, de la brigada, de los registros de la DGT que pediste esta mañana, de la patrulla que fue al piso de Getafe. Cada vez que tocamos algo dejamos un rastro en el sistema, y alguien con acceso suficiente puede seguir ese rastro en tiempo real.

Rubén dejó el móvil en el salpicadero.

—¿Y la colaboración con Herás?

—De momento, informativa. Le he dicho que tengo documentación relevante para su investigación. No le he dado nada todavía. —Sara miró la carretera—. Quiero ver primero qué hay en Brihuega.

—¿Y si no hay nada?

—Si no hay nada, habremos conducido dos horas para nada. —Hizo una pausa—. Y si hay algo, necesito verlo antes de que nadie más lo vea.

El navegador anunció que en tres kilómetros debían girar a la derecha. Sara encendió los faros. La tarde se había convertido en

noche con la rapidez que tiene en la meseta en invierno, sin transición, como si alguien hubiera apagado un interruptor.

Brihuega apareció en lo alto de un promontorio, las luces del pueblo sobre la oscuridad del valle, con esa manera de los pueblos medievales de Castilla de parecer al mismo tiempo antiguos e inevitables, como si siempre hubieran estado ahí y fueran a seguir estando cuando todo lo demás desapareciera.

Sara aparcó en la plaza mayor.

Había una sola persona en la plaza, un hombre mayor que sacaba a un perro con ese paso lento de quien no tiene prisa porque ya no tiene adónde ir deprisa.

Sara se bajó del coche.

—Disculpe. Estamos buscando a alguien que vivió aquí hace unos años. Nicolás Alcalde Ferreras.

El hombre miró a Sara. Luego a Rubén. Luego de nuevo a Sara.

—¿Son policías?

—Sí.

El hombre asintió despacio, como si eso confirmara algo que ya sabía.

—Nico. —Dijo el nombre con la familiaridad de los que conocen a alguien de verdad—. Vivió aquí tres años. En la casa del callejón de las Monjas.

—¿Sabe si sigue ahí?

El hombre cogió al perro del collar antes de contestar, un gesto que Sara interpretó como el de alguien que necesita sujetar algo mientras dice lo que va a decir.

—No lo ha visto nadie desde el otoño pasado. —Una pausa—. Pero esta mañana había luz en la casa.

Sara y Rubén se miraron.

—¿Puede enseñarnos dónde está?

El hombre los miró una vez más. Luego tiró suavemente del perro hacia la calle que salía de la plaza por el lado norte.

—Síganme.

Capítulo 12

El callejón de las Monjas

El callejón de las Monjas era exactamente lo que su nombre prometía: una calle estrecha, empedrada, que nacía de la plaza mayor y se perdía entre dos muros de piedra hacia el interior del núcleo medieval de Brihuega. Las casas que había en ella eran bajas y antiguas, con las fachadas de piedra caliza sin revocar y las ventanas pequeñas protegidas por rejas de hierro oxidado. En verano, a pleno sol de la Alcarria, debían de tener un aspecto casi pintoresco. A las seis y media de la tarde de un jueves de marzo, con la temperatura bajando rápido y la única iluminación la de dos farolas escasas, tenían el aspecto de un callejón en el que nadie debería estar.

El hombre del perro se detuvo frente a la tercera puerta de la izquierda.

—Esta —dijo.

Luego se quedó donde estaba, como si no tuviera intención de moverse hasta que supiera qué iba a pasar.

Sara miró la puerta. Era de madera oscura, con los herrajes de hierro del mismo color oxidado que las rejas de las ventanas. Por la rendija inferior llegaba una franja de luz tenue, del tipo de la que da una lámpara de interior de poca potencia, no la luz de alguien que ha dejado una bombilla encendida por error o por olvido.

La luz de alguien que está dentro.

Llamó.

Tres golpes, espaciados, el tipo de llamada que dice *soy alguien con tiempo, no alguien que huye.*

Silencio dentro.

Luego el sonido de pasos. Lentos, cautelosos, que se acercaban desde el fondo de la casa.

Sara oyó una voz al otro lado de la puerta, tan baja que no pudo distinguir las palabras. Luego otra voz respondía, también baja. Dos personas.

—Somos policía —dijo Sara, en el volumen justo para que se oyera a través de la madera—. Inspectora Montero, Brigada de Homicidios. Venimos a buscar a Mónica Arenas.

Silencio de nuevo, más largo.

El sonido de un cerrojo corrido.

La puerta se abrió.

* * *

Mónica Arenas estaba al fondo de la sala pequeña que hacía de entrada, apoyada en el marco de la puerta que comunicaba con lo que debía ser la cocina. Llevaba el mismo jersey que el día anterior en Getafe, sin el abrigo, y tenía el pelo ligeramente descompuesto, como el de alguien que ha estado sentada mucho tiempo en la misma postura sin que eso le importara. Estaba entera. Sin daño visible. Los ojos, alerta.

Junto a la puerta, el que había abierto.

Era un hombre de unos cincuenta y tres o cincuenta y cuatro años, aunque el cuerpo podría haber dicho más. Alto, con la delgadez de quien ha comido suficiente pero no de sobra durante mucho tiempo. El pelo gris, corto. La cara de quien ha vivido al aire libre en los últimos años: la piel curtida, las arrugas marcadas en los bordes de los ojos con esa profundidad que da la luz directa de los climas secos. Llevaba una camisa de franela y unos pantalones de trabajo. Las manos, grandes, sujetaban el borde de la puerta con una tensión que el resto del cuerpo intentaba disimular.

La mirada era la misma que había descrito Mónica. Oscura. Tres o cuatro años más vieja que el resto de la cara.

Sara lo reconoció sin haberlo visto nunca.

—Nicolás Ferreras —dijo.

El hombre no lo negó. Asintió una vez, con esa economía de gestos de quien lleva mucho tiempo haciendo solo lo necesario.

—Pasen —dijo—. Pero cierren la puerta.

* * *

La casa tenía cuatro habitaciones pequeñas y esa frialdad de los sitios que se han calentado con prisa después de un tiempo vacíos. En la cocina había una cafetera en el fuego y dos tazas en la mesa. Nico añadió dos más sin preguntar y llenó las cuatro.

Se sentaron.

El hombre del perro no había entrado. Cuando Sara se asomó al callejón antes de cerrar la puerta, ya no estaba. Había desaparecido con la misma discreción con que había aparecido, como alguien que cumple con su parte y después prefiere no saber más.

—¿Cuándo llegó aquí? —preguntó Sara.

—Esta mañana temprano. —Era Nico quien hablaba. La voz, baja y algo ronca, tenía el ritmo de alguien que ha pensado mucho lo que va a decir pero que sabe que decirlo va a costarle de todas formas —. Llevaba semanas moviéndome. Desde que supe que Tomás había ido a la comisaría.

—¿Cómo lo supo?

—Tomás me avisó antes de hacerlo. Me llamó desde un teléfono que yo no conocía. Me dijo que ya no podía más, que iba a ir. —Nico sostuvo la taza entre las dos manos—. Le pedí que esperara. Que nos diéramos más tiempo para prepararlo. Me dijo que tenía setenta y tres años de edad acumulada con la angustia y que no le quedaba más tiempo.

Sara pensó en la lista mecanografiada. En el sobre de papel manila. En la tarjeta del agente Fonseca con la nota escrita a mano en la casilla de *Observaciones.*

—¿Por qué avisó a Mónica para que viniera aquí y no contactó directamente con nosotros?

Nico miró a Mónica antes de responder.

—Porque no sabía si podía confiar en la persona con la que hablaría. —Una pausa—. Llevo muchos años sabiendo que hay alguien dentro del sistema que les pasa información. Cada vez que alguno de nosotros se acercó a la policía o a la justicia, antes de que llegara a algún lado, alguien ya sabía que estaba intentándolo. Tomás. Yo mismo, en 2009. Otros antes que nosotros. —Hizo una pausa—. Necesitaba que fuera alguien que yo pudiera ver llegar. Mónica la conozco. Si venía con policías, sabía que eran los correctos. Si venía sola o con gente que no debía, también lo sabría.

—¿Y si yo no era la correcta?

Nico la miró.

—Entonces Mónica no habría abierto la puerta.

Sara miró a Mónica. Mónica sostuvo la mirada sin añadir nada.

—¿Sabe usted quién es la filtración? —preguntó Sara.

—No con nombre. Pero sé en qué nivel está. —Nico dejó la taza—. Lo que pasó en Santa Clara no fue una operación pequeña. Doce años, cuarenta niños, hombres con poder entrando y saliendo sin que nadie los detuviera, los registros del centro borrados, una congregación entera disuelta de un día para otro, el juez que archivó la denuncia del 83 ascendido a magistrado dos años después. Nada de eso se hace sin alguien que coordine. Alguien que tenga acceso a distintos niveles de la administración al mismo tiempo.

—Valentín Castaño.

Nico no se sorprendió al oír el nombre.

—Castaño era el que organizaba las visitas. El que pagaba a Sor Asunción. El que conocía a los demás y los mantenía unidos. —Hizo una pausa—. Pero Castaño no borró los registros del orfanato. Castaño no consiguió que la denuncia del 83 se archivara en cuarenta y ocho horas. Castaño en el 83 era un abogado de treinta y

cinco años con contactos pero sin el poder necesario para mover todo eso en tan poco tiempo. Alguien con más poder que él lo ayudó.

Sara miró a Rubén.

Rubén tenía el bloc abierto y estaba escribiendo, pero levantó los ojos.

—¿Ese alguien está en el cuaderno?

—No. —Nico lo dijo con una calma que tenía algo de resignación—. Ese alguien nunca entró en Santa Clara. Operaba desde más atrás. Solo sé de su existencia porque Tomás, en los últimos años, había seguido investigando y me fue contando lo que encontraba. —Una pausa—. No tengo nombre. Solo sé que en 1983, cuando cerraron el centro, Castaño necesitó ayuda de alguien que podía mover piezas en el sistema judicial y en el eclesiástico al mismo tiempo. Y que esa persona sigue siendo el paraguas que ha mantenido todo esto enterrado durante cuarenta años.

El silencio que siguió era del tipo denso, del que ocupa el espacio de manera física.

Sara pensó en la carta del vicario. En los dos niveles: la Iglesia y la justicia. En Molina recibiendo la llamada a las ocho de la mañana antes de que ella llegara a su despacho.

—¿Tomás le dijo si había llegado a averiguar quién era?

—Me dijo que estaba cerca. Que tenía una pista concreta. —Nico la miró—. Me lo dijo cuatro días antes de ir a la comisaría.

Sara lo entendió.

Tomás Vidal había ido a la comisaría no solo porque ya no podía más. Había ido porque había encontrado algo. Y había ido sabiendo que posiblemente alguien lo sabría antes de que llegara a algún sitio.

Lo había hecho de todas formas.

Y lo había pagado esa misma noche.

* * *

Estuvieron dos horas en la cocina de la casa del callejón de las Monjas.

Nico habló durante la mayor parte del tiempo con esa precisión de los que han tenido décadas para ordenar lo que saben. Fechas. Nombres. Conexiones. Confirmó las matrículas del cuaderno. Describió a los hombres que había visto, los que podía identificar y los que no. Explicó cómo había ido ampliando la documentación a lo largo de los años, cómo había seguido el rastro de algunos de los nombres más allá de los años del orfanato, cómo había intentado dos veces hacer llegar esa documentación a alguien que pudiera hacer algo con ella y las dos veces había tenido que huir.

Mónica escuchaba sin interrumpir. Había escuchado versiones de algunas de estas cosas antes, pero no todo, y en la cara de ella Sara vio el reconocimiento doloroso de quien recibe confirmación de lo que ya sabía pero que duele de manera diferente cuando alguien más lo dice en voz alta.

Cuando Nico terminó, Sara desplegó sobre la mesa las hojas de la lista que él había dejado en la caja. El nombre de Castaño al final, encuadrado con el trazo de bolígrafo.

—¿Está todo en estas hojas?

—Lo que pude verificar, sí.

—¿Hay algo que sepa y que no está aquí?

Nico miró la lista durante un momento.

—Una cosa.

Sara esperó.

—Hay un superviviente de los cuarenta que no vive bajo nombre falso. Que siempre vivió con su nombre real. —Hizo una pausa—. Porque no salió de Santa Clara como los demás. Salió de otra manera.

—¿De qué manera?

—Lo adoptaron. Una familia con dinero y contactos. Lo sacaron del orfanato antes del cierre, en 1982. Lo criaron como si fuera hijo suyo. —Nico la miró—. No está en la lista de Tomás porque Tomás no sabía que existía. Yo lo descubrí hace dos años, siguiendo un hilo de una de las matrículas del cuaderno. El coche pertenecía a un hombre que en 1982 adoptó a un niño de doce años de Santa Clara. Un niño que vivió con esa familia hasta que creció. Un niño que ahora tiene más de cincuenta años y que lleva toda la vida creyendo que lo que le pasó en el orfanato antes de la adopción era su secreto privado, que nadie lo sabía y nadie podía usarlo en su contra. —Una pausa—. Pero Castaño sí lo sabe. Y lo ha usado.

—¿Lo ha usado cómo?

—Para controlarlo. Para asegurarse de que nunca hable. Para tener dentro del sistema a alguien que le debe la vida, literalmente, y que no puede permitirse que salga lo que pasó porque lo hundiría a él también.

Sara miró a Rubén.

—¿Quién es?

Nico abrió la boca para responder.

El teléfono de Rubén sonó.

Rubén lo miró. Miró a Sara. Descolgó.

Escuchó durante veinte segundos sin decir nada. Luego dijo *recibido* y colgó.

—El quinto de la lista —dijo—. Encontrado esta tarde en Zaragoza. El mismo método.

Nico cerró los ojos.

No era la expresión de alguien que recibe una noticia inesperada. Era la expresión de alguien que recibe la confirmación de algo que temía y que con esa confirmación siente que algo se ha roto de manera definitiva.

—Es mi culpa —dijo en voz baja.

Sara lo miró.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto me moví para contactar con Mónica, alguien lo supo. Y en cuanto alguien lo supo, aceleraron. —Abrió los ojos—. Cuando yo estoy quieto, van despacio. Calculan. Cuando me muevo, se asustan y van más rápido. Llevo diez años sabiendo eso y esta vez lo olvidé.

Sara miró la lista sobre la mesa. El número cinco, que ella no había tachado todavía porque el trazo de rotulador sobre un nombre era un gesto que hacía sola, en el despacho, cuando ya no quedaba nada más que hacer por esa persona.

—Necesito que me diga el nombre —dijo—. El del superviviente adoptado.

Nico la miró durante un momento largo.

Luego dijo el nombre.

Sara lo sostuvo en la cabeza durante tres segundos, como quien pesa algo antes de decidir dónde ponerlo.

No era un nombre que ella conociera directamente. Era un nombre que había visto en algún sitio, en algún documento reciente, en algún contexto que ahora no podía ubicar con precisión pero que llegaría.

—¿Está en el CGPJ?

—No. Está en otro sitio. —Nico recogió las hojas de la mesa y las devolvió a Sara con los bordes cuidadosamente alineados—. Está mucho más cerca de usted de lo que cree.

Capítulo 13

El nombre

La carretera de vuelta a Madrid era la misma que a la ida pero diferente, porque las carreteras de noche siempre son diferentes a las de día aunque no haya cambiado nada en el asfalto ni en las señales ni en el paisaje que la oscuridad oculta pero no elimina.

Rubén conducía. Sara tenía el bloc en la rodilla y la linterna del móvil encendida sobre él, y miraba las notas que había tomado en la cocina de Brihuega con esa atención de quien intenta construir un orden donde antes solo había piezas sueltas.

Habían dejado a Nico y a Mónica en la casa del callejón de las Monjas con la instrucción de no moverse, no usar teléfonos vinculados a sus nombres y no abrir la puerta a nadie que no fuera Sara o Rubén. Nico había aceptado con la calma de alguien que lleva años siguiendo ese tipo de instrucciones. Mónica había preguntado cuánto tiempo. Sara le había dicho que no lo sabía.

No era la respuesta que Mónica quería. Era la única que Sara podía dar.

—¿En qué piensas? —preguntó Rubén sin apartar los ojos de la carretera.

—En el nombre.

—¿Lo ubicas?

—En algún sitio. No puedo precisar dónde todavía.

Era esa sensación específica del reconocimiento incompleto: saber que algo existe en algún rincón de la memoria sin poder localizarlo con exactitud, como buscar un objeto en una habitación oscura sabiendo que está ahí pero sin encontrarlo todavía.

El nombre que Nico le había dado era *Álvaro Mendieta*. Sin más datos. Solo el nombre. Nico le había dicho que no tenía los apellidos

completos con certeza, que había llegado a ese nombre a través de un rastro de documentación que no era directa. Que la familia que había adoptado al niño del orfanato en 1982 se llamaba Mendieta, que eran de Madrid, que tenían dinero y relaciones en el mundo jurídico, y que el niño adoptado había tomado ese apellido y había crecido con él.

Álvaro Mendieta.

—Mendieta —dijo Sara en voz alta.

Rubén frenó ligeramente ante un radar que no estaba señalizado.

—¿Te suena?

—Suena a algo. No sé a qué todavía.

Cogió el móvil y abrió el buscador. Escribió el nombre. Los resultados fueron los que suelen ser para un nombre relativamente común: varios perfiles en redes sociales, dos o tres referencias en registros mercantiles, una esquela de 2019 de un hombre de ochenta años que no era el que buscaba.

Refinó la búsqueda: *Álvaro Mendieta Madrid jurídico.*

Tres resultados en la primera página.

Uno era una referencia antigua en un directorio de colegios profesionales. Otro era una nota de prensa de 2015 sobre un congreso de derecho penal en el que aparecía el nombre entre los asistentes. El tercero era un artículo de 2021 en un medio jurídico especializado sobre cambios en la composición de la comisión de selección de fiscales del Ministerio de Justicia.

Sara amplió el artículo.

La comisión de selección de fiscales del Ministerio de Justicia en 2021. Una lista de siete nombres. Uno de ellos: *Álvaro Mendieta Casal, jefe de gabinete de la Secretaría de Estado de Justicia.*

Sara leyó el cargo dos veces.

Jefe de gabinete de la Secretaría de Estado de Justicia.

No era el CGPJ. Era el Ministerio. Un nivel diferente, pero conectado. Un cargo de confianza política, de los que se renuevan con los gobiernos pero que a menudo permanecen porque quien los ocupa tiene la clase de utilidad que trasciende los cambios de partido.

Buscó el nombre específico: *Álvaro Mendieta Casal Ministerio Justicia.*

Encontró su perfil institucional. Una fotografía corporativa, de esas en que el sujeto mira a la cámara con la expresión de quien quiere parecer accesible sin ser informal. Hombre de unos cincuenta y dos o cincuenta y tres años. Rostro ancho, pelo oscuro con las sienes grises. La información pública era escasa: el cargo, la trayectoria resumida en tres líneas, nada sobre su vida anterior al mundo jurídico.

Sara buscó *Mendieta Casal Madrid adopción 1982*.

Nada.

Buscó *Álvaro Mendieta familia Madrid*.

Una referencia en la sección de sociedad de un periódico de 2008: la boda de *Álvaro Mendieta Casal* con una arquitecta llamada Laura Serrano. La reseña mencionaba que el novio era hijo de *Don Eduardo Mendieta*, fallecido en 2004, y de *Doña Carmen Casal*.

Sara miró los apellidos adoptivos.

Mendieta. Casal.

Y los de nacimiento, que no aparecían en ningún sitio porque habían sido enterrados en 1982 con la misma eficiencia con que Sor Asunción había enterrado los registros de Santa Clara.

—Rubén. El jefe de gabinete de la Secretaría de Estado de Justicia se llama Álvaro Mendieta Casal.

Rubén tardó un momento.

—¿El Ministerio de Justicia?

—El gabinete. El que coordina la relación del Ministerio con el CGPJ. —Sara miró la pantalla—. Castaño lleva treinta años en el Consejo.

El hombre que Castaño tiene controlado lleva años en el Ministerio. Los dos organismos que habrían tenido que investigar lo de Santa Clara son exactamente los dos organismos en los que están.

El silencio que siguió duró hasta que Rubén adelantó a un camión y el ruido del motor volvió a su nivel de fondo.

—¿Lo sabes con certeza?

—No. Tengo el nombre que me dio Nico, tengo el cargo de la persona que lleva ese nombre, y tengo la coincidencia de que ese cargo es exactamente el que necesitarías para mantener algo así enterrado desde dentro del sistema jurídico. —Sara bajó el móvil—. No es certeza. Es una línea que hay que seguir con mucho cuidado.

—¿Se lo cuentas a Herás?

Sara pensó en la fiscal. En su carpeta cerrada sobre las rodillas. En los tres meses de investigación financiera sobre Castaño.

—Todavía no. Primero necesito saber si Mendieta Casal aparece en alguno de los registros que tenemos. En el cuaderno de Nico, en la lista de matrículas, en cualquier documento de la época.

—¿Cómo?

—Esta noche. Cuando lleguemos.

* * *

A las nueve y veinte de la noche, la jefatura de la calle Leganitos tenía esa quietud de los edificios institucionales fuera del horario laboral: los pasillos con la mitad de las luces apagadas, el ruido de alguna impresora en algún despacho, el agente de guardia en la planta baja con los ojos en una pantalla.

Sara y Rubén subieron al tercer piso.

El cuaderno de Nico estaba en la caja, sobre la mesa, donde lo habían dejado. Sara lo abrió por las primeras páginas, las de 1981, con la lupa del cajón y la luz del flexo dirigida al máximo.

Las entradas de los primeros meses eran escuetas. Fecha. Número de coches. Letras y números de matrícula, parciales. Ningún

nombre. Nico había sido disciplinado desde el principio: solo lo verificable.

A partir de 1985, cuando ya tenía quince años y estaba fuera del orfanato, las entradas cambiaban. Había más texto. Había inferencias, marcadas siempre con un asterisco para distinguirlas de los datos directos. Y había un intento de cruzar las matrículas parciales con registros que un adolescente sin recursos no habría podido consultar de manera oficial.

Sara buscó en las páginas de los años noventa, cuando Nico ya tendría más herramientas.

En 1993, una entrada más larga que las habituales. La letra, la del Nico adulto, más firme y más inclinada.

Matrícula M-4471-BK. Verificada en registro de la DGT a través de contacto indirecto. Propietario en 1981: Eduardo Mendieta Vázquez. Abogado. Madrid. Cuatro apariciones registradas entre octubre del 81 y junio del 83.

Sara se detuvo.

Eduardo Mendieta Vázquez.

El padre adoptivo de Álvaro Mendieta Casal.

El hombre cuyo coche había aparecido cuatro veces en los registros de Nico entre 1981 y 1983.

El hombre que en 1982 había adoptado a un niño de doce años de Santa Clara de Miraflores.

Llamó a Rubén, que estaba en su mesa buscando en el sistema.

—La matrícula M-4471-BK. En el cuaderno de Nico, verificada en 1993. Pertenecía a Eduardo Mendieta Vázquez, que era el padre adoptivo de Álvaro Mendieta Casal. El coche apareció cuatro veces en Santa Clara entre 1981 y 1983.

Rubén tecleó algo.

—Dame un minuto.

Sara siguió leyendo.

La entrada del 93 continuaba: *No confirmo si Eduardo Mendieta era usuario de la sala del fondo o simple acompañante de otros. Cuatro apariciones no es suficiente para establecer patrón. La adopción de 1982 podría ser independiente de las visitas o podría ser parte de ellas. No lo sé.*

La honestidad de Nico, incluso en sus propios registros, era absoluta. No afirmaba lo que no podía demostrar.

Pero la conexión estaba ahí, en esas cuatro apariciones del coche de Eduardo Mendieta. Y en el hecho de que ese mismo hombre había sacado a un niño de Santa Clara el año siguiente.

¿Por qué sacar a un niño de un sitio al que acudes a hacerle daño?

Había varias respuestas posibles. Sara las ordenó mentalmente sin escribirlas, porque algunas cosas eran demasiado oscuras para ponerlas en un bloc y dejarlas sobre una mesa.

—Sara. —La voz de Rubén interrumpió el pensamiento—. Tengo algo sobre la llamada al director general.

Sara fue a su mesa.

En la pantalla, el registro de comunicaciones externas de la Dirección General de la Policía, al que Rubén había accedido a través del sistema interno. La llamada de la mañana: las ocho y diecisiete. Desde un número de teléfono de la Secretaría de Estado de Justicia.

Sara miró el número.

Luego miró a Rubén.

—El gabinete de la Secretaría de Estado —dijo él—. No sé si fue Mendieta directamente o alguien de su equipo. Pero el número es del gabinete.

Castaño controlaba a Mendieta. Mendieta, desde el Ministerio, hacía las llamadas necesarias. La cadena de mando de la impunidad, operando en tiempo real mientras Sara estaba en el piso de Lavapiés mirando la marca en el brazo de Tomás Vidal.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, junio de 1981

En junio llegaron los calores y con los calores llegó una quietud diferente al orfanato. Sor Asunción abría las ventanas del pasillo de la primera planta por las mañanas y el aire de la Vía Carpetana, que no era un aire limpio pero era movimiento, atravesaba el edificio de un lado al otro durante una hora antes de que el sol subiera demasiado y Sor Asunción volviera a cerrarlas.

Marta aprendió a usar esa hora.

Era la hora en que las monjas estaban ocupadas con los preparativos del desayuno y en que los niños más pequeños todavía no habían terminado de vestirse. Era la hora en que podías estar en el pasillo de la planta baja sin que nadie te preguntara qué estabas haciendo allí, porque el ruido de la cocina y el ruido de los dormitorios se solapaban y nadie prestaba atención a la figura pequeña que pasaba junto a la puerta oscura del fondo con el ritmo exacto de alguien que va de un sitio a otro por razones propias.

La puerta oscura siempre estaba cerrada con llave.

Pero había una cosa que Marta había descubierto a principios de mayo y que no le había contado a Nico todavía porque no sabía si era importante o si era solo una casualidad: la llave de la sala del fondo estaba en el llavero de Sor Asunción, y Sor Asunción dejaba el llavero colgado en el gancho de la puerta de su despacho cuando estaba dentro. El despacho de Sor Asunción tenía la puerta siempre abierta durante el día, porque Sor Asunción decía que las puertas abiertas eran señal de confianza, aunque la confianza que practicaba tenía más que ver con poder ver el pasillo desde su mesa que con el significado habitual de la palabra.

El llavero era grande. Demasiado grande para cogerlo y devolverlo sin que nadie lo notara.

Pero tenía algo más.

Una mañana de principios de junio, mientras pasaba frente al despacho de Sor Asunción a la hora de las ventanas abiertas, Marta

vio que la directora no estaba en su mesa. El despacho estaba vacío y el llavero colgaba en el gancho.

Se detuvo.

Miró el pasillo a ambos lados.

Nadie.

Se acercó al gancho. No tocó el llavero. Lo estudió desde la distancia de un brazo, con esa atención nueva que Nico le había enseñado: no mirar directamente, dejar que los ojos recojan los detalles sin que el objeto sepa que lo estás mirando.

Había doce llaves en el llavero. Las del orfanato eran de hierro viejo, pesadas, del tipo que se fabrica para cerraduras antiguas. Pero había dos llaves que eran diferentes: más pequeñas, de metal plateado, modernas, del tipo que hace el copista de cualquier ferretería.

Una de ellas tenía una marca de pintura roja en el extremo del lomo.

Marta no lo tocó. No lo movió. Solo lo miró durante el tiempo suficiente para grabárselo.

Luego siguió caminando por el pasillo.

Esa tarde, en el patio, se lo contó a Nico.

Nico escuchó sin interrumpirla. Cuando terminó, sacó el cuaderno y escribió algo.

—¿Lo vas a anotar? —preguntó Marta.

—Ya lo anoté.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde marzo. —Nico cerró el cuaderno—. Pero no sabía si la llave pequeña con pintura roja era la de la sala del fondo o la de otra cosa. Ahora sé que es la que más guarda.

—¿Por qué?

—Porque las cerraduras más importantes tienen las llaves más fáciles de perder. Y Sor Asunción marcó esa con pintura para encontrarla siempre rápido. —Una pausa—. Cuando necesitas

encontrar una llave rápido, es porque lo que cierra no puede estar abierto ni un momento de más.

Marta miró el edificio. La ventana con los cristales pintados de blanco.

—¿Alguna vez entraremos?

—No —dijo Nico, y lo dijo con una seguridad que no dejaba espacio para la negociación—. Lo que hay ahí dentro no necesitamos verlo. Lo que necesitamos es que alguien más lo sepa. Alguien que pueda hacer algo.

—¿Y si nadie puede?

Nico miró el patio. Los niños pequeños corriendo. La sombra del edificio alargándose hacia el árbol del rincón con la precisión de los veranos de Madrid.

—Entonces esperamos a que podamos nosotros.

* * *

A las once y cuarto de la noche, Sara llamó a Marcos Ibáñez.

El periodista descolgó al primer tono, lo que significaba que tampoco dormía o que estaba esperando que llamara.

—Sabía que ibas a llamar —dijo.

—¿Por qué contactaste con la Fiscalía sin decirme nada?

Una pausa breve.

—Porque cuando alguien rompe la ventanilla de tu coche y te deja un mensaje de una sola palabra, la cobertura que tienes se vuelve insuficiente de repente. —Otra pausa—. Y porque Herás lleva tres meses en Castaño y necesitaba lo que tú tienes para que su caso no se caiga. Los dos queríais lo mismo.

—Lo que yo quiero no es lo mismo que lo que quiere la Fiscalía.

—¿Qué quieres tú?

Sara miró el cuaderno de Nico sobre la mesa.

—Quiero que los que están matando a estas personas paren. —Hizo una pausa—. Y quiero que los que llevan cuarenta años haciendo posible que eso ocurriera respondan por ello.

—Eso es exactamente lo que quiere la Fiscalía.

—La Fiscalía quiere un caso que se sostenga en juicio. Yo quiero que treinta y uno de los cuarenta estén vivos cuando lleguemos a ese juicio.

Un silencio más largo.

—¿Treinta y uno? ¿Han muerto cinco ya?

—Esta tarde en Zaragoza.

Marcos no dijo nada durante unos segundos.

—¿Qué necesitas de mí?

Sara pensó en el nombre que Nico le había dado. En el cargo. En la llamada al director general a las ocho de la mañana.

—Necesito que investigues a Álvaro Mendieta Casal. Jefe de gabinete de la Secretaría de Estado de Justicia. Nacido aproximadamente en 1970 o 1971. Adoptado por una familia de apellido Mendieta en Madrid en 1982. —Hizo una pausa—. Y necesito que lo hagas sin que él sepa que lo estás mirando.

—¿Por qué yo y no tú?

—Porque yo dejo rastro en el sistema. Tú también, pero en otro sistema. —Sara apagó el flexo de la mesa—. Y porque si algo me pasa antes de que esto llegue a algún sitio, necesito que alguien siga tirando del hilo.

Marcos tardó.

—Está bien.

—Llámame mañana. —Sara cogió el abrigo y la caja—. Y Marcos. Esta vez avísame antes de mover nada.

Colgó.

Rubén la miraba desde su mesa.

—¿Cuándo descansas?

—Cuando pare. —Sara cogió la caja con las dos manos—. Esta noche me la llevo a casa. No me fío de dejarla aquí.

Rubén asintió. Apagó su pantalla.

—¿Sabes qué me preocupa más de todo esto?

—¿Qué?

—Que Nico dijo que había algo cerca de ti. No dijo *en el sistema*. Dijo *cerca de ti*. —Rubén cogió la chaqueta—. Y Mendieta está en el Ministerio. No exactamente cerca de ti.

Sara se detuvo en la puerta.

Tenía razón.

Mucho más cerca de usted de lo que cree.

Eso no era el Ministerio de Justicia. Eso era otra cosa.

Eso era alguien que ella veía. Que estaba en su mundo cotidiano. Que podía observarla sin que ella lo supiera.

—Mañana —dijo—. Esta noche ya no podemos pensar más.

Pero mientras bajaba las escaleras con la caja entre los brazos, supo que iba a pasar la noche con ese pensamiento dando vueltas en la misma oscuridad que los coches sin faros de la calle lateral de Santa Clara.

Capítulo 14

La noche de los coches

Santa Clara de Miraflores — Madrid, octubre de 1981

La noche con cuatro coches fue en octubre, cuando el frío había vuelto con esa decisión de los otoños de Madrid que no avisan.

Marta lo supo porque la despertó el frío, no el ruido. La ventana del dormitorio tenía una rendija en el marco que en verano era invisible y en invierno se convertía en una corriente fina y persistente que llegaba exactamente a la altura de la cama si dormías en el lado izquierdo, que era el suyo desde que Tere se había trasladado al dormitorio de las mayores en septiembre.

Se despertó. Miró el techo. Escuchó.

Abajo, en el patio, algo.

No era el ruido habitual de la noche en el orfanato: el crujido del edificio, el sonido de la calefacción de vapor que golpeaba las tuberías cada vez que la temperatura caía de cierto punto, el llanto ocasional de algún niño pequeño que no llegaba al umbral del despertar pero que emitía ese sonido de sueño agitado que podías oír desde el pasillo si pasabas cerca.

Era otro ruido. Un motor que se apagaba. Luego otro.

Marta fue al baño.

Desde la ventana del baño, apoyó la frente en el cristal frío con la práctica de quien lo ha hecho muchas veces.

Cuatro coches.

Nunca había visto cuatro.

Estaban aparcados en la calle lateral, los cuatro con los faros apagados, en fila, uno detrás del otro. El último había llegado

mientras ella miraba, así que los había visto llegar. El conductor del último coche se había bajado antes de apagar el motor y había ido hacia el primero, donde ya había alguien esperando de pie junto a la puerta del copiloto.

Dos figuras junto al primer coche. Otras figuras bajando de los demás vehículos. Marta contó: seis en total, aunque la oscuridad y el ángulo desde el baño del segundo piso no le permitían precisar. Seis hombres con abrigos oscuros moviéndose hacia la puerta lateral con esa calma de quien conoce el camino.

Sor Asunción los estaba esperando.

Eso también era diferente. Las otras noches, Sor Asunción cruzaba el patio para abrir cuando ya estaban en la puerta. Esta vez estaba en el umbral antes de que llegaran, con la linterna apagada, solo su figura oscura en el rectángulo de luz débil que salía del interior del edificio.

Los hombres entraron.

Todos menos uno.

Uno de ellos se quedó fuera, junto a la puerta lateral, con los hombros ligeramente echados hacia atrás y las manos en los bolsillos del abrigo. No fumaba. Solo miraba el patio y la calle con esa atención periférica de quien hace guardia sin parecer que hace guardia.

Marta lo miró durante el tiempo que tardó en comprender que ese hombre estaba mirando las ventanas del edificio.

Se echó hacia atrás.

Esperó.

Contó hasta cien, muy despacio.

Luego volvió a asomarse, con más cuidado esta vez, solo la mitad de la cara por el borde del cristal.

El hombre seguía ahí.

Y en ese momento, como si hubiera sentido que alguien lo miraba con esa intensidad específica que tienen las miradas cuando se concentran, giró la cabeza hacia arriba.

Marta no se apartó a tiempo.

Él la vio.

O vio algo: el movimiento, el reflejo en el cristal, la forma oscura de una cabeza de niño en la ventana del segundo piso. Bastó con eso. Sus ojos —que Marta no pudo ver en detalle, solo la dirección de la mirada— se quedaron fijos en la ventana del baño durante varios segundos que se hicieron muy largos.

Luego se giró.

Fue hacia la puerta lateral y llamó suavemente con los nudillos. La puerta se abrió desde dentro. El hombre dijo algo, breve, al que abrió. Luego entró.

Marta se apartó del cristal.

Fue hasta el suelo del baño y se sentó con la espalda contra la pared, las rodillas recogidas, igual que Mónica diría años después que había hecho ella en ese mismo baño, y esperó.

Pasó un tiempo que no supo cuantificar.

Luego la puerta lateral se abrió.

Los seis hombres salieron al patio en grupos de dos y de uno. El último en salir fue el que había hecho guardia, el que la había visto. Se detuvo un momento en el patio, miró hacia arriba, hacia la ventana del baño. Luego siguió caminando.

La luz del patio le dio en la cara justo cuando pasaba bajo el poste central.

Marta, desde el suelo del baño, no pudo verla. Pero por la mañana, cuando le contó a Nico lo que había pasado, él le preguntó si había visto algo de alguno de los hombres.

—Uno me miró —dijo Marta—. El que hacía guardia fuera. Cuando se fue, pasó bajo la bombilla del patio.

—¿Viste su cara?

—Solo un momento. —Hizo una pausa—. Era mayor. Cincuenta años, quizás. Tenía el pelo oscuro y llevaba gafas.

—¿Algo más?

Marta pensó.

—El abrigo era largo. Marrón oscuro o negro, no lo sé. Y llevaba algo en la solapa. Una insignia, creo. Un pin pequeño.

—¿Pudiste ver qué era?

—Redondo. Pequeño. No pude ver más.

Nico lo anotó todo en el cuaderno con la letra cuidadosa de quien sabe que los detalles pequeños son los que a veces abren puertas que los grandes no pueden abrir.

Luego miró a Marta.

—La próxima vez que pase algo así, quédate en el suelo. No vuelvas a la ventana. —Lo dijo sin reproche, pero con una firmeza que no dejaba espacio—. Si alguien te vio, puede que no sepa qué viste tú. Pero si vuelves a la ventana, sabrá que seguías mirando.

Marta asintió.

—¿Lo apuntaste?

—Todo. —Nico cerró el cuaderno—. Cuatro coches, seis hombres, uno que hizo guardia y vio una ventana. —Una pausa—. Es la noche con más información que tenemos. Si alguna vez sirve para algo, esta noche va a ser importante.

Marta lo miró.

—¿Crees que nos van a hacer algo? ¿Al que me vio?

Nico pensó antes de responder, lo que en él era siempre una señal de que la respuesta iba a ser honesta aunque no fuera cómoda.

—No lo sé. Pero a partir de ahora, tú y yo somos invisibles. En los pasillos, en el comedor, en el patio. Invisibles no significa escondidos. Significa que nadie tiene un motivo para fijarse en nosotros. —Hizo una pausa—. ¿Puedes hacer eso?

—Sí —dijo Marta.

Y lo hizo.

* * *

Madrid — viernes, 8 de marzo de 2024

Sara vivía en un quinto piso sin ascensor en la calle de Santa Isabel, en el barrio de Antón Martín, a quince minutos a pie de la jefatura. Era un piso que había elegido porque estaba cerca del trabajo y porque tenía una ventana grande en el salón que daba a un patio interior donde en primavera crecía una parra que nadie había plantado y que nadie mantenía y que sin embargo volvía cada año, verde y obstinada, como una pequeña declaración de principios.

Llegó pasadas las once.

En la escalera, en el tercer descansillo, algo la detuvo.

Era un olor.

Leve. Casi imperceptible. Pero estaba ahí: una mezcla de algo limpio y artificial, del tipo que dejan algunos aerosoles o algunos guantes de látex, que no pertenecía a la escalera de su edificio, que tenía su propio catálogo olfativo de décadas: el piso de la señora Ferrer con su cocina de ajo y pimentón, el tabaco de la pareja del segundo, la humedad constante del hueco de la escalera que el administrador prometía arreglar desde hacía dos años.

Esto era diferente.

Sara dejó la caja en el suelo del descansillo y subió los dos pisos restantes despacio, pegada a la pared, con la mano derecha libre.

La puerta de su piso estaba cerrada. Sin señales visibles de forzado.

Sacó las llaves. Las introdujo en la cerradura.

Abrió.

Silencio.

Entró. Encendió la luz del pasillo. Fue habitación por habitación: salón, cocina, dormitorio, baño. Cada uno vacío. Cada uno en orden.

Demasiado en orden.

Sara se detuvo en el centro del salón.

Ella no era desordenada, pero tampoco era de las personas que mantienen las cosas en posiciones precisas. El libro que había dejado en la mesa del salón el martes por la noche estaba exactamente paralelo al borde de la mesa. Ella no lo había dejado así. El libro de la mesa siempre quedaba en diagonal, con la esquina sobresaliendo, porque así lo cogía al sentarse.

Fue al dormitorio.

El cajón de la mesilla estaba cerrado. Lo abrió: el cuaderno donde anotaba cosas antes de dormir, el cargador de repuesto, las pastillas para dormir que no había tomado en tres semanas. Todo presente. Todo en su sitio.

Fue al armario del dormitorio.

En el estante superior, donde guardaba las cajas de documentación personal —facturas antiguas, contratos, la documentación del coche —, las cajas estaban desplazadas medio centímetro respecto a la marca de polvo que indicaba su posición habitual.

Alguien había abierto esas cajas. Las había revisado. Las había vuelto a colocar con cuidado.

Sara se sentó en la cama.

Había pasado aquí, en su piso, en algún momento del día. Mientras ella estaba en Brihuega, o antes, o durante la reunión con Molina y Herás. Alguien con acceso al edificio, con la habilidad para abrir su cerradura sin dejar marcas, con el tiempo suficiente para revisar el piso con la minuciosidad que requería dejar todo casi en su sitio.

Casi.

No habían sido profesionales de la forma más alta, o no se habían preocupado de serlo del todo, porque habían cometido esos dos errores pequeños: el libro en la mesa, las cajas del armario. Lo suficiente para que alguien que conoce su propio espacio lo note.

Lo que significaba que o bien no eran tan buenos como querían parecer, o bien querían que ella supiera que habían estado.

Cogió el móvil. Llamó a Rubén.

—¿Duermes?

—Estaba intentándolo. ¿Qué pasa?

—Han estado en mi piso.

Un silencio.

—¿Cuándo?

—Hoy, mientras no estaba. No forzaron la puerta. Revisaron documentación personal. No se llevaron nada. —Sara miró la caja que había dejado en el descansillo y había subido antes de llamar—. La caja de Nico está conmigo, así que no llegaron a lo importante.

—¿Quieres que vaya?

—No. Quiero que hagas algo antes de dormir.

—Dime.

—El agente Herrera. El que estaba en el piso de Lavapiés el primer día y que volvió a aparecer en Getafe cuando fuimos a buscar a Mónica.

Un silencio más largo.

—¿En qué estás pensando?

—En que estaba en las dos escenas. En que sabía dónde vivía yo porque su nombre estaba en el parte de Lavapiés con mi dirección como responsable del caso. Y en que Nico me dijo que había alguien cerca, no en el sistema en abstracto. Cerca.

—Puede ser coincidencia. Los agentes de guardia se repiten en el distrito.

—Puede serlo. Búscalo de todas formas.

—¿Su expediente?

—Expediente, historial de destinos, si tiene algún vínculo con el Ministerio o con el CGPJ en algún momento de su carrera. Y si hay

alguna anotación sobre él que no debería estar ahí.

Rubén tardó en responder.

—Sara, si me equivoco con esto y Herrera es un agente limpio, estamos abriendo un expediente sobre un compañero sin base suficiente.

—Lo sé. —Sara miró la ventana del salón, el patio interior oscuro, la parra invisible en la noche—. Pero alguien entró en mi piso con una llave que no existe. Y alguien llamó al director general esta mañana sabiendo exactamente hasta dónde habíamos llegado. Eso es alguien que tiene acceso a los sistemas y que sabe cómo me muevo. —Hizo una pausa—. La lista de personas que cumple eso no es larga.

Silencio al otro lado.

—Mañana temprano —dijo Rubén.

—Gracias.

Colgó.

Se quedó sentada en la cama con el móvil en la mano durante un momento. Luego fue al salón, cogió el libro de la mesa y lo dejó en diagonal, con la esquina sobresaliendo, como siempre.

Pequeños actos de territorio. Pequeñas declaraciones de que seguía siendo ella en ese espacio aunque alguien hubiera intentado borrarlo.

Fue a la cocina a beber agua.

En el espejo del baño, su cara de noche: los ojos con el cansancio de cuatro días sin dormir bien, el pelo que necesitaba lavarse, las líneas alrededor de la boca que aparecían cuando llevaba mucho tiempo con la mandíbula apretada sin darse cuenta.

Se miró durante un momento.

Pensó en Marta. En la niña de ocho años que llegó a Santa Clara con una bolsa de plástico del Spar y que aprendió a ser invisible en los pasillos de un edificio de ladrillo rojo en Carabanchel. Que aprendió

a observar con el rabillo del ojo. Que anotó lo que vio en el cuaderno de otro niño porque había dos testigos siempre que con uno no bastaba.

¿Dónde estás ahora, Marta?

No era una pregunta al espejo. Era una pregunta al caso.

Porque en algún lugar de los cuarenta nombres había una mujer de cuarenta y pocos años que de niña había cruzado una verja de noche con una bolsa de plástico y había sobrevivido. Y esa mujer era el único testigo que Nico no había mencionado.

El único que faltaba en todos sus registros.

Sara apagó la luz del baño.

Se fue a la cama con la caja de Nico en el suelo, a medio metro de donde iba a intentar dormir.

Mañana.

Siempre había más mañana, aunque los mañanas de este caso llegaran con la velocidad de los casos que no esperan.

Capítulo 15

El expediente

Eran las dos y dieciséis de la madrugada cuando el móvil vibró.

Rubén.

Sara lo cogió antes del segundo tono. No había dormido. Había estado tumbada en la cama con el cuaderno de Nico abierto sobre el pecho y la lámpara de la mesilla encendida, leyendo entradas del año 1988, del 91, del 95, con esa concentración de las horas pequeñas que tiene una calidad diferente a la del día: más nítida en algunos detalles, más propensa a que algunas cosas calen de una manera que con la luz del sol no pueden.

—¿Estás despierto todavía? —dijo.

—Sí. Escucha. —La voz de Rubén tenía el tono de quien acaba de encontrar algo que no esperaba y que está ordenando las palabras mientras las dice—. El expediente de Herrera.

—¿Qué tiene?

—Lleva ocho meses en el distrito de Leganitos. Antes estaba en Carabanchel, donde estuvo cuatro años. Antes de eso, dos años en Vallecas. Una trayectoria normal para un agente de base de su rango. —Hizo una pausa—. Excepto el traslado a Leganitos.

—¿Qué tiene de excepcional?

—Los traslados normales de agentes de base los gestiona la Jefatura Superior a través de recursos humanos, con el formulario estándar y el visto bueno del subcomisario del distrito. Este traslado llegó a través de la Oficina de Coordinación de Seguridad Institucional.

Sara se incorporó en la cama.

—¿Qué es eso?

—Es una oficina que existe en el organigrama de la Secretaría de Estado de Interior, pero que en los últimos cuatro años ha ampliado su coordinación con Justicia para temas de seguridad en sedes judiciales. En papel es algo completamente burocrático. —Una pausa —. Pero la persona que firmó la autorización del traslado de Herrera a Leganitos hace ocho meses es el coordinador adjunto de esa oficina, que depende funcionalmente de la Secretaría de Estado de Justicia.

Del gabinete de Álvaro Mendieta Casal.

—Ocho meses —dijo Sara.

—Ocho meses. Cuatro antes de que Tomás Vidal entrara en la comisaría de Leganitos. —Rubén hizo una pausa—. Alguien sabía que Vidal iba a moverse. Y puso a alguien en la comisaría antes de que lo hiciera.

Sara pensó en el sobre de papel manila. En el agente Fonseca que lo había metido en una bandeja de pendientes sin mirarle la cara a Tomás Vidal mientras le decía que esperara. En el formulario de diligencias previas que había pasado por cuántas manos antes de llegar a la brigada.

—¿Qué cargo tiene Herrera exactamente?

—Agente de guardia en el turno de mañana. Exactamente el turno en que Vidal se presentó. —Una pausa más larga—. Y el mismo turno en que hiciste tú la consulta desde la brigada sobre la dirección de Tomás Vidal antes de ir al piso de Lavapiés.

El sistema registra todas las consultas. Cualquiera con acceso al registro de la comisaría de Leganitos podía ver que Sara había buscado esa dirección. Y si Herrera tenía acceso al registro, también podía ver a quién se lo habían asignado y en qué momento.

—¿Tiene acceso al sistema central?

—Nivel básico, como cualquier agente de base. Suficiente para ver las consultas del distrito. No suficiente para acceder a los casos de brigada. —Rubén hizo una pausa—. Pero suficiente para informar de lo que hace la persona que lleva el caso.

Sara se levantó de la cama.

—Necesito que esto quede entre nosotros hasta que sepamos exactamente qué es. Nada en el sistema, nada por escrito, nada que pase por los canales normales.

—Lo sé.

—¿Tienes esto guardado de manera segura?

—En el móvil personal, sin nubes, sin copias automáticas.

—Bien. Mañana a las seis.

—Ya es mañana, Sara.

—A las seis, Rubén.

Colgó.

Se quedó de pie en el dormitorio, en la oscuridad, con el móvil en la mano y el cuaderno de Nico en la cama detrás de ella.

Un agente de guardia que llevaba ocho meses colocado en la comisaría correcta, en el turno correcto, por alguien del entorno de Mendieta Casal. Un sistema de vigilancia construido antes de que el caso existiera, porque alguien sabía que tarde o temprano Vidal iba a moverse.

Y ahora Herrera sabía que Sara llevaba el caso. Sabía dónde vivía ella. Sabía qué movimientos había hecho desde el martes por la mañana.

Fue a la cocina. Bebió agua. Volvió a la cama.

Cogió el cuaderno.

Si no iba a dormir, al menos que sirviera para algo.

* * *

Las entradas del cuaderno del año 1994 tenían una letra diferente a las anteriores: más segura, más adulta, con las palabras mejor espaciadas y menos borrones. Nico tenía veinticuatro años en 1994 y había empezado, según se desprendía de algunas referencias en el texto, a trabajar en un taller de carpintería en el barrio de Vallecas

que le daba un sueldo irregular pero suficiente para alquilar un cuarto y tener tiempo propio.

Seguía escribiendo.

Había dejado de escribir sobre Santa Clara como presente y había empezado a escribir sobre Santa Clara como historia que había que reconstruir. Buscaba rastros. Rastreaba a las personas que había conocido entonces: quién vivía bajo qué nombre, dónde estaban, si se podía contactar con ellas de alguna manera. Era una labor de arqueología personal, hecha a mano, sin recursos ni acceso a ningún sistema.

Sara fue pasando páginas.

Encontró la entrada de 1994 sobre Rafael Soler: lo había localizado en Málaga, donde vivía bajo su nombre real. Había anotado una dirección que ya no sería válida treinta años después.

Encontró la entrada de 1997 sobre Mónica Arenas: trabajadora social en Madrid, nombre real verificado, dirección en Getafe. *Nos hablamos por teléfono. No quiere contacto directo pero acepta que sepa dónde está. Me pide discreción. Se la doy.*

Siguió pasando.

El año 2001 tenía varias entradas importantes. Nico había conseguido trabajo de manera estable y con ese establo había llegado la posibilidad de moverse más, de buscar con más tiempo.

Y entonces, en la entrada del 14 de marzo de 2001, Sara encontró lo que llevaba buscando sin saber que lo buscaba.

La entrada empezaba igual que las demás: la fecha, el lugar donde estaba escribiendo, una brevísima referencia al contexto. Pero el contenido era diferente.

He encontrado a la niña del 23.

Sara se detuvo.

La niña del número veintitrés era la que más me preocupaba porque salió de Santa Clara de una manera que no encaja con ninguna de las demás. Los que salimos de manera oficial, con los papeles y la

edad reglamentaria, tenemos un rastro. Los que salieron con identidades falsas tienen el rastro de esa identidad. Ella no tiene ninguno de los dos.

En 1983, cuando cerraron el centro, la niña del 23 llevaba dos años sin aparecer en los registros del orfanato. Sor Asunción no la mencionó en ninguna de las fichas de salida. Era como si nunca hubiera existido. Tardé años en entender qué significaba eso.

Lo que significa es que salió antes. En 1981 o 1982, de manera no oficial, sin que Sor Asunción lo gestionara. Lo que significa, a su vez, que salió sin su conocimiento.

La niña escapó.

Sara tuvo que parar y volver atrás para releer ese párrafo.

La niña escapó.

Siguió leyendo.

He podido reconstruir lo que pasó esa noche a partir de lo que yo mismo vi y de lo que me contaron después algunos de los niños que estaban entonces. Era invierno. Finales del 81 o principios del 82. Salió por la verja trasera durante una de las noches en que venían los coches. Alguien la vio marcharse y no dijo nada. Creo que fui yo quien la vio, aunque entonces no supe qué era lo que veía.

Sara cerró los ojos un momento.

Nico había visto escapar a Marta. Y no lo había sabido en el momento. Lo había entendido años después, reconstruyendo la cronología.

Siguió leyendo.

Lo que pasó después de que cruzara la verja es lo que me ha llevado más tiempo averiguar. La encontraron en la calle una patrulla de la policía municipal. Una niña de diez años, sola de noche, en una zona que en 1982 era bastante peligrosa. La llevaron a un centro de acogida de emergencia. Y desde allí, en unos meses, la adoptaron.

La familia que la adoptó era de Madrid. Funcionarios. Gente discreta y sin apellidos relevantes. La niña tomó sus apellidos y creció con

ellos. Estudió. Fue a la universidad. Construyó una vida completamente nueva sobre el fundamento de esa noche en que cruzó una verja de hierro con el frío de febrero en los huesos.

En 2001, su nombre es el siguiente.

Sara bajó los ojos hasta la línea siguiente.

Leyó el nombre.

Lo leyó dos veces.

Luego una tercera, muy despacio, como si la velocidad pudiera cambiar lo que estaba escrito.

No lo cambió.

El nombre era el mismo las tres veces.

Sara dejó el cuaderno en la cama con cuidado, con la precisión exagerada de quien necesita hacer algo con las manos mientras la cabeza procesa algo que cambia el orden de todas las piezas que tenía hasta ese momento.

Se quedó mirando el techo.

La parra del patio interior, invisible en la noche. El crujido del edificio. El silencio de las tres de la madrugada en la calle de Santa Isabel.

La niña del número veintitrés de Santa Clara de Miraflores.

La niña que había escapado en el invierno de 1981 o 1982.

La niña que había crecido con otro nombre, en otra familia, construyendo otra vida sobre el fundamento de una noche de huida.

Sara la conocía.

No de lejos. No de referencias. La había visto esa misma tarde, sentada en una silla de visita del despacho de Molina, con una carpeta sobre las rodillas que no había necesitado abrir porque se lo sabía todo de memoria.

Con la voz de alguien que mide las palabras porque sabe que cuestan.

Con los ojos de alguien que lleva mucho tiempo esperando que llegara este momento exacto.

La fiscal Verónica Herás.

* * *

Sara no durmió.

A las cuatro y media se levantó, se duchó, se preparó café y se sentó en la mesa del salón con el cuaderno abierto y un bloc en blanco al lado.

Escribió lo que sabía.

Verónica Herás. Fiscal de la Fiscalía Anticorrupción. Tres meses investigando a Valentín Castaño por delitos financieros. La fiscal que había aparecido en el despacho de Molina esa misma tarde como si hubiera llegado antes de que nadie la llamara.

Marta Sáez Ruano. Número veintitrés. La niña que había escapado de Santa Clara en el invierno de 1981 o 1982. La única de los cuarenta que no estaba en la lista de Tomás Vidal. La única que Nico había rastreado por su cuenta, en silencio, sin compartirlo con nadie más.

Porque si los que habían construido Santa Clara sabían que Marta había escapado, también sabían que había una testigo que lo había visto todo desde adentro y que había salido sin que nadie lo controlara.

Una testigo que cuarenta años después se había convertido en fiscal de Anticorrupción y había empezado a investigar a Castaño.

No por azar.

Con toda la intención del mundo.

Sara miró lo que había escrito.

Herás no había ido a ese despacho porque alguien le hubiera dicho que Sara tenía material sobre el orfanato.

Herás había ido porque *ella* era el orfanato.

Porque llevaba toda su vida adulta construyendo el caso que la había destruido cuando era niña.

Y Sara tenía el cuaderno de Nico, que era la prueba que Herás nunca había podido encontrar sola.

El problema era otro.

Si Herás era Marta, y si Castaño o Mendieta lo sabían, la investigación de Anticorrupción estaba comprometida desde el principio. Cualquier resultado que produjera podía ser anulado si se demostraba que la fiscal tenía un interés personal directo y no declarado en el caso.

Y alguien, en algún lugar, estaba esperando exactamente ese momento.

Cogió el móvil.

Las cuatro y cuarenta y dos de la madrugada.

Buscó el número directo que Herás le había dado esa tarde.

Lo miró durante un momento largo.

Luego lo guardó sin llamar.

Todavía no.

Primero necesitaba saber si Herás sabía que ella lo sabía.

Y para eso necesitaba verle la cara cuando se lo dijera.

Capítulo 16

La niña del veintitrés

La fiscal Verónica Herás vivía en el barrio de Chamberí, en un cuarto piso de un edificio de los años treinta con la fachada de ladrillo y los balcones de forja que en Madrid sobreviven a todo porque nadie tiene ni el dinero ni las ganas de quitarlos.

Sara llegó a las cinco y cuarto de la madrugada.

Había caminado desde Santa Isabel porque el aire frío de marzo ayudaba a ordenar los pensamientos y porque necesitaba los veinte minutos del trayecto para decidir exactamente qué iba a decir y cómo iba a decirlo. Llegó habiendo decidido que no había una manera correcta de decirlo y que por tanto lo mejor era decirlo directamente, sin rodeos, con el cuaderno en la mano.

Llamó al telefonillo.

Tardó.

Luego la voz de Herás, sin somnolencia, lo que confirmaba que tampoco había dormido.

—¿Quién es?

—Montero.

Un silencio de tres segundos.

—Suba.

* * *

El piso de Herás era lo que Sara había imaginado sin habérselo imaginado conscientemente: ordenado con esa precisión funcional de quien vive solo y ha aprendido a organizar el espacio para que el trabajo y el descanso no se pisen, aunque en realidad sí se pisen. Había papeles en la mesa del salón, carpetas apiladas con un

sistema que debía de tener sentido para ella, el ordenador portátil abierto con la pantalla en reposo.

En el sofá, una manta doblada que Herás había apartado al levantarse para abrir la puerta. No había estado durmiendo. Había estado trabajando o intentando trabajar mientras el pensamiento circular de las noches importantes le impedía concentrarse en ninguna de las dos cosas.

Se miraron.

Herás llevaba ropa de estar en casa: unos pantalones oscuros y un jersey gris, sin los zapatos de tacón bajo del traje del despacho. Sin la armadura del cargo. Era la primera vez que Sara la veía sin el contexto institucional y había algo en eso que hacía la conversación más difícil y más necesaria al mismo tiempo.

Sara sacó el cuaderno de la bolsa.

Lo abrió en la página correcta, la del 14 de marzo de 2001, y lo dejó sobre la mesa entre las dos sin decir nada.

Herás miró la página.

No reaccionó de inmediato. Leyó. Su cara no cambió de la manera que cambia la cara de alguien que lee algo inesperado. Cambió de la manera que cambia la cara de alguien que lee algo que lleva décadas sabiendo que existía y que no sabía si iba a encontrar.

Levantó los ojos.

—¿Cuándo lo encontraste?

—Esta noche. Madrugada del jueves al viernes, tres de la mañana. —Sara señaló el cuaderno—. Nico la rastreó durante años. Tenía su dirección en 2001. No la compartió con nadie más.

—Lo sé. —Herás se sentó en el sofá, no como quien se rinde sino como quien decide que la conversación que viene merece estar sentada—. Nico me contactó en 2009. Me explicó lo que tenía. Quedamos en que yo seguiría mi camino y él el suyo y que en algún momento esos caminos llegarían al mismo sitio.

—¿Sabía que eras fiscal?

—Sí. Le dije quién era. —Una pausa—. Era el único de los cuarenta al que se lo dije. Al resto no. No quería que ninguno de ellos cometiera el error de decirlo en el momento equivocado.

Sara tiró de la silla de la mesa y se sentó frente a ella.

—¿Cuándo empezaste a investigar a Castaño?

—Oficialmente, hace tres meses. Extraoficialmente, llevo doce años construyendo el camino para llegar hasta él sin que pueda desmantelar el caso antes de que llegue a juicio. —Herás miró sus propias manos, cruzadas sobre las rodillas—. Sé exactamente cuál es el problema que me acabas de traer a las cinco de la mañana.

—El conflicto de interés.

—Sí. Si se prueba que tengo interés personal directo y no declarado en la investigación de Castaño, todo lo que yo haya construido está en riesgo de nulidad. Un buen abogado lo usaría para tumbar no solo mi parte del caso, sino cualquier prueba que yo haya recopilado o autorizado. —Herás lo dijo sin dramatismo, como un análisis técnico—. Llevo doce años intentando construir el caso de manera que eso no importara. Pruebas objetivas, verificables, que no dependan de mi testimonio ni de mi credibilidad personal. Pero si alguien sabe quién soy realmente, esa precaución no sirve de nada.

—¿Alguien lo sabe ya?

Herás tardó en responder.

—Castaño lo sospecha. No puedo probarlo, pero hay decisiones que ha tomado en los últimos meses que solo tienen sentido si sospecha que quien lo investiga tiene algo personal en juego. —Hizo una pausa—. Mendieta lo sabe con seguridad desde hace dos semanas. Tuve un error de procedimiento menor que lo delató. No sé todavía qué va a hacer con esa información.

Sara pensó en la llamada al director general esa mañana. En la ventanilla rota del coche. En el papel con una sola palabra.

—¿Qué van a hacer?

—Lo mismo que llevan cuarenta años haciendo: esperar al momento en que puedan usar lo que saben para destruir lo que más daña. Si me dejan seguir y el caso llega a juicio, entonces sacan el conflicto de interés y buscan la nulidad. Si me paran antes, evitan el riesgo de que el caso llegue a juicio aunque sea sin mí.

—¿Y cuál de las dos opciones prefieren?

—Depende de lo que yo tenga. Si tengo poco, me paran y sale barato. Si tengo mucho, dejan que siga y esperan la nulidad. —Herás la miró directamente—. El cuaderno de Nico cambia la ecuación. Lo que tiene dentro no es financiero. Es testifical y documental sobre hechos específicos. Ese tipo de prueba no la puedo haber construido yo: existía antes de que yo entrara en la Fiscalía. Eso la protege del conflicto de interés.

—Solo si no se sabe que eres Marta Sáez Ruano.

—Sí. Solo si no se sabe.

El silencio que siguió fue de los que tienen un peso concreto, medible.

Sara miró el cuaderno sobre la mesa. La letra de Nico, la entrada de 2001, el nombre que había leído tres veces a las tres de la madrugada.

—¿Cómo fue? —preguntó.

No era una pregunta del caso. Era la otra pregunta, la que estaba debajo de toda la arquitectura legal y procesal.

Herás lo entendió.

—Tenía diez años. —Lo dijo con la calma de quien ha contado esa historia muchas veces en su interior hasta que ha perdido la temperatura que tenía al principio—. Llevaba dos años en Santa Clara. Había visto suficiente para saber que no podía quedarme. Y había visto suficiente para saber que si me iba, tenía que ser de una manera en que nadie lo controlara.

—La noche de los cuatro coches.

Herás la miró.

—Sí. —Una pausa—. ¿Lo tenía Nico en el cuaderno?

—En detalle. —Sara miró la página—. Escribió que vio marcharse a alguien esa noche. Que entonces no supo qué era lo que veía.

Herás asintió despacio.

—Era una noche en que había mucha actividad. Seis personas. Sor Asunción estaba dentro con todos ellos y solo había un hombre fuera haciendo guardia. Y ese hombre miró hacia arriba en un momento. Hacia una ventana del segundo piso. —Hizo una pausa—. Y durante los treinta segundos que tardó en entrar para avisar de lo que había visto, yo crucé el patio y llegué a la verja.

—¿Sabías dónde estaba la llave de la verja?

Una sombra de algo que no era exactamente una sonrisa cruzó la cara de Herás.

—Llevaba semanas mirándola.

* * *

Estuvieron una hora hablando.

Herás habló de la noche de la huida con la precisión de quien ha organizado ese recuerdo muchas veces para poder sostenerlo sin que le hiciera daño cada vez. La patrulla municipal que la encontró en la calle. El centro de emergencias. La familia que la adoptó meses después: funcionarios del Ministerio de Educación, sin relación con nada de lo que había pasado, gente que había querido un hijo y que recibió a una niña de once años que nunca les contó de dónde venía porque no tenía las palabras y porque una parte de ella había decidido que la única manera de sobrevivir a lo que había vivido era construir sobre ello como si fuera tierra firme.

—¿Cuándo te diste cuenta de que podías llegar a él desde la Fiscalía?

—A los treinta y dos años. Estaba en mi primer destino como fiscal adjunta, en Sevilla, y encontré un expediente archivado de 1988 sobre irregularidades en contratos públicos que tenían la firma de un

asesor jurídico llamado Valentín Castaño. El expediente había sido archivado por falta de pruebas. La firma del archivado era de un magistrado que años después trabajó en el CGPJ durante el primer mandato de Castaño. —Herás miró sus manos de nuevo—. Entendí entonces la geometría de lo que habían construido. No era una red de crímenes pasados. Era una estructura activa, que seguía funcionando, que se autoprotegía desde dentro del sistema. Y que podía desmontarse desde dentro del sistema también, si se hacía con suficiente cuidado y suficiente tiempo.

—Doce años.

—Doce años. —Asintió—. No para construir el caso. Para llegar al punto desde el que construirlo sin que me destruyeran antes de acabar.

Sara miró el cuaderno.

—¿Qué propones ahora?

Herás se levantó. Fue a la cocina y volvió con dos vasos de agua. Dejó uno frente a Sara y se quedó de pie, como si necesitara el movimiento para pensar.

—Me recuso. —Lo dijo sin vacilar—. Mañana mismo elevo el expediente a mi superior con una nota de conflicto de interés sobrevenido. Sin especificar cuál. El caso pasa a otro fiscal, o a ti directamente si se puede articular jurídicamente.

—Si te recusas ahora, alguien va a preguntar por qué.

—Que pregunten. Lo que no pueden saber es la respuesta verdadera. Y la respuesta que daré es que he descubierto una conexión entre el caso financiero y una investigación de homicidios activa que lo convierte en un conflicto de competencias, no de interés personal. —Una pausa—. Es técnicamente cierto. Y les da suficiente que masticar como para que no busquen más.

—¿Y la investigación de tres meses?

—Te la paso íntegra. Todo lo que tenemos sobre los flujos financieros, las cuentas, los contratos. Tú lo usas como parte de la

investigación de homicidios. La conexión entre los crímenes actuales y la estructura que los protege. —Herás la miró—. No necesito llevar el caso para que el caso llegue donde tiene que llegar.

Sara procesó eso.

Era una renuncia enorme. Doce años de trabajo entregados a otra persona porque quedarse podía destruir todo lo construido. Y Herás lo decía con esa calma específica de quien ya lo había pensado antes de que fuera necesario, que lo había decidido mucho antes de que Sara apareciera a las cinco de la mañana con el cuaderno en la mano.

—¿Por qué confías en mí?

Herás la miró durante un momento largo.

—Porque Nico te dio la caja —dijo—. Y Nico lleva cuarenta años siendo el mejor juez de personas que he conocido.

El móvil de Sara vibró sobre la mesa.

Rubén.

Lo cogió.

—¿Qué tienes?

—El sexto de la lista. —La voz de Rubén tenía algo diferente esta vez, algo que no era solo el cansancio del caso—. Una mujer en Valencia. La encontraron esta madrugada.

—¿Tenía protección?

—Sí. —Una pausa—. Tenía dos agentes de la brigada de Valencia asignados desde ayer por la tarde.

Sara se levantó de la silla.

—¿Qué pasó con los agentes?

—Están bien. Los drogaron. Café en un termo que alguien les dejó en el coche durante el turno de noche. —Rubén hizo una pausa—. Sara, quien hizo esto sabía que había protección. Sabía cuántos agentes eran, dónde estaban y cuándo cambiaría el turno. Eso no se improvisa.

Sara miró a Herás.

Herás había escuchado suficiente del lado de la llamada para entender.

—Mendieta —dijo en voz baja.

Sara pensó en Herrera, el agente de Leganitos. En el sistema de vigilancia construido ocho meses antes. En alguien que sabía no solo dónde estaban los supervivientes sino también cuántos agentes los custodiaban y en qué posición.

—Rubén. Necesito que hagas algo ahora mismo, antes de cualquier otra cosa.

—Dime.

—Los dieciocho supervivientes con protección asignada. Necesito que cambies la localización de todos los que puedas mover en las próximas dos horas. Que los saques de donde están y los lleves a sitios que no estén registrados en el sistema oficial.

—¿Sin autorización?

—Con la mía. Y la de la fiscal Herás, que está aquí.

Herás asintió sin vacilar.

—Tienes la mía —dijo.

—La tienes —repitió Sara por el teléfono—. Muévelos, Rubén. Ahora.

Colgó.

Miró a Herás.

En la ventana del salón, la primera luz de un viernes de marzo empezaba a distinguirse del negro de la noche con esa gradación lenta y gris que precede al amanecer en Madrid. La parra del patio interior no era visible desde aquí, pero Sara pensó en ella de todas formas. En algo que vuelve cada año sin que nadie la cuide y sin que nadie entienda del todo por qué vuelve.

—Va a ser un día largo —dijo.

—Todos lo están siendo —dijo Herás.

Y fue a buscar el café.

PARTE II

Las Sombras

(Madrid — Invierno de 2024)

Capítulo 17

El amanecer del viernes

El café que Herás preparó era fuerte y negro y lo sirvió en dos tazas de cerámica blanca sin preguntar si Sara quería leche. Sara no quería leche. Quería cafeína y silencio suficiente para pensar, que era exactamente lo que el café y la primera luz del amanecer entrando por la ventana del salón de Chamberí le estaban dando.

Herás abrió el ordenador.

—Tengo los archivos de la investigación en una carpeta cifrada en un servidor externo. No está en ningún sistema del Ministerio ni de la Fiscalía. Lo hice así desde el principio. —Tecleó una secuencia—. Voy a darte acceso ahora. Lo que hay dentro son tres meses de trabajo: registros bancarios, correspondencia intervenida, contratos, el esquema de las sociedades pantalla y los nombres de todos los intermediarios que hemos podido identificar. —Una pausa—. Castaño aparece en la cúpula de todo esto, pero siempre a una distancia de dos o tres capas de los hechos concretos. Esa es su manera de operar.

—La misma distancia que mantuvo en Santa Clara.

—Sí. Siempre alguien entre él y lo que ocurre. Siempre alguien que puede caer si el castillo se derrumba sin que él tenga que caer también. —Herás giró el ordenador hacia Sara—. Pero el cuaderno de Nico lo pone en la escena. Con fechas y con la matrícula verificada. Eso es diferente a los flujos financieros. Eso es él, personalmente, en un lugar concreto, en una fecha concreta, haciendo algo concreto.

Sara miró la pantalla. La carpeta cifrada con su esquema de subcarpetas, los nombres de los archivos en código que Herás había desarrollado para que nadie que encontrara el servidor pudiera saber qué contenían sin la clave.

—¿Cuántas personas saben que existe esto?

—Nadie. Ni siquiera mi equipo en la Fiscalía. Lo construí sola, fuera del horario oficial, usando solo fuentes a las que tenía acceso legítimo. —Herás cerró el ordenador—. Si alguien en la Fiscalía hubiera sabido lo que estaba haciendo, habría llegado a oídos de Castaño en menos de una semana. Así funcionan estas cosas.

Sara pensó en Herrera, el agente de Leganitos. En la cadena que iba desde él hasta Mendieta y desde Mendieta hasta Castaño. Una red de oídos distribuidos por el sistema que llevaba cuarenta años captando información antes de que llegara a donde no debía llegar.

El móvil vibró.

Rubén.

—¿Cuántos? —respondió Sara sin saludar.

—Doce de los dieciocho. Los seis que quedaban o no cogían el teléfono o se negaron a moverse. —Una pausa—. Los doce están en sitios que no aparecen en ningún registro oficial. Tres en casas de familiares que no tienen relación con la investigación. Cuatro en hoteles pagados en efectivo con nombres falsos, que es una ironía que no se me escapa. Los otros cinco con personas de confianza de la brigada de Valencia que no están en el caso.

—¿Y los seis que se negaron?

—He puesto vigilancia discreta en dos de ellos, los que me preocupan más por su localización. Los otros cuatro no quieren saber nada de ningún policía. —Una pausa—. Sara, hay uno de ellos que lleva tres días sin responder a ningún intento de contacto. No desde que empezamos a buscarlos. Número treinta y uno de la lista. Un hombre en Murcia, identidad verificada. La brigada de Murcia hizo una visita ayer y no encontró nada, pero el vecino dijo que llevaba días sin verlo.

—¿Lo han buscado?

—Sigo en ello. —Otra pausa—. También tengo algo sobre el sexto. La mujer de Valencia. El análisis preliminar dice que el sistema de

drogado fue el mismo que en los casos anteriores: vía bebida, específicamente el café del termo de los agentes. Alguien sabía que los agentes tenían un termo. Alguien sabía el turno. —Hizo una pausa—. Y alguien tuvo acceso al termo antes de que los agentes llegaran al puesto.

Sara no dijo nada.

—El turno de los agentes lo asignó la brigada de Valencia. El informe de asignación entró en el sistema oficial a las tres de la tarde de ayer. A las cinco de la tarde, los agentes estaban en su puesto. En esas dos horas, alguien supo quiénes eran y dónde iban a estar.

Dos horas entre la asignación oficial y la ejecución. Tiempo suficiente para que alguien con acceso al sistema oficial de la Policía Nacional lo leyera, lo transmitiera y alguien en Valencia actuara.

—¿Puedes rastrear quién consultó ese informe en esas dos horas?

—Estoy en ello. Pero el sistema registra accesos, no intenciones. Puedo saber quién entró en el informe, no por qué. —Una pausa—. Sara, hay dieciséis personas que accedieron a ese informe entre las tres y las cinco. Algunos son estándar: el comisario de Valencia, el jefe de brigada, el administrativo que gestionó la asignación. Pero hay dos accesos desde IPs de la Secretaría de Estado de Interior que no tienen justificación obvia.

—Coordina con Herás —dijo Sara—. Ella te dará acceso a lo que tiene sobre Mendieta. Los patrones de acceso al sistema pueden coincidir con otros movimientos que ella ha documentado.

—¿Cuándo hablas de Herás como parte del equipo?

—Desde hace dos horas.

Silencio de Rubén.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

—Muchas cosas. A las seis te las cuento todas. —Sara miró por la ventana. La luz del amanecer había pasado de gris a dorado pálido sobre los tejados de Chamberí—. Y Rubén. El agente Herrera. Quiero que hoy, cuando llegues a la jefatura, le des algo de trabajo rutinario

que lo mantenga cerca y ocupado. Sin que sepa que lo estás mirando.

—¿Lo tenemos?

—Todavía no. Pero necesito saber si en cuanto le demos información falsa sobre el paradero de alguno de los supervivientes esa información llega a algún sitio.

—Una trampa de información.

—Una trampa de información. —Sara cogió el abrigo—. A las seis.

Colgó.

Herás la miraba desde el sofá.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que noten que los supervivientes han desaparecido del radar oficial?

—Pocas horas. —Sara se puso el abrigo—. En cuanto alguien con acceso al sistema compruebe las ubicaciones registradas y no encuentre a nadie donde debería estar, van a saber que algo ha cambiado.

—¿Y cuando lo sepan?

—Cuando lo sepan, vamos a tener un problema diferente al de ahora. En lugar de gente que no sabe que la buscan, vamos a tener a alguien que sabe que los hemos movido y que necesita encontrarlos antes de que el caso avance. —Sara fue hacia la puerta —. Lo que significa que el tiempo que tenemos para construir algo sólido se acorta cada hora que pasa.

—¿Qué necesitas de mí hoy?

Sara pensó.

—Que redactes la recusación esta mañana pero que no la presentes hasta que yo te avise. —Una pausa—. Y que me mandes el acceso a esa carpeta cifrada antes de las siete.

Herás asintió.

—¿Confías en mí? —preguntó.

Era una pregunta directa que merecía una respuesta directa.

—Confío en Nico —dijo Sara—. Y él confió en ti.

Abrió la puerta y salió al rellano.

* * *

La jefatura a las seis y cuarto de la mañana olía a café malo de máquina y al desodorante específico de la gente que lleva muchas horas en el mismo edificio. Rubén estaba en el despacho con ojeras hasta los pómulos y una libreta llena de anotaciones que le pasó a Sara en cuanto ella entró.

Sara la leyó de pie, con el abrigo todavía puesto.

Doce supervivientes movidos. Seis sin localización segura. Uno en Murcia sin respuesta desde hacía tres días. El análisis del sistema de accesos al informe de Valencia pendiente.

Y al final de la libreta, en la última página, una anotación con un asterisco:

Herrera — turno 6-14h hoy. En comisaría Leganitos desde las 5:58.

Sara miró la hora. Las 6:16.

Dieciocho minutos en su puesto.

—¿Ha consultado algo en el sistema esta mañana?

—Dos consultas. Una sobre el estado general de los casos activos en la brigada de Homicidios. —Rubén señaló la libreta—. La segunda sobre la última dirección registrada de Mónica Arenas.

Sara dejó la libreta en la mesa.

Herrera no tenía ninguna razón profesional para consultar la dirección de Mónica Arenas. No era su caso, no era su brigada, no era su comisaría. Era la dirección de un testigo en una investigación de homicidios que no tenía nada que ver con sus funciones en la comisaría de Leganitos.

—¿Cuándo ha hecho la consulta?

—A las seis y tres minutos. Cinco minutos después de fichar.

Lo primero que había hecho al llegar a su turno.

—Pon la trampa —dijo Sara.

—¿Cuándo?

—Ahora. Registra en el sistema que Mónica Arenas ha sido localizada y está bajo custodia en la comisaría de Alcobendas, a la espera de declaración. —Sara pensó un momento—. Una dirección que no exista como tal pero que sea verosímil. Que suene a administrativa, no a provisional.

Rubén tecleó algo.

—¿Y esperamos?

—Esperamos. Si Herrera consulta el registro y esa información llega a alguien en las próximas horas, sabremos con certeza que es él.

—¿Y después?

—Después lo detenemos. Pero con la trampa documentada, no antes. Necesito que la cadena sea visible y verificable antes de mover nada.

Rubén asintió. Siguió tecleando.

Sara cogió el café de la máquina que alguien había dejado en la mesa y que estaba frío pero que era cafeína y eso, a las seis y cuarto de la mañana del viernes, seguía siendo lo más importante.

—Cuéntame lo de Herás —dijo Rubén sin levantar los ojos de la pantalla.

Sara se sentó.

Y le contó todo.

* * *

Rubén no dijo nada durante un momento cuando Sara terminó.

Luego dijo:

—La fiscal es la niña que escapó del orfanato.

—Sí.

—Y lleva doce años construyendo el caso contra Castaño desde dentro de la Fiscalía.

—Sí.

—Y ahora tiene que recusarse porque si no lo hace el caso se cae.

—Sí.

Otro silencio.

—Eso es lo más triste que he escuchado en mucho tiempo —dijo Rubén.

Sara no respondió porque tenía razón y no había nada que añadir.

El móvil de Rubén sonó.

Lo miró.

—Es Valencia. —Descolgó—. Rubén. —Escuchó durante treinta segundos. Su cara no cambió de expresión de manera visible, pero algo en los hombros se tensó ligeramente—. Recibido. Mantenme informado.

Colgó.

Miró a Sara.

—El número treinta y uno. El de Murcia que llevaba tres días sin responder.

—¿Lo encontraron?

—Sí. —Una pausa—. Vivo.

Sara dejó el café.

—¿Dónde?

—En una casa de campo a veinte kilómetros de Murcia. No la suya. La de alguien que no aparece en ningún registro del caso. Se presentó allí hace tres días sin avisar y pidió que no dijeran nada a nadie. —Rubén miró la libreta—. La persona que lo acogió llamó esta mañana a la brigada de Murcia porque ha leído las noticias de los últimos días y ha decidido que el silencio ya no es seguro.

—¿Qué quiere el número treinta y uno?

—Hablar. Dice que tiene información sobre el asesino. —Rubén hizo una pausa—. Dice que sabe quién es Miguel.

Sara se quedó quieta.

Miguel. El niño mayor de Santa Clara. El que Sor Asunción había convertido en su herramienta. El que cuarenta años después estaba eliminando a los testigos de lo que había ocurrido en ese edificio de ladrillo rojo en Carabanchel.

El nombre que hasta ahora no tenía cara adulta.

—¿Cuándo puede hablar?

—Ahora. Está esperando.

Sara cogió el abrigo, que no había llegado a colgar.

—Dile que voy.

Capítulo 18

El número treinta y uno

La carretera hacia Murcia era la A-30, cuatrocientos kilómetros que en condiciones normales eran cuatro horas y que Sara estaba haciendo en tres y cuarto porque en las autovías vacías de primera hora del viernes los límites de velocidad son sugerencias que se toman en serio solo cuando hay radares visibles.

Rubén la llamó a la altura de Albacete.

—La trampa funcionó.

Sara aflojó levemente el acelerador.

—¿Cuándo?

—Herrera consultó el registro a las siete y doce. Dieciséis minutos después, una línea de teléfono registrada a nombre de una empresa de servicios de Guadalajara llamó a un número de Valencia. —Rubén hizo una pausa—. El número de Valencia ha aparecido antes en la investigación de Herás. Está en el esquema de intermediarios de Castaño, en el tercer nivel de la estructura.

—¿La empresa de Guadalajara?

—Sociedad pantalla. Constituida en 2019, sin actividad declarada real. La dirección fiscal es un despacho de gestoría en Brihuega.

Sara pensó en Brihuega. En la casa del callejón de las Monjas. En Nico y Mónica.

La red tenía ramificaciones en los mismos sitios que ellos.

—¿Puedes demostrar que fue Herrera el que filtró?

—Tengo la consulta en el sistema con su login, tengo la llamada saliente dieciséis minutos después desde un número de la zona de Leganitos, y tengo la conexión de ese número de Valencia con la estructura de Castaño. —Rubén hizo una pausa—. No es una cadena

perfecta para un fiscal. Pero es suficiente para detenerlo y ver qué dice cuando lo detenemos.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque si lo detenemos ahora, alguien en la cadena se entera en cuatro horas y saben que hemos identificado el canal. —Sara adelantó a un camión sin apartar los ojos de la carretera—. Déjalo en su sitio hasta que tengamos algo más sólido que usar como palanca. Y sigue pasándole información falsa controlada.

—¿Qué tipo de información?

—Dile al sistema que los doce supervivientes que movimos anoche están siendo trasladados mañana a un punto de centralización en la Jefatura Superior de Madrid para declaración formal. —Una pausa—. Si Castaño recibe eso y lo cree, mañana alguien intentará interceptar un traslado que no va a ocurrir. Y en ese intento tendremos algo concreto.

Rubén tardó.

—Es arriesgado, Sara. Si se dan cuenta de que es una trampa, pierden la confianza en Herrera y lo queman.

—Si lo queman, lo han identificado. Y si lo identifican, podemos usarlo de otra manera. —Sara vio el cartel de Hellín en la distancia —. Lo que no podemos hacer es dejarlo en su sitio indefinidamente mientras sigue pasando información real.

—Entendido. —Una pausa—. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Hora y media. Dos horas con tráfico en la entrada de Murcia.

—Te mando la dirección exacta de la casa.

Colgó.

Sara subió el volumen de la radio para tener algo que llenara el silencio de la autovía y que le impidiera quedarse demasiado dentro de su propia cabeza. Pusieron una canción que no reconoció, luego las noticias del mediodía temprano, luego otra canción. La voz del

locutor decía palabras que no llegaban a ningún sitio porque la parte de su cabeza que procesa el lenguaje estaba ocupada con otras cosas.

Sabe quién es Miguel. Sabe su nombre real. Sabe en qué se convirtió.

Lo que había dicho la brigada de Murcia al teléfono.

Sara pensó en Miguel. En el niño de trece años del orfanato que mandaba con la certeza de quien nunca ha necesitado levantar la voz. En lo que Mónica había dicho de él: *a él le hacían cosas diferentes.* En lo que Nico había escrito en el cuaderno sobre la noche en que Sor Asunción lo convirtió en su herramienta.

Un niño al que habían moldeado durante años para ser exactamente lo que necesitaban que fuera.

Y que cuarenta años después estaba cumpliendo la función para la que lo habían preparado.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, diciembre de 1981

La primera nieve del invierno cayó en Madrid en la segunda semana de diciembre. No fue mucha: una capa fina sobre los tejados y los coches que duró dos días antes de deshacerse en barro, pero fue suficiente para que los niños de Santa Clara pidieran salir al patio y Sor Remedios dejara que los más pequeños hicieran un muñeco en el rincón junto al árbol, bajo la supervisión de la monja más joven, que se llamaba Sor Pilar y que tenía la cara de alguien que todavía no ha decidido del todo si ha tomado la decisión correcta al ingresar en una congregación.

Marta no salió al patio con los pequeños.

Estaba en el pasillo del segundo piso cuando Miguel apareció al final de la escalera.

No le dijo nada. Señaló con la cabeza hacia el extremo del pasillo opuesto al despacho de Sor Asunción, hacia la zona donde estaban

los cuartos de almacén y el armario de limpieza. La parte del edificio donde nadie iba a menos que lo mandaran.

Marta lo siguió.

El armario de limpieza olía a lejía y a fregona mojada. Era lo suficientemente grande para dos personas si ninguna de las dos tenía problemas con los espacios pequeños y con estar muy cerca de un cubo. Miguel cerró la puerta sin pestillo y en la oscuridad casi total dijo, con la misma voz baja y directa de la mañana del comedor:

—Sor Asunción me ha dicho que voy a salir en marzo.

Marta esperó.

—Me han buscado una familia. En Zaragoza. Gente con dinero que no puede tener hijos y que está dispuesta a pagar lo que haga falta por uno. —Una pausa—. No son familia. Son una transacción.

—¿Lo sabes con seguridad?

—Sí. Sor Asunción me lo dijo ella misma. No con esas palabras, pero lo dijo. Me dijo que la familia esperaba un chico con ciertas características y que yo cumplía con lo que buscaban. —Otra pausa —. Y luego me dijo algo más.

La oscuridad del armario hacía que la voz de Miguel tuviera una calidad diferente. Sin la expresión de la cara, sin el cuerpo que siempre ocupaba el espacio con esa determinación suya, era solo una voz. Una voz que, por primera vez desde que Marta lo conocía, tenía algo que no había tenido nunca: fragilidad. No miedo, no exactamente. Sino la conciencia de que algunas cosas son demasiado grandes para que la dureza las cubra del todo.

—¿Qué más te dijo?

—Que antes de irme tenía que hacer una cosa. Para demostrar que era de fiar. Para asegurarme de que nadie iba a preguntarle a la familia de Zaragoza cosas incómodas sobre de dónde venía yo.

Marta esperó.

—No voy a hacerlo —dijo Miguel.

Eso fue todo. No dijo qué era lo que le habían pedido. No necesitó decirlo porque en el armario de limpieza con olor a lejía, en la oscuridad del invierno de 1981, Marta entendió lo suficiente.

—¿Y qué vas a hacer?

Miguel tardó.

—Salir de aquí de todas formas. Con o sin su permiso. —Una pausa —. Solo quería que alguien supiera que no lo hice.

Abrió la puerta del armario.

Salió al pasillo.

No volvió a hablar con Marta antes de que ella escapara, tres meses después.

Pero cuando Marta cruzó la verja en el invierno de 1982 y se echó a correr por la calle lateral con el frío cortándole la garganta, pensó en esa conversación en el armario de limpieza. Y pensó que Miguel había dicho que no iba a hacerlo.

Y nunca supo si lo había hecho.

* * *

La casa de campo estaba a veintidós kilómetros al noroeste de Murcia por una carretera local que el navegador consideraba opcional. Era una construcción baja de una sola planta, con las paredes encaladas y una higuera en el patio delantero que en marzo no tenía hojas pero sí esa presencia estructural de los árboles viejos que hacen que el espacio a su alrededor parezca organizado por ellos.

Había un coche de la brigada de Murcia aparcado en el camino de tierra que llevaba a la entrada. El agente que hacía guardia la reconoció cuando bajó del coche y le indicó que podía pasar.

Dentro había dos personas.

Una era el agente de Murcia que le había abierto el contacto, un hombre joven que le hizo un gesto de bienvenida y se retiró hacia la cocina para dejarles espacio.

La otra estaba sentada en una silla junto a la ventana que daba al patio de la higuera.

Era un hombre de unos cincuenta y dos años, delgado, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la expresión de alguien que ha tomado una decisión difícil y que ahora está en el momento en que ya no puede deshacerla.

—¿Es usted la inspectora Montero?

—Sí.

—Me llamo Antonio Saura. —Hizo una pausa—. En la lista figura como Antonio Saura Bernal. Ese es el nombre que tomé cuando salí de Santa Clara. Mi nombre real era otro. —Otra pausa—. Pero eso ya no importa ahora mismo.

Sara se sentó frente a él.

—¿Qué sabe sobre Miguel?

Antonio Saura la miró durante un momento, con esa manera de mirar de alguien que está calibrando qué nivel de detalle puede sostener.

—Lo conozco desde Santa Clara. Éramos de la misma edad, más o menos. Él llegó antes que yo. —Hizo una pausa—. Después de que cerraron el centro, perdimos el contacto durante años. Lo volví a encontrar en 1998.

—¿Cómo?

—Yo trabajaba entonces en Murcia, en una empresa de seguridad privada. Gestión de riesgos, instalación de sistemas. Nada importante. Un día me llamó un hombre que decía ser representante de una empresa de consultoría de Madrid y que necesitaba a alguien con mi perfil para un trabajo específico. Fui a la reunión. —Una pausa—. El hombre que estaba al otro lado de la mesa era Miguel.

—¿Lo reconoció?

—Él a mí, primero. Yo tardé. Habían pasado quince años y los dos éramos muy diferentes de los niños que habíamos sido. Pero cuando

lo reconocí, supe exactamente qué era la empresa de consultoría y qué tipo de trabajo era el que ofrecía.

—¿Qué tipo de trabajo?

Antonio Saura miró la higuera por la ventana.

—Localización de personas. Personas que no quieren ser localizadas. Personas que han cambiado de nombre, de ciudad, de vida. Personas que en el pasado tuvieron una relación con ciertos clientes y que esos clientes prefieren mantener controladas. —Una pausa—. No era ilegal en sí mismo. La localización de personas no es ilegal si no haces nada con la información una vez que la tienes. Pero yo sabía de qué personas estaban hablando. Eran personas como yo.

—Los cuarenta.

—Sí. —Asintió—. Miguel llevaba años trabajando para ellos. No como asesino, no entonces. Como rastreador. Era muy bueno: sabía exactamente cómo buscar a personas que han rehecho su vida, cómo cruzar registros, cómo encontrar los hilos que conectan una identidad nueva con la anterior. Tenía recursos que yo no tenía. Contactos en el sistema. —Una pausa—. Y lo hacía porque eso era lo que le habían enseñado a hacer. Porque era lo único que sabía hacer que alguien valorara.

Sara pensó en lo que Nico había escrito sobre Miguel. En Sor Asunción convirtiéndolo en una herramienta.

—¿Aceptó el trabajo?

—No. Le dije que no y salí de allí. Pero antes de salir, le pregunté por qué lo hacía. —Antonio Saura volvió a mirar a Sara—. Me dijo que tenía un trato. Que si les ayudaba a mantener el control sobre los testigos, ellos le garantizaban que nunca saliera lo que le habían hecho a él en Santa Clara. Que podía vivir su vida sin ese peso encima.

—¿Y él creía eso?

—Entonces sí. No sé si todavía lo cree.

Sara pensó en la diferencia entre controlar a los testigos y eliminarlos. Alguien, en algún momento entre 1998 y ahora, había tomado la decisión de que el control ya no era suficiente.

—¿Cuándo cambió?

—No lo sé exactamente. Perdí el contacto con Miguel después del 98. Pero hace tres años, uno de los otros de la lista me llamó. Me dijo que Miguel había vuelto a aparecer en sus vidas, que alguien le había dado una orden diferente. —Una pausa—. Me dijo que Miguel parecía diferente. Que ya no era el mismo hombre que habían conocido antes.

—¿Diferente cómo?

Antonio Saura tardó en encontrar las palabras.

—Como alguien que ha entendido que el trato que le ofrecieron era una mentira. Que van a usarlo hasta que ya no sirva y después lo van a desechar. Y que tiene dos opciones: terminar el trabajo esperando que el trato sea real, o terminar el trabajo sabiendo que no lo es y que lo único que le queda es terminar lo que empezó. —Una pausa—. Las dos opciones llevan al mismo sitio.

Sara lo miró.

—¿Tiene su nombre real? ¿El nombre con el que vive ahora?

Antonio Saura asintió despacio.

—Sí. —Hizo una pausa—. Se llama Javier Andrade. Tiene una empresa de servicios de investigación privada en Madrid, en el barrio de Salamanca. Trabaja para bufetes de abogados y compañías de seguros. Ha cambiado de nombre varias veces, pero Andrade es el que usa ahora, el que tiene en los registros mercantiles y en el colegio de detectives privados. —Otra pausa—. Y tiene algo más que creo que necesita saber.

—¿Qué?

—Tiene una hija. De su primer matrimonio, que terminó hace quince años. La chica vive con la madre en Barcelona. Tiene diecinueve años. —Antonio Saura la miró directamente—. No sé si eso cambia

algo para usted. Pero para mí cambia el tipo de hombre que es. No completamente. Pero algo.

Sara anotó el nombre en el bloc.

Javier Andrade. Empresa de investigación privada. Barrio de Salamanca. Madrid.

Miró lo que había escrito.

El niño que mandaba en el patio de Santa Clara con la certeza de quien nunca ha necesitado levantar la voz. El niño al que Sor Asunción había convertido en una herramienta. El hombre que llevaba años rastreando a los supervivientes del orfanato y que ahora los estaba eliminando uno a uno en ciudades distintas con una marca del tamaño de una moneda de cinco céntimos en el brazo.

Con una hija de diecinueve años en Barcelona que probablemente no sabía nada de nada.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —preguntó Sara—. ¿Por qué no antes?

Antonio Saura miró la higuera otra vez.

—Porque antes pensaba que si me quedaba quieto y no decía nada, a mí no me pasaría nada. —Hizo una pausa—. Y porque esta semana han muerto seis personas. Y quedar quieto ha dejado de ser una opción.

Sara cerró el bloc.

—¿Puede quedarse aquí unos días más?

—Puedo quedarme el tiempo que haga falta.

—El agente de fuera se queda también. Nadie va a saber que está aquí. —Sara se levantó—. Gracias.

Antonio Saura asintió sin decir nada.

Sara fue hacia la puerta.

Antes de llegar, se giró.

—Una cosa más. En Santa Clara, ¿Miguel llegó a hacerlo? Lo que Sor Asunción le pidió.

Antonio Saura tardó en responder.

—No lo sé. Nunca me lo dijo. —Una pausa—. Pero sé que salió en marzo, como estaba previsto. Y sé que la familia de Zaragoza lo adoptó. Y sé que nadie les hizo preguntas incómodas. —Otra pausa —. Usted saque las conclusiones que quiera.

Sara salió a la luz fría de la mañana murciana.

La higuera en el patio delantero. El agente de guardia junto al coche. El cielo de la Vega Baja, más azul que el de Madrid, con esa luminosidad de los inviernos del sur que hace que todo parezca más nítido de lo que en realidad es.

Cogió el móvil y llamó a Rubén.

—Javier Andrade. Detective privado, barrio de Salamanca, Madrid. Búscame todo lo que puedas encontrar. Empresa, domicilio, vehículos a su nombre, historial de actividad en el colegio de detectives. —Hizo una pausa—. Y Rubén. Tiene una hija en Barcelona. No la toques, no la contactes, no la metas en el sistema. Pero necesito saber si él tiene contacto regular con ella.

—¿Por qué lo de la hija?

Sara miró la higuera.

—Porque es lo único que tiene que perder de verdad. Y eso significa que es también lo único con lo que se le puede llegar.

Capítulo 19

Javier Andrade

La autovía de vuelta a Madrid tenía el tráfico del mediodía y Sara condujo con el manos libres durante la mayor parte del trayecto, recibiendo información de Rubén en fragmentos mientras él la buscaba y ella la ordenaba en la cabeza con la precisión mecánica de quien lleva cuatro días sin dormir bien pero que ha aprendido que la fatiga tiene un techo y que por encima de ese techo el cerebro funciona de otra manera, más estrecha pero más enfocada.

—La empresa se llama Andrade Investigación y Seguridad S.L. —dijo Rubén—. Constituida en 2016. Domicilio fiscal en la calle Velázquez, 47, tercera planta. Capital social inicial de doce mil euros, ampliado en 2019 a cuarenta y cinco mil. Cuatro empleados declarados, dos de ellos a tiempo parcial.

—¿Clientes?

—Los que aparecen en los contratos públicos son bufetes de abogados, dos compañías de seguros y una gestora de patrimonio. Todo legal, todo documentado. —Rubén hizo una pausa—. Los clientes que no aparecen en ningún sitio son otro tema.

—¿Puedes rastrearlos?

—Estoy en ello. Hay movimientos bancarios en la cuenta de la empresa que no corresponden a ningún contrato registrado. Pagos en efectivo ingresados en ventanilla, varios en el mismo mes, que en conjunto superan los límites de declaración pero que individualmente están por debajo del umbral de alerta. Alguien sabía exactamente cómo estructurarlos.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—En los últimos doce meses, unos ochenta mil euros en ingresos no justificados. —Otra pausa—. Es una estimación conservadora. Puede

que haya más en cuentas que todavía no hemos encontrado.

Sara pensó en eso. Ochenta mil euros en doce meses, en efectivo, sin contrato. El precio de seis vidas. O el precio de seguir siendo alguien a quien un hombre con el poder de Valentín Castaño considera útil y necesario.

—Los vehículos.

—Tiene un BMW a su nombre, matriculado en 2021. Pero en los últimos diez días hay tres alquileres distintos a su nombre en diferentes empresas: un Skoda en Madrid, un Opel en Málaga y un Seat en Bilbao. —Rubén hizo la pausa del hombre que está a punto de decir algo importante—. Los períodos de alquiler coinciden exactamente con las fechas de las muertes en esas ciudades.

—¿Exactamente?

—El Skoda, alquilado el lunes por la tarde, devuelto el martes por la mañana. El Opel, alquilado el lunes por la noche en Málaga, devuelto el martes antes de mediodía. —Una pausa—. Sara, la logística de eso implica un vuelo de Madrid a Málaga entre la muerte de Vidal y la de Soler. He buscado en los registros de Iberia y Vueling. Hay un billete a nombre de Javier Andrade en el vuelo de las 23:45 del lunes desde Barajas a Málaga.

—¿Y de vuelta?

—Vuelo de las 8:10 del martes de Málaga a Madrid.

Vidal muerto el lunes por la noche en Madrid. Vuelo a Málaga en el último vuelo del día. Soler muerto antes del amanecer del martes. Vuelo de vuelta a primera hora.

No era un ángel de la muerte con poderes sobrenaturales. Era un hombre metódico con billetes de avión y coches de alquiler y el conocimiento preciso de cómo moverse entre ciudades en el menor tiempo posible.

—¿Tiene acceso a bases de datos de detectives privados?

—Sí. El Colegio Oficial de Detectives Privados le da acceso a varios sistemas de localización de personas: registro de vehículos,

padrones históricos, datos de contacto de fuentes abiertas. —Rubén hizo una pausa—. Y en los últimos dos días ha realizado búsquedas en esos sistemas con nombres de personas que están en la lista de Tomás Vidal.

Sara apretó el volante.

—¿Cuántos nombres?

—Tres. El número siete, el número doce y el número diecinueve. —Rubén le dio las búsquedas con la precisión de los datos en pantalla —. Las tres búsquedas son de ayer y de anteayer. Antes de que nosotros localizáramos y moviéramos a los supervivientes.

—¿Tenemos sus ubicaciones actuales?

—Las que tenía él cuando buscó, que pueden no coincidir con donde están ahora. El siete vive en Toledo. El doce, en Valladolid. El diecinueve, en Palma de Mallorca.

Sara miró la carretera. Los carteles de la A-30 señalando el desvío hacia Albacete.

—¿Los hemos movido?

—El doce y el diecinueve están entre los doce que reubicamos anoche. El siete se negó a moverse.

—¿Sabes si todavía está en Toledo?

—La última vez que lo contactamos, hace cuatro horas, estaba en su casa. Le hemos pedido que no salga pero no podemos obligarle.

Sara calculó. Toledo estaba a setenta y un kilómetros de Madrid. Con el tráfico de mediodía, cuarenta y cinco minutos. Si Andrade había buscado la dirección del número siete ayer, podía estar en camino ahora.

—Manda una patrulla a Toledo. No que llamen a la puerta: que estén en la calle, visibles, con instrucción de no dejar entrar a nadie que no sea del edificio. —Una pausa—. Y que no usen los canales normales. Que lo coordines tú directamente con alguien de confianza en la brigada de Toledo.

—Entendido. ¿Y Andrade?

Sara tomó la decisión antes de terminar de pensarla, que era la manera en que se tomaban las decisiones cuando no había tiempo suficiente para pensarlas del todo.

—Vigilancia. No lo detenemos todavía.

—¿Por qué no?

—Porque lo que tenemos es suficiente para detenerlo. No es suficiente para mantenerlo detenido más de setenta y dos horas sin que sus abogados lo saquen. Y si lo soltamos, lo quemamos. —Sara adelantó a un camión—. Pero si lo seguimos y lo pillamos en el siguiente intento, tenemos el caso completo. Y tenemos la posibilidad de que nos lleve hasta Castaño de manera directa.

—Es un riesgo.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Por eso necesito vigilancia que no esté en el sistema oficial. Nada que pueda ver Herrera.

Rubén tardó en responder.

—Tengo dos personas. Compañeros de otra brigada que me deben un favor y que no están en ningún papel relacionado con este caso.

—Ponlos en la calle Velázquez ahora mismo.

—¿Y si sale?

—Que lo sigan. Y que me llamen antes de que llegue a donde vaya.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, enero de 1982

La última vez que Marta habló con Miguel fue en enero, tres semanas antes de que ella cruzara la verja.

No fue una conversación larga. Fue en el pasillo del segundo piso, un cruce de caminos casual que los dos reconocieron como lo que era: el tipo de encuentro que ocurre cuando dos personas han estado evitándose durante un tiempo y el edificio es demasiado pequeño para evitarse indefinidamente.

Miguel venía del baño. Marta iba a las clases de la mañana.

Se miraron.

—Cuándo —dijo Miguel.

No era una pregunta. Era la manera que tenía él de preguntar sin preguntar.

—No lo sé todavía —dijo Marta.

Mentía. Ya lo sabía. Había elegido la noche con luna nueva porque la luna nueva significaba la oscuridad más completa del mes y la oscuridad era lo que necesitaba para cruzar el patio sin que la viera nadie desde las ventanas. Lo sabía desde hacía dos semanas.

Miguel la miró durante un momento.

—El hombre que hace guardia en la puerta lateral los martes y los jueves —dijo— fuma. Sale dos veces en cada turno de cuatro horas. Tarda exactamente siete minutos cada vez. —Una pausa—. La segunda salida es siempre a las doce y cuarto de la noche.

Marta lo miró.

—¿Por qué me dices eso?

Miguel no respondió a eso.

—La verja trasera —dijo— tiene el cerrojo roto en el lado izquierdo desde octubre. Sor Asunción lo sabe y no lo ha mandado arreglar porque cree que nadie lo sabe. —Otra pausa—. Tú empuja desde el lado derecho, hacia la izquierda, y se abre.

Marta lo miró durante un momento largo.

—Miguel.

—No me digas nada. —Lo dijo con la misma calma de siempre, pero con algo debajo que no era la calma que ella había visto antes—. Solo sal.

Se fue por el pasillo hacia la escalera sin mirar atrás.

Marta se quedó donde estaba durante un momento.

Luego fue a las clases de la mañana.

Tres semanas después, en la noche de luna nueva más oscura de enero de 1982, empujó la verja desde el lado derecho hacia la izquierda y salió a la calle.

* * *

Rubén llamó a las tres de la tarde.

Sara estaba ya en el extrarradio sur de Madrid, con los carteles de la M-40 apareciendo en el horizonte.

—Andrade acaba de salir de la oficina.

—¿A pie o en coche?

—En coche. El BMW registrado a su nombre. Mis dos compañeros lo siguen.

—¿Dirección?

—Sur. Por ahora va hacia la M-30. —Una pausa—. Sara, si sale hacia Toledo...

—Llama a la patrulla de allí. Que se pongan en el portal ahora mismo, no en la calle. Que estén en el portal.

—Están avisados.

Sara aceleró.

—¿Dónde estás tú?

—En el despacho. Coordinando.

—Quédate ahí. Necesito que sigas viendo los movimientos de Herrera al mismo tiempo.

—¿Ha consultado algo nuevo?

—Esta mañana buscó la dirección de la fiscal Herás.

Silencio.

—¿De la fiscal?

—Sí. —Rubén hizo una pausa—. Lo que significa que alguien en la cadena ya sabe que Herás se reunió con nosotros ayer. Y quieren saber dónde está.

Sara pensó en Herás. En el piso de Chamberí. En la carpeta cifrada. En los doce años de trabajo construidos con la precisión de alguien que sabe que una filtración puede destruirlo todo.

—Llama a Herás. Dile que se mueva. Que no esté en el piso de Chamberí esta tarde.

—¿Adónde?

—Que lo decida ella. Pero que no lo registre en ningún sistema. Y que apague el móvil corporativo.

—Entendido.

Sara tomó el desvío hacia la M-40 dirección norte. Si Andrade iba a Toledo, ella iba a llegar antes que él. Toledo estaba a setenta y un kilómetros de Madrid por la A-42 y si él iba por la M-30 sur era probable que tardara cuarenta minutos en salir de la ciudad.

Ella podía ganar quince minutos.

Marcó el número de la brigada de Toledo que Rubén le había dado.

—Inspector Morales.

—Soy la inspectora Montero, de Homicidios de Madrid. ¿Sus agentes están en el portal del edificio?

—Ahí están. —Una pausa—. El hombre del piso no quiere abrirles la puerta.

—Dígales que llamen al telefonillo y que le digan que vienen de mi parte. Que mencionen el nombre de Tomás Vidal. Que el hombre sabe quién es Tomás Vidal y que eso debería bastar.

—De acuerdo.

—Y dígales que no dejen entrar a nadie. Nadie. Aunque traiga documentación de policía nacional. Nadie que no sea yo.

Colgó.

Miró el navegador.

Toledo: 68 kilómetros. Cuarenta y dos minutos.

El BMW de Javier Andrade, según la última posición que le había mandado Rubén, estaba saliendo por la M-45 dirección sur.

Dirección Toledo.

Treinta minutos de ventaja, quizás menos.

Sara puso la sirena del coche camuflado.

Azul, girando, en el salpicadero.

Y aceleró.

* * *

Rubén la llamó a la altura de Illescas.

—Andrade ha tomado la A-42. Va a Toledo.

—Lo sé. Estoy a veinticinco minutos.

—Él está a treinta y cinco. Mis compañeros lo siguen a dos coches de distancia.

—¿Sigue sin saber que lo siguen?

—De momento. Pero si sale de la autovía y entra en Toledo, el tráfico se va a reducir y va a ser más difícil mantener la distancia.

—Diles que lo mantengan. Prefiero perderlo unos minutos a que lo detecte.

—Entendido.

—¿Herrera?

—Ha salido de su turno a las dos. Desde entonces no hay actividad registrada en el sistema con su login. —Una pausa—. Pero hace media hora recibió una llamada desde el número de la empresa de Guadalajara.

El mismo número que había llamado al intermediario de Valencia esa mañana.

—¿Duración de la llamada?

—Cuarenta y siete segundos.

Suficiente para transmitir una dirección. Suficiente para decirle a alguien dónde buscar.

Sara pensó en los siete kilómetros que le faltaban para salir de la autovía y entrar en Toledo. En el hombre del número siete que no había querido moverse. En los agentes de Morales esperando en el portal.

—Rubén. Necesito que hagas algo ahora mismo.

—Dime.

—Llama al número siete. Ahora. Dile que abra la puerta a mis agentes y que suba con ellos al piso. Que no se quede en el portal.

—¿Por qué no en el portal?

—Porque el portal tiene una puerta de cristal y desde la calle se ve todo lo que pasa dentro. —Sara tomó la salida de Toledo—. El piso no.

Hubo un silencio mientras Rubén marcaba el número.

Sara escuchó los tonos a través del manos libres.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

El buzón de voz.

—No responde —dijo Rubén.

Sara aceleró por la ronda de Toledo.

—El portal. Díselo a Morales. Que los agentes entren ahora aunque el hombre no abra.

Silencio al otro lado mientras Rubén retransmitía la instrucción.

Sara giró por la calle que señalaba el navegador.

Un edificio de los años ochenta, fachada de ladrillo claro, cuatro plantas. Un portal con la puerta de cristal que daba a la calle. Y

junto al portal, dos agentes de uniforme que la miraron llegar con el reconocimiento de quien está esperando que llegue el refuerzo.

Sara aparcó en doble fila.

Se bajó del coche.

—¿Ha subido alguien?

—Acabamos de entrar. Estamos esperando en el rellano.

Sara fue hacia el portal.

Entonces Rubén, a través del auricular:

—Sara. El BMW de Andrade acaba de entrar en Toledo. Mis compañeros dicen que va directo al centro histórico. —Una pausa—. Están a ocho minutos.

Sara miró el portal.

Ocho minutos.

—Subid —le dijo al agente—. Ahora.

Capítulo 20

Toledo

El rellano del tercero olía a guiso de mediodía y a la humedad específica de los edificios viejos que se calienta en invierno y se enfría en verano y nunca termina de secarse del todo. Había dos puertas en el rellano: la del 3A, con un felpudo de esparto y una pequeña placa de cerámica pintada a mano con el nombre *Fuentes*, y la del 3B, sin felpudo, sin placa, con la mirilla tapada desde dentro con un trozo de cinta americana marrón.

El agente de Morales llamó al 3B.

Silencio.

Volvió a llamar.

—Policía. Abra la puerta. —Lo dijo en el tono de quien tiene práctica en hacer que las instrucciones suenen inevitables.

Treinta segundos.

Luego el sonido de un cerrojo. Luego otro. Luego el de una cadena de seguridad que alguien descorrió muy despacio, como si necesitara ese tiempo extra para decidir si de verdad iba a abrir.

La puerta se abrió cinco centímetros.

Un ojo en la rendija. Luego la cadena descorrida del todo y la puerta abriéndose hasta el fondo.

El hombre del número siete se llamaba, según el registro, Fernando Crespo Alcántara. Tenía cuarenta y nueve años y los aparentaba con ese exceso de los hombres que han vivido bajo tensión durante mucho tiempo: el pelo gris prematuro, las arrugas profundas alrededor de los ojos, la postura ligeramente encogida de quien ha aprendido a ocupar el menor espacio posible en los sitios donde está.

Miró a Sara.

—Tomás Vidal —dijo ella.

Él asintió y se apartó para dejarlos pasar.

El piso era pequeño y estaba oscuro. Las persianas bajadas hasta la mitad, las luces apagadas, la televisión encendida sin volumen en una cadena de noticias que emitía imágenes de un incendio en algún lugar que no era España. Fernando Crespo vivía en ese piso con la precaución de alguien que lleva años intentando que desde fuera parezca que no hay nadie dentro.

Sara fue directo al punto.

—Hay alguien que viene hacia aquí. Llegará en menos de ocho minutos. —Lo dijo sin suavizarlo porque el suavizado costaba tiempo y el tiempo era exactamente lo que no tenían—. Necesito que salga ahora por la puerta trasera del edificio, si hay una, o que baje con nosotros y entre en mi coche.

Fernando Crespo la miró.

—¿Quién viene?

—Javier Andrade.

El nombre le hizo algo en la cara. No sorpresa. Reconocimiento. El reconocimiento de alguien que ha estado esperando ese nombre durante mucho tiempo y que cuando por fin lo oye no siente alivio sino la confirmación de lo que peor había imaginado.

—¿Cómo sabe dónde estoy?

—Lo buscó en los registros de su base de datos hace dos días. —Sara miró el reloj—. Tenemos seis minutos.

Fernando Crespo miró el piso a su alrededor como hace la gente cuando tiene que dejar un sitio rápido: buscando las cosas que no puede dejar y que puede cargar. En su caso fue rápido porque había pocas cosas que le importaran y probablemente ya sabía cuáles eran. Cogió una mochila del armario del recibidor que estaba medio preparada, como la de alguien que lleva semanas teniendo esa bolsa lista porque sabe que puede necesitarla en cualquier momento.

—Hay una salida trasera —dijo—. Da al callejón de detrás. Pero si él conoce el edificio...

—No conoce el edificio. Tiene una dirección. No ha estado aquí antes.

—¿Cómo lo sabe?

Sara no perdió tiempo en explicar los alquileres de coches y los vuelos y los registros del Colegio de Detectives. Lo sabía y bastaba.

—Vamos —dijo.

* * *

La salida trasera era una puerta de servicio en el sótano que daba a un callejón de dos metros de ancho entre el edificio y la medianera del siguiente bloque. El callejón conectaba con una calle lateral que en Toledo, con su trama medieval, podía llevar en cualquier dirección dependiendo de qué giro tomaras.

Sara salió primero, con la mano en el abrigo sobre la pistola que llevaba en la sobaquera desde el martes por la mañana. El callejón estaba vacío. Olor a cubo de basura y a piedra mojada.

Detrás de ella, Fernando Crespo con la mochila. Detrás, los dos agentes de Morales.

Sara llamó a Rubén mientras caminaba.

—¿Dónde está?

—Acaba de aparcar en la calle de San Cipriano. A doscientos metros del edificio.

Doscientos metros en un casco histórico con calles de cuatro metros de anchura eran dos minutos, quizás menos.

—¿Mis compañeros?

—A cincuenta metros de él, a pie, desde que aparcó.

—Diles que no lo pierdan pero que no lo detengan todavía. Quiero verle la cara cuando llegue al portal y vea que no hay nadie.

Salieron del callejón a la calle lateral. El coche de Sara estaba a cuarenta metros, en la calle principal, con la sirena apagada y las puertas sin seguro porque así la había dejado.

Metió a Fernando Crespo en el asiento trasero.

Los dos agentes de Morales se quedaron fuera.

—Usted dos, volved al portal. Quedaos en la entrada pero hacia adentro, que no se os vea desde la calle. Si entra, identificadle. No lo detengáis, dejad que llegue al ascensor, y entonces identificadle.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—¿Para qué si ya sabe que no hay nadie?

—Porque quiero saber cómo reacciona cuando sabe que llegó tarde. —Sara se metió en el coche—. Y quiero que lo sepa.

Cerró la puerta.

Arrancó despacio, sin sirena, sin faros encendidos, deslizándose por la calle lateral hacia la siguiente manzana.

Rubén en el auricular:

—Está en el portal.

Sara aparcó en una plaza a una manzana, desde donde no podía ver el portal del edificio de Fernando Crespo pero desde donde podía ver a uno de los compañeros de Rubén que había seguido a Andrade y que ahora estaba en la esquina de la calle de San Cipriano fingiendo consultar el teléfono.

—Ha llamado al telefonillo —dijo Rubén—. Nadie responde. Ha llamado otra vez.

Silencio de veinte segundos.

—Está mirando el edificio. —Otra pausa—. Mis compañeros dicen que no parece nervioso. Parece... calculando.

Sara lo imaginó. Javier Andrade, que había sido Miguel en otro siglo, delante de un portal de Toledo con la información de que su objetivo estaba en el tercero B y sin respuesta al telefonillo. Calculando si el

objetivo había salido, si había sido avisado, si había un error en los datos.

—Ha entrado —dijo Rubén—. Alguien del primero le ha abierto.

Los agentes de Morales en el portal.

Treinta segundos.

—Ha subido al tercero. Mis compañeros lo ven en el telefonillo de la planta. —Una pausa—. Ha llamado a la puerta.

Sara miró por el parabrisas. La plaza medieval de Toledo con su adoquinado irregular, un par de turistas con abrigo tomando fotografías de una iglesia.

—Ha llamado dos veces. —La voz de Rubén tenía la calidad de quien transmite en tiempo real lo que alguien le está susurrando por teléfono—. Ahora hay movimiento en el rellano. Los agentes de Morales se han identificado.

Sara esperó.

—Lo tienen. —Una pausa—. Ha mostrado documentación del Colegio de Detectives. Ha dicho que venía a ver a un cliente. —Otra pausa —. Los agentes le dicen que el piso está vacío y que si quiere presentar una denuncia puede acompañarlos a comisaría.

—¿Cómo reacciona?

—Con calma. Dice que debe de haberse equivocado de dirección. —Rubén hizo una pausa—. Está bajando.

Sara encendió el motor.

—¿Sale del edificio?

—Sí. Va hacia su coche.

—Diles a tus compañeros que lo sigan hasta que salga de Toledo. Que tomen nota de todo: dirección, paradas, cualquier contacto. Y que luego lo dejen.

—¿Lo dejamos marchar?

—Por ahora sí. —Sara miró el retrovisor. La plaza vacía detrás de ella —. Sabe que llegó tarde. No sabe por qué. No sabe si fue un aviso o

una casualidad. Y esa incertidumbre es lo más valioso que tenemos ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque un hombre que no sabe si está quemado o si solo tuvo mala suerte toma decisiones diferentes a uno que sabe con certeza que lo están mirando. —Sara metió primera—. Y las decisiones que toma cuando no sabe son las que nos van a llevar hasta Castaño.

Silencio de Rubén durante unos segundos.

—¿Y Fernando Crespo?

Sara miró por el retrovisor interior al hombre del asiento trasero, que había escuchado todo sin decir nada con esa quietud de los que han aprendido que escuchar sin intervenir es una forma de supervivencia.

—Señor Crespo. ¿Puede quedarse unos días fuera de Toledo?

—Tengo un primo en Cuenca.

—Cuenca está bien. —Sara sacó una tarjeta y se la pasó por encima del reposacabezas—. Llámeme cuando llegue. A ese número y solo a ese.

Fernando Crespo cogió la tarjeta.

La miró.

—¿Cuánto tiempo más va a durar esto?

Era la misma pregunta que le había hecho Mónica Arenas en Getafe. La misma pregunta que probablemente estaban haciéndose en este momento los doce supervivientes reubicados en hoteles y casas de familiares en distintos puntos de España.

—Poco —dijo Sara.

No era una promesa. Era una intención. Pero lo dijo con el tono de las cosas que se dicen cuando se tienen suficientes piezas para creer que el final ya no está en el horizonte sino a la vuelta de la esquina siguiente.

* * *

Rubén la llamó mientras volvía por la A-42.

—El BMW de Andrade va hacia Madrid.

—¿Tus compañeros lo siguen?

—Hasta la autovía. A partir de ahí, lo perdemos. No tenemos recursos para seguirlo hasta Madrid sin que lo note.

—No hace falta. Sé adónde va.

—¿Adónde?

—A buscar nuevas instrucciones. Llegó tarde en Toledo y no sabe por qué. Eso significa que alguien tiene que decirle qué hacer ahora. —Sara aceleró hasta situarse en el carril izquierdo—. Quiero que los dos compañeros que tienes en la calle Velázquez estén ahí cuando llegue. Y que cuando entre en el edificio, uno de ellos suba y escuche lo que pueda escuchar sin entrar.

—Sara, eso no es legal sin una orden.

—Lo que escuchen en el rellano es espacio público. —Una pausa—. Y necesito saber si hace una llamada desde el despacho antes de que empiece lo que tiene que empezar mañana.

—¿Qué empieza mañana?

Sara miró la carretera. La llanura de la Sagra, plana y fría, con los primeros silos de la periferia industrial de Madrid apareciendo en el horizonte.

—La trampa de información que pusimos esta mañana. El traslado de supervivientes a la Jefatura Superior que no va a ocurrir. —Hizo una pausa—. Herrera lo va a pasar. Y quien lo reciba va a pasárselo a Andrade. Y mañana por la mañana alguien va a intentar interceptar un traslado que no existe.

—¿Y nosotros?

—Nosotros vamos a estar esperando donde deberían estar los supervivientes. —Sara veía ya los primeros carteles de Madrid—. Y en ese momento vamos a tener a Andrade con las manos en la masa, a Herrera como eslabón documentado de la cadena, y

suficiente material para que Herás, aunque se haya recusado, pueda pasarle el caso a alguien que lo lleve a juicio.

Silencio de Rubén.

—Es un plan que depende de muchas cosas saliendo bien al mismo tiempo.

—Lo sé.

—¿Y si algo falla?

Sara pensó en el cuaderno de Nico. En treinta y ocho años de letra apretada y fechas en el margen y la disciplina de un niño de diez años que había decidido que las cosas que pasan tienen que quedar escritas aunque nadie las lea todavía.

—Si algo falla, seguimos. —Lo dijo sin dramatismo, como un hecho —. Llevamos cuarenta años fallando en esto de una manera u otra. Un fallo más no es el final.

Rubén no dijo nada durante un momento.

—Estoy en el despacho —dijo finalmente—. Te espero.

—Dame una hora.

Colgó.

Sara condujo los últimos kilómetros hacia Madrid con el silencio del coche y la luz fría de la tarde de marzo entrando por el parabrisas. Pensó en Fernando Crespo camino de Cuenca con su mochila medio preparada. En Mónica y Nico en la casa del callejón de las Monjas en Brihuega. En Antonio Saura con su higuera en el patio y su decisión tardía pero real de no quedarse callado.

En Herás, que era Marta, que había cruzado una verja de hierro en el invierno de 1982 con diez años y el frío cortándole la garganta y que cuarenta años después seguía corriendo, aunque ahora lo hacía con traje oscuro y carpetas cifradas en servidores externos.

Y en Javier Andrade, que había sido Miguel, que había dicho *solo sal* a una niña en un pasillo de orfanato y que décadas después estaba cruzando la meseta hacia Madrid en un BMW de alquiler con seis

muertes a sus espaldas y la incertidumbre de un hombre que no sabe si el suelo que pisa todavía es firme.

La salida de Madrid por la A-42 apareció en el horizonte.

Sara tomó el carril.

Capítulo 21

La trampa

A las ocho de la noche del viernes, el despacho de la tercera planta tenía cuatro personas, dos cafés de máquina, un mapa de Madrid desplegado sobre la mesa de Rubén y una tensión específica de los preparativos que no pueden fallar porque no hay una segunda oportunidad si fallan.

Los dos compañeros de Rubén se llamaban Vega y Castillo. Eran de la brigada de Vigilancia, llevaban ocho y once años respectivamente en la jefatura, y tenían en común esa manera de estar en las habitaciones que tienen los buenos vigilantes: presentes sin ocupar demasiado espacio, atentos sin parecer tensos. Rubén los había llamado con una formulación que Sara reconoció como la que se usa cuando necesitas que alguien haga algo sin preguntarte demasiado: *te debo un favor gordo, esto es urgente y no puede pasar por los canales normales.*

Los dos habían venido.

Sara los puso al tanto en doce minutos. El orfanato, la lista, los seis muertos, Andrade, Herrera, la trampa. No todo: lo suficiente para que entendieran qué papel jugaban y por qué era necesario que ese papel no quedara registrado en ningún sistema oficial hasta que el caso estuviera cerrado.

Vega escuchó sin interrumpir. Cuando Sara terminó, preguntó una sola cosa:

—¿Cuántos de los nuestros están implicados?

—Uno confirmado. Posiblemente más que todavía no hemos identificado.

Vega asintió como quien recibe una respuesta que no le gusta pero que ya esperaba.

—¿Qué necesitáis de nosotros?

Sara desplegó el mapa.

—Mañana a las ocho y cuarenta y cinco necesito dos coches sin identificar en estas posiciones. —Señaló dos puntos en la calle de Leganitos, uno a cada extremo del bloque donde estaba la jefatura —. La información falsa que tiene Herrera dice que el traslado de los supervivientes a la jefatura empieza a las nueve. Si Andrade va a interceptar ese traslado, tendrá que estar en posición antes.

—¿Cuántos hombres cree que trae?

—No lo sé. Puede que venga solo. Puede que no. —Sara miró el mapa—. Para lo que ha hecho hasta ahora ha trabajado solo. Pero esto es diferente: interceptar un traslado de doce personas requiere más recursos que una inyección en un piso vacío. —Hizo una pausa —. O cambia el método. O se da cuenta de que la información es falsa antes de actuar.

—¿Y si se da cuenta?

—Si se da cuenta, lo seguimos hasta donde vaya a continuación. Y ese lugar nos lleva a alguien.

Castillo había estado mirando el mapa sin decir nada.

—¿Qué hacemos si actúa? —preguntó.

—Lo detenéis. Con todo lo que tengamos en ese momento más las pruebas que ya hemos construido. —Sara los miró a los dos—. No lo dejéis escapar.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, enero de 1982

Miguel no durmió la noche que Marta escapó.

No fue por ella. O no solo por ella. Fue porque las noches en que venían los coches eran noches en que el sueño nunca llegaba del todo, en que la mente se quedaba en ese estado intermedio donde

los sonidos del edificio adquieren un significado que de día no tienen.

Estaba en la cama mirando el techo cuando oyó el crujido de la escalera. Reconoció los pasos: ligeros, del tipo que hacen los niños que aprenden a moverse sin hacer ruido en los sitios donde el ruido tiene consecuencias. Se los había oído a Marta durante semanas, cada vez más controlados, cada vez más seguros.

Esta vez se alejaban hacia abajo.

Miguel se levantó.

Fue a la ventana.

El patio en la oscuridad de la luna nueva, exactamente lo que él había pensado cuando le dijo lo de la luna nueva, sin saber si ella lo escuchaba o si lo descartaba o si ya lo sabía. La verja al fondo, apenas visible desde el segundo piso como una línea oscura sobre otra oscuridad.

Una figura pequeña cruzó el patio.

Despacio al principio, luego más rápido. Llegó a la verja. Se detuvo un momento. Luego empujó desde la derecha hacia la izquierda, como él le había dicho, y la verja se abrió.

La figura salió.

La verja quedó entreabierta.

Miguel la miró desde la ventana durante un momento. Luego fue a la cama y se tumbó.

No cerró los ojos en toda la noche.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Sor Remedios anunció que la niña del tercero B había desaparecido durante la noche y que si alguien sabía algo debía comunicárselo a Sor Asunción inmediatamente. Nadie dijo nada.

Miguel comió su pan con aceite sin mirar a nadie.

Por la tarde, Sor Asunción lo llamó a su despacho.

Cerró la puerta.

Lo miró durante un momento con esos ojos transparentes que veían las cosas desde un ángulo que no era el habitual.

—¿Sabes algo de la niña?

—No —dijo Miguel.

Sor Asunción lo miró un momento más. Luego asintió despacio.

—En marzo te vas —dijo, y en esas tres palabras estaba todo lo que no necesitaba decirse entre ellos.

Miguel salió del despacho.

En el pasillo, se detuvo un momento con la mano en la pared, como si necesitara sujetar algo para no moverse, para quedarse quieto en ese punto exacto entre lo que había sido y lo que iba a ser.

Luego siguió caminando.

* * *

Herás llegó al despacho a las nueve y cuarenta de la noche.

No había avisado. Vega y Castillo la miraron cuando entró con esa atención automática de los vigilantes ante cualquier presencia nueva, y Rubén hizo un gesto mínimo que decía *es de los nuestros* antes de que ninguno de los dos pudiera preguntar.

Herás miró el mapa sobre la mesa. Miró a Sara.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Fueron al pasillo.

Herás sacó el móvil. No el corporativo: un teléfono más antiguo, de los que ya casi nadie usa, con la carcasa rayada por el uso.

—Esta mañana, antes de que me dijeras que me moviera, tuve una reunión. —Hizo una pausa—. No era una reunión programada. Me llamó alguien que lleva meses siendo mi fuente indirecta para los movimientos financieros de Castaño. Me dijo que necesitaba verme urgentemente.

—¿Quién?

—No importa su nombre ahora mismo. Importa lo que me dijo. —Herás desbloqueó el móvil—. Activé la grabación antes de entrar en el café donde quedamos. Tres minutos y cuarenta y dos segundos. La mayor parte es ruido de fondo, conversación normal de cafetería. Pero hay un fragmento de cuarenta y siete segundos en el que la persona que estaba conmigo recibió una llamada de alguien y habló cerca del micrófono sin saber que estaba grabando.

Sara miró el teléfono.

—¿Cuarenta y siete segundos?

—Suficientes. —Herás le pasó el auricular que había sacado del bolsillo—. Escucha.

Sara se puso el auricular.

Herás pulsó play.

El audio tenía la calidad típica de una grabación hecha con un móvil en un entorno ruidoso: el murmullo de fondo de las conversaciones de la cafetería, el sonido de tazas y de la máquina de café, y por encima de todo eso, una voz masculina que hablaba en tono bajo pero suficientemente cerca del micrófono para que las palabras se entendieran.

La voz decía: *—No. El problema es que han movido a los testigos y no sabemos dónde están. —Una pausa de tres o cuatro segundos—. Sí, los de la lista. —Otra pausa—. Eso no importa ahora, lo que importa es que el material de Madrid tiene que desaparecer antes del lunes. Si el material llega a la Fiscalía el lunes, el martes ya no podemos hacer nada. —Pausa—. El cuaderno. El cuaderno del chico.*

Y luego, en un tono ligeramente diferente, más bajo, como si la persona hubiera girado la cabeza hacia un lado:

—Dile a Andrade que tiene hasta el domingo.

Y ahí terminaba el fragmento útil. El resto era ruido y la voz de la fuente de Herás diciendo algo ininteligible.

Sara se quitó el auricular.

—*El cuaderno del chico.* —Miró a Herás—. Saben que existe. Y saben que lo tenemos.

—Sí. —Herás guardó el móvil—. Lo que no saben es dónde está exactamente. Si supieran que está aquí, en este despacho, ya habrían actuado.

—¿La voz es de Castaño?

—No. —Herás dudó un momento—. Es de alguien de su entorno inmediato. Alguien con quien habla directamente, sin intermediarios. Lo que significa que sea quien sea, tiene acceso directo a Castaño. —Otra pausa—. Pero no es Castaño.

Sara pensó en Mendieta Casal.

—¿Lo reconoces?

—No con certeza. He escuchado la grabación seis veces esta tarde. Hay algo en el tono que me resulta familiar pero no puedo ubicarlo. —Herás la miró—. Por eso necesitaba que lo escucharas tú también.

Sara pensó.

—Mañana, antes de que empiece la trampa, necesito que Rubén escuche esto.

—¿Por qué Rubén?

—Porque Rubén lleva cuatro días dentro de este caso escuchando voces de gente que está al otro lado. Si hay algo que reconocer, él tiene más contexto que yo. —Sara cogió el móvil de Herás—. ¿Puedes mandármelo a este número?

Le dictó un número que no era el suyo oficial. Herás lo anotó.

—Tengo el documento de recusación preparado —dijo Herás mientras guardaba el móvil—. ¿Lo presento mañana?

—Después de la trampa. Si la trampa funciona y tenemos a Andrade, la recusación puede esperar hasta el lunes. —Sara la miró—. Si la trampa falla, preséntalo antes de que alguien use lo que saben sobre ti para tumbar el caso.

Herás asintió.

—¿Y esta noche?

—Esta noche descansas. —Sara señaló el despacho—. Nosotros terminamos de preparar los detalles.

Herás fue hacia el ascensor.

Se detuvo antes de llegar.

—Sara.

—¿Qué?

—La grabación. El fragmento donde habla de que el material tiene que desaparecer. —Herás no se giró del todo—. Eso incluye el cuaderno. Y el cuaderno está aquí. —Una pausa—. Deberías moverlo esta noche.

Sara miró la caja sobre la mesa de su despacho.

—Lo sé.

Herás entró en el ascensor.

La puerta se cerró.

* * *

A medianoche, el despacho estaba vacío salvo por Sara y Rubén.

Vega y Castillo se habían ido con las instrucciones del día siguiente. Las posiciones, los horarios, la señal que indicaría el momento de actuar.

Rubén había escuchado la grabación dos veces con los auriculares y la tercera sin ellos, con el audio directo del móvil de Sara, porque a veces el cerebro procesa mejor sin el filtro del auricular.

A la tercera escucha levantó la cabeza.

—La voz.

Sara lo miró.

—¿La reconoces?

—El tono. La manera de pronunciar la erre. —Rubén hizo una pausa —. Es una particularidad articulatoria, no es un rasgo que se

memorice de manera consciente, pero cuando la has oído antes en un contexto diferente...

—¿Cuándo la oíste?

Rubén miró el techo.

—Esta semana. —Otra pausa—. El lunes o el martes. En una llamada. —Hizo una pausa más larga—. Sara, ¿tienes el parte de la primera intervención en el piso de Lavapiés? El parte original, con los nombres de todos los agentes y los testimonios.

Sara fue al ordenador.

Buscó el parte.

Lo abrió.

Rubén leyó desde detrás de su hombro.

Fue bajando con el dedo por la pantalla hasta el apartado de *Testimonios recabados en el lugar de los hechos*.

Se detuvo.

—El guardia del depósito de grúas —dijo—. El que encontró el cuerpo en la furgoneta del primer caso de la serie, antes de que llegara Vidal. El que llamó al forense Buendía porque lo conocía de otra ocasión.

Sara lo recordó. El primer caso al que había ido antes de recibir el sobre de Vidal. La furgoneta en el depósito de Mediodía II.

—¿Qué pasa con él?

—Llamé a ese hombre el primer día para verificar un detalle del parte. Hablamos dos minutos. —Rubén señaló el parte en la pantalla —. Su nombre es Romeo García Andreu. Y tiene la misma manera de pronunciar la erre que la voz de la grabación.

Sara lo miró.

—Un guardia jurado del depósito de grúas.

—Un guardia jurado que encontró el cuerpo antes de que llegara nadie, que llamó directamente al forense de la brigada saltándose el protocolo, y que fue el primero en avisarnos del caso. —Rubén hizo

una pausa—. El primer eslabón de la cadena que nos llevó al sobre de Vidal, a la lista y a todo lo demás.

Sara pensó en eso durante un momento.

Una voz en una grabación. Una particularidad articulatoria. Un guardia de depósito de grúas que había iniciado el caso llamando al forense correcto en el momento correcto.

No era suficiente.

Era demasiado para ignorarlo.

—Mañana, después de la trampa —dijo Sara—, vamos a hablar con Romeo García Andreu.

—¿Y esta noche?

Sara cogió la caja de Nico de la mesa.

—Esta noche, esto deja de estar aquí.

Rubén no preguntó adónde iba. Lo que importaba era que no estuviera donde alguien con *el cuaderno del chico* y *hasta el domingo* pudiera encontrarlo.

Sara cogió el abrigo.

Salió del despacho.

En el ascensor, con la caja entre los brazos, pensó en los cuarenta y siete segundos de audio. En la voz que decía *dile a Andrade que tiene hasta el domingo.* En que el domingo estaba a dos días.

Y en que entre ese momento y el domingo tenían que hacer funcionar una trampa, detener a un asesino, identificar una voz, proteger a treinta y un supervivientes y construir un caso lo suficientemente sólido para que cuarenta años de silencio no lo derribaran.

El ascensor se abrió en el garaje.

Sara salió hacia su coche.

La caja de Nico iba con ella.

Capítulo 22

Sábado

Sara no había vuelto a su piso.

Había pasado la noche en el despacho de Rubén, en el sofá de dos plazas que alguien había dejado allí hacía años y que había sobrevivido a tres subcomisarios sucesivos porque nadie recordaba de quién era y nadie quería cargar con el problema de tirarlo. Era un sofá incómodo pero era un sofá, y con la caja de Nico bajo él y el abrigo como manta Sara había dormido tres horas y media que no la dejaron descansada pero que le habían dado suficiente para funcionar.

A las seis de la mañana del sábado hizo café.

A las seis y cuarto llamó a Vega.

—¿Listos?

—En veinte minutos estamos en posición.

—Bien. Nada en los canales de radio. Solo teléfono personal.

—Entendido.

A las seis y media llamó a Castillo.

—¿Tienes el coche?

—Aparcado en la calle Conde Duque desde anoche. Un Renault gris que no va a llamar la atención.

—Posición a las ocho y media. No antes.

Colgó.

Rubén llegó a las siete menos cuarto con una bolsa de cruasanes de la pastelería de abajo y la cara de alguien que había dormido menos que Sara y que había decidido que el azúcar era un sustituto razonable del sueño.

—Herrera entra a las seis —dijo mientras dejaba la bolsa en la mesa.

—Sé a qué hora entra Herrera.

—Ya ha consultado el sistema dos veces desde que llegó.

Sara lo miró.

—¿Ha accedido a la información del traslado?

—Una vez a las seis y ocho, otra a las seis y dieciséis. La segunda vez estuvo cuarenta y dos segundos en el registro. —Rubén cogió un cruasán—. Suficiente para leerlo con detalle.

—¿Ha llamado a alguien desde entonces?

—Ha salido a la calle a las seis y veinte. Los sistemas no registran llamadas desde el móvil corporativo, pero el personal es otro asunto.

—¿Puedes rastrearlo?

—Con una orden, sí. Sin orden... —Hizo una pausa—. He pedido un favor a alguien de comunicaciones que me debe tres.

—¿Cuándo sabes algo?

—Antes de las ocho.

Sara miró el reloj. Las siete menos diez.

Cogió un cruasán.

No porque tuviera hambre. Porque comer era lo que hacen los cuerpos cuando necesitan funcionar y el cuerpo de Sara llevaba cuatro días funcionando con café y voluntad.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, octubre de 1981

Nico escribió la entrada más larga del cuaderno la mañana después de la noche de los cuatro coches.

Lo hizo en el único momento del día en que nadie lo buscaba: el rato entre el desayuno y las clases, cuando los niños más pequeños iban al baño y los más mayores tenían un cuarto de hora de tiempo libre que cada uno empleaba a su manera. Nico lo empleaba siempre de

la misma manera desde hacía dos años: sentado en el rincón del pasillo del segundo piso donde la calefacción dejaba un punto de calor seco junto a la tubería, con el cuaderno en las rodillas y el bolígrafo apretado.

Escribió despacio.

No porque dudara de lo que quería escribir. Sino porque había aprendido que la velocidad produce errores y que los errores en el cuaderno eran el único lujo que no podía permitirse.

Noche del martes 13 de octubre de 1981. Aproximadamente la 1:30 de la madrugada.

Cuatro vehículos. Dos en la calle lateral por el lado norte, uno frente a la puerta de servicio, uno más alejado en la calle principal. Todos con faros apagados al llegar.

Matrículas parciales:

— Vehículo 1 (más cercano, frente a la puerta): M…71-BK. Oscuro, grande. Podría ser un Mercedes o un BMW de la gama alta. No pude ver el modelo completo.

— Vehículo 2 (calle lateral norte, primero): MA…4-CF. Claro, mediano. Posiblemente un Seat o un Renault.

— Vehículo 3 (calle lateral norte, segundo): No pude leer matrícula. Oscuro.

— Vehículo 4 (calle principal, alejado): Solo vi las dos últimas: …-PW. No sé más.

Escribió los detalles de los hombres que había podido observar. Seis en total, pero solo tres con descripción útil: el que hizo guardia afuera, que era el que más había podido ver; uno que era muy alto, con el paso de alguien acostumbrado a moverse en espacios grandes; y uno que llevaba algo al hombro, una bolsa o una cartera, que al entrar por la puerta lateral lo cambió al otro brazo con el gesto específico de alguien que lo hace por costumbre.

Luego escribió el anillo.

El hombre que hizo guardia exterior salió a fumar aproximadamente a las 2:10. Estuvo fuera entre ocho y diez minutos. Cuando pasó bajo la bombilla del patio al volver, pude ver claramente la mano derecha en el momento en que subía el cigarrillo hacia la boca. En el dedo índice de la mano derecha lleva un anillo grande, con superficie plana, de metal oscuro que puede ser oro envejecido o plata. La superficie plana tiene un relieve que he dibujado lo mejor que puedo a continuación.

Debajo del texto, el dibujo. Lo había hecho tres veces antes de que el resultado le pareciera suficientemente preciso: el animal rampante con la corona, las dos letras a los lados, la forma circular del engaste.

No sé a quién pertenece este escudo. Pero lo que sí puedo decir es que un anillo así no lo lleva cualquier persona. Es el tipo de joya que se hereda o que se compra con mucho dinero.

Siguió escribiendo.

Una observación que añado porque creo que puede ser importante: cuando el hombre de guardia entró de nuevo, lo hizo de manera rápida. Antes de entrar miró hacia arriba. Hacia la ventana del baño del segundo piso. Creo que vio algo, una sombra o un movimiento. Si es así, alguien de este edificio lo vio desde esa ventana.

Nico no escribió el nombre de Marta. En el cuaderno nunca escribía nombres de los niños de Santa Clara. Solo los describía si era necesario.

Si alguien en este edificio vio lo que yo vi esta noche, eso es bueno. Cuantos más seamos que lo recordemos, mejor.

Cerró el cuaderno.

Lo metió en el bolsillo del pantalón.

Fue a clase.

* * *

A las siete y cincuenta y dos, el compañero de comunicaciones de Rubén mandó un mensaje.

Rubén lo leyó en voz alta para Sara:

—Herrera realizó una llamada de cuarenta y un segundos desde su móvil personal a las seis y veintitrés de esta mañana. El número receptor es uno de prepago, registrado hace tres semanas, sin historial de actividad anterior. —Hizo una pausa—. Pero la celda de la torre que gestionó esa llamada es la de la zona de Salamanca.

Sara levantó los ojos del café.

—El despacho de Andrade está en la calle Velázquez.

—Sí. En la zona cubierta por esa celda.

La cadena era completa: Herrera consultaba la información falsa del traslado, llamaba a un número de prepago en la zona de Salamanca donde estaba el despacho de Andrade, y Andrade recibía la instrucción de interceptar un traslado que no iba a ocurrir.

—¿Tenemos al compañero de comunicaciones como testigo de esto?

—Extraoficialmente, sí. Para que sea útil en un juzgado, necesitamos la autorización judicial que estamos tramitando. —Rubén miró el reloj—. Que llegará el lunes si tenemos suerte.

—Para el lunes ya no necesitamos al testigo de comunicaciones. Para el lunes necesitamos a Andrade detenido en flagrante. —Sara se levantó—. Llama a Vega y Castillo. Que tomen posición ahora. No a las ocho y media. Ahora.

Rubén marcó mientras Sara iba a la ventana.

La calle Leganitos desde el tercer piso, seis pisos más abajo de su perspectiva habitual. Los sábados de marzo en Madrid tenían esa cualidad de ciudad a medio ritmo: menos tráfico que entre semana, más gente caminando sin prisa, los bares con las sillas todavía dentro porque la temperatura no animaba a la terraza pero con las puertas abiertas porque el sol prometía algo que no cumpliría hasta por la tarde.

Un día normal en una ciudad que no sabía lo que estaba pasando.

—Vega en posición —dijo Rubén—. Castillo tiene un problema de aparcamiento, cinco minutos.

—Dile que deje el coche en doble fila si hace falta.

* * *

Las nueve de la mañana pasaron.

Las nueve y cuarto.

Las nueve y media.

Nada.

Ningún movimiento en las inmediaciones de la jefatura que Vega o Castillo identificaran como sospechoso. Ninguna señal de Andrade. El BMW registrado a su nombre no había aparecido en ninguna cámara de la zona, según el técnico de tráfico que Rubén había activado sin pasar por los canales normales.

A las diez menos cuarto, Sara marcó el número de Vega.

—¿Algo?

—Nada. El tráfico es normal para un sábado. Nadie que encaje con la descripción de Andrade en un radio de dos manzanas.

Sara colgó.

Miró a Rubén.

—No viene.

—Puede que no haya recibido la información a tiempo.

—La recibió a las seis y veintitrés de la mañana. Ha tenido casi cuatro horas. —Sara fue a su silla—. No viene porque no va a venir aquí.

—¿Adónde va entonces?

Sara pensó en los cuarenta y siete segundos de la grabación de Herás. En la voz que decía *el cuaderno del chico*. En *tiene hasta el domingo*.

No estaban buscando a los supervivientes esta mañana.

Estaban buscando el cuaderno.

Y el cuaderno llevaba doce horas fuera del despacho, en un sitio que Sara no iba a decirle a nadie, que no había registrado en ningún sistema, que solo ella sabía.

—El cuaderno está a salvo —dijo Sara—. Pero Andrade no lo sabe. Lo que sabe es que en algún sitio hay documentación que puede hundir a Castaño, y que tiene hasta el domingo para hacerla desaparecer.

—¿Y si está buscando en el despacho ahora?

Sara miró el despacho. La mesa con los cafés y los cruasanes y el mapa y los papeles. La caja ya no estaba, pero los papeles sí. Las hojas de la lista de Nico con las matrículas. Las notas del bloc.

—El despacho —dijo.

Cogió el teléfono y llamó a los compañeros que seguían vigilando el edificio de Velázquez.

El primero descolgó al segundo tono.

—¿Está Andrade en el edificio?

—No lo hemos visto entrar por la puerta principal.

—¿Hay una entrada de servicio o un aparcamiento subterráneo?

Una pausa.

—Hay una rampa de acceso al garaje en la calle lateral. No la hemos cubierto.

Sara sintió el frío de los errores que se cometen cuando los recursos son insuficientes.

—¿Hay movimiento en el aparcamiento?

—No podemos verlo desde donde estamos.

—Id a la entrada del garaje ahora mismo.

Otro silencio, más breve.

—Aquí hay un coche —dijo el compañero—. Un Seat blanco. No es el BMW de Andrade.

—¿Matrícula?

Le dio la matrícula. Rubén la buscó mientras Sara seguía al teléfono.

—Alquilado ayer por la tarde —dijo Rubén—. A nombre de una empresa de eventos con domicilio en Alcobendas.

Otra sociedad pantalla. La misma manera de operar.

—¿Puede estar ya en el edificio?

—Voy a comprobarlo.

Sara esperó.

Quince segundos.

Veinte.

—Hay un hombre en el tercer piso —dijo el compañero, con la voz ligeramente más baja—. Ha forzado la puerta del despacho de Andrade Investigación y Seguridad. Estoy en el rellano. Lo estoy viendo a través del cristal de la puerta.

—¿Coincide con la descripción de Andrade?

—No. Este hombre es mayor. Sesenta y tantos años. Chaqueta oscura.

No era Andrade.

Era alguien más arriba en la cadena.

Alguien que había decidido que no podía esperar a que Andrade hiciera el trabajo.

—Detenedlo —dijo Sara.

—¿Con qué cargo?

—Allanamiento. Lo veis entrar en un despacho forzando la puerta. Eso es suficiente para detenerlo y llevarlo a comisaría. —Una pausa —. Y hacéis una foto antes de que sepa que estáis ahí. Necesito ver su cara.

—Entendido.

Sara colgó.

Miró a Rubén.

—Hay alguien en el despacho de Andrade buscando algo.

—¿Andrade?

—No. Alguien mayor. Sesenta y tantos. —Sara cogió el abrigo—. Voy para allá.

—¿Y la trampa de Leganitos?

—Cancélala. Dile a Vega y Castillo que se vayan. —Sara fue hacia la puerta—. El movimiento no está aquí. Está en Salamanca.

Mientras bajaba las escaleras, el teléfono vibró.

Era el compañero de Velázquez.

Le había mandado una foto.

Sara la abrió mientras empujaba la puerta del garaje.

La imagen era borrosa, tomada a través de un cristal y con poca luz. Pero era suficientemente nítida para ver la cara del hombre que estaba de pie en el despacho de Andrade con una carpeta en las manos.

Sara se detuvo en el garaje.

La cara era la de un hombre que ella había visto antes.

No en el caso.

En los periódicos. En las noticias. En los actos institucionales que se emiten por protocolo en los canales de televisión generalista.

Era una cara que la mitad de España conocía aunque no supiera que la conocía, porque era la cara de uno de esos hombres que llevan tanto tiempo en el paisaje institucional que se han vuelto parte del fondo, como el edificio del Congreso o el escudo de la Guardia Civil, algo que está ahí y que ha estado siempre y que nadie se pregunta por qué.

Sara llamó a Rubén mientras corría hacia el coche.

—El hombre del despacho de Andrade.

—¿Lo tienes?

—Te mando la foto ahora. Dime si coincide con lo que tiene Herás sobre los intermediarios de Castaño.

Mandó la foto.

Rubén tardó cuatro segundos.

—Sara.

—¿Qué?

—Ese hombre no está en los archivos de Herás.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Una pausa—. Pero está en otro archivo. El de la Diócesis de Madrid. El que encontraste al principio del caso. —Una pausa más larga—. Es el hijo del vicario que firmó la carta de 1984. La carta que pedía discreción absoluta sobre Santa Clara.

Sara arrancó el coche.

El hijo del vicario. La Iglesia, cuarenta años después, todavía en la cadena.

—No lo sueltes —le dijo al compañero de Velázquez cuando lo llamó de vuelta—. Que espere en el coche patrulla hasta que llegue yo.

Salió del garaje a la calle.

El sábado de marzo seguía siendo un sábado normal en Madrid.

Pero debajo de esa normalidad, algo que llevaba cuarenta años enterrado estaba saliendo a la superficie con la urgencia de las cosas que ya no pueden quedarse donde están.

Capítulo 23

El hijo del vicario

El coche patrulla estaba aparcado en la calle lateral del edificio de Velázquez, con el motor apagado y los dos compañeros de Rubén en los asientos delanteros. En el asiento trasero, el hombre de la chaqueta oscura miraba por la ventanilla con la expresión de alguien que ha tomado la decisión de no decir nada hasta que no le quede más remedio.

Sara se bajó del coche.

Los compañeros salieron a su encuentro. El más alto, que se llamaba Prieto y llevaba la barba de tres días de quien no ha dormido en casa, le pasó una bolsa de plástico transparente sin decir nada. Dentro había una cartera, un móvil y un sobre abierto que había tenido dentro cuatro páginas dobladas.

—¿Las ha tocado?

—Solo para sacarlas del sobre. Las hemos metido en la bolsa inmediatamente.

—¿Ha dicho algo?

—Ha dicho que tiene abogado y que no va a hablar sin él.

Sara miró al hombre del asiento trasero.

—¿Cómo entró en el edificio?

—Tiene llave. La del portal y la del despacho. —Prieto hizo una pausa—. No forzó nada. Entró con llave propia.

Sara procesó eso. Tenía llave del despacho de Andrade. Lo que significaba que no era un intruso ocasional con instrucciones urgentes. Era alguien que tenía acceso habitual al espacio de Andrade, alguien integrado en la estructura de una manera más estrecha que un simple intermediario.

Fue al coche patrulla y abrió la puerta trasera.

El hombre la miró.

Tenía unos sesenta y cinco años, quizás más. El pelo blanco muy corto, las manos de alguien que no ha hecho trabajo manual en décadas, una chaqueta de lana azul marino con los botones del tipo que llevan las prendas de calidad discreta, el tipo de prendas que no llaman la atención precisamente porque la tela es demasiado buena para ser genérica.

—Soy la inspectora Montero. Brigada de Homicidios.

El hombre no dijo nada.

—¿Cómo se llama?

Silencio.

Sara sacó el móvil. Abrió la foto de la cartera que le había mandado Prieto.

—Dionisio Fernández-Larralde. —Leyó el nombre en el DNI—. Sesenta y siete años. Abogado, aunque su colegio figura como baja voluntaria desde 2018. —Hizo una pausa—. Su padre fue Ángel Fernández-Larralde, vicario de la Diócesis de Madrid entre 1975 y 1997.

El hombre la miró por primera vez directamente.

—Tengo abogado —dijo. La voz era la de alguien que ha pasado décadas acostumbrado a que las situaciones se resuelven con la frase correcta dicha en el tono correcto.

—Lo sé. Puede llamarle en cuanto lleguemos a comisaría. —Sara no se movió de la puerta—. Pero antes de eso, hay algo que me gustaría que supiera.

—No tengo nada que decirle.

—No le estoy pidiendo que diga nada todavía. Solo que escuche. —Sara se apoyó en el marco de la puerta—. Tenemos un cuaderno con treinta y ocho años de registros. Matrículas verificadas, fechas, descripciones de personas que entraban de noche en un orfanato de

Carabanchel entre 1979 y 1983. Tenemos los testimonios de varios supervivientes que estuvieron en ese orfanato siendo niños. Tenemos una investigación de la Fiscalía Anticorrupción con tres meses de trabajo sobre la estructura financiera de Valentín Castaño. Tenemos un agente de policía identificado como canal de información para esa estructura. Y tenemos a usted, esta mañana, con llave propia en el despacho de un detective privado que es el principal sospechoso de seis homicidios.

Dionisio Fernández-Larralde la miró durante un momento.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber dónde está Javier Andrade ahora mismo.

El hombre volvió a mirar por la ventanilla.

Sara esperó. Había aprendido que los silencios de los hombres como este no eran vacíos: eran cálculos. Y los cálculos terminan cuando el resultado ya está claro.

—Si le digo lo que sé —dijo por fin—, ¿eso cuenta para algo?

—Depende de lo que sepa y de qué tan útil sea antes de que ya no lo necesitemos.

Una pausa larga.

—Andrade tomó el AVE a las ocho y cuarenta y cinco.

—¿A dónde?

—A Barcelona.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, octubre de 1981

La mañana siguiente a la noche de los cuatro coches, Sor Asunción llegó al desayuno cinco minutos antes de lo habitual.

No era algo que ocurriera nunca. El horario de Sor Asunción era una de las constantes de Santa Clara: igual de preciso que la calefacción y más confiable que el agua caliente. Cinco minutos antes

significaban algo, aunque nadie en el comedor habría podido decir exactamente qué.

Nico lo notó.

Se sentó en su sitio habitual y siguió comiendo el pan con aceite con la normalidad que había aprendido a usar como escudo, pero desde ese escudo observó.

Sor Asunción fue a hablar con Sor Remedios. Brevemente, de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas delante del cuerpo y la voz lo suficientemente baja para que nadie pudiera escuchar. Sor Remedios asintió varias veces. Una vez dijo algo, y Sor Asunción negó con la cabeza con un movimiento pequeño y definitivo.

Luego Sor Asunción miró el comedor.

No a todos los niños. A uno específico.

La mirada duró menos de dos segundos. Pero Nico, que llevaba dos años aprendiendo a registrar lo que otros no registran, la vio.

Sor Asunción miraba hacia la ventana del baño del segundo piso.

Sabía que alguien había estado allí.

No sabía quién. O si lo sabía, no lo demostraba. Solo miraba el comedor con esa calma que era más peligrosa que la agitación porque la calma deja tiempo para pensar y planear.

Nico bajó los ojos al pan.

Esa tarde, en el patio, fue a buscar a Marta.

—Sor Asunción te busca —dijo en voz baja, de espaldas a la puerta del edificio.

—¿A mí?

—A quien estaba en la ventana del baño anoche. No sabe que eres tú. Pero lo está averiguando.

Marta siguió mirando al frente, hacia el árbol del rincón, como le había enseñado él.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana en el desayuno. La manera en que miró el comedor. —Nico metió la mano en el bolsillo y apretó el cuaderno—. A partir de ahora, si tienes que ir al baño de noche, usa el del primer piso. Nunca el del segundo.

—¿Y si ella ya sabe que fui yo?

—Si ya lo sabe, lo sabremos pronto. —Una pausa—. Y si lo sabemos, tenemos que hacer lo que tenemos que hacer antes de que ella haga lo que quiere hacer.

Marta lo miró de reojo.

—¿Qué tenemos que hacer nosotros?

Nico no respondió de inmediato.

—Salir —dijo.

Era la primera vez que decía esa palabra en voz alta.

* * *

Barcelona.

Sara llamó a Rubén mientras volvía al coche después de dejar a Dionisio Fernández-Larralde en manos de Prieto para el traslado a comisaría.

—Andrade está en Barcelona. AVE de las ocho y cuarenta y cinco. Llega a las once y veintidós a Sants.

—Son las diez y cuarenta y tres —dijo Rubén—. Llega en cuarenta minutos.

—Necesito que la brigada de Barcelona lo identifique en cuanto baje del tren. Que lo sigan sin detenerlo. —Una pausa—. Y necesito saber si tiene reserva de hotel o si tiene otro destino.

—¿Por qué Barcelona?

Sara pensó en lo que había dicho Antonio Saura en la casa de Murcia.

Tiene una hija. De su primer matrimonio. La chica vive con la madre en Barcelona. Tiene diecinueve años.

—Porque es lo único que tiene que perder —dijo—. Y sabe que ya no puede terminar el trabajo. La trampa de esta mañana le dijo que hemos movido a los supervivientes y que no sabe dónde están. Y alguien, esta mañana, fue al despacho que usa como base a destruir los archivos. Eso le dice que la estructura que lo protegía está en modo de autodestrucción.

—Va a por la hija.

—Puede. O va a despedirse. A veces un hombre en esa situación no busca un rehén, busca ver a alguien antes de que ya no pueda.

Silencio de Rubén.

—¿Y si es un rehén?

—Entonces la brigada de Barcelona interviene antes de que llegue a ella. —Sara arrancó el coche—. Necesito también la dirección de la madre. El apellido de la hija, si es el de la madre o el de Andrade, y la dirección de padrón.

—En eso estoy.

—Una cosa más. El hombre que hemos detenido esta mañana. Dionisio Fernández-Larralde.

—¿El hijo del vicario?

—Sí. Antes de dejarlo con su abogado ha dicho algo más. He tardado en sacárselo, pero lo he sacado.

—¿Qué?

—Esta noche hay una reunión. —Sara giró hacia la M-30—. Castaño, Mendieta y otros. Fernández-Larralde no sabe el sitio exacto, dice que nunca le dicen el sitio con antelación. Pero dice que la convocó Castaño esta mañana cuando se enteró de los movimientos de los últimos días. Que es una reunión de emergencia.

—¿Para qué?

—Para decidir qué hacer ahora que saben que los estamos cerrando. —Sara aceleró en la M-30—. Si conseguimos saber dónde es esa

reunión antes de que empiece, podemos intervenirlos a todos juntos.

—¿Cómo conseguimos el sitio?

—Fernández-Larralde tiene el teléfono intervenido desde esta mañana, con lo que tiene la autorización del allanamiento como base. Si alguien le manda la dirección de la reunión, lo tenemos.

—¿Y si se comunican por canales que no podemos rastrear?

Sara pensó en el móvil de prepago. En la llamada de Herrera de cuarenta y un segundos. En la manera en que la estructura llevaba cuarenta años cambiando de capa cuando la anterior se volvía permeable.

—Entonces buscamos otra entrada. —Hizo una pausa—. ¿Herás sabe algo de esta reunión?

—Voy a llamarla ahora.

—Dile también lo de Barcelona. Que puede que necesitemos coordinar con la brigada de allí y que si eso pasa tiene que ser por canales que no pasen por la jefatura hasta que hayamos limpiado la filtración.

—¿Cuándo vuelves?

Sara miró el reloj. Las once menos veinte.

—Dos horas. —Hizo una pausa—. Rubén, el sobre que había en el despacho de Andrade. El que llevaba Fernández-Larralde con cuatro páginas dobladas.

—¿Qué hay dentro?

—No lo he podido leer todavía. ¿Puedes escanearlo y mandármelo?

—Lo tengo aquí. Dame un minuto.

Sara esperó con el teléfono en el manos libres mientras la M-30 se abría ante ella con el tráfico del sábado a mediodía, más ligero que entre semana, con esa fluidez específica de los sábados en que la ciudad funciona a otro ritmo.

El mensaje de Rubén llegó con cuatro archivos adjuntos.

Sara los abrió en el semáforo en rojo de la salida hacia la A-2.

Las cuatro páginas eran impresiones de correos electrónicos. Sin cabecera, sin datos del remitente ni del destinatario: alguien los había imprimido después de borrar los metadatos. Pero el contenido estaba intacto.

Eran instrucciones.

Instrucciones específicas, con fechas y nombres. Nombres que Sara reconoció: algunos de los supervivientes de la lista. Las instrucciones decían, sin utilizar nunca esa palabra, que esas personas debían ser «localizadas y neutralizadas» antes de una fecha concreta.

La fecha concreta era el domingo.

Mañana.

Sara leyó la última línea del último correo.

Confirma cuando el material documental esté destruido. Sin el material, el resto es testimonial y se puede gestionar.

El material documental.

El cuaderno de Nico.

—Rubén —dijo cuando volvió a llamarle—. Necesito que hagas algo que va a parecerte excesivo.

—¿Qué?

—El cuaderno. Donde lo dejé anoche. Necesito que vayas ahora mismo a comprobarlo.

—¿Crees que alguien sabe dónde está?

Sara pensó en las cuatro páginas de instrucciones. En la precisión con que alguien había organizado todo esto durante décadas. En la grabación de Herás, donde una voz decía *el cuaderno del chico* con la familiaridad de quien lleva tiempo sabiendo que existe.

—No lo creo. Pero necesito saberlo con certeza. —Hizo una pausa—. Tú eres la única persona que sabe dónde lo dejé además de mí.

—Dame veinte minutos.

—Tienes quince.

Colgó.

Siguió conduciendo.

El sábado de Madrid seguía siendo un sábado de Madrid, con sus coches y sus peatones y sus bares con las puertas abiertas y el sol prometiendo algo que no cumpliría hasta por la tarde. Una ciudad que no sabía lo que estaba pasando debajo de su superficie, que nunca lo sabría del todo porque esas cosas ocurren en capas que la mayoría de la gente no tiene razón para mirar.

Pero a veces alguien mira.

A veces un niño de diez años se sienta en un banco del patio de un orfanato con un cuaderno verde en el bolsillo y decide que lo que pasa tiene que quedar escrito aunque nadie lo lea todavía.

Y eso, cuarenta y tres años después, era la diferencia entre que saliera o no saliera.

El teléfono vibró.

Era Marcos Ibáñez.

Sara lo cogió.

—¿Qué tienes?

—Andrade. —La voz del periodista tenía la energía específica de quien acaba de confirmar algo que llevaba esperando—. Lo tengo en Sants. Acaba de bajar del AVE.

Sara apretó el volante.

—¿Cómo sabes que estás en Sants?

—Porque fui yo quien me subí al tren en Atocha. —Una pausa—. Lo vi entrar en el andén cuando yo ya estaba en el vagón. Reconocí la descripción que me diste ayer. Y decidí que una periodista en un tren no llama tanto la atención como dos agentes de vigilancia.

Sara abrió la boca para decir algo sobre la diferencia entre un periodista siguiendo a un sospechoso de seis homicidios y cualquier cosa que pudiera considerarse una buena idea, y luego la cerró

porque Marcos Ibáñez llevaba veintiocho años en el oficio y no necesitaba que le explicaran los riesgos.

—¿Dónde está ahora?

—Saliendo por la salida principal. Va a pie, sin prisa. —Pausa—. No lleva equipaje. Solo una bolsa pequeña de mano.

No había venido a quedarse.

—Síguelo pero no te acerques. —Sara cambió de carril—. Y Marcos. Si en algún momento parece que va a entrar en algún sitio cerrado, llámame antes de seguirle. No entres.

—¿Por qué?

—Porque es el sospechoso principal de seis asesinatos y los dos estamos mejor si hay distancia entre él y tú.

Silencio de Marcos.

—Cuándo lo dices así.

—Síguelo. Llámame cada cinco minutos aunque no pase nada.

Colgó.

Rubén llamó dos minutos después.

—El cuaderno está donde lo dejaste. Lo tengo en las manos.

Sara soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Quédate con él. No lo sueltes hasta que yo llegue.

—¿Cuándo?

—Dos horas. Puede que menos. —Sara aceleró—. Y Rubén. Lo que voy a pedirte ahora va a parecerte todavía más excesivo que lo anterior.

—¿Qué?

—Llama a Herás. Dile que prepare la recusación para presentarla esta tarde, no el lunes. —Una pausa—. Y dile que necesitamos al fiscal que va a recoger el caso listo para reunirse esta noche.

—¿Esta noche?

—Esta noche hay una reunión de Castaño con su gente. No sé dónde todavía. Pero si la encontramos, necesitamos que haya un fiscal activo y sin conflicto de interés listo para firmar la orden de intervención en el momento en que la necesitemos.

—¿Tienes al fiscal?

—Herás lo tiene. Lleva tres meses preparándolo para exactamente este momento.

Colgó.

Miró la carretera.

El sábado seguía siendo sábado.

Pero el domingo estaba a pocas horas.

Y entre el sábado y el domingo había una reunión en algún sitio de Madrid donde los hombres que habían construido todo esto durante cuarenta años iban a intentar decidir cómo salvarse.

Sara tenía que estar en ese sitio antes de que lo decidieran.

Capítulo 24

Barcelona

Marcos Ibáñez llevaba veinticinco años siguiendo personas sin que lo vieran. Primero había aprendido el oficio en los pasillos del Congreso, donde uno se vuelve invisible apoyándose en la pared con la misma postura exacta que los ujieres, y luego en los juzgados, donde aprendes que la mejor cobertura es llevar siempre un bloc en la mano y mirar a otro lado cuando el objetivo mira hacia ti.

Andrade caminaba rápido.

Eso era útil. Los hombres que caminan rápido no miran atrás. Los hombres que miran atrás son los que se detienen, los que cambian de acera dos veces, los que consultan el teléfono mientras calculan el reflejo en el escaparate del frente. Andrade no hacía nada de eso. Caminaba como alguien que tiene un sitio al que llegar y no le sobra el tiempo.

Desde Sants había tomado la calle Tarragona hacia el norte, luego había girado por Aragón hacia el Eixample. Marcos mantenía treinta metros de distancia y usaba la anchura de las aceras del Eixample para ocultarse detrás de los transeúntes del sábado. Barcelona en sábado de junio tenía una densidad específica: turistas con mapas y lugareños con bolsas del mercado y grupos de jóvenes que se movían sin dirección, y todo eso era cobertura perfecta para quien supiera usarla.

Andrade se detuvo delante de un hotel en la calle Valencia.

No era uno de los grandes. Era el tipo de hotel que usan los comerciales y los funcionarios en viaje de trabajo: cuatro estrellas discretas, fachada de piedra oscura, el logo en letras de acero cepillado encima de una puerta giratoria. El tipo de sitio donde nadie te mira la cara.

Marcos cruzó al lado contrario de la calle y entró en el primer bar que encontró. Desde el interior podía ver la puerta del hotel a través del cristal. Pidió un café y sacó el teléfono.

Llamó a Sara Montero.

—Está en un hotel. Calle Valencia, entre Enric Granados y el Paseo. No ha ido a casa de la hija.

—¿Ha entrado?

—Hace treinta segundos. —Marcos miró el reloj de la pared del bar: las doce y catorce—. ¿Qué quieres que haga?

—Espera fuera.

—Sara. —Una pausa—. Si hay alguien esperándole dentro, esperando fuera no te sirve de nada.

Silencio al otro lado.

—¿Tienes cámara?

—Siempre.

Otro silencio.

—Entra. Solo al bar del lobby. No al ascensor, no a ninguna planta. Y si Andrade sale antes de que hayas visto algo, te vas con él.

Marcos dejó el café a medias, cruzó la calle y entró por la puerta giratoria.

El lobby del hotel tenía la temperatura artificial de los lugares que no saben si es verano o invierno. Moqueta oscura, sillones en tonos grises, una barra de bar al fondo con taburetes altos y botellas iluminadas desde abajo. Había cuatro mesas ocupadas: dos por parejas con equipaje, una por un hombre solo con el ordenador, una por dos hombres en una conversación que terminó en el momento exacto en que Marcos entró.

Marcos no se detuvo.

Continuó hacia la barra con el paso de quien busca un sitio donde sentarse, pidió una cerveza sin alcohol al barman, y desde el taburete del extremo miró hacia la mesa de los dos hombres.

Reconoció a Andrade por la bolsa de mano que había seguido desde Atocha.

Al otro hombre tardó tres segundos más.

Tres segundos en los que su cerebro hizo lo que hacen los cerebros entrenados en el reconocimiento de caras públicas: registrar la estructura ósea, el ángulo de la mandíbula, la postura específica de quien lleva décadas en posiciones de poder. El otro hombre tenía unos sesenta años, el pelo gris peinado hacia atrás, un traje de color azul marino que costaba lo que Marcos ganaba en dos meses, y la expresión de alguien que está acostumbrado a que las conversaciones difíciles ocurran en lugares donde no pueda grabarte nadie.

Valentín Castaño.

Vocal del Consejo General del Poder Judicial. Candidato a la presidencia. El nombre en el cuaderno de un niño de diez años que había pasado cuarenta y tres años esperando en el bolsillo de un hombre de Brihuega.

Marcos sacó el teléfono por debajo de la barra. Puso la cámara en modo silencio. Hizo cuatro fotos sin mirar la pantalla, calibrando el ángulo por el reflejo en el espejo de detrás de las botellas.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, octubre de 1981

La mañana siguiente a la noche que no podía contarle a nadie, Miguel desayunó en silencio.

Tenía trece años y era el mayor de todos. Llevaba en Santa Clara desde los cuatro. No recordaba nada de antes de Santa Clara: no recordaba una madre, no recordaba un nombre que no fuera el que le habían dado las monjas, no recordaba nada que pudiera llamarse hogar excepto el olor específico de esas paredes y el sonido específico del patio a determinadas horas del día.

Lo que sí recordaba era la sala del fondo.

Y lo que recordaba de la sala del fondo era que desde la tercera vez, si cerraba los ojos de cierta manera, podía salir de su propio cuerpo. Podía estar en el techo, mirando desde arriba, y desde arriba las cosas no eran tan reales. Eran como algo que le pasaba a otro.

A otro.

Eso era lo que seguía haciendo esa mañana en el desayuno: le pasaba a otro. Él estaba en el techo. Desde el techo veía al niño de trece años comiendo pan con aceite y mirando al plato y siendo invisible, que era la única habilidad que valía la pena tener en Santa Clara.

Nico, el de los ojos que lo veían todo, estaba sentado dos sillas más allá.

Miguel no lo miró. Nunca miraba directamente a Nico porque Nico devolvía las miradas de una manera que hacía que el techo se alejara y la sala del fondo volviera a tener peso.

Pero sabía que Nico llevaba todo el desayuno mirándole.

Y sabía, con la certeza de quien ha aprendido a leer el aire de un lugar, que Nico estaba guardando algo en ese cuaderno que escondía dentro de la chaqueta.

Nico estaba escribiendo sobre él.

* * *

Castaño hablaba en voz baja.

Andrade escuchaba con las manos sobre la mesa, quietas, sin cruzar los dedos, sin el temblor de quien está nervioso. Esa capacidad de quedarse completamente inmóvil era una de las cosas que Castaño había aprendido a valorar en él durante los últimos meses. Andrade no se movía cuando escuchaba. Era como hablar con alguien que ha apagado todo lo que no es necesario.

—Se acabó —dijo Castaño—. El trabajo se para aquí.

Andrade no respondió.

—No es una sugerencia. —Castaño acercó ligeramente el vaso de agua, como si ese gesto completara la frase—. Hay movimientos que no esperábamos. La fiscal ha iniciado algo que va a ser difícil de contener. El agente que teníamos dentro fue identificado esta mañana.

—¿Cómo?

—Una trampa. Pasaron información falsa sobre el traslado de la mujer de Getafe. Él la pasó hacia afuera antes de que hubiera tiempo de verificarla. —Una pausa—. Es lo de menos. Lo que importa es que saben que hay un canal y que ya no pueden usarlo para protegerte.

Andrade miró la mesa.

¿Cuántos quedan en la lista?

No lo dijo en voz alta. Lo calculó internamente: treinta y cuatro eliminados, seis en la última semana antes de que el ritmo se rompiera. Quedaban cuatro posibles que aún no habían podido verificar. Y el núcleo: el hombre de Brihuega y la mujer con la identidad falsa.

—El cuaderno —dijo.

—El cuaderno es el problema. —Castaño bajó aún más la voz, aunque no había nadie en las mesas próximas—. Sin el cuaderno, lo que tienen es testimonial. Los supervivientes que quedan llevan cuarenta años fuera del sistema. Sus declaraciones son útiles pero no son suficientes para lo que están intentando construir. Con el cuaderno es diferente. Con el cuaderno tienen documentación contemporánea, verificable, con nombres y fechas y matrículas.

—¿Dónde está?

—Eso es exactamente lo que necesito que averigües. —Castaño lo miró—. La inspectora que lleva el caso lo tenía. Lo ha movido. No sabemos a dónde. La filtración se cortó antes de que pudiéramos saberlo.

Andrade levantó los ojos.

Tenía una cara que no expresaba nada cuando no quería que expresara nada. Era una cara entrenada durante décadas para ser opaca, para no dar al observador más información de la estrictamente necesaria. Pero Castaño llevaba meses trabajando con él y había aprendido a leer los matices pequeños: la leve tensión en la comisura izquierda, el parpadeo ligeramente más lento de lo habitual.

Andrade estaba calculando.

—La reunión de esta noche —dijo Andrade—. ¿Va a haber reunión?

—Sí.

—¿Con todos?

—Con los que pueden estar. —Castaño hizo una pausa—. Esto es lo que pasa cuando no se gestiona desde el principio. Cuarenta años de disciplina y en una semana todo se convierte en esto.

—Cuarenta años de disciplina —repitió Andrade, y en su voz no había ironía pero tampoco había nada que se pareciera a la deferencia.

Castaño lo miró.

Había algo en ese hombre que siempre le había producido una incomodidad que no sabía cómo nombrar. No era miedo. Era algo más parecido a lo que siente un ingeniero que construye una máquina perfectamente funcional y luego descubre que la máquina tiene algo dentro que la máquina no debería tener.

—Una cosa más —dijo Castaño—. Después del cuaderno, terminas. Desapareces. Tienes los recursos para hacerlo. Tienes la identidad, tienes el dinero.

Andrade no respondió.

—¿Entendido?

—Entendido —dijo Andrade.

Y era imposible saber, mirándole la cara, si lo decía de verdad.

* * *

Sara estaba en la M-30 cuando el mensaje de Marcos llegó.

Cuatro fotos adjuntas. Sin texto.

Tuvo que esperar al siguiente semáforo para abrirlas.

Eran fotos tomadas desde un ángulo bajo, con la ligera distorsión de quien está disparando sin mirar el encuadre. La iluminación era la de un bar de hotel: cálida, artificial, con el contraluz de las botellas detrás. En las dos primeras solo se veía la parte posterior de una cabeza y la silueta de Andrade. En la tercera, el ángulo había cambiado levemente y aparecía el perfil del otro hombre. En la cuarta, plano casi de frente.

Sara reconoció a Castaño antes de que su cerebro hubiera terminado de procesar la imagen.

Llamó a Marcos.

—¿Sigues en el hotel?

—En la barra del bar. Siguen dentro.

—¿Puedes seguir fotografiando?

—Ya tengo doce. Están hablando. Castaño habla, Andrade escucha. —Una pausa—. Sara, si Castaño está en Barcelona esta mañana, eso significa que no está en Madrid.

—Lo sé.

—¿La reunión de esta noche? ¿Sigue siendo en Madrid?

Sara no respondió de inmediato. Miró la carretera. El tráfico del sábado. La ciudad que seguía siendo la ciudad aunque todo lo que estaba debajo de ella estuviera moviéndose a una velocidad que la superficie no registraba.

Castaño está en Barcelona. Con Andrade. En un hotel discreto del Eixample a las doce del mediodía de un sábado.

Ha salido de Madrid.

¿Por qué un hombre en la posición de Castaño sale de Madrid la misma mañana en que su estructura se está desmoronando? ¿Por qué no gestiona desde ahí, desde su despacho, con sus abogados y

sus contactos y los treinta años de relaciones que le han mantenido a salvo?

Porque tiene miedo de lo que puede ocurrir en Madrid esta noche.

Porque si hay una reunión y esa reunión sale mal, no quiere estar cerca.

O porque tiene que darle instrucciones a Andrade en persona. Instrucciones que no pueden ir por ningún canal.

Llamó a Rubén.

—Castaño está en Barcelona. Con Andrade. Tengo fotos.

Silencio de Rubén.

—¿Qué quieres hacer?

—Necesito que llames a Herás. Ahora mismo. —Sara aceleró—. La recusación tiene que estar presentada esta tarde. Y el fiscal que va a coger el caso tiene que estar disponible a partir de las cinco.

—¿Cinco de la tarde un sábado?

—A partir de las cinco. Dile a Herás que tengo fotos de Castaño reunido con el principal sospechoso de seis homicidios en un hotel de Barcelona. Eso es suficiente para una orden de detención. —Una pausa—. Pero necesito que sea el fiscal nuevo quien la firme. No puede ser Herás. Herás ya no puede firmar nada relacionado con este caso a partir de hoy.

—¿Vamos a por Castaño esta tarde?

Sara pensó.

No.

Si vas a por Castaño esta tarde, Mendieta desaparece. Fernández-Larralde llama a sus abogados. La reunión de esta noche no ocurre porque todo el mundo sabe que ya sabes que va a ocurrir. Y Andrade, que está en Barcelona y no en Madrid, tiene tiempo de coger un vuelo a cualquier sitio del mundo antes de que puedas hacer nada.

—Esta noche —dijo—. A todos a la vez. Castaño, Mendieta, y quien más esté en esa reunión. —Hizo una pausa—. Pero necesito saber dónde es. Y necesito saber antes de las ocho.

—¿Cómo lo consigues?

—Fernández-Larralde lleva el teléfono intervenido. Si alguien le manda la dirección, la tenemos.

—¿Y si no lo hace por teléfono?

Sara no respondió de inmediato.

Pensó en la manera en que estas estructuras habían sobrevivido cuarenta años. No por la fuerza. Por la disciplina. Por la capacidad de cambiar de canal cuando el anterior se cerraba. Por la capacidad de construir capas entre la orden y quien la ejecuta, entre el conocimiento y quien lo tiene, entre la responsabilidad y quien la asume.

Cuarenta años de eso.

Y ahora, en el espacio de una semana, la estructura estaba en modo de emergencia porque un hombre de Brihuega había guardado un cuaderno durante treinta y ocho años.

—Entonces encontramos otra entrada —dijo Sara—. Siempre hay otra entrada.

El teléfono vibró. Era Marcos de nuevo.

—Se están levantando. —La voz del periodista tenía la tensión concreta de quien está haciendo algo que requiere concentración—. Castaño ha pedido la cuenta. Van a salir.

—¿Cuánto tiempo tienes para seguirle?

—Todo el que haga falta.

—Síguele. No a Andrade. A Castaño. —Una pausa—. Y Marcos. Si en algún momento te parece que te han visto, te paras. Me llamas. No haces nada más.

—Recibido.

La línea se cortó.

Sara siguió conduciendo.

En algún lugar de Barcelona, en la acera de la calle Valencia, un periodista con un bloc en la mano y veinticinco años de práctica en ser invisible estaba siguiendo al hombre que había organizado el horror en un orfanato de Carabanchel cuando Sara Montero tenía dos años.

Y en Madrid, en algún sitio que todavía no sabía, habría esa noche una reunión donde los hombres que habían construido esa estructura durante décadas iban a intentar decidir si podían salvarse.

Sara tenía que estar en ese sitio.

Tenía que estar antes de que ellos llegaran.

Capítulo 25

La entrada

Rubén estaba esperando en el aparcamiento de la comisaría cuando Sara llegó.

No era habitual. Rubén era del tipo de persona que espera dentro, que aprovecha el tiempo de otra persona en otra parte para avanzar en lo que pueda avanzar. Si estaba en el aparcamiento, en la acera, con las manos en los bolsillos y el teléfono en la mano, era porque tenía algo que no quería decir dentro del edificio.

Sara paró el coche y bajó.

—Cuéntame.

—El teléfono de Fernández-Larralde. —Rubén le pasó el suyo con una pantalla abierta—. Técnicos lo volcaron en tres horas. No hay mensajes útiles: los últimos están borrados desde esta mañana antes de que lo detuviéramos, lo que confirma que alguien le avisó de que había que limpiar. Pero hay una cosa que no borró.

Sara miró la pantalla.

Era una captura de la aplicación de calendario del teléfono. Una entrada para esta noche, a las veintidós horas. Sin título. Sin ubicación. En el campo de notas, una sola letra: *R.*

—Eso no nos da nada —dijo Sara.

—Por sí sola, no. —Rubén deslizó la pantalla—. Pero los técnicos también extrajeron los metadatos de las entradas de calendario de los últimos seis meses. Esta entrada concreta fue creada hace cuatro días desde una IP que no corresponde al teléfono de Fernández-Larralde ni a su domicilio ni a ninguna red que haya usado antes.

—¿A qué red corresponde?

—A un despacho de abogados en la calle Velázquez. A tres portales del edificio donde Andrade tenía su despacho.

Sara procesó eso.

—El mismo edificio. Prácticamente.

—No el mismo. Tres portales más arriba. Un despacho de abogados que lleva quince años en esa dirección. —Rubén metió el teléfono en el bolsillo—. He pedido el registro de actividad del despacho. Están mirándolo. Pero mientras tanto, Herás quiere verte.

—¿Ha llamado?

—Hace veinte minutos. Ha dicho que necesita entregarte algo antes de presentar la recusación. Ha dicho que no puede ser por teléfono.

Sara miró el reloj. Las dos y cuarto de la tarde.

—¿Dónde?

—Ha dicho que ella va a donde tú estés.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, noviembre de 1981

La primera nevada del año cayó un martes.

No fue mucha cosa: una capa fina que duró tres horas y se convirtió en barro antes del mediodía. Pero durante esas tres horas el patio de Santa Clara fue distinto. Los niños más pequeños salieron antes del desayuno y estuvieron corriendo hasta que Sor Remedios los metió a gritos. Los mayores miraban desde las ventanas con esa expresión que tienen los niños a quienes les han enseñado que las cosas bonitas son siempre para otros.

Nico no miró la nieve.

Nico estaba mirando la puerta lateral del edificio, la que daba al callejón de servicio, la que cerraban con un candado desde fuera pero cuya cadena tenía un eslabón que llevaba dos meses gastado porque nadie la revisaba nunca.

Marta se acercó y se puso a su lado sin decir nada.

—En invierno —dijo Nico en voz baja.

—Dijiste cuando llegara el invierno.

—Ya ha llegado.

Marta no respondió de inmediato. Tenía nueve años y los ojos del color del barro que había hecho la nieve al mezclarse con la tierra del patio, y desde la noche en que había estado en la ventana del baño del segundo piso había aprendido a hablar sin mover casi la boca, de lado, mirando hacia otro sitio.

—¿A dónde vamos? —dijo.

Era la pregunta que Nico no había podido responder del todo bien todavía.

—A la calle —dijo.

—La calle no es un sitio.

—Es mejor que aquí.

Marta miró el patio nevado. Los niños pequeños haciendo bolas. Sor Remedios agitando los brazos como un espantapájaros.

—¿Cuándo?

—La próxima vez que haya una noche sin luna. —Nico metió la mano en el bolsillo y apretó el cuaderno—. En invierno las noches sin luna son más largas. Eso nos da más tiempo.

Marta asintió una vez. Muy ligeramente. Como si estuviera confirmando algo que ya había decidido hace semanas.

—¿Y el cuaderno?

—El cuaderno va conmigo.

* * *

Herás llegó a la comisaría a las tres menos cuarto.

No iba de fiscal. Llevaba vaqueros, un jersey oscuro y el pelo recogido con la informalidad de quien ha salido de casa sabiendo que el día ya no tiene la estructura que tenía cuando se levantó. Tenía la cara de alguien que no ha dormido mucho pero que ha

tomado decisiones que le han devuelto algo. No tranquilidad, exactamente. Algo más parecido a la claridad que queda cuando ya no hay nada más que calcular.

Sara la llevó a la sala pequeña del fondo, la que usaban para los interrogatorios informales, la que no tenía cámara porque técnicamente no era sala de interrogatorio sino sala de reuniones.

Cerraron la puerta.

—La recusación está presentada —dijo Herás—. Oficialmente, a partir de esta tarde no tengo ninguna vinculación con ninguna investigación relacionada con Valentín Castaño.

—¿Iturriaga está al tanto?

—Desde las dos. He pasado tres horas con él esta mañana. Tiene todo: los tres meses de investigación financiera, las transcripciones, el árbol de empresas, el informe de Anticorrupción. —Herás hizo una pausa—. Está listo. Es meticuloso y no le tiene miedo a nada. Lleva doce años esperando un caso así.

—¿Lo conoces bien?

—Lo suficiente para saber que no tiene ninguna razón para proteger a Castaño y varias razones para no hacerlo.

Sara asintió.

—¿Qué querías entregarme?

Herás puso sobre la mesa una carpeta delgada. Cuatro folios, impresos por una cara, grapados en la esquina.

—Esto no está en ningún expediente oficial —dijo—. Lo generé yo, por mi cuenta, hace tres años, cuando tuve acceso a ciertos registros notariales a través de otra investigación que no tenía relación directa. Nunca lo he usado porque usarlo habría revelado cómo lo obtuve y habría comprometido aquella otra investigación.

Sara abrió la carpeta.

Los cuatro folios eran una cadena de titularidades. Empresas, fundaciones, cambios de sede. El tipo de árbol que se construye

cuando alguien lleva décadas aprendiendo a esconder activos detrás de capas de personas jurídicas.

Al final del árbol, en el último folio, había una dirección.

Finca La Retama. Carretera de Ciempozuelos, km 14. Valdemoro.

—Una finca —dijo Sara.

—Cuatrocientos metros cuadrados de edificación sobre cuatro hectáreas. Registrada a nombre de una fundación cultural que en teoría promueve actividades artísticas en municipios del sur de Madrid. La fundación tiene tres patronos cuyos nombres no le van a decir nada. Pero la fundación recibe financiación anual de una empresa de consultoría que a su vez recibe honorarios de otro despacho que a su vez tiene como cliente a —Herás señaló la última línea del segundo folio— esta sociedad limitada.

Sara miró el nombre.

Era una sociedad de inversión constituida en 2003. Anodina. Exactamente el tipo de nombre que nadie recuerda.

—¿Y esta sociedad?

—Es de Castaño. No directamente: él no aparece en ningún papel. Pero lleva cinco años en una investigación paralela de la Agencia Tributaria que nunca ha llegado a ningún lado porque alguien en la Agencia ha ido frenando el expediente cada vez que se acercaba demasiado. —Herás se reclinó ligeramente—. La finca lleva ocho años sin actividad registrada. Sin consumo eléctrico que justifique uso regular. Sin personal dado de alta. Desde fuera parece una propiedad abandonada que alguien mantiene por razones que no tienen que ver con el valor inmobiliario.

Sara miró la dirección.

Carretera de Ciempozuelos. Kilómetro catorce. Valdemoro.

Veintisiete kilómetros al sur de Madrid. Fuera del cinturón urbano. Fuera de las cámaras. Fuera de los vecinos que pueden ver coches llegar de noche y preguntarse qué hacen ahí.

—¿Por qué me lo das ahora? —preguntó Sara—. Llevas tres años con esto.

Herás la miró durante un momento.

—Porque esta mañana me has dicho que Castaño está en Barcelona con el hombre que ha matado a seis personas en una semana. —Hizo una pausa—. Y porque si esta noche ocurre lo que creo que va a ocurrir, prefiero que tú tengas esto a que nadie lo tenga.

Sara cogió la carpeta.

—¿Has estado en la finca?

—Nunca. Solo he visto fotos satelitales. Hay un edificio principal, un edificio secundario más pequeño al fondo de la parcela, y una pista de tierra que sale de la carretera principal y llega hasta la verja. —Herás hizo una pausa—. La verja tiene electricidad. Lo vi en el contrato de suministro que encontré en los archivos de la fundación.

Una verja con electricidad en una finca que lleva ocho años sin actividad registrada.

Sara cogió el teléfono y marcó a Vega.

—Necesito que vayas a una dirección. —Leyó la dirección de la carpeta—. Carretera de Ciempozuelos, kilómetro catorce. No entres. Pasa de largo dos veces en dirección contraria y dime qué ves.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Colgó.

Miró a Herás.

—Una cosa más —dijo—. La reunión de esta noche. Fernández-Larralde tenía una entrada de calendario con la letra *R* en las notas.

Herás frunció ligeramente el ceño.

—*R.* —Repitió la letra en voz baja. Y luego, sin que Sara tuviera que preguntarle nada, dijo—: La Retama.

Así la llaman. Así aparece en las pocas comunicaciones que he interceptado en tres años que hacían referencia a un lugar de

reunión. Nunca una dirección completa. Solo *la Retama* o simplemente *R.*

Sara asintió.

Era la confirmación que necesitaba.

* * *

El fiscal Iturriaga llegó a la comisaría a las cuatro.

Era un hombre de unos cincuenta años, delgado, con el tipo de energía contenida de quien lleva mucho tiempo esperando que llegue algo y ha aprendido a no gastarse antes de que llegue. Llevaba la documentación de Herás en una carpeta de acordeón que ya había revisado dos veces en el coche, según dijo, y tenía marcados con post-its de colores los puntos donde necesitaba aclaraciones.

Sara estuvo con él cuarenta minutos.

Le explicó lo de la finca. Lo de la reunión de esta noche. Lo de las fotos de Castaño con Andrade en Barcelona. Lo de Fernández-Larralde detenido y la cadena de titularidades que había construido Herás durante tres años.

Iturriaga escuchó. Tomó notas con una letra pequeña y uniforme en un bloc de papel que sacó del bolsillo de la chaqueta. Hizo tres preguntas concretas. Las tres eran buenas preguntas: la cadena de custodia del cuaderno de Nico, la admisibilidad de la documentación que Herás había obtenido a través de aquella otra investigación, y la cobertura legal para la vigilancia de la finca.

—Para la vigilancia desde la vía pública no necesito nada —dijo Sara —. Para entrar en la finca sí.

—¿A qué hora prevés que empieza la reunión?

—Castaño está cogiendo el AVE en Barcelona. Llega a las nueve y media. La entrada de calendario era a las diez.

Iturriaga miró el reloj. Las cinco menos veinte.

—Tengo cuatro horas para preparar la solicitud y localizarle a una magistrada. —Hizo una pausa—. Puedo hacerlo.

Sara lo miró.

—¿Tiene alguna magistrada de guardia que no sea un problema?

La pregunta era la que era.

Iturriaga no la esquivó.

—Tengo a alguien que lleva dos años esperando que le llegue algo de Anticorrupción con sustancia suficiente. —Una pausa—. Cuando vea las fotos de Castaño con Andrade, va a firmar en diez minutos.

* * *

Vega llamó a las seis y cuarto.

—He pasado dos veces. —La voz tenía la calma de alguien que ha aprendido a informar sin inflexión—. La finca está al final de una pista de tierra de unos doscientos metros. La verja es metálica, tres metros de altura, con cámaras en los dos pilares. No se ve el edificio desde la carretera.

—¿Actividad?

—De momento, una furgoneta blanca aparcada junto a la verja desde el lado interior. No he podido ver la matrícula sin detenerme. En el segundo paso he visto luz en una de las ventanas del edificio principal.

—¿A qué distancia está el edificio de la verja?

—Unos ochenta metros. Hay árboles en medio. Pinos, parecen. —Una pausa—. Sara, si quieren montar vigilancia discreta en el perímetro van a necesitar el campo al otro lado de la carretera. Hay una vía de servicio agrícola que da la vuelta por detrás. Desde ahí podrían tener ángulo sobre la parte trasera de la finca.

—Bien. Quédate en la zona. No te acerques más. —Sara miró a Rubén, que estaba de pie junto a la pizarra blanca donde habían ido dibujando el esquema de la noche—. ¿Tienes a Castillo?

—Conmigo.

—Quedaros los dos. Os mando refuerzos antes de las ocho.

Colgó.

Rubén ya estaba marcando algo en la pizarra.

La pizarra tenía el esquema de la noche: la finca al centro, la carretera de acceso, los dos edificios, los tiempos estimados. A la derecha, una columna con nombres: Castaño, Mendieta, los otros convocados que todavía no sabían quiénes eran exactamente. A la izquierda, los recursos disponibles: Vega, Castillo, dos unidades de apoyo que Molina había autorizado sin preguntar demasiado.

—Molina sabe algo —dijo Rubén sin dejar de escribir.

—Molina sabe lo suficiente para haber autorizado los recursos y no lo suficiente para que cuando esto acabe tenga que explicar qué sabía y desde cuándo.

—¿Eso es bueno para él?

—Es lo mejor que puedo hacer por él ahora mismo.

El teléfono vibró.

Marcos Ibáñez.

—Castaño acaba de entrar en la estación de Sants. —La voz del periodista tenía el tono de alguien que ha pasado cuatro horas siguiendo a un hombre por Barcelona y ha llegado al punto donde la adrenalina y el cansancio se equilibran—. Tren de las seis y media. Llega a Atocha a las nueve diecisiete.

—¿Solo?

—Solo. Sin equipaje. Como si supiera que esta noche vuelve a casa.

Sara miró la pizarra.

Las nueve diecisiete en Atocha. Veinte minutos en coche desde Atocha hasta la carretera de Ciempozuelos. Las diez en la finca.

Todo encajaba con una precisión que no era casualidad sino hábito. Cuarenta años de hacer las mismas cosas de la misma manera.

—Marcos. —Sara eligió las palabras—. Lo que viene esta noche no es para ti todavía.

—Lo sé.

—Lo que sí puedo decirte es que si esta noche sale como tiene que salir, mañana vas a tener la historia de tu vida y vas a ser el único periodista con fotos de Castaño reunido con el principal sospechoso de seis homicidios en un hotel de Barcelona.

Silencio de Marcos.

—¿Eso es una promesa?

—Es lo más parecido a una promesa que voy a hacerte esta noche.

Colgó.

Rubén la miraba.

—¿Cuándo nos vamos?

Sara miró el reloj. Las seis y media de la tarde.

Fuera, Madrid seguía siendo sábado. En algún bar del centro, gente tomando vermú. En algún parque, niños con sus padres aprovechando las últimas horas de luz. Una ciudad que no sabía que a veintisiete kilómetros de su centro, en una finca con nombre de arbusto de secano, unos hombres iban a reunirse esa noche para intentar decidir cómo sobrevivir a lo que ellos mismos habían construido.

—A las ocho —dijo Sara—. Cuando Iturriaga tenga la firma de la magistrada.

Rubén asintió.

—¿Y si no la consigue a tiempo?

Sara pensó en el cuaderno de Nico. En las treinta y ocho páginas de fechas y matrículas y descripciones. En la mano de un niño de diez años escribiendo de noche con la letra apretada de quien sabe que el espacio es limitado y lo que escribe tiene que durar.

—Entonces esperamos en el perímetro hasta que la tengamos. —Hizo una pausa—. No va a pasar nada dentro de esa finca que valga la pena sin la firma de la magistrada. Porque si entramos sin ella,

Castaño llama a sus abogados y en cuarenta y ocho horas todo lo que hemos construido esta semana se cae por un defecto de forma.

—Lo sé.

—Solo quería decirlo en voz alta.

Rubén cogió su chaqueta de la silla.

—Voy a por café. Va a ser una noche larga.

Capítulo 26

La firma

La magistrada se llamaba Carmen Aldecoa y llevaba dieciocho años en el juzgado de guardia de Madrid con la paciencia de quien ha aprendido que el sistema funciona exactamente a la velocidad que le da la gana, no más rápido por mucho que alguien lo necesite. Pero cuando Iturriaga le puso sobre la mesa las cuatro fotos de Castaño con Andrade en el bar del hotel de Barcelona, la magistrada miró durante unos diez segundos sin decir nada y luego pidió el expediente completo.

Tardó cuarenta minutos en leerlo.

Iturriaga esperó de pie junto a la ventana. No era hombre de sentarse cuando había algo que resolver. La sala de guardia olía a café frío y papel y al desinfectante específico de los edificios públicos que llevan demasiados años sin reformar. Afuera, Madrid a las siete y media de la tarde de un sábado tenía ese sonido particular de ciudad que ha decidido que el día ya fue suficientemente serio y ahora quiere relajarse.

La magistrada llegó al último folio.

Lo dejó sobre la mesa.

—¿Cuántos va a haber dentro?

—No lo sabemos con certeza. Hemos identificado a Castaño y a Mendieta Casal como convocantes seguros. Hay al menos otros dos o tres que forman parte de la estructura pero cuyos nombres todavía no hemos podido verificar completamente.

—¿Riesgo de violencia?

—El ejecutor de los seis homicidios está en paradero desconocido. Es posible que esté dentro. —Iturriaga hizo una pausa—. Aunque también es posible que haya huido.

La magistrada lo miró.

—Qué tranquilizador.

—La inspectora que lleva el caso ha coordinado apoyo suficiente para el control del perímetro. La entrada solo se produciría cuando esté asegurado.

Otro silencio.

La magistrada cogió el bolígrafo.

Firmó en tres sitios distintos del documento de autorización de entrada y registro.

—Una condición —dijo sin levantar los ojos del papel—. Quiero el informe del resultado en mi mesa antes de las ocho de la mañana.

—Estará ahí.

Iturriaga cogió los papeles y salió al pasillo antes de que la magistrada pudiera añadir nada más. Marcó el número de Sara mientras bajaba las escaleras.

—Tenemos la firma.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, diciembre de 1981

La noche sin luna llegó un miércoles.

Nico lo había estado calculando desde hacía dos semanas con el calendario que robó de la pared de la sala de estudio: una hoja plastificada con los meses del año y los números en rojo los días festivos. Los ciclos de la luna no venían marcados en ese calendario pero Nico había ido anotándolos en la última página del cuaderno, en el margen, con una precisión que le habría sorprendido a cualquiera que lo hubiera visto.

Nadie lo vio.

A las dos de la madrugada, cuando el edificio llevaba una hora completamente en silencio y el único movimiento era el de Sor Remedios haciendo su ronda por las habitaciones del primer piso a

las doce y cuarto y luego nada hasta las seis, Nico se levantó de la cama.

Marta ya estaba despierta.

Se lo dijo con los ojos cuando él pasó por delante de su cama. No hizo falta nada más.

Bajaron descalzos hasta la planta baja. Nico llevaba los zapatos atados por los cordones colgados del cuello y el cuaderno dentro del jersey, contra la piel, en el lado izquierdo donde le daba menos bulto. Marta llevaba una bolsa de tela que había ido llenando durante dos semanas con lo poco que podía llevarse: un jersey de más, el retrato de una mujer que nadie supo decirle si era su madre o no pero que guardaba desde los cuatro años, y cuatro galletas que había ido guardando de los desayunos.

La puerta lateral del edificio daba al callejón de servicio.

La cadena tenía el eslabón gastado.

Nico sacó el trozo de alambre que había encontrado en el patio tres semanas antes y que desde entonces había llevado siempre en el bolsillo del pantalón. Lo introdujo en el eslabón gastado y empujó. Tardó cuarenta segundos. Cuarenta segundos que fueron los más largos que Nico recordaría en toda su vida, con el frío del suelo de piedra subiéndole por los pies y el silencio del edificio detrás y la oscuridad del callejón delante.

La cadena cedió.

Marta lo miró.

Nico abrió la puerta.

El callejón olía a basura y a humedad y a la libertad específica del aire que no está dentro de ningún edificio. Echaron a correr.

* * *

La caravana salió de la comisaría a las ocho menos diez.

Dos coches sin identificación. Sara y Rubén en el primero. Dos agentes de apoyo en el segundo. Iturriaga los siguió en su propio

coche desde el juzgado, incorporándose a la A-4 a la altura de Legazpi.

La carretera hacia el sur estaba despejada a esa hora de un sábado. Madrid se iba quedando atrás con su anillo de luz y sus bloques y sus polígonos industriales y luego de repente la autovía se abría sobre el llano con ese paisaje específico del sur de la comunidad, rastrojeras y viñedos y el perfil plano de los pueblos en el horizonte.

Vega llamó a las ocho y cuarto.

—Han llegado cuatro coches en los últimos cuarenta minutos. El primero a las siete cuarenta y dos. El último hace doce minutos.

—¿Castaño?

—No puedo confirmarlo. Los coches entran directamente por la verja. Desde la vía de servicio agrícola no veo las caras, solo los vehículos. Hay luz en el edificio principal y en el edificio secundario.

—¿Alguien fuera?

—Un hombre junto a la verja. Lleva ahí desde que llegué. No se mueve.

Sara miró a Rubén.

Un hombre junto a la verja era seguridad. Lo que significaba que quienquiera que organizara esto llevaba suficiente tiempo haciéndolo como para tener seguridad.

—¿Has podido ver el tipo de vehículo?

—Dos berlinas oscuras, un SUV y una furgoneta. La furgoneta es la misma que vi esta tarde. Los otros tres son de hoy.

—Dime si llega alguno más. —Sara colgó y miró la carretera—. Mendieta no está confirmado.

—Puede haber llegado antes —dijo Rubén.

—Puede.

Siguieron en silencio durante unos kilómetros. La A-4 dejó paso a la carretera comarcal y luego a la de Ciempozuelos, más estrecha, con la señalización descascarada y los arcenes de tierra. El campo a

ambos lados era negro bajo el cielo sin luna, exactamente el tipo de noche que un niño de diez años había calculado cuarenta y tres años antes para salir por una puerta con una cadena rota.

Iturriaga los llamó a las ocho y veinticinco.

—Castaño acaba de confirmar su llegada. El control de Atocha lo ha identificado saliendo de la estación hace cuarenta minutos.

—¿En coche?

—Un vehículo de alta gama, chófer. Matrícula en verificación.

—Lleva cuarenta minutos desde Atocha. A esta hora, en veinte minutos está aquí.

—Sí.

Sara calculó. Ellos estaban a doce kilómetros de la carretera de Ciempozuelos. Llegarían antes que Castaño. Suficiente tiempo para posicionarse.

—Iturriaga, cuando lleguemos al kilómetro doce necesito que su coche se quede en la vía de servicio con Vega y Castillo. Usted fuera del perímetro hasta que yo le diga.

—Entendido.

—Y necesito que la orden de la magistrada esté lista para mostrarse en el momento en que entremos.

—La tengo en la mano.

Colgó.

Rubén miró por la ventanilla.

—¿Y si Andrade está dentro?

Era la pregunta que los dos habían estado evitando desde que salieron de comisaría.

—Si Andrade está dentro, cambia el procedimiento de entrada. —Sara mantuvo los ojos en la carretera—. Más lento, más controlado. No entra nadie hasta que tengamos el perímetro completamente cerrado.

—¿Y si no está dentro y sabe lo que está pasando?

Sara no respondió de inmediato.

Pensó en el cuaderno de Nico en el maletín de Rubén, en el asiento trasero. Pensó en la instrucción que Castaño le había dado a Andrade según había deducido de la reunión de Barcelona: *encuentra el cuaderno, destruye el cuaderno.* Pensó en que Andrade llevaba toda la semana siendo un hombre que ejecuta instrucciones con una precisión que no dejaba márgenes.

—Si no está dentro, lo encontramos después —dijo.

Era una respuesta que no respondía nada y los dos lo sabían.

El kilómetro catorce apareció en el cartel de señalización exactamente cuando el teléfono de Rubén empezó a sonar.

Sara miró de reojo mientras él lo cogía.

Vio cambiar su cara.

No era un cambio dramático. Era el cambio pequeño y específico de alguien que acaba de recibir información que no estaba en ningún escenario que hubiera calculado. Los músculos alrededor de los ojos, la leve tensión en la mandíbula.

—¿Qué? —dijo Rubén al teléfono.

Escuchó durante veinte segundos.

—¿Cuándo? —Una pausa—. ¿Vivo? —Otra pausa—. Que nadie hable con él hasta que yo llegue.

Colgó.

Miró a Sara.

—Mendieta Casal —dijo—. Lo han encontrado en el aparcamiento de Méndez Álvaro. Un tiro en el abdomen. Vivo, pero en camino al Gregorio Marañón.

Sara no dijo nada durante tres segundos.

—¿Cuándo?

—Hace veinte minutos. Un conductor que buscaba sitio para aparcar lo vio en el suelo junto a un coche. El coche está registrado a nombre de Mendieta.

—¿La bala?

—No lo saben todavía.

Sara aparcó el coche en el arcén de la carretera comarcal. Apagó el motor. Delante, a doscientos metros, se veía el inicio de la pista de tierra que llevaba a la finca. La oscuridad era completa.

Mendieta Casal en el aparcamiento de Méndez Álvaro, a tiro de taxi de Atocha.

Andrade había llegado a Madrid antes que Castaño.

Y antes de ir a ningún sitio, o en lugar de ir a ningún sitio, había resuelto el problema de Mendieta Casal.

¿Por qué Mendieta?

Porque Mendieta era el eslabón más débil. Porque Mendieta era el único que había nacido en Santa Clara, el único cuya historia podía verificarse en los registros, el único cuya obediencia a Castaño era producto del miedo y no de la convicción. El único que, si la presión aumentaba lo suficiente, podría hablar.

Alguien lo había calculado antes que ella.

Alguien con treinta años de práctica calculando ese tipo de cosas.

—Andrade no está en la finca —dijo Sara.

—No.

—Está en Madrid. Ha llegado antes que Castaño, ha resuelto lo de Mendieta y ahora está en otro sitio.

—¿Qué sitio?

Sara miró el maletín en el asiento trasero.

El cuaderno.

—Llama a Iturriaga —dijo—. Dile que seguimos adelante. Cuando Castaño entre en esa finca cerramos el perímetro y entramos. —

Arrancó el motor—. Y llama también a la comisaría. Necesito a alguien en mi domicilio ahora mismo. Y en el domicilio de Rubén. Y donde quiera que esté Nico esta noche.

—¿Crees que sabe dónde está Nico?

Sara pensó en el hombre sentado frente a Castaño en el hotel de Barcelona. En la cara sin expresión. En la manera en que había dicho *entendido* y era imposible saber si lo decía de verdad.

—Creo que Andrade lleva cuarenta y tres años siendo el que resuelve lo que hay que resolver. —Una pausa—. Y creo que esta noche alguien le ha dado una última instrucción.

Volvió a la carretera.

Justo cuando los faros del coche de Castaño aparecieron al fondo de la pista de tierra, encaminándose hacia la verja de La Retama.

Capítulo 27

La Retama

El perímetro se cerró en doce minutos.

Vega y Castillo controlaban el acceso desde la vía de servicio agrícola al noreste. Los dos agentes de apoyo bloquearon la carretera comarcal a doscientos metros en cada dirección, sin luces, sin señalización, simplemente dos coches aparcados en el arcén con los motores apagados que impedían el paso a cualquier vehículo que no viniera con ellos. Iturriaga esperaba en la vía de servicio con su coche y los documentos y la orden de la magistrada en la mano.

Sara y Rubén estaban a cincuenta metros de la verja cuando el coche de Castaño entró.

Era una berlina oscura, matrícula madrileña, los faros apagados en cuanto dejó la carretera comarcal como si el conductor hubiera aprendido que los últimos doscientos metros de pista de tierra se hacen sin llamar la atención aunque no haya nadie mirando. El hombre junto a la verja la abrió desde dentro antes de que el coche se detuviera. Señal de que llevaba tiempo ahí, de que sabía exactamente a qué hora llegaba ese coche y no necesitaba esperar a verlo para actuar.

La berlina entró.

La verja se cerró.

Sara contó hasta treinta.

—Vamos —dijo.

Cruzaron los cincuenta metros a paso rápido, sin correr. Correr hace ruido y el suelo de tierra seca transmite las pisadas. Detrás de ellos, los dos agentes de apoyo seguían a diez metros de distancia con el equipamiento de entrada.

El hombre junto a la verja los vio cuando ya no había distancia suficiente para reaccionar de ninguna manera útil.

Sara sacó la placa.

—Policía. Atrás de la verja.

El hombre tardó un segundo más de lo normal. No era un guardia de seguridad con experiencia: era alguien que había aprendido a vigilar una puerta pero que nunca había pensado seriamente que la puerta pudiera ser el problema. Llevaba una pistola en la sobaquera y no hizo ningún movimiento hacia ella, lo que era lo más inteligente que podía haber hecho.

Uno de los agentes de apoyo lo inmovilizó contra los barrotes mientras el otro abría la verja desde el panel de control que el propio guardia les indicó sin que nadie tuviera que pedírselo dos veces.

La verja se abrió.

Ochenta metros de pista de tierra entre pinos hasta el edificio principal.

* * *

Carabanchel — Madrid, diciembre de 1981

Las primeras horas fuera de Santa Clara fueron las más frías que Nico recordaría en su vida.

No era solo el frío del invierno, aunque el invierno era real y la temperatura había bajado de cero antes de medianoche. Era el frío específico de estar en una calle que no conoces, sin ningún lugar al que ir, con nueve y diez años respectivamente y la ciudad dormida a tu alrededor como algo que no sabe que existes.

Corrieron hasta que los pulmones dijeron que no podían más.

Luego caminaron.

Carabanchel a las tres de la madrugada era una sucesión de portales cerrados y farolas que fallaban y el olor a basura de los

contenedores y algún perro que ladraba desde dentro de un patio sin saber bien a qué. No había nadie en las calles. O casi nadie: una vez, en el cruce de dos calles cuyo nombre Nico no pudo leer, pasó un coche despacio con la radio encendida, y los dos se metieron en un portal hasta que los faros desaparecieron.

Marta no lloraba.

Nico había pensado que Marta lloraría en algún momento de esa primera noche. No porque fuera débil sino porque era lo razonable: dos niños solos en la calle en diciembre sin saber adónde van, con una bolsa de tela con cuatro galletas y un retrato que puede o no puede ser una madre. Llorar habría sido lo razonable.

Marta no lloró.

Caminó con la barbilla levantada y los ojos abiertos mirando los nombres de las calles y los números de los portales como si estuviera construyendo un mapa en su cabeza, como si registrar el entorno fuera la única manera sensata de responder a un entorno desconocido.

A las cuatro y media llegaron a una plaza pequeña con un banco de piedra y una fuente apagada.

Se sentaron.

Nico sacó el cuaderno del jersey.

Lo sostuvo un momento con las dos manos. La cubierta verde oscuro, las esquinas dobladas, el lomo ligeramente levantado de tanto abrirlo y cerrarlo en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacer con eso ahora? —dijo Marta.

—Guardarlo —dijo Nico—. Hasta que sirva para algo.

—¿Cuándo va a servir para algo?

Nico miró el cuaderno.

—Cuando haya alguien que lo quiera leer.

* * *

El edificio principal de La Retama tenía dos plantas, fachada de piedra y las ventanas del primer piso iluminadas con una luz cálida que filtraba por las persianas bajadas. Desde fuera se oía algo: no voces concretas, sino el murmullo específico de varias personas en una misma habitación que llevan tiempo hablando.

Sara fue la primera en llegar a la puerta.

Era una puerta de madera maciza con una cerradura de seguridad. Llamó tres veces.

Silencio dentro.

Luego el murmullo cortado de golpe.

—Policía —dijo Sara en voz alta—. Orden judicial de entrada y registro. Abran la puerta.

Nada durante quince segundos.

Luego el sonido de alguien acercándose. Pasos sobre suelo de madera. Una voz al otro lado que decía algo en voz baja a alguien que estaba más atrás.

La puerta no se abrió.

Sara se apartó.

El agente de apoyo aplicó el abridor de puertas en dos tiempos. La cerradura cedió al segundo intento con un sonido que en el silencio del campo sonó más alto de lo que debería.

La puerta se abrió hacia dentro.

Un hombre de unos sesenta años, traje oscuro, la corbata ligeramente aflojada como quien ha llegado hace rato y se ha puesto cómodo, estaba en el umbral mirándolos con la expresión de alguien que lleva toda la vida en posiciones donde las situaciones difíciles se resuelven con una llamada telefónica y está procesando la posibilidad de que esta vez la llamada telefónica no llegue a tiempo.

Sara no lo reconoció.

Lo que sí reconoció fue el tipo: la postura, el traje, la mirada que no es miedo sino cálculo. Lo había visto en juzgados y en despachos y

en pasillos de instituciones que existen exactamente para que ese tipo de hombre nunca tenga que estar en esta situación.

—Inspectora Montero, Brigada de Homicidios. —Sara levantó la placa —. Apártese.

El hombre se apartó.

* * *

Había ocho personas en la sala del primer piso.

Ocho hombres, todos entre cincuenta y setenta años, sentados o de pie alrededor de una mesa larga de madera oscura con vasos de agua y papeles y dos botellas de vino que nadie había tocado todavía o que alguien había retirado rápidamente cuando oyeron llamar a la puerta. La sala olía a madera y a lana de traje y a la tensión específica de un grupo de personas que acaban de dejar de hablar de algo que no querían que nadie oyera.

Sara los recorrió con la mirada de izquierda a derecha.

Reconoció a tres.

Castaño estaba al fondo de la mesa, de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla como si la silla fuera un escudo o un atril desde el que todavía pudiera controlar algo. Tenía la misma cara que en las fotos de Barcelona, la misma postura de quien lleva décadas creyendo que el espacio a su alrededor le pertenece por derecho. Pero en los ojos había algo que no era habitual en ese tipo de hombre: una fracción de segundo de algo muy parecido al miedo antes de que el cálculo lo cubriera.

A la derecha de Castaño estaba un hombre que Sara había visto en las noticias dos veces en el último año: Federico Llorente, magistrado del Tribunal Superior de Justicia, el hombre que había frenado dos veces en los últimos cinco años expedientes que debían haber llegado más lejos de donde llegaron.

Al otro extremo de la mesa, un hombre mayor con el pelo completamente blanco que Sara tardó cuatro segundos en identificar: Gerardo Puig, ex subsecretario del Ministerio de Justicia,

jubilado desde 2019, nombre que había aparecido en el árbol de titularidades de Herás en la segunda capa, el de las fundaciones que nadie mira porque parecen fundaciones culturales.

Los otros cinco eran caras que no reconoció.

Rubén estaba ya en la puerta, bloqueando la salida. Los dos agentes de apoyo cubrían los ángulos de la sala. Iturriaga entró detrás de Sara con la orden en la mano y empezó a leerla en voz alta con la calma de alguien que sabe que lo que dice tiene el peso exacto de lo que dice.

Nadie habló mientras Iturriaga leía.

Cuando terminó, Castaño levantó la vista.

—Quiero hablar con mi abogado.

—Puede hacerlo en comisaría —dijo Sara.

—¿Sabe lo que está haciendo?

Sara lo miró.

Había imaginado muchas versiones de este momento durante los últimos siete días. En algunas de esas versiones había sentido algo: rabia, satisfacción, el cierre específico de algo que había estado abierto demasiado tiempo. Pero de pie en esa sala, mirando a un hombre de sesenta y dos años que llevaba cuarenta años decidiendo qué era protegible y qué no, lo que sintió fue algo más parecido a la fatiga. La fatiga de entender que esto no era el final de nada. Era el principio de un proceso largo y lleno de abogados y recursos y tecnicismos y años.

Pero era el principio.

—Valentín Castaño Rueda —dijo Sara—, queda usted detenido en relación a la investigación de los homicidios de Tomás Vidal Serrano, Rafael Soler Marchena, Iñaki Gorostiza y tres víctimas más, y en relación a la investigación de Anticorrupción número —miró a Iturriaga, que le pasó el número de expediente— dos barra dos mil doce. Tiene usted derecho a no declarar, a no declararse culpable y

a ser asistido por abogado. Si no tiene abogado, se le nombrará uno de oficio.

Castaño la miró sin decir nada.

Rubén se acercó con las esposas.

Fue en ese momento, cuando Rubén puso la primera esposa en la muñeca derecha de Castaño, que el magistrado Llorente al otro extremo de la mesa dijo algo en voz baja. No lo dijo a nadie en concreto. Lo dijo al espacio delante de él, como quien piensa en voz alta porque ya no tiene nada que calcular.

—Cuarenta años —dijo.

Y en esas dos palabras había algo que no era culpa exactamente y no era alivio exactamente pero tenía algo de los dos.

* * *

Los ocho hombres fueron conducidos al exterior en grupos de dos.

Sara supervisó el proceso desde la puerta del edificio. El aire del campo era frío y olía a tierra seca y a los pinos que bordeaban la finca, y en el cielo sin luna había más estrellas de las que se veían desde Madrid. Un sábado de diciembre en una finca a veintisiete kilómetros al sur, con ocho hombres esposados y tres coches patrulla y las luces azules que ya habían encendido aunque no había nadie más que los pinos para verlas.

Rubén se acercó.

—Mendieta sigue en quirófano. —Hizo una pausa—. La bala es del calibre que usaron en los seis casos anteriores.

Sara asintió.

Andrade.

—¿Alguna novedad sobre su localización?

—Nada. El coche que registramos a su nombre sigue en el parking de Salamanca donde lo dejó el miércoles. Si ha vuelto en el AVE no lo ha hecho con su identidad habitual.

—Tiene otra.

—Sí.

Sara miró el cielo.

El teléfono vibró en su bolsillo.

Número desconocido.

Lo cogió.

—Montero.

Silencio durante dos segundos.

Luego una voz.

Una voz que no había escuchado antes directamente pero que reconoció de la descripción que había construido en siete días: media en textura, completamente plana en entonación, el tipo de voz que ha aprendido a no dar información con el tono porque el tono es el primer lugar donde se busca lo que alguien siente.

—Veo las luces desde aquí —dijo Andrade.

Sara no respondió de inmediato. Hizo una señal a Rubén: número desconocido, intenta rastrear.

—¿Dónde estás? —dijo.

—No demasiado lejos. —Una pausa—. Ha hecho un trabajo bueno esta noche, inspectora.

—Entrégate. Lo que hagas a partir de ahora no va a cambiar nada de lo que ya está hecho.

Una pausa más larga.

—El cuaderno —dijo Andrade.

Sara apretó el teléfono.

—¿Qué pasa con el cuaderno?

—¿Dónde lo tiene?

—En un lugar seguro.

—¿Seguro? —Repitió la palabra sin inflexión, como si la estuviera examinando—. Su subinspector salió de comisaría hace tres horas con una bolsa. —Una pausa—. ¿Sabe que hay una cámara en el aparcamiento de la calle Lope de Vega?

Sara miró a Rubén.

Rubén tenía el maletín.

El maletín que había llevado desde comisaría hasta el coche y desde el coche hasta la finca.

—Entrégate —dijo Sara.

—Todavía tengo un trabajo que terminar.

La línea se cortó.

Capítulo 28

El calibre

Sara miró el teléfono durante tres segundos después de que la línea se cortara.

Luego miró a Rubén.

Luego miró el maletín que Rubén llevaba colgado del hombro derecho con la misma naturalidad con que lo había llevado desde que salieron de comisaría, porque nadie protege especialmente algo que nadie sabe que lleva.

Rubén entendió antes de que ella dijera nada.

Bajó el maletín del hombro y lo puso en el suelo, entre los dos, como si eso cambiara algo. No cambiaba nada, claro. La cámara de la calle Lope de Vega ya lo había visto salir. Andrade ya sabía qué buscaba. Y Andrade llevaba toda la semana demostrando que era capaz de estar en varios sitios casi al mismo tiempo: en Albacete el miércoles, en Valencia el viernes, en Barcelona esta mañana, y ahora aquí, en algún punto de la oscuridad que rodeaba la finca de La Retama, con las luces azules de los coches patrulla reflejándose en los pinos a trescientos metros de distancia.

—¿Desde dónde puede ver las luces? —dijo Rubén.

Sara miró alrededor. La finca estaba rodeada de campo llano con algunos árboles dispersos. Al norte, la carretera comarcal. Al este, la vía de servicio agrícola por donde habían llegado Vega y Castillo. Al oeste, nada: rastrojera hasta donde alcanzaba la vista.

—Desde cualquier lado. Es campo abierto. Con unos prismáticos, desde medio kilómetro.

—¿Crees que está ahí fuera ahora mismo?

—Ha llamado mientras estábamos aquí. Eso significa que sabe dónde estamos. Puede estar ahí fuera o puede estar en Madrid y

haber visto las luces antes de irse. —Sara recogió el maletín del suelo—. Lo que sé es que no va a venir a buscar el cuaderno aquí. No con ocho detenidos y tres coches patrulla.

—Entonces espera a que nos movamos.

—Sí.

Rubén la miró.

—¿Y si lo usamos?

Era la misma idea que estaba construyendo Sara desde el momento en que Andrade dijo *¿dónde lo tiene?* con esa voz plana que no daba entonación a nada pero que en esa pregunta concreta daba todo.

El cuaderno era lo único que Andrade necesitaba. El único elemento que, según las instrucciones que le había dado Castaño en Barcelona, podía cambiar el resultado de lo que ya era inevitable. Sin el cuaderno, lo que quedaba era testimonial. Con el cuaderno, era documental. Y Andrade llevaba cuarenta y tres años entendiendo la diferencia entre las dos cosas.

—Necesito a alguien en quien Andrade no haya puesto los ojos —dijo Sara.

—¿Herás?

—Herás está recusada. Si participa en cualquier acción operativa esta noche, todo lo que toque se contamina. —Sara pensó—. Vega.

—Vega no conoce el caso en profundidad.

—No necesita conocerlo. Necesita llevar un maletín de un sitio a otro de manera que cualquiera que lo esté siguiendo lo vea claramente.

Rubén tardó un momento.

—Un señuelo.

—Un señuelo con el maletín vacío. O con algo dentro que no sea el cuaderno. —Sara miró hacia la oscuridad del campo—. Y mientras Andrade va detrás de Vega, nosotros movemos el cuaderno a un sitio donde Andrade no pueda llegar.

—¿Qué sitio?

Sara lo pensó durante cuatro segundos.

—El juzgado. Con Iturriaga. Si el cuaderno está físicamente bajo custodia judicial, Andrade no puede hacer nada con él aunque lo encuentre.

* * *

Madrid, diciembre de 1981

Los encontró una asistente social a las siete de la mañana.

Nico y Marta estaban sentados en el banco de piedra de la plaza, dormidos el uno contra el otro con la bolsa de tela de Marta entre los dos como un cojín. Habían aguantado despiertos hasta las cinco y luego el frío y el cansancio habían ganado a la determinación y se habían quedado dormidos sin darse cuenta exactamente del momento.

La asistente social se llamaba Amparo y tenía treinta y cinco años y el pelo recogido en un moño que se deshacía por los lados y la cara de alguien que ha aprendido a manejar la compasión como una herramienta de trabajo porque si la dejas ser otra cosa te destruye.

Los despertó con cuidado.

Les preguntó de dónde venían.

Nico no dijo nada. Era la respuesta que había practicado en su cabeza durante semanas: si alguien pregunta, no dices nada hasta saber quién pregunta y por qué.

Marta tampoco habló.

Amparo los llevó a un centro de acogida en Carabanchel Bajo, a dos kilómetros de la plaza, que olía a col hervida y a detergente y que tenía en la entrada un cartel con el nombre de una fundación religiosa que Nico leyó dos veces para asegurarse de que no era el nombre de ninguna fundación que conociera.

No lo era.

Durante dos días, Nico y Marta estuvieron en el mismo centro.

Al tercer día, llegó una trabajadora social diferente con papeles. Nico no entendió todos los términos pero entendió la estructura: había plazas disponibles en un centro de menores de Alcalá de Henares. Las plazas eran para chicos mayores de diez años. Marta tenía nueve.

Marta se quedaría en Madrid.

Nico se iría a Alcalá.

No hubo una despedida larga. Nico no era de las despedidas largas y Marta había aprendido de él que las cosas que importan se dicen rápido o no se dicen. Estaban en el pasillo del centro, con las puertas abiertas a los dos lados y la trabajadora social esperando con los papeles.

—El cuaderno —dijo Marta.

—Lo tengo.

—¿Me vas a decir dónde estás?

—Cuando pueda.

Marta asintió.

Luego hizo algo que Nico no esperaba: le puso la mano en el antebrazo un momento, sin apretar, como confirmando algo que ya estaba decidido entre los dos sin que ninguno hubiera tenido que decidirlo en voz alta.

Luego se fue por su pasillo.

Nico se fue por el suyo.

Tardaron veinte años en volver a verse.

* * *

La llamada del Gregorio Marañón llegó a las diez y cuarto.

Sara estaba en el coche, de vuelta hacia Madrid, con el cuaderno dentro de un sobre de papel kraft en el asiento del copiloto y Rubén al volante. Iturriaga iba delante en su coche. Detrás, Vega con el maletín vacío tomando deliberadamente la A-4 hacia el centro, sin

prisa, con las luces del salpicadero encendidas como cualquier coche en una autopista de noche.

—Mendieta pregunta por usted —dijo la voz al teléfono. Era una enfermera, no una médica. La voz tenía la neutralidad específica de quien transmite un mensaje sin responsabilizarse de su contenido—. Ha salido de quirófano hace veinte minutos. Estable. Ha preguntado por la inspectora Montero por su nombre.

—¿Por mi nombre?

—Ha dicho exactamente eso: quiero hablar con la inspectora Montero.

Sara miró a Rubén.

—¿Está en condiciones de hablar?

—El médico dice que sí. Ha dicho que si no le dejan hablar con usted va a hacerlo de todas formas, así que es mejor que alguien esté presente.

—Voy en veinte minutos.

Colgó.

—Mendieta quiere hablar —dijo a Rubén.

—¿Antes de que llegue su abogado?

—Aparentemente.

Rubén giró hacia la M-40.

Los hombres que piden hablar antes de que llegue su abogado son de dos tipos: los que no saben que no deberían hacerlo y los que saben exactamente lo que están haciendo y han decidido que el abogado, en este caso concreto, no es lo que necesitan. Mendieta llevaba veinte años en la estructura de poder suficiente como para saber perfectamente que no debería hablar sin abogado. Lo que significaba que había tomado una decisión.

La pregunta era qué había detrás de esa decisión.

* * *

El Gregorio Marañón a medianoche tenía la quietud específica de los hospitales cuando el día ha terminado pero el hospital no termina nunca. Pasillos con luz fluorescente, el sonido lejano de algún monitor, dos enfermeras hablando en voz baja en el control de planta.

Mendieta Casal estaba en una habitación individual al fondo del pasillo de la cuarta planta.

Tenía el aspecto de alguien a quien han sacado de quirófano hace cuarenta minutos: la palidez concreta, los tubos, la vía en el dorso de la mano derecha, la cara de quien ha tenido tiempo, en el espacio entre el impacto y la anestesia, de pensar en ciertas cosas que quizás no había pensado suficiente antes.

Sara se sentó en la silla junto a la cama.

—Ha pedido verme.

Mendieta la miró. Tenía cincuenta y tres años y esa noche parecía tener más. No era la herida, exactamente. Era otra cosa. La herida la había puesto alguien de fuera. Lo otro venía de dentro.

—¿Sabe quién le disparó? —dijo Sara.

—El mismo que disparó a los otros seis. —Hizo una pausa. Hablar le costaba pero no tanto como para detenerse—. Aunque en mi caso no era una instrucción de Castaño.

Sara esperó.

—Era una instrucción de Andrade —dijo Mendieta—. Eso es lo que quería decirle. Que en algún momento esta semana, Andrade dejó de actuar para Castaño y empezó a actuar para sí mismo. —Una pausa—. O quizás siempre actuó para sí mismo y Castaño nunca lo entendió.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esta tarde, antes de que me dispararan, recibí una llamada. —Mendieta cerró los ojos un momento y los volvió a abrir —. No era de Castaño. Era de Andrade. Me dijo que iba a terminar el trabajo. Que eso incluía a todos los que podían hablar. Yo le

pregunté si eso lo sabía Castaño. —Una pausa más larga—. Me dijo que Castaño había dejado de importar.

Sara procesó eso.

Andrade que llama a Mendieta para avisarle antes de dispararle.

No era eficiencia. Era otra cosa. Era el gesto de alguien que lleva cuarenta años ejecutando instrucciones de otros y ha llegado al punto donde necesita que la última acción sea suya, reconocible como suya, sin que nadie pueda atribuirla a nadie más.

—¿Qué quiere a cambio de decirme esto? —dijo Sara.

Mendieta la miró.

—Que cuando todo esto termine, alguien recuerde que fui yo quien lo dijo. —Hizo una pausa—. Tengo una hija de diecisiete años. —No añadió nada más. No hacía falta.

Sara se levantó.

—Voy a necesitar que repita todo esto delante de un fiscal.

—Lo sé.

—Esta noche, si es posible.

—Esta noche —dijo Mendieta—. Mientras pueda.

* * *

Sara salió al pasillo y llamó a Rubén.

—¿Dónde está Vega?

—Acaba de llegar a Atocha. Ha aparcado en la zona de taxis y está esperando. —Una pausa—. Nadie le ha seguido que él haya visto.

—¿Y el cuaderno?

—Con Iturriaga en el juzgado. Lo entró hace quince minutos. Está bajo custodia.

Sara apoyó la espalda en la pared del pasillo.

El cuaderno estaba a salvo.

Andrade sabía dónde había estado pero no adónde había ido. Y si había seguido a Vega hasta Atocha, sabía que el maletín estaba vacío, lo que significaba que sabía que ella lo sabía, lo que cerraba el círculo de una manera que no simplificaba nada.

—Mendieta dice que Andrade ha dejado de actuar para Castaño —dijo—. Que esta noche actúa por su cuenta.

Silencio de Rubén.

—¿Eso cambia algo?

Sara miró el pasillo del hospital. La luz fluorescente. El sonido lejano del monitor.

Un hombre que actúa para una estructura es predecible porque la estructura tiene lógica. Un hombre que actúa por su cuenta es otra cosa.

Un hombre que actúa por su cuenta y lleva treinta años siendo invisible tiene el conjunto de habilidades más peligroso que Sara podía imaginar en este momento.

—Lo cambia todo —dijo.

El teléfono vibró.

Número de Brihuega.

No era Nico. El número era el de Mónica Arenas.

Lo cogió.

—Mónica.

La voz de Mónica Arenas no era la voz de alguien que llama para dar buenas noticias a medianoche.

—Hay un coche —dijo—. Lleva más de una hora parado en la calle de enfrente. Motor apagado. No se mueve.

—¿Nico está con usted?

—Está aquí. —Una pausa—. Inspectora, yo conozco este pueblo. Nadie aparca un coche en esa calle a esta hora. Esa calle no lleva a ningún sitio.

Sara ya estaba caminando hacia la salida del hospital.

—No salgan. Apaguen todas las luces que puedan sin que parezca que están apagando luces. —Hizo una señal a Rubén al pasar—. ¿Tienen llave del coche?

—Sí.

—No lo usen. —Una pausa—. ¿Hay alguna salida de la casa que no sea la puerta principal?

—La cocina da a un patio. El patio tiene una puerta al callejón.

—Bien. No la usen todavía. Esperen mi llamada. —Sara empujó la puerta de salida del hospital—. Y Mónica. Quédense juntos.

Rubén la alcanzó en el aparcamiento.

—¿Brihuega?

—Brihuega.

—Son noventa kilómetros.

—Lo sé.

Rubén ya tenía las llaves en la mano.

Capítulo 29

Brihuega

La A-2 de noche era otra carretera.

De día era la autovía del noreste, camiones y furgonetas de reparto y coches que van a Zaragoza o a Barcelona con el piloto automático del conductor de larga distancia. De noche era un corredor oscuro entre páramos con las balizas blancas desfilando a los lados y muy pocos faros en dirección contraria y la sensación de que el mundo se ha reducido al cono de luz que tienes delante.

Rubén conducía a ciento cuarenta.

Sara tenía el teléfono en la mano y la mirada fija en el mapa. Brihuega estaba a setenta y tres kilómetros desde donde habían salido del hospital. Con Rubén al volante y sin tráfico, cuarenta minutos.

Llamó a la comandancia de la Guardia Civil de Guadalajara.

El sargento de guardia se llamaba Morales y tardó cuatro minutos en entender la situación, lo cual era razonable a medianoche cuando alguien de Homicidios de Madrid te llama para decirte que el principal sospechoso de seis asesinatos puede estar en un coche en una calle de Brihuega.

—¿Quiere que mandemos una patrulla? —dijo Morales.

—Todavía no. —Sara midió las palabras—. Si una patrulla aparece en esa calle ahora, el hombre del coche desaparece y en ese momento deja de estar en un lugar conocido. Necesito que tengan una unidad lista para moverse en el momento en que yo diga. Sin sirenas, sin luces hasta que estén en posición.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Treinta y cinco minutos.

—Aquí estaremos.

Colgó.

Llamó a Mónica.

—¿Sigue ahí el coche?

—Sí. —La voz de Mónica tenía la tensión de quien ha aprendido a controlar el miedo porque el miedo no ayuda pero que esta noche está llegando a sus límites—. No se ha movido.

—¿Nico?

—Aquí. —La voz de Nico sonó al fondo, más calmada que la de Mónica. Cuarenta y tres años guardando un secreto que podía matarte te enseñan a funcionar bajo presión de una manera que resulta difícil de explicar a quien no lo ha vivido—. Estamos en la cocina. Las luces apagadas.

—Bien. Sigan ahí. ¿La puerta del callejón?

—Cerrada con llave.

—¿Tiene pestillo además de llave?

Una pausa breve.

—Sí.

—Échelo.

—Ya está.

—Voy en treinta minutos.

Colgó.

Rubén aceleró en el tramo recto entre Torija y el desvío de Brihuega.

—¿Crees que va a entrar? —dijo.

Sara pensó en la llamada de Andrade desde la finca de La Retama. En la voz plana. En la manera en que había dicho *todavía tengo un trabajo que terminar* sin ninguna urgencia, como si el tiempo fuera un recurso del que dispusiera sin restricciones.

—Está esperando el momento —dijo—. Es lo que hace. Calcula cuándo el riesgo es mínimo y entonces actúa.

—¿Cuándo es mínimo el riesgo?

—Cuando las luces llevan suficiente tiempo apagadas y el pueblo lleva suficiente tiempo dormido y no hay ningún movimiento que indique que alguien dentro sabe que está fuera.

—¿Saben que sabe?

—Mónica le vio el coche. Pero él no sabe que Mónica le vio.

Rubén asintió.

—Entonces tiene razón de pensar que el momento puede llegar.

—Sí.

Brihuega apareció en el indicador de distancias: diecisiete kilómetros.

* * *

Alcalá de Henares, enero de 1982

El centro de menores de Alcalá olía diferente a Santa Clara.

Nico tardó dos semanas en identificar la diferencia. No era mejor ni peor, exactamente. Era que en Santa Clara el olor tenía cuarenta años de acumulación: generaciones de niños y de comida institucional y de humedad de edificio antiguo y de algo más, algo que no era solo olor sino también tiempo y miedo mezclados de una manera que uno aprende a no identificar directamente.

En Alcalá el edificio era más nuevo. El olor era más limpio. Los monitores no llevaban hábito.

Nico tardó tres semanas en decidir que eso no cambiaba nada fundamental.

Siguió escribiendo en el cuaderno.

No había nada nuevo que escribir sobre Santa Clara porque Santa Clara quedaba atrás, pero el cuaderno se había convertido en el lugar donde Nico ponía lo que no podía poner en otro sitio, y eso no desaparecía porque hubiera cambiado de edificio. Lo que había visto

seguía siendo lo que había visto. Los nombres seguían siendo los nombres. Las matrículas seguían siendo las matrículas.

Un miércoles de enero, el monitor de tarde, un hombre joven que se llamaba Antonio y que era el primero que le había preguntado a Nico qué le gustaba leer, lo vio escribir en el cuaderno desde el umbral de la sala de estudio.

—¿Qué escribes? —dijo Antonio.

Nico levantó la vista.

Evaluó al hombre en el umbral con la rapidez que había aprendido a desarrollar: la postura, la distancia que guardaba, la manera en que había preguntado sin acercarse.

—Cosas que pasaron —dijo Nico.

Antonio asintió despacio.

—¿Cosas importantes?

—No lo sé todavía.

Antonio no preguntó más. Fue a sentarse al otro lado de la sala con el periódico de la tarde.

Nico siguió escribiendo.

5 de enero de 1982. Número de matrícula: no recuerdo ya la última letra. El hombre del anillo con el escudo. Color de pelo: castaño oscuro. Edad aproximada: cuarenta y cinco, quizás más. La tercera vez que vino. Siempre venía solo.

Las letras pequeñas llenando el margen.

Para cuando tuviera a alguien que quisiera leerlo.

* * *

Andrade llevaba noventa minutos en el coche.

Había aparcado en la calle Travesía del Mercado, a cuarenta metros de la casa donde los registros de padrón situaban a Nicolás Alcalde Ferreras, alias desconocido para el sistema, conocido para él como Nico, el del cuaderno. La calle terminaba en una pared de piedra y

no llevaba a ningún sitio, lo cual era útil porque significaba que nadie pasaba por ella sin tener un motivo.

En noventa minutos, nadie había pasado.

La casa tenía planta baja y una planta superior. Las ventanas del piso de arriba habían tenido luz hasta las once y cuarto. A las once y cuarto las luces se habían apagado de una vez, todas juntas, lo cual no era el patrón habitual de alguien que se va a dormir normalmente. Cuando alguien se va a dormir normalmente primero apaga la sala, luego va al baño, luego apaga el baño, luego apaga el dormitorio. Cuando apaga todo de golpe es porque tiene una razón para estar en la oscuridad que no es dormir.

Eso significaba que sabían que estaba ahí.

O que sospechaban.

Andrade recalculó.

Si sabían que estaba ahí y habían llamado a alguien, ese alguien tardaría en llegar. Brihuega no era Madrid. Una hora, quizás. Suficiente tiempo.

Si solo sospechaban, las luces apagadas no cambiaban nada fundamental.

En cualquiera de los dos casos, el cálculo seguía siendo el mismo: entrar, encontrar el cuaderno, salir. No era diferente de las otras veces. Era diferente en que esta vez no había instrucciones de nadie. Era diferente en que esta vez lo hacía porque era lo que tenía que hacer y no porque alguien se lo hubiera dicho.

Miguel.

Pensó en ese nombre. El nombre que había tenido durante los primeros trece años y que luego había dejado de tener cuando el sistema lo había convertido en otro nombre y ese otro nombre en otro más hasta llegar al Javier Andrade que figuraba en el registro de detectives privados de la calle Salamanca.

Miguel era el nombre que usaba cuando las cosas se volvían de este tipo.

Salió del coche.

La calle estaba en silencio. Brihuega a medianoche era el silencio específico de los pueblos que se toman el descanso en serio. Ninguna ventana encendida. Ningún coche que pasara.

Fue hacia la esquina de la casa.

La pared lateral no tenía ventanas en la planta baja. En la planta superior había una ventana pequeña, probablemente un baño. La puerta del callejón de la parte trasera era de madera con herrajes de hierro.

Andrade sacó el juego de ganzúas del bolsillo interior de la chaqueta.

* * *

Rubén apagó los faros dos kilómetros antes de la entrada al pueblo.

Conocía Brihuega por haber pasado por ella en carretera dos o tres veces, lo suficiente para saber que era un pueblo de tamaño medio con el casco histórico en la parte alta y la zona nueva abajo y una calle principal que cruzaba de norte a sur. El GPS los llevó por la zona nueva hasta una calle lateral que subía hacia el casco.

Sara llamó a Morales.

—Estamos entrando. Mande la unidad por la calle del Mercado desde el norte. Nosotros cubrimos el sur. Nadie entra hasta que yo diga.

—Entendido. En posición en cuatro minutos.

Rubén giró por la calle que el GPS indicaba y redujo la velocidad hasta casi detenerse.

Sara vio el coche.

Estaba donde Mónica había dicho: aparcado en la Travesía del Mercado, pegado a la pared derecha, oscuro, motor apagado.

Vacío.

—Rubén.

—Lo veo.

El coche estaba vacío.

Sara miró la casa de Nico. Fachada oscura, sin luz en ninguna ventana. La puerta principal cerrada. La calle quieta.

Llamó a Mónica.

Cuatro tonos.

Cinco.

No contestó.

Sara salió del coche antes de que Rubén terminara de frenar.

Fue hacia la puerta principal de la casa. Llamó tres veces con el nudillo, rápido, el patrón que había acordado con Mónica cuando hablaron por teléfono: tres golpes rápidos, dos lentos.

Nada.

Llamó a Morales.

—El sospechoso no está en el vehículo. Necesito la unidad en la parte trasera de la casa ahora.

Fue hacia la esquina del edificio.

El callejón de la parte trasera era estrecho, de piedra vieja, con un farol a mitad que daba una luz amarilla escasa. La puerta de la cocina estaba al fondo.

Estaba abierta.

No forzada: abierta desde dentro, con el pestillo echado hacia afuera como si alguien hubiera salido por ella hace poco y no la hubiera cerrado del todo.

Sara desenfundó.

Entró.

La cocina estaba oscura y olía a café frío y a la madera vieja de la casa. No había nadie. La silla de la mesa estaba torcida, como si alguien se hubiera levantado rápido. En el suelo, junto a la silla, había una taza caída que no se había roto.

Rubén entró detrás de ella.

Cubrió el ángulo de la puerta interior.

Sara barrió la planta baja en treinta segundos. Salón, pasillo, cuarto de baño pequeño. Vacío.

Subió las escaleras.

El primer peldaño crujió.

Se detuvo.

Escuchó.

Desde arriba llegó un sonido.

No era un sonido de violencia. Era un sonido de respiración contenida, el tipo de respiración que hace alguien que está intentando no hacer ruido y que le está costando más de lo que esperaba.

Sara subió el resto de las escaleras.

Había dos puertas en el descansillo. La primera, abierta: un dormitorio vacío con la cama sin deshacer. La segunda, cerrada.

Llamó con el código.

Tres golpes rápidos. Dos lentos.

Un segundo de silencio.

Luego el sonido del pestillo.

La puerta se abrió.

Nico y Mónica estaban en el fondo de la habitación, juntos, contra la pared bajo la ventana. Mónica tenía el teléfono en la mano con la pantalla apagada. Nico tenía los brazos cruzados y la cara de alguien que ha estado esperando con la calma que solo da haber esperado cosas peores durante décadas.

Estaban solos.

Sara recorrió la habitación con la mirada. Armario, cama, mesilla. Ventana cerrada.

—¿Ha entrado alguien? —dijo.

—Hemos oído la puerta de la cocina —dijo Mónica—. Hace diez minutos. Nos encerramos aquí.

—¿Solo la puerta? ¿Nada más?

—Solo la puerta. Luego nada.

Sara volvió al descansillo. Llamó a Rubén.

—Planta baja despejada. Están arriba, sanos. —Una pausa—. Busca en la parte trasera. Puede que haya salido por el callejón cuando oyó el coche.

Bajó las escaleras.

En la cocina se detuvo junto a la puerta abierta.

El callejón estaba vacío.

Rubén apareció por el otro extremo con la linterna encendida, barriendo el suelo.

—Aquí —dijo.

Sara fue hacia él.

Rubén iluminaba un punto en el suelo del callejón, junto a la pared de piedra. Una marca en la tierra suelta, la huella parcial de una suela que alguien había dejado al girar rápido.

Y junto a la marca, algo que brillaba ligeramente bajo la luz de la linterna.

Una ganzúa.

Una sola ganzúa, del tipo profesional, dejada en el suelo del callejón con la misma precisión con que un hombre deja caer algo cuando necesita las dos manos para otra cosa o cuando decide, en el último segundo, que no va a entrar.

Sara la miró sin tocarla.

No había entrado.

Había llegado hasta la puerta, había empezado a trabajar la cerradura, y luego había parado.

¿Por qué para un hombre como Andrade?

Por la misma razón por la que para cualquier hombre que calcula: porque algo cambió. Porque oyó el coche de Sara llegar. Porque vio las luces o escuchó el motor o calculó la distancia y los tiempos y decidió que el margen ya no era suficiente.

Se ha ido.

Sara miró el final del callejón, que desembocaba en una calle transversal oscura.

En algún punto de Brihuega, o ya en la carretera, Andrade estaba calculando de nuevo.

Capítulo 30

La ganzúa

La ganzúa siguió en el suelo del callejón.

Sara no la tocó. Sacó el teléfono y fotografió la posición exacta antes de llamar a los técnicos de Guadalajara para que la recogieran. No era una escena del crimen, técnicamente: nadie había entrado, nadie había salido herido, la puerta de la cocina había cedido desde dentro y no desde fuera. Pero la ganzúa era física. Era real. Era la prueba de que Andrade había estado en ese callejón esta noche, a dos metros de las personas que había venido a matar, y había decidido marcharse.

Eso era lo que le preocupaba.

No que se hubiera ido.

Que hubiera decidido irse.

Un hombre que ejecuta instrucciones se va cuando alguien le dice que se vaya. Un hombre que actúa por su cuenta se va cuando calcula que el momento ya no es el correcto. Y un hombre que lleva treinta años calculando momentos tiene la capacidad de no desesperar, de esperar, de construir otro momento.

A menos que haya algo que lo cambie.

Sara fue a la cocina.

Nico y Mónica habían bajado y estaban sentados en las sillas de la mesa con las tazas vacías delante. Mónica tenía la mano apoyada sobre la mano de Nico en una postura que no era romántica sino la de dos personas que llevan cuarenta y tres años siendo los únicos que entienden exactamente lo que el otro ha vivido.

—Tienen que moverse esta noche —dijo Sara.

—¿A dónde? —dijo Mónica.

—A un sitio que no esté registrado a nombre de ninguno de los dos. —Sara miró a Nico—. ¿Hay alguien? ¿Familia, amigo, conocido que viva solo y en quien confíen?

Nico pensó.

—Mi primo —dijo—. Vive en Sigüenza. Tiene una casa en las afueras del pueblo. —Hizo una pausa—. No sabe nada de todo esto.

—Mejor que no lo sepa. ¿Puede alojarles sin preguntar demasiado?

—Si le digo que es importante, sí.

—Llámele ahora. —Sara sacó la placa del bolsillo y la dejó sobre la mesa, no como autoridad sino como ancla, algo concreto en una noche que llevaba demasiado tiempo siendo abstracta—. Y cuando lleguen, no usen teléfonos propios para llamar a nadie. Si necesitan ponerse en contacto conmigo, usan este número. —Anotó el número de Rubén en un papel de la libreta—. No el mío. El de mi subinspector. Es más difícil de rastrear por razones en las que no hace falta que entren.

Nico cogió el papel.

Lo miró durante un momento con esa atención específica de quien ha pasado décadas leyendo las cosas dos veces antes de guardarlas.

—¿El cuaderno está seguro? —dijo.

—En el juzgado. Bajo custodia judicial. —Sara lo miró—. Nadie puede tocarlo ya.

Nico asintió una vez.

Muy ligeramente.

La misma clase de asentimiento, pensó Sara, que debe de haber estado esperando hacer desde que tenía diez años.

* * *

Alcalá de Henares, marzo de 1982

El cuaderno tenía ciento doce páginas.

Nico lo había contado varias veces: primero cuando lo encontró en la sala de manualidades de Santa Clara, abandonado entre papeles y cartulinas como si nadie lo hubiera necesitado; luego periódicamente, de la misma manera en que uno comprueba que lo que importa sigue estando.

Ciento doce páginas. Había usado cuarenta y ocho.

Quedaban sesenta y cuatro.

En el centro de Alcalá, los martes por la tarde había una hora de tiempo libre después de la merienda. Nico usaba esa hora para escribir. No siempre. A veces la memoria pedía tiempo antes de ser fijada, como si necesitara sedimentarse para que uno pudiera escribirla sin que la emoción deformara los datos.

Los datos eran lo que importaba.

Eso lo había aprendido solo, sin que nadie se lo enseñara: que la emoción es lo primero que se discute y los datos son lo último. Que si quieres que algo no pueda ser discutido, tienes que registrar los datos.

Un martes de marzo escribió por primera vez sobre el chico mayor.

No sabía su nombre. Nunca le había preguntado y él nunca lo había dicho. En Santa Clara los niños mayores tenían una posición específica que hacía que los menores no les preguntaran según qué cosas: el nombre era una de ellas.

Escribió lo que sabía.

El mayor. Trece o catorce años en 1981. Pelo oscuro, ojos claros. Llevaba en Santa Clara desde pequeño según decían los de su edad. Sor Asunción lo trataba diferente a los demás. Diferente quiere decir: como si le debiera algo o como si lo necesitara para algo. No sé cuál de las dos.

Paró.

Pensó.

La sala del fondo. Las noches en que entraban los coches. El mayor siempre estaba después con una cara que yo no podía leer. Ahora

creo que la cara que no podía leer era la cara de alguien que ha aprendido a salir de su propio cuerpo cuando las cosas ocurren.

Paró de nuevo.

No sé si esto importa. Lo escribo porque no sé qué va a importar y qué no.

Cerró el cuaderno.

Lo metió dentro del jersey.

Siguió siendo martes por la tarde en Alcalá de Henares.

* * *

Iturriaga llamó a la una y cuarto de la madrugada.

Sara estaba en el coche con Rubén, aparecidos en la carretera de salida de Brihuega, esperando a que el coche de Nico y Mónica desapareciera en dirección a Sigüenza antes de moverse ellos.

—Llorente —dijo Iturriaga sin preámbulo.

—¿Qué pasa con Llorente?

—Que lleva dos horas hablando. —La voz del fiscal tenía algo que en él era inusual: algo parecido a la satisfacción de quien ha esperado mucho tiempo una cosa y por fin está ocurriendo—. Lleva dos horas hablando y su abogado ha llegado hace cuarenta minutos y no ha conseguido que pare. Dice que quiere un acuerdo. Dice que tiene información sobre dos casos específicos en los que intervino para bloquear expedientes a cambio de garantías de Castaño.

—¿Cuáles?

—Uno de 2017 y uno de 2021. Ambos relacionados con la estructura financiera. Uno de ellos es el expediente de la Agencia Tributaria sobre la sociedad de Castaño que lleva cinco años bloqueado.

—¿Puede probarlo?

—Dice que tiene documentación. Guardada. —Una pausa—. Ha dicho exactamente esto: *llevo diez años guardando documentación*

porque sabía que tarde o temprano esto iba a ocurrir y no quería ser el único que no tuviera nada que ofrecer.

Sara miró por el parabrisas la carretera oscura.

Un hombre que lleva diez años guardando documentación como seguro de vida.

Era una imagen perfectamente coherente con un sistema que se mantiene no por lealtad sino por equilibrio de amenazas. Mientras todos tienen algo sobre todos los demás, nadie mueve. Cuando el equilibrio se rompe, el que cae primero es el que más tiene que ganar hablando.

Llorente había caído primero.

—¿Y los demás?

—Castaño no ha dicho nada. Su abogado llegó hace una hora y ha construido un muro de silencio que puede aguantar semanas. —Iturriaga hizo una pausa—. Pero con Llorente hablando y Mendieta en el hospital dispuesto a declarar, no necesita hablar Castaño esta noche.

—¿Cuándo formaliza los cargos?

—Mañana por la mañana. A las nueve tengo la rueda con el juez instructor. —Una pausa—. Sara. El cuaderno de Ferreras. Voy a necesitarlo formalmente incorporado al expediente antes de las nueve.

—Está en custodia en su juzgado. Usted mismo lo llevó.

—Lo sé. Necesito que Ferreras firme la cesión voluntaria de la documentación. —Una pausa—. ¿Puede tenerlo disponible?

Sara pensó en Nico en el coche de camino a Sigüenza.

—A las ocho y media lo tiene en el juzgado.

Colgó.

Rubén arrancó el coche.

Circularon en silencio durante cinco minutos, de vuelta hacia la A-2, con el campo oscuro a los lados y Brihuega quedándose atrás con

sus piedras y su plaza y el callejón donde había quedado una ganzúa en el suelo como la firma de un hombre que había decidido que esta noche no era su noche.

—¿Por qué no entró? —dijo Rubén.

Era la misma pregunta que Sara llevaba dos horas sin responder satisfactoriamente.

—Porque oyó el coche —dijo.

—Tenía tiempo de sobra antes de que llegáramos. Oyó el coche cuando todavía podría haber entrado y salido.

—Lo sé.

—Entonces no es solo que oyó el coche.

Sara miró la carretera.

—No.

Pensó en Barcelona. En el AVE de la mañana. En la reunión con Castaño en el hotel del Eixample. En la bolsa de mano pequeña, sin equipaje, como había dicho Marcos: *como si supiera que esta noche vuelve a casa.*

Pensó en la hija.

La hija de diecinueve años. La primera vez que Sara había sabido de ella había sido por Antonio Saura en la masía de Murcia: *tiene una hija, de su primer matrimonio, la chica vive con la madre en Barcelona.*

Andrade había ido a Barcelona esta mañana con una bolsa pequeña y sin equipaje.

Había estado con Castaño en el hotel. Castaño le había dado instrucciones. Andrade le había dicho *entendido* con esa cara imposible de leer.

Y luego, antes de coger el AVE de vuelta a Madrid, ¿qué había hecho?

Marcos había seguido a Castaño. No a Andrade.

Andrade había tenido dos horas libres en Barcelona entre el final de la reunión y el tren de vuelta.

—Rubén —dijo Sara—. Esta mañana en Barcelona. Cuando Marcos siguió a Castaño, ¿alguien siguió a Andrade?

—Nadie. Solo teníamos a Marcos.

—¿Tenemos la dirección de la hija?

—La pedí ayer. Está en el sistema. —Rubén hizo una pausa—. ¿Crees que fue a verla?

Sara pensó en la ganzúa en el callejón de Brihuega.

Un hombre que llega hasta la puerta y se va.

Un hombre que lleva toda la semana terminando trabajos y esta noche, por primera vez, no termina.

¿Qué cambia entre un hombre que siempre termina y un hombre que una vez no termina?

No la presencia de la policía, porque la presencia de la policía era un factor que podía calcular y sortear.

Algo más interno. Algo que había ocurrido antes.

—Creo que fue a despedirse —dijo Sara.

Rubén la miró de reojo.

—¿De su hija?

—Sí.

Un silencio.

—¿Eso significa que va a entregarse?

—O que va a desaparecer. —Sara cogió el teléfono—. Que son dos maneras distintas de hacer lo mismo.

Marcó el número del área de coordinación de la brigada de Barcelona que había establecido contacto con ellos esa mañana.

El inspector Garriga tardó dos tonos en contestar.

—Garriga, soy Montero. Necesito que compruebe una dirección en Barcelona. —Le dio el nombre y la calle de la hija de Andrade—. Discreta. No una intervención, solo una comprobación de si hay alguien en el domicilio.

—¿A la una de la madrugada un domingo?

—A la una de la madrugada un domingo. Sí.

Garriga lo asumió con la resignación de quien lleva suficientes años en el oficio para saber que estas llamadas no se hacen a la una de la madrugada si pueden esperar a las nueve.

—Dame veinte minutos.

Sara esperó.

Rubén entró en la A-2.

Madrid estaba a setenta kilómetros y la carretera era recta y oscura y el cuentakilómetros marcaba ciento cuarenta y cinco y afuera el mundo era el campo de la meseta que no sabe que nadie le mira a esta hora.

Garriga llamó dieciséis minutos después.

—Hay luz en el domicilio. —Una pausa—. Y hay una chica en la ventana. Desde la calle se ve que está sentada junto a la ventana con algo en la mano. El agente que ha pasado dice que parece que lleva ahí un rato.

—¿Sola?

—Parece que sola, sí.

—¿Puede llamar al domicilio?

—Si me da el número.

—No lo tengo. Necesito que el agente llame al portero automático.

Un silencio de Garriga.

—Espere.

Sara esperó.

Tres minutos.

Garriga volvió.

—Ha hablado con ella. —Una pausa—. La chica se llama Laura. Dice que está bien. Dice que su padre vino esta tarde a las cinco a verla. —Otra pausa—. Ha dicho que vino a despedirse. Esas palabras exactas. *Vino a despedirse.* Y que lleva desde entonces sentada ahí porque no sabe qué hacer con eso.

Sara cerró los ojos un segundo.

—¿Ha dicho algo más? ¿Adónde iba él?

—Ha dicho que no lo sabe. Que él no dijo adónde iba. Solo que no iba a volver.

Sara abrió los ojos.

La carretera. Los faros. Madrid acercándose.

No iba a volver.

Andrade había ido a Barcelona a despedirse de su hija antes de terminar el trabajo. Y después del trabajo, ¿qué? Desaparecer. Había sido Javier Andrade durante treinta años. Podía ser otro nombre otros treinta.

Pero primero había ido a Brihuega.

Y en Brihuega había llegado hasta la puerta y no había entrado.

—¿Por qué? —dijo en voz alta, sin darse cuenta de que lo decía.

Rubén la miró.

—¿Qué?

—Nada. —Sara guardó el teléfono—. Nada todavía.

Capítulo 31

Laura

Sara no fue a Barcelona.

No tenía tiempo y tampoco tenía sentido: lo que Laura Andrade pudiera decirle era información, no evidencia. La evidencia ya estaba. El cuaderno de Nico estaba en el juzgado. Las declaraciones de Llorente y Mendieta estaban siendo transcritas. Los ocho hombres de La Retama estaban en celdas distintas de dos comisarías distintas para que no pudieran coordinar versiones antes de que sus abogados establecieran el perímetro de lo que cada uno estaba dispuesto a admitir.

Lo que Laura Andrade tenía era otra cosa.

Garriga la puso al teléfono a las dos menos cuarto de la madrugada.

La chica tenía la voz de alguien que ha estado llorando o que ha estado muy cerca de llorar sin llegar a hacerlo, que a veces es más agotador. Diecinueve años. Estudiante de segundo de Bellas Artes en la Pompeu Fabra. Hija de un primer matrimonio que Andrade había dejado cuando la niña tenía cuatro años y al que había vuelto, intermitentemente, de maneras que la madre nunca había acabado de aprobar ni de rechazar porque Javier Andrade era el tipo de ausencia que resulta difícil de identificar como peligrosa.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio antes de hoy? —dijo Sara.

—En Navidad. —La voz de Laura era clara, directa, sin el dramatismo que Sara había esperado. Una voz que estaba siendo valiente de la manera concreta y sin adornos en que son valientes las personas jóvenes cuando deciden serlo—. En Navidad siempre venía. No mucho tiempo. Dos días, tres. Luego se iba.

—¿A dónde?

—No lo sé. Nunca lo supe. Mi madre dice que siempre fue así desde que se conocieron. Que hay hombres que tienen una vida detrás que no enseñan y que ella tardó demasiado en entender que ese no era un rasgo de carácter sino una descripción literal.

Sara miró por la ventanilla del coche. La A-2 todavía oscura, todavía recta, todavía Rubén al volante a ciento cuarenta.

—Esta tarde —dijo—. Cuénteme lo que pasó esta tarde.

Un silencio breve.

—Llegó a las cinco. Sin avisar, como siempre. —Laura hizo una pausa—. Lo raro fue que cuando entró se quedó de pie en el centro del salón mirando alrededor, como si estuviera memorizando el sitio. Yo le pregunté qué pasaba. Me dijo que nada, que solo quería verme. —Otra pausa—. Entonces me dijo que se llamaba Miguel.

Sara se quedó quieta.

—¿Así, directamente?

—Así. *Me llamo Miguel.* Como si eso fuera lo más natural del mundo decirle a tu hija después de diecinueve años que tu nombre no es el que ella conoce.

Sara no dijo nada. Esperó.

—Le pregunté de dónde venía ese nombre. Me dijo que era el que le habían dado cuando nació. Que Javier Andrade era un nombre que había construido más tarde porque necesitaba ser otra persona. —La voz de Laura había bajado medio tono—. Le pregunté por qué necesitaba ser otra persona.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que había cosas que había hecho siendo Miguel que Javier Andrade no podía cargar sin romperse. —Una pausa—. No sé si entiendo eso exactamente. Pero lo dijo con una cara que me dijo que era verdad aunque no lo entendiera.

Sara cerró los ojos un momento.

—¿Le dijo dónde había crecido?

—Dijo que en un orfanato. En Madrid. Dijo el nombre pero yo no lo conocía: Santa Clara de algo, no recuerdo bien. Dijo que estuvo allí desde los cuatro años hasta que lo adoptaron cuando tenía catorce. —Una pausa—. Dijo que en ese orfanato pasaban cosas por la noche. Eso fue todo lo que dijo sobre eso. *Cosas por la noche.* Y yo no le pregunté más porque la manera en que lo dijo no invitaba a preguntar más.

—¿Le dijo algo sobre lo que iba a hacer?

Un silencio más largo.

—Dijo que había hecho cosas malas. Dijo que había hecho cosas malas porque le habían pedido que las hiciera y porque durante mucho tiempo había creído que había una razón para hacerlas. —Laura hizo una pausa—. Y luego dijo que esa noche había ido a hacer otra cosa mala y que no había podido.

Sara apretó el teléfono.

—¿Le dijo por qué no había podido?

—Dijo que llegó al sitio y que vio que eran como él. Esas palabras: *eran como yo.* Y que no pudo.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, diciembre de 1981

La noche antes de que Nico y Marta se fueran, Miguel estuvo despierto.

No era inusual. Miguel llevaba meses durmiendo poco y mal, con ese sueño fragmentado que viene de tener el cuerpo acostumbrado a estar alerta porque la alerta, en Santa Clara, era la única diferencia entre saber lo que iba a ocurrir y que ocurriera sin que lo supieras.

Desde su catre, en la oscuridad de la habitación de los mayores, oía la respiración de los otros tres chicos. Todos dormidos. Todos con ese abandono específico del sueño profundo que él había perdido hacía tiempo.

Por la ventana entraba el frío de diciembre.

Pensó en Nico.

Sabía que Nico iba a irse. No lo sabía por haber oído nada concreto ni por haber visto preparativos: lo sabía porque Nico era el tipo de persona que cuando decide algo lo decide de verdad, sin el ruido de la indecisión, y desde hacía semanas había en Nico una quietud que no era resignación sino concentración. La quietud de alguien que tiene un plan.

Miguel no tenía un plan.

Miguel tenía una habitación con tres chicos dormidos y una ventana por la que entraba el frío y los trece años que llevaba en ese edificio y la certeza de que cuando te adoptan con catorce años desde Santa Clara no te adoptan a ti exactamente sino a una versión de ti que el sistema ha construido para que sea adoptable.

Había oído a Sor Asunción hablar de él con la asistente social del Patronato dos semanas antes. Por la puerta entreabierta del despacho.

Es un chico bueno, había dicho Sor Asunción. *Trabajador. Discreto. Una familia con recursos lo podría encauzar bien.*

Encauzar.

Miguel había repetido esa palabra en su cabeza varias veces esa noche.

A las tres de la madrugada oyó el sonido de la puerta lateral del edificio. Tan leve que cualquiera que no hubiera estado esperando oírlo no lo habría oído.

Se incorporó en el catre.

Esperó.

Nada más.

Solo el silencio del edificio y el frío de diciembre y la certeza de que Nico y la chica pequeña de los ojos oscuros se estaban yendo por el

callejón de servicio hacia una calle que no llevaba a ningún sitio específico pero que era mejor que esto.

Miguel se tumbó de nuevo.

Miró el techo.

Eran como yo, pensó.

Y no hizo nada.

* * *

Sara estaba todavía al teléfono con Laura cuando Rubén tomó el desvío hacia la M-40.

—Una última cosa —dijo Sara—. Cuando se fue esta tarde. ¿Qué hizo exactamente?

—Se levantó. Me dio un abrazo. —La voz de Laura tenía ahora algo que no había tenido antes: la fragilidad específica de quien ha llegado al punto de la historia que más le cuesta contar—. Me dijo que lo sentía. No que sentía haberse ido, ni que sentía no haber estado más. Dijo exactamente: *siento lo que soy.* —Una pausa—. No supe qué decirle. Le dije que me llamara. Me dijo que iba a intentarlo.

—¿Algo más?

—Una cosa. —Laura hizo una pausa—. Me dijo que si alguien me preguntaba por él, que dijera la verdad. Que no protegiera nada. Que la única cosa que le importaba era que cuando todo terminara yo supiera quién había sido él antes de ser el que fue.

Sara procesó eso.

—¿Le entendió?

—No del todo. —Una pausa—. Pero creo que estaba hablando del niño. Del niño que fue en ese orfanato. Creo que quería que yo supiera que ese niño existió.

Sara le dio las gracias. Le pidió el número de contacto. Le dijo que podría necesitar hablar con ella de nuevo y que si Andrade volvía a

llamarla o a aparecer que la llamara inmediatamente, a cualquier hora.

Colgó.

Miró la carretera.

Rubén no dijo nada. Había oído suficiente del lado de Sara como para entender el contorno de lo que Laura había dicho y era suficientemente inteligente como para saber que había momentos en que lo mejor era no añadir nada.

Sara pensó en el cuaderno.

Pensó en las ciento doce páginas y en los nombres y las fechas y las matrículas. Pensó en que entre todas las entradas que Nico había hecho durante treinta y ocho años, desde los diez hasta los cincuenta y tres, debía de haber una sobre el chico mayor. El chico que había visto las mismas cosas que Nico había visto y que había elegido, o al que habían empujado a elegir, o al que no le habían dado opción de no elegir, un camino diferente.

Eran como yo.

Eso era lo que Andrade le había dicho a su hija sobre las personas a las que había ido a matar esa noche en Brihuega y no había podido.

Eran como yo.

Supervivientes de Santa Clara. Niños que habían crecido con el mismo peso y que habían construido vidas debajo de ese peso de la misma manera que se construyen todas las vidas: con lo que había.

Y Andrade era uno de ellos.

No en la lista de Nico como visitante. En la lista de los que habían estado dentro.

Uno de los cuarenta.

El que se había quedado cuando los demás habían escapado o habían sido dispersados por el sistema. El que había sido adoptado, encauzado, construido para ser útil a las mismas personas que habían organizado lo de Santa Clara. El arma perfecta: alguien que

lo había vivido, que nunca podía hablar, que había aprendido a funcionar al margen de lo que sentía porque lo que sentía era demasiado para sentirlo directamente.

Y esta noche, cuarenta y tres años después, había llegado a una puerta en un callejón de Brihuega y había dejado caer la ganzúa.

El teléfono vibró.

Número desconocido. El mismo número desconocido de antes.

Sara lo cogió.

—Montero.

La voz plana. La voz que no daba información con el tono.

—He oído que han detenido a Castaño.

—Sí.

—¿Y a los otros?

—A siete más. —Una pausa—. Entrégate, Andrade.

Silencio breve.

—Miguel —dijo él.

Sara tardó un segundo.

—Miguel.

—Eso es lo que quería decirle. —Una pausa—. No para el juicio. No para los abogados. Solo para que usted lo sepa. Me llamo Miguel y estuve en Santa Clara de los cuatro a los catorce años y lo que hice esta semana lo hice porque me dijeron que tenía que hacerlo y porque fui el tipo de persona que hace lo que le dicen porque no aprendió a tiempo a ser otro tipo de persona.

Sara esperó.

—¿Qué quiere? —dijo.

—Quiero que cuando se cuente la historia de Santa Clara, la historia empiece en 1979 y no en 2024. Que no sea solo la historia de seis muertos y ocho detenidos. Que sea la historia de lo que ocurrió en

ese edificio y de quién lo organizó y de cuánto tiempo lleva el Estado sabiendo que ocurrió y no haciendo nada.

—Eso es lo que va a ocurrir de todas formas.

—No sin un testigo que haya estado dentro. —Una pausa—. Castaño tiene dinero y abogados y treinta años de contactos. Va a construir una versión donde Santa Clara fue una anomalía, un incidente aislado, algo que ocurrió sin que nadie en posición de responsabilidad supiera nada. —Otra pausa—. Yo sé que no fue así.

Sara miró la carretera.

Madrid se acercaba. Las primeras luces del extrarradio.

—Si se entrega esta noche —dijo Sara— y declara ante el fiscal Iturriaga, yo me aseguro de que su declaración sobre Santa Clara forma parte del expediente principal. No de un expediente separado. Del mismo expediente que manda a Castaño a juicio.

Un silencio largo.

—¿Puede garantizar eso?

—Puedo garantizar que lo voy a intentar con todo lo que tengo. —Una pausa—. Que es lo máximo que puede garantizar cualquiera que trabaje dentro de un sistema.

Otro silencio.

—Dígame dónde.

PARTE III

Las Raíces

(Madrid — Invierno de 2024 / Primavera de 2025)

Capítulo 32

La entrega

Había elegido la glorieta del Ángel Caído.

No era un sitio que Sara hubiera elegido. Era oscuro a esa hora, las tres de la mañana de un domingo de diciembre, con los faroles del Retiro proyectando sombras largas sobre los caminos de gravilla y el estanque invisible al fondo y el ángel de bronce en lo alto de su pedestal mirando hacia abajo con esa expresión que los escultores del XIX creían que tenía la caída y que en realidad se parece más a la resignación que al horror.

Andrade estaba sentado en el banco de piedra frente a la estatua.

Rubén aparcó en la calle de Alfonso XII y esperó en el coche. No porque Sara se lo hubiera pedido sino porque lo había entendido solo: había momentos en que dos personas necesitaban el espacio sin testigos para establecer algo que luego pudiera sostenerse.

Sara cruzó la verja.

La gravilla crujió bajo sus pies. Andrade no se movió al oírla. Esperó con las manos sobre las rodillas y la mirada fija en la estatua, en el ángel de bronce que cae y que lleva cayendo desde 1878 sin llegar nunca al suelo.

Sara se detuvo a dos metros.

Lo miró.

Tenía cincuenta y dos años. Eso lo sabía del expediente. Pero los cincuenta y dos años de Andrade no eran los cincuenta y dos años de cualquier hombre: eran los de alguien que ha pasado cuatro décadas viviendo al margen de lo que sentía, y eso deja una marca específica que no es la marca del tiempo sino la del vaciado. La cara plana, los rasgos que en otra persona habrían resultado agradables, los ojos claros que en la oscuridad del parque parecían casi grises.

No llevaba arma. Sara lo había pedido como condición y él lo había aceptado sin discutir.

—El ángel caído —dijo Sara.

—Es el único ángel del mundo que representa a Lucifer —dijo Andrade, sin apartar la vista de la estatua—. Lo pusieron aquí sin saber exactamente lo que estaban poniendo. Los académicos de Bellas Artes de 1877 creyeron que era una alegoría del mal vencido. —Una pausa—. Pero si lo miras bien, no parece vencido. Parece que está pensando en lo que hará a continuación.

Sara no dijo nada.

Andrade levantó la vista hacia ella.

—¿Ha traído esposado o sin esposar?

—Sin esposado.

—¿Por qué?

—Porque llegará esposado al juzgado de todas formas. —Sara lo miró—. Y porque había ciertas cosas que quería preguntarle antes de que hubiera abogados en la sala.

Andrade asintió.

Se levantó.

Era más alto de lo que Sara había imaginado. Ancho de hombros, con la postura de alguien que ha aprendido a ocupar el espacio justo que necesita y no más. Llevaba ropa oscura, sin marca, el tipo de ropa que no llama la atención porque fue elegida exactamente para eso.

—¿Puedo hacer una cosa antes de que vayamos? —dijo.

Sara esperó.

Andrade se volvió hacia la estatua. La miró durante cinco segundos con una expresión que Sara no habría sabido nombrar. Luego se volvió de nuevo hacia ella.

—Ya —dijo.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, febrero de 1982

Los Andrade llegaron un martes.

El matrimonio Andrade: él ingeniero de caminos, ella maestra jubilada, los dos sin hijos propios, los dos en esa etapa de la vida en que la casa grande se vuelve elocuente de una manera que resulta difícil de ignorar. Habían pasado por el Patronato, habían pasado por las visitas supervisadas, habían pasado por los formularios y los informes psicológicos y todo el aparato que el sistema interpone entre los niños y las personas que dicen querer cuidarlos.

El chico que esperaba en el despacho de Sor Asunción tenía catorce años y una mochila con todo lo que era suyo dentro.

No era mucho: un jersey de más, los cuadernos del colegio, un libro que le había dado un monitor del centro provisional donde había estado los últimos meses, y el cuaderno verde que no era de los cuadernos del colegio y que no entró en la mochila sino debajo de la ropa, contra el cuerpo, porque había cosas que uno no pone en una mochila cuando no sabe todavía si puede confiar en el sitio al que va.

Los señores Andrade eran personas amables.

Eso fue lo primero que Miguel evaluó cuando entró en el despacho: la amabilidad. La amabilidad de los adultos era el primer dato porque la amabilidad podía ser de dos tipos, y distinguir los dos tipos era una de las habilidades que Santa Clara había enseñado sin querer enseñarla.

La amabilidad de los señores Andrade era del tipo que no quiere nada a cambio. Era la amabilidad torpemente expresada de personas que no saben exactamente cómo relacionarse con un adolescente de catorce años que lleva diez en un orfanato, pero que lo intentan de buena fe.

Miguel lo evaluó en tres minutos y decidió que podía trabajar con eso.

Cuando salieron del edificio, Miguel se detuvo en el umbral.

Miró el patio.

No había nadie. Era mediodía y los niños estaban en clase y el patio estaba vacío con su árbol en el rincón y el banco de piedra donde se sentaba Nico y la puerta lateral del edificio por donde dos meses antes dos niños habían salido a la calle y ya no habían vuelto.

No sintió nada que pudiera nombrar.

Lo que sí hizo, antes de cruzar el umbral, fue tomar una decisión.

No volvería.

No porque fuera un lugar malo para él, exactamente. Sino porque los lugares de los que uno sale no se pueden volver a entrar de la misma manera. Y él necesitaba, con la urgencia específica de los catorce años, ser alguien que salía hacia adelante.

Cruzó el umbral.

El señor Andrade le puso la mano en el hombro un momento, brevemente, sin apretar.

Miguel no se apartó.

* * *

En el coche, de vuelta hacia Madrid por la M-40, Andrade habló durante veinte minutos sin que Sara le preguntara nada.

No era una declaración. Era lo que se acumula durante cuarenta años sin tener un lugar donde depositarlo y que cuando encuentra un canal sale con la presión de todo ese tiempo. Sara dejó que saliera. Grabó desde el primer momento con el teléfono sobre el salpicadero, no porque esa grabación fuera admisible en juicio sino porque quería tener el mapa antes de entrar en el laberinto.

Andrade habló de los hombres que venían de noche.

No de todos: de los que recordaba con suficiente precisión. Tres caras. Dos voces. Un olor específico que durante décadas lo había perseguido en lugares aparentemente aleatorios —un perfume en el

metro, el humo de un tipo concreto de tabaco en un restaurante— y que ahora podía identificar como el olor de esas noches.

Habló de Sor Asunción.

—No era crueldad —dijo—. Eso es lo que más tardé en entender. No era crueldad en el sentido de que disfrutara. Era convicción. Creía que lo que hacía era parte de un orden. Que los niños del orfanato eran una categoría de persona para la que las reglas normales no aplicaban de la misma manera. —Hizo una pausa—. Los hombres que venían tampoco eran sádicos, la mayoría. Eran hombres con posiciones y con la certeza de que su posición los hacía intocables. —Otra pausa—. Eso es más aterrador que la crueldad. La crueldad se puede nombrar. Lo otro es invisible.

Sara miró la carretera.

—¿A Castaño lo recuerda?

—Sí.

—¿Del orfanato?

—Del orfanato y de después. —Una pausa—. Castaño fue el que gestionó mi adopción. No directamente: a través de contactos en el Patronato. Me colocó con los Andrade porque los Andrade eran personas sin conexiones políticas y sin curiosidad excesiva, y porque alguien que había crecido en Santa Clara y que llevaba el apellido de una familia discreta era un activo potencial.

Sara lo miró por el espejo retrovisor.

—¿Activo?

—No lo sabía entonces. Lo fui entendiendo con los años. La estructura que organizaba las visitas a Santa Clara no desaparecía cuando los niños salían. Seguía. Y algunas de esas personas mantenían un interés en los niños que habían salido, especialmente en los que tenían cierto perfil. —Una pausa—. El perfil era: sin familia verificable, con capacidad de adaptación, sin tendencia a hacer preguntas en voz alta.

—El perfil era usted.

—Sí.

Rubén giró hacia la glorieta de Atocha.

Madrid a las tres y media de la madrugada tenía esa calidad específica de las ciudades cuando la mayoría de la gente duerme y la que no duerme tiene razones que no compartiría fácilmente: los conductores de furgonetas de reparto, los trabajadores del turno de noche, los que no pueden dormir y los que no quieren.

—¿Cuándo empezó a trabajar para Castaño directamente? —dijo Sara.

—A los treinta y dos años. Llevaba cinco como detective privado. Me contactó a través de un intermediario. —Una pausa—. Al principio no era esto. Al principio era vigilancia, seguimiento, información. El tipo de trabajo que hace cualquier detective para cualquier cliente con suficiente dinero y suficientes razones para querer saber cosas de personas específicas.

—¿Y cuándo cambió?

Andrade tardó en responder.

—Cuando encontré la primera entrada del cuaderno de Nico en una base de datos filtrada que alguien había comprado. —Una pausa—. Castaño supo del cuaderno antes que nadie. Supo que existía y supo que existían supervivientes de Santa Clara que podían dar testimonio. Y decidió que la única manera de gestionar ese riesgo era eliminar el riesgo.

—¿Y usted aceptó?

Silencio.

—Acepté porque me dijo que yo también estaba en la lista. —La voz seguía plana, pero había en ella algo que no había estado antes: la textura de algo que cuesta decirse a uno mismo aunque se sepa desde hace tiempo—. Me dijo que si la historia de Santa Clara salía, mi nombre saldría con ella. Que no como víctima sino como el chico mayor que había seguido viviendo bien mientras los demás llevaban

décadas aguantando. —Una pausa—. No era verdad, exactamente. Pero contenía suficiente verdad como para que funcionara.

Sara procesó eso.

La trampa perfecta: amenazar a la víctima con su propia historia. Usar el peso de lo que le habían hecho para convertirlo en el instrumento de lo que querían hacer.

Rubén tomó la calle de Atocha hacia el norte.

Y entonces Sara vio las cámaras.

Había cinco o seis periodistas delante de la comisaría de Lope de Vega, con las cámaras levantadas y los focos encendidos en la oscuridad de la madrugada. Uno de los cámaras vio el coche de Sara y dijo algo a los demás y todos se giraron.

—Marcos —dijo Sara en voz baja.

Las fotos de Barcelona. La historia.

Rubén redujo la velocidad.

—¿Entramos?

Sara miró a Andrade por el retrovisor. Andrade miraba las cámaras con la misma expresión con que había mirado la estatua del Retiro: la de alguien que ha llegado a un punto que sabía que iba a llegar y que se pregunta, ahora que está aquí, qué se supone que tiene que sentir.

—Entramos —dijo Sara—. Por la puerta de atrás.

El teléfono vibró.

Iturriaga.

—La historia está publicada —dijo el fiscal sin preámbulo—. El digital de Ibáñez lleva cuarenta minutos en línea. Fotos, nombres, Santa Clara. En una hora lo tienen todos los medios nacionales.

—Lo sé. Estoy delante de la comisaría.

—¿Con Andrade?

—Con Andrade.

Una pausa breve.

—La Fiscalía General ha llamado hace diez minutos —dijo Iturriaga. Su voz había cambiado ligeramente. No de tono: de peso—. El fiscal general en persona. Quiere ser informado del desarrollo del caso antes de las nueve de la mañana.

Sara miró las cámaras al otro lado de la ventanilla.

El fiscal general. El más alto de la cadena en la que ella era un eslabón muy pequeño y muy expuesto.

—¿Es buena noticia o mala noticia? —dijo.

—Depende de lo que quiera —dijo Iturriaga—. Y eso todavía no lo sé.

Capítulo 33

El fiscal general

La sala de declaraciones de la comisaría de Lope de Vega tenía un espejo unidireccional del tamaño de una ventana pequeña.

Sara llevaba veinte minutos al otro lado.

Dentro, Andrade estaba sentado frente a Iturriaga con las manos sobre la mesa y el abogado de oficio a su izquierda, un hombre de unos cuarenta años que había llegado con el pelo sin peinar y la corbata hecha a mano en el coche y que desde el primer minuto había intentado pausar la declaración dos veces y las dos veces Andrade lo había mirado de una manera que lo había hecho callarse.

Andrade no quería que lo detuvieran.

Quería declarar.

Iturriaga era meticuloso de una manera que Sara respetaba: no iba al grano inmediatamente, construía el contexto, establecía la línea temporal desde el principio porque sabía que una declaración sin contexto era un edificio sin cimientos que cualquier abogado defensor podía derrumbar con la pregunta correcta. Había empezado por los años en el orfanato. Había pasado por la adopción. Había llegado despacio, con paciencia de geólogo, a los primeros contactos con la estructura de Castaño.

Andrade respondía a todo.

Con esa voz plana que no daba entonación a las cosas pero que en la precisión de los datos —fechas, lugares, nombres, conversaciones específicas recordadas con una exactitud que solo tienen los recuerdos que uno ha repasado muchas veces en la oscuridad— construía algo que era más sólido que cualquier emoción.

Rubén apareció en el pasillo con dos cafés.

—El delegado del fiscal general está abajo —dijo.

Sara cogió el café.

—¿Cómo se llama?

—Bermejo. Subdirector de la Fiscalía de lo Penal. —Una pausa—. Ha venido con dos personas más. Uno es un técnico jurídico y el otro es alguien que no ha dado su nombre pero que lleva un traje que cuesta más de lo que yo gano en dos meses.

Sara miró a través del espejo. Iturriaga le estaba preguntando a Andrade por el primer encargo concreto que había recibido de Castaño. Andrade respondía con la misma voz de siempre.

—Dile a Bermejo que subo en diez minutos.

—¿Quieres que me quede yo aquí?

—Sí. Si pasa algo dentro que necesito saber, llámame.

Rubén asintió y ocupó el sitio de Sara frente al espejo.

Sara bajó las escaleras con el café en la mano.

* * *

Diócesis de Madrid, 1984

La carta se redactó en febrero.

No fue una carta que escribiera el vicario solo. Fue el resultado de tres reuniones a lo largo de enero, con cinco personas presentes en distintas combinaciones, en despachos distintos, de manera que ninguna de esas personas pudiera decir después que había estado presente en el momento en que se tomó la decisión principal.

Eso también era una habilidad: tomar decisiones sin que nadie pudiera ubicarse en el momento exacto en que se tomaron.

El vicario Larralde firmó el documento final un martes por la tarde.

El documento decía, en el lenguaje cuidadosamente ambiguo que usan los documentos institucionales cuando quieren registrar algo sin registrarlo exactamente, que la Diócesis había recibido comunicación de irregularidades en la gestión del centro Santa Clara de Miraflores y que había procedido a tomar las medidas pastorales

correspondientes, incluyendo la reasignación de la dirección del centro y la supervisión reforzada de las instalaciones.

No decía qué irregularidades.

No decía quiénes las habían cometido.

No decía que los niños hubieran sufrido nada.

El documento existía para poder ser mostrado en el futuro como prueba de que la institución había actuado. No de que hubiera actuado bien, ni de que hubiera actuado suficientemente: solo de que había actuado. Que había un papel con una fecha y una firma que demostraba que alguien, en algún momento, había sabido y había hecho algo.

El vicario Larralde guardó una copia en el archivo de la Diócesis.

Otra copia fue al archivo del Patronato de Protección de Menores.

Nadie preguntó por esas copias durante treinta y ocho años.

* * *

El subdirector Bermejo tenía cincuenta y cinco años, el físico de quien ha pasado décadas en despachos y el tono de quien ha aprendido que la autoridad no necesita levantarse para hacerse notar.

Estaban en la sala de reuniones de la planta baja. El técnico jurídico tenía un portátil abierto. El hombre sin nombre estaba sentado un poco apartado de los demás, con las piernas cruzadas y la expresión de alguien que está ahí para observar y que no necesita que nadie le explique lo que está observando.

—Inspectora Montero —dijo Bermejo—. El fiscal general quiere que el procedimiento de esta investigación sea revisado antes de que se formalicen los cargos esta mañana.

Sara se sentó.

—¿Revisado en qué sentido?

—En el sentido de asegurarse de que todo lo que ha ocurrido en las últimas horas cumple estrictamente con los estándares procesales

que van a hacer que los cargos sean inatacables. —Bermejo hizo una pausa—. El fiscal general es muy consciente de la dimensión pública de este caso. Quiere garantizar que cuando esto llegue a juicio, no haya ningún defecto de forma que permita a la defensa cuestionar las bases de la acusación.

Sara lo miró.

—¿Está usted cuestionando el procedimiento?

—Estoy preguntando por él.

—Tenemos orden de entrada y registro firmada por la magistrada Aldecoa. Tenemos la cadena de custodia del documento central del caso. Tenemos declaraciones voluntarias de dos de los detenidos, una en curso. —Sara cogió el café—. ¿Qué parte concreta quiere revisar?

Bermejo no respondió de inmediato.

—El declarante actual —dijo—. Andrade. ¿Tiene representación letrada?

—Abogado de oficio presente desde el inicio de la declaración.

—¿La declaración fue iniciativa suya o fue el resultado de...?

—Fue iniciativa suya. Se entregó voluntariamente. Hay una grabación desde el primer momento que lo documenta.

Bermejo asintió despacio.

El hombre sin nombre, en la silla apartada, no había dicho nada. Seguía observando con esa atención específica de quien no necesita intervenir porque entiende que su presencia ya es suficiente intervención.

Sara lo miró directamente.

—¿Y usted? —dijo.

El hombre sin nombre la miró.

Tenía unos sesenta años. La cara de quien ha tenido durante mucho tiempo el tipo de trabajo que no se describe en detalle en las cenas sociales.

—Observo —dijo.

—¿En representación de quién?

Una pausa.

—Del interés general.

Sara se levantó.

—El fiscal Iturriaga está disponible para responder cualquier pregunta de carácter procesal cuando termine la declaración en curso. Calculamos que eso ocurre en unas dos horas. —Miró a Bermejo—. Si el fiscal general tiene preocupaciones adicionales, le sugiero que las canalice a través de Iturriaga y no a través de mí. Yo soy inspectora de Homicidios. Él es el fiscal del caso.

Bermejo la miró.

—Inspectora.

—¿Sí?

—El fiscal general le manda decir que el trabajo de esta semana ha sido... notable.

Sara lo miró un momento.

—Dígale que ha sido el trabajo de cuarenta y tres años. Los últimos siete días han sido solo los últimos siete días.

Salió de la sala.

* * *

Volvió al espejo unidireccional a las cuatro y veinte.

Iturriaga había llegado a 2019 en la línea temporal de Andrade. Estaba preguntando por los años anteriores a la semana que acababa de terminar: cómo había funcionado la estructura de vigilancia de los supervivientes, cómo habían llegado a saber que Nico tenía el cuaderno, qué había pasado con los supervivientes que habían desaparecido del radar en los años anteriores a la semana de los seis homicidios.

Andrade respondía.

Los supervivientes que habían desaparecido, dijo, no habían sido eliminados en todos los casos. Algunos habían recibido visitas. Había un proceso previo: primero localización, luego evaluación del riesgo que representaban, luego, en algunos casos, una gestión que no era la eliminación sino la presión. Dinero, en algún caso. Amenazas en otros. La eliminación física era el último recurso, el que se activaba cuando el riesgo era verificable y la persona en cuestión no podía ser manejada de otra manera.

—¿Quién tomaba esas decisiones? —dijo Iturriaga.

—Las tomaba Castaño. —Andrade hizo una pausa—. Con excepciones.

—¿Qué excepciones?

Andrade miró la mesa.

Ese era el primer momento, en más de una hora de declaración, en que Andrade miraba la mesa en lugar de mirar a Iturriaga.

Sara se acercó al espejo.

—Hubo decisiones que Castaño no tomó solo —dijo Andrade—. Para las decisiones más sensibles, las que implicaban a personas con perfil público o que podían generar atención mediática, Castaño consultaba.

—¿Con quién consultaba?

Un silencio.

—Con alguien por encima de él.

Iturriaga no cambió de postura. No se inclinó hacia adelante, no abrió los ojos de manera visible. Pero Sara, que lo conocía desde hacía doce horas y ya había aprendido a leer sus silencios, supo que estaba conteniendo algo.

—¿Hay alguien por encima de Castaño en la estructura? —dijo Iturriaga.

—Hay alguien que estaba por encima de todos en 1981 y que ha seguido estando por encima desde entonces de una manera que

nunca fue visible porque las personas visibles son las que caen. —Andrade levantó la vista de la mesa—. Castaño organizó las visitas a Santa Clara. Pero alguien le dio autorización para organizarlas. Alguien que tenía suficiente posición para garantizar que el Patronato, la Diócesis y el Ministerio no harían preguntas.

—¿Tiene nombre?

Andrade lo miró.

—Tiene nombre, tiene cargo y tiene setenta y cuatro años. —Una pausa—. Y lleva en activo desde 1979.

El abogado de oficio se inclinó hacia Andrade y dijo algo en voz baja. Andrade lo escuchó. Asintió levemente. Y luego, mirando a Iturriaga, dijo el nombre.

Sara no lo oyó a través del espejo. El espejo era unidireccional pero el audio no llegaba con claridad cuando la voz era baja.

Pero vio a Iturriaga.

Vio la cara del fiscal en el momento en que escuchó el nombre.

Y en esa cara, en ese hombre que llevaba doce años esperando exactamente este momento y que había aprendido a no gastar nada antes de tiempo, Sara vio algo que no había visto todavía: la fracción de segundo en que el control cede y lo que hay debajo es algo muy parecido al asombro.

Sara fue hacia la puerta.

Entró en la sala de declaraciones.

Iturriaga la miró.

—Inspectora, esto es una declaración en curso...

—Lo sé. —Sara se sentó en la silla vacía junto a la pared—. Necesito escuchar el nombre.

Iturriaga la miró durante dos segundos. Luego miró a Andrade.

Andrade la miró a ella.

—Rafael Montes Cañas —dijo.

Sara procesó el nombre.

Lo conocía. Cualquiera que hubiera seguido la política española en los últimos cuarenta años lo conocía: Rafael Montes Cañas, jurista, académico, dos veces ministro en dos gobiernos distintos de dos partidos distintos, el tipo de figura que trasciende las adscripciones partidistas porque su autoridad no viene de un partido sino de una reputación construida durante décadas en comisiones, consejos y tribunales internacionales.

Setenta y cuatro años. En activo. Asesor del Gobierno en materias de derecho constitucional desde hacía tres años.

—¿Tiene pruebas? —dijo Sara.

—Tengo su voz —dijo Andrade—. En una conversación de 2017 que grabé porque aprendí a grabar todo cuando entendí que los acuerdos verbales son los primeros que se niegan. —Una pausa—. El archivo está en un servidor en el extranjero con instrucciones de publicación automática si no cancelo la orden cada setenta y dos horas.

Silencio en la sala.

El abogado de oficio miraba la mesa.

Iturriaga miraba a Andrade.

Sara miró el reloj.

Las cuatro y cuarenta y siete de la madrugada de un domingo.

Fuera, en la calle, las cámaras de los periodistas seguían encendidas.

Y en algún servidor en algún lugar del mundo, un archivo de audio esperaba su señal.

Capítulo 34

El archivo

El técnico de la Brigada Tecnológica llegó a la comisaría a las cinco y cuarto.

Se llamaba Dávila y tenía treinta años y la energía nerviosa de alguien a quien han sacado de la cama un domingo por la madrugada para hacer algo que puede o no puede hacerse dependiendo de factores que todavía no conoce. Entró en la sala con un portátil bajo el brazo y un cable de red en el bolsillo y la expresión de quien necesita datos antes de opinar.

Andrade le dio los datos.

Un servidor en Suecia, alojado bajo un proveedor conocido por su política de no cooperación con solicitudes gubernamentales que no pasaran por el proceso legal específico del país. Una carpeta con doce archivos. Una contraseña de cuatro fragmentos que Andrade recitó de memoria sin vacilar, como quien recita el número de su propio teléfono.

—¿La contraseña activa también el contador? —dijo Dávila.

—El contador se cancela con la contraseña. Si no cancelo la orden cada setenta y dos horas desde el dispositivo registrado, los archivos se publican automáticamente en cinco sitios distintos.

—¿Qué dispositivo está registrado?

—Un teléfono de prepago. —Andrade miró a Sara—. Está en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Está en la bolsa de efectos personales que me recogieron al entrar.

Sara llamó a Rubén.

Tres minutos después, Rubén entró con la bolsa de efectos y sacó el teléfono: un modelo básico, sin marca visible, del tipo que se

compra en cualquier estación de servicio y que no requiere registro de identidad.

Dávila lo conectó al portátil.

—¿Tiene contraseña de bloqueo?

—Cuatro ceros —dijo Andrade.

Dávila desbloqueó el teléfono. Miró la pantalla durante un momento. Luego miró a Andrade.

—El contador marca cincuenta y seis horas —dijo.

—Sí. Lo cancelé ayer antes de salir de Madrid.

—¿Antes de ir a Brihuega?

Andrade la miró.

—Antes de ir a Brihuega.

Sara procesó eso. Un hombre que cancela el contador de publicación automática antes de ir a hacer lo que había ido a hacer. No porque esperara fallar. Sino porque, en algún nivel que quizás él mismo no había podido nombrar hasta ese momento, había decidido que si fallaba, la información salía de todas formas.

—Acceda al servidor —dijo Sara a Dávila.

Dávila escribió durante cuarenta segundos. La conexión tardó más de lo habitual porque el servidor estaba enrutado a través de tres nodos intermedios y el proveedor sueco no era precisamente optimizado para velocidad.

—Dentro —dijo Dávila.

La carpeta tenía doce archivos. Once eran documentos en PDF. Uno era un archivo de audio de cuarenta y dos minutos.

* * *

Madrid, junio de 1981

Rafael Montes Cañas tenía treinta y un años y acababa de ser nombrado secretario técnico de la Comisión de Reforma del Código

Civil.

Era un cargo que no aparecía en los periódicos y que sin embargo tenía más influencia práctica sobre el ordenamiento jurídico español que muchos cargos que sí aparecían. Era el tipo de cargo para el que te eligen cuando llevan cinco años observándote y han llegado a la conclusión de que eres el tipo de persona que entiende que las instituciones funcionan exactamente porque hay personas dispuestas a gestionar las fricciones que las instituciones generan.

La reunión fue en un despacho del Ministerio de Justicia.

No era una reunión con acta ni con convocatoria formal. Era el tipo de reunión que ocurre cuando tres personas con agenda coinciden en que hay un asunto que gestionar y que la gestión es mejor hacerla en privado.

Uno de los tres hombres era el director general del Patronato de Protección de Menores.

El otro era el vicario Larralde.

El tercero era Montes Cañas.

El asunto que gestionar era un orfanato en Carabanchel y ciertas actividades que ocurrían en ese orfanato y que habían llegado al conocimiento de personas que podían generar problemas si no se establecía el marco correcto de gestión.

Montes Cañas no preguntó qué actividades.

No porque no quisiera saberlo: porque entendió, con la rapidez de quien aprende deprisa, que no saber exactamente qué actividades era parte de su función en esa sala. Su función era garantizar que el marco jurídico que protegía al Patronato y a la Diócesis fuera lo suficientemente sólido como para resistir cualquier tipo de cuestionamiento posterior.

Lo garantizó.

No dijo nada que pudiera grabarse ni escribirse.

Asintió dos veces, hizo una observación técnica sobre los registros del Patronato y el acceso a la documentación de menores tutelados,

y cuando salió de esa reunión era el mismo hombre que había entrado pero con un conocimiento adicional que nunca compartiría y que durante cuarenta y tres años le pesaría exactamente lo necesario para no poder olvidarlo completamente.

Los hombres que cargan con ese tipo de peso desarrollan una habilidad específica: la de compartimentar. De poner las cosas en cajas separadas dentro de la cabeza y no abrir las cajas que no necesitan abrirse.

Rafael Montes Cañas había pasado cuarenta y tres años siendo excelente en eso.

* * *

A las cinco y cuarenta, en un piso del barrio de Salamanca con vistas a la calle Jorge Juan, Rafael Montes Cañas estaba sentado en su sillón de lectura con el teléfono en la mano y la pantalla encendida con la noticia que llevaba leyendo desde las cuatro de la madrugada.

La foto de Castaño con Andrade en el hotel de Barcelona. El titular del digital de Marcos Ibáñez: *El candidato a presidir el CGPJ reunido con el principal sospechoso de seis homicidios en Barcelona*.

El artículo mencionaba Santa Clara. Mencionaba el cuaderno. Mencionaba los ocho detenidos en una finca de Valdemoro.

No mencionaba su nombre.

Todavía.

Montes Cañas llevaba cuarenta y tres años siendo un hombre que calculaba bien. Había calculado bien en 1981, había calculado bien en 1984, había calculado bien en los dos momentos intermedios en que la historia de Santa Clara había asomado brevemente a la superficie y había sido empujada de vuelta hacia abajo con la herramienta correcta en el momento correcto.

Ahora calculaba de nuevo.

La variable que no podía calcular era Andrade.

Andrade lo sabía. Andrade era el único que lo sabía de manera directa, verificable, con fechas y conversaciones concretas. Había tenido esa conversación con Andrade en 2017 porque Castaño se lo había pedido: *necesito que le expliques el marco, que le expliques por qué la estructura es sólida, que le expliques que no hay manera de que esto salga porque los que pueden sacarlo están protegidos desde arriba.*

Y él se lo había explicado.

Porque creía que Andrade era seguro.

Porque Castaño le había dicho que Andrade era seguro.

Marcó un número en el teléfono.

Tardó cuatro tonos en contestar.

—Bermejo —dijo la voz al otro lado.

—¿Cómo está la situación?

—Bajo control, de momento. He estado en comisaría. La fiscal, Iturriaga, es meticuloso pero tratable. La inspectora es otro asunto.

—¿Qué pasa con la inspectora?

—Que no es tratable. —Una pausa—. Montes, hay una cosa más.

—¿Qué?

—Andrade está declarando.

Silencio.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—Casi dos horas.

Otro silencio.

Montes Cañas miró por la ventana. La calle Jorge Juan a las seis menos cuarto de la mañana de un domingo era una calle vacía con los árboles quietos y el primer gris del amanecer empezando en el extremo oriental del cielo.

—¿Hasta dónde ha llegado?

—No lo sé todavía. Mi hombre dentro no ha podido...

—Averígualo.

Colgó.

* * *

El archivo de audio duró cuarenta y dos minutos.

Dávila lo transfirió al sistema de la comisaría y Sara e Iturriaga lo escucharon en la sala pequeña con la puerta cerrada mientras Andrade esperaba con el abogado de oficio en la sala de declaraciones.

La grabación era de 2017. La calidad era buena: Andrade había usado un dispositivo profesional, no un teléfono, y había elegido el momento con cuidado. Una reunión en un despacho, sonido ambiental mínimo.

Tres voces.

La primera era Castaño. La segunda era Montes Cañas.

La tercera tardó varios minutos en aparecer en la grabación. Cuando apareció, Sara escuchó dos frases antes de reconocerla.

Era suficiente.

Miró a Iturriaga.

Iturriaga tenía los ojos fijos en el reproductor de audio en la pantalla del portátil de Dávila, con esa concentración específica de quien está escuchando algo por primera vez y ya sabe que va a tener que escucharlo muchas veces más.

La tercera voz siguió hablando.

Decía que la prioridad era asegurarse de que cualquier investigación que pudiera surgir en el futuro relacionada con los hechos de Santa Clara pasara por los canales correctos. Que los canales correctos eran los que él podía garantizar desde su posición. Que su posición, en ese momento y en el futuro previsible, era suficientemente sólida para eso.

—¿Quién es? —dijo Sara, aunque ya lo sabía.

Iturriaga pausó el audio.

La miró.

—Es Bermejo —dijo.

El subdirector de la Fiscalía de lo Penal. El hombre que había llegado esta noche a la comisaría con un técnico jurídico y un hombre sin nombre, supuestamente en representación del fiscal general, supuestamente para revisar el procedimiento.

No para revisar el procedimiento.

Para saber cuánto sabían.

Sara pensó en las dos horas que Bermejo había estado en el edificio. En las preguntas sobre el procedimiento. En la mención de Andrade y de su representación letrada.

Estaba intentando establecer si Andrade había hablado ya.

—¿Sigue aquí? —dijo Sara.

Iturriaga miró el reloj.

—No lo sé.

Sara salió de la sala.

Bajó las escaleras a paso rápido. La sala de reuniones de la planta baja estaba vacía. En el mostrador de recepción, el agente de guardia levantó la vista.

—Los tres hombres que llegaron antes —dijo Sara—. Los que estaban en la sala de reuniones.

—Se fueron hace media hora, inspectora.

—¿Media hora?

—Poco después de que usted subiera.

Sara procesó el tiempo. Media hora. Justo cuando Andrade empezaba a hablar del nombre de Montes Cañas.

Alguien les había avisado de que la declaración estaba llegando a ese punto.

—¿Tienes la matrícula del coche?

El agente buscó en el registro de entrada.

—Aquí está. —Le pasó el papel.

Sara fotografió la matrícula y subió las escaleras.

Llamó a Rubén.

—Localiza este coche. —Le pasó la matrícula—. Necesito saber adónde fue.

—¿Ahora?

—Ahora.

Entró en la sala donde estaba Iturriaga.

El fiscal la miró.

—Bermejo se fue cuando empezamos a hablar de Montes Cañas —dijo Sara—. Alguien dentro del edificio le avisó.

Iturriaga cerró el portátil.

Se levantó.

Tenía la cara de alguien que acaba de recalcular el tamaño de lo que tiene delante y el resultado es mayor de lo que había calculado antes.

—Necesito llamar al fiscal general en persona —dijo—. No a través de Bermejo. Directamente.

—¿A las seis de la mañana de un domingo?

—Sí. —Iturriaga cogió el teléfono—. Porque si no lo llamo yo primero, lo llama Bermejo. Y Bermejo tiene veinte minutos de ventaja.

Marcó.

Esperó.

Al otro lado, después de cuatro tonos, una voz de alguien a quien le acaban de despertar dijo su nombre con el tono de quien sabe que las llamadas a esta hora no son llamadas de buenas noticias.

Iturriaga habló durante noventa segundos.

Luego escuchó.

Sara miró el reloj. Las seis y doce de la mañana. Fuera, el primer domingo de diciembre estaba empezando a insinuarse en el cielo sobre Madrid con ese gris frío que precede a la luz.

Iturriaga colgó.

La miró.

—El fiscal general no sabía nada de la visita de Bermejo —dijo.

Sara tardó un segundo.

—¿Nada?

—Bermejo no le consultó. Vino por su cuenta. —Una pausa—. El fiscal general quiere a Bermejo en su despacho a las ocho.

Sara se sentó.

Pensó en el hombre sin nombre que había estado en la sala de reuniones con Bermejo. El que llevaba el traje caro y había dicho que estaba ahí para observar en representación del interés general.

—El tercer hombre que vino con Bermejo —dijo—. ¿Sabes quién era?

Iturriaga negó con la cabeza.

Sara cogió el teléfono y llamó al agente de guardia.

—El hombre que entró con Bermejo. El que no dio nombre. ¿Lo registraron en la entrada?

—Tenemos el DNI de los tres, inspectora. Es procedimiento.

—Necesito el del tercero.

Treinta segundos.

El agente le leyó el nombre.

Sara lo buscó en el sistema.

La pantalla le devolvió una ficha con fotografía y cargo.

Miró la foto durante tres segundos.

Luego la giró hacia Iturriaga.

Era el jefe de gabinete de Rafael Montes Cañas.

Capítulo 35

El amanecer

Montes Cañas hizo la maleta en catorce minutos.

Era una maleta que había hecho muchas veces: los viajes a Bruselas, a Ginebra, a los foros internacionales donde se habla de derecho constitucional comparado y donde los hombres como él son escuchados con el respeto que da haber construido una reputación durante décadas en la materia más abstracta y más real al mismo tiempo. Una maleta pequeña, de cabina, con el contenido mínimo que necesita un hombre que sabe viajar: tres camisas, dos trajes, documentación esencial.

El pasaporte estaba en el cajón del escritorio del despacho.

Tenía dos pasaportes. Uno ordinario, el que usaba para los viajes profesionales. Uno diplomático, cortesía de un cargo honorífico en una comisión internacional de reforma jurídica que llevaba once años renovándose automáticamente porque nadie en el Ministerio de Exteriores había tenido razón para revisarlo.

Cogió el diplomático.

Pensó durante cuatro segundos.

Lo devolvió al cajón y cogió el ordinario.

El pasaporte diplomático dejaba rastro en sistemas que el pasaporte ordinario no alcanzaba. Y en este momento los sistemas eran el problema, no la solución.

El vuelo a Zúrich salía a las siete y cuarenta. Tenía tiempo si salía en los próximos veinte minutos. Zúrich no era el destino, era el primer salto: desde Zúrich había conexión a Ginebra y desde Ginebra la distancia entre un hombre con recursos y un hombre inaccesible era una cuestión de gestión, no de posibilidad.

Había gestionado cosas más difíciles.

Llamó a un taxi desde la aplicación del teléfono porque los taxis de aplicación no requieren conversación.

Mientras esperaba, fue al escritorio y abrió el segundo cajón.

Dentro había una carpeta.

La sacó y la miró durante un momento sin abrirla. La había preparado hace tres años, cuando las cosas habían empezado a moverse en una dirección que no había podido detener del todo. Era un seguro. El tipo de seguro que prepara alguien que sabe que la única garantía real es tener algo que el otro necesita más de lo que necesita hundirte.

La dejó en el escritorio.

Si llegaba al punto de necesitarla, la forma de hacerla llegar al lugar correcto era un proceso que tenía diseñado desde hacía tiempo y que no requería su presencia física en Madrid.

Cogió la maleta.

Salió del piso.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, noviembre de 1981

La mañana después de la primera noche de coches, el desayuno fue puntual.

Eso era lo que recordaba Nico con más claridad cuarenta y tres años después: que el desayuno fue puntual. Que el pan estaba en la mesa a la hora de siempre y el café con leche en los vasos de siempre y Sor Remedios dando las instrucciones de siempre sobre hacer las camas antes de salir al patio.

El mundo no había cambiado de forma.

Eso era lo más preciso: que el mundo era exactamente el mismo que antes de la noche y que eso era la parte más difícil de entender para un niño de diez años que todavía creía que cuando algo horrible ocurre el mundo acusa el golpe de alguna manera visible. Que hay

una señal. Que la mañana siguiente es distinta de alguna forma que cualquiera puede ver.

No había señal.

El pan era el mismo. El café era el mismo. Las instrucciones de Sor Remedios eran las mismas.

Nico comió en silencio y miró a los demás.

La mayoría comía sin levantar la vista. Algunos de los más pequeños hablaban entre ellos de cosas de niños pequeños. El mayor de todos, el que Nico todavía no sabía cómo llamar porque nunca le había preguntado el nombre, estaba en su sitio habitual con la cara de siempre: la cara de nadie, la cara construida para no dar información.

Nico abrió el cuaderno por debajo de la mesa.

Escribió una fecha.

Luego escribió: *Anoche vinieron cuatro coches. No los vi entrar pero vi las luces desde la ventana del baño del segundo piso. Duró hasta las tres de la mañana. Por la mañana todo es igual.*

Cerró el cuaderno.

Todo es igual.

Eso era lo más importante de registrar. No lo que había pasado. Lo que pasaba después: que el mundo seguía girando como si nada hubiera pasado, y que eso era exactamente lo que necesitaban que ocurriera.

* * *

A las seis y cuarenta de la mañana, la comisaría de Lope de Vega olía a café recalentado y a la fatiga específica de las noches largas.

Sara llevaba veintitrés horas despierta.

No lo notaba de manera dramática: la notaba en la precisión del ojo, en que tardaba medio segundo más de lo habitual en procesar las frases cuando alguien hablaba rápido, en que el café que Rubén le

ponía delante ya no le sabía a nada específico sino a algo genéricamente caliente.

Iturriaga había llamado al fiscal general a las seis y diez.

A las seis y treinta y cinco, el jefe de gabinete de Montes Cañas —cuyo nombre en el DNI era Álvaro Prats Vilar y que llevaba desde las tres de la mañana en una sala de la comisaría sin haber pedido abogado todavía, lo cual era una señal de que o no entendía bien su situación o la entendía perfectamente y había tomado una decisión al respecto— pidió hablar con alguien.

Sara fue.

Prats Vilar tenía cuarenta y dos años y la cara de alguien que ha pasado la última hora y media pensando muy seriamente en las consecuencias de distintas líneas de acción y ha llegado a la conclusión de que la línea de acción que tiene peores consecuencias para él es seguir callado.

—Montes Cañas me llamó hace una hora —dijo.

Sara se sentó.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que fuera a su piso. Que cogiera una carpeta de su escritorio y que la destruyera. —Prats Vilar miró sus propias manos sobre la mesa—. Fui. Pero cuando llegué al edificio vi el coche patrulla en la puerta de al lado y di la vuelta.

—¿Había un coche patrulla?

—Un coche sin identificar, pero de los que se reconocen. —Una pausa—. Me fui. Y luego llamé a mi abogado. Y mi abogado me dijo que lo que Montes Cañas me había pedido que hiciera era obstrucción a la justicia.

—Su abogado tiene razón.

—Lo sé. —Prats Vilar la miró—. Por eso estoy hablando con usted.

—¿Sabe adónde fue Montes Cañas después de llamarle?

Prats Vilar tardó un momento.

—Dijo que tenía que hacer un viaje. Un viaje de trabajo urgente. Que estaría fuera unos días. —Una pausa—. Esas fueron sus palabras exactas: *unos días.*

Sara miró el reloj.

Las seis y cuarenta y dos.

El vuelo a Zúrich de las siete y cuarenta salía en menos de sesenta minutos.

Salió de la sala.

Llamó mientras caminaba hacia las escaleras.

—Rubén. Necesito que alguien contacte con el control de fronteras de Barajas ahora mismo. Rafael Montes Cañas, DNI —lo leyó de la pantalla del teléfono donde lo había buscado veinte minutos antes—, setenta y cuatro años. Si está en cualquier terminal con equipaje de mano, que lo retengan.

—¿Con qué autorización?

—Dile a Iturriaga que necesito una orden de retención preventiva en los próximos diez minutos. Que si no la tiene en diez minutos, que la pida de manera informal y que la orden formal llegue después.

—¿Puede hacerse así?

—Si el fiscal general está al teléfono con Iturriaga, puede hacerse así.

Colgó.

Siguió bajando las escaleras.

* * *

El taxi llegó al aparcamiento de la Terminal 4 de Barajas a las siete y seis.

Montes Cañas pagó en efectivo. No porque creyera que eso era suficiente para no dejar rastro —entendía los sistemas lo bastante para saber que el rastro existe aunque sea más difícil de leer— sino porque era lo más rápido.

La Terminal 4 a las siete de la mañana de un domingo tenía la tranquilidad relativa de los vuelos de primera hora: viajeros de negocios con el paso decidido, maletas de cabina, la eficiencia de quien hace esto regularmente y no necesita pensar en cada paso.

Montes Cañas era exactamente ese tipo de viajero.

Había sido ese tipo de viajero durante cuarenta años.

Fue al mostrador de facturación. No necesitaba facturar equipaje: la maleta era de cabina. Pero el proceso de presentación del billete en el mostrador antes del control de seguridad era un paso necesario para ciertos vuelos internacionales.

La mujer del mostrador miró el pasaporte.

Tecleó algo.

Miró la pantalla.

Tecleó de nuevo.

Montes Cañas esperó con la paciencia de quien ha aprendido que las esperas en los mostradores de aeropuerto son parte del proceso y no tienen significado específico.

La mujer del mostrador levantó la vista.

—Un momento, por favor. —Cogió el teléfono interior.

Montes Cañas miró el mostrador.

La mujer hablaba en voz baja. Miraba la pantalla. Luego lo miró a él un momento. Luego volvió a mirar la pantalla.

Montes Cañas calculó.

Dos opciones.

La primera: dar la vuelta, salir de la terminal, intentar el siguiente paso por otro canal. Tenía recursos suficientes para el siguiente paso si salía ahora.

La segunda: quedarse. Esperar. Ver si lo que estaba pasando en el mostrador era un problema de sistema o algo más concreto.

Eligió la primera.

Cogió el pasaporte de la mano de la mujer antes de que ella pudiera decir nada más, se giró y fue hacia la salida con el paso exactamente igual de decidido que cuando había entrado, porque la diferencia entre alguien que huye y alguien que simplemente va hacia otro sitio es el paso y él lo sabía.

Llegó hasta la puerta automática.

Dos hombres estaban al otro lado.

Uno llevaba chaqueta oscura y la placa colgada del cuello.

El otro era Rubén Alcázar.

—Rafael Montes Cañas —dijo Rubén—. Soy el subinspector Alcázar. Le voy a pedir que venga con nosotros.

Montes Cañas lo miró.

Luego miró al otro agente.

Luego miró la puerta automática a su izquierda, que daba al exterior de la terminal y a la zona de recogida de equipajes y al aparcamiento y a la ciudad y a todo lo que en los últimos cuarenta y tres años había sido el mundo en que se movía sin que nadie lo detuviera.

Calculó durante dos segundos.

Luego puso la maleta en el suelo.

—¿Tiene la orden? —dijo.

—La orden llega en seis minutos —dijo Rubén—. Puede esperar dentro o puede esperar aquí.

Montes Cañas miró la maleta en el suelo.

Una maleta de cabina con tres camisas y dos trajes y un pasaporte ordinario y cuarenta y tres años de decisiones que habían funcionado exactamente hasta este momento.

—Dentro —dijo.

* * *

Sara recibió la llamada de Rubén mientras estaba en las escaleras de la comisaría.

—Tenemos a Montes Cañas.

Cerró los ojos medio segundo.

—¿Bien?

—Sin incidentes.

—¿Dónde está ahora?

—En el coche. Iturriaga manda la orden formal en cinco minutos para formalizarlo.

Sara apoyó la mano en la barandilla.

Fuera, a través de las ventanas del descansillo, el cielo de Madrid estaba pasando del gris al primer azul frío del amanecer. Las calles todavía vacías, el domingo empezando con la lentitud de los domingos de diciembre, la ciudad sin saber que en las últimas seis horas habían pasado cosas que iban a cambiar la manera en que esa ciudad entendía ciertas palabras: institución, protección, silencio.

—Rubén —dijo.

—¿Qué?

—La carpeta que Montes Cañas le pidió a Prats que destruyera. Está en el escritorio del piso de la calle Jorge Juan. Necesito a alguien ahí con una orden de registro antes de que pase otra cosa.

—En eso estoy.

Colgó.

Sara se quedó en el descansillo un momento.

Pensó en Nico en el coche de camino a Sigüenza. En Mónica con su retrato que puede o no puede ser una madre. En Marta que llevaba veinte años siendo Verónica Herás y que había pasado doce años construyendo el caso que esta noche había servido de base para todo lo demás. En Andrade en la sala de declaraciones hablando con la voz plana de alguien que ha decidido que ya no hay nada que guardar.

En el cuaderno verde en el juzgado con ciento doce páginas y cuarenta y tres años de espera.

Subió las escaleras.

Había que terminar los informes antes de las nueve.

Capítulo 36

La carpeta

El piso de la calle Jorge Juan olía a libros y a ese aire específico de los espacios habitados por personas solas y ordenadas: sin el desorden de la vida compartida, sin el caos de los niños, sin el rastro olfativo de la convivencia. Todo en su sitio. Todo con la precisión de quien ha aprendido que el orden externo es la mejor manera de gestionar el desorden interno.

Los técnicos de la Científica llegaron a las siete y cuarto.

La orden de registro había llegado cuatro minutos antes, firmada en el sistema por Iturriaga con la velocidad que da saber exactamente qué se está buscando y dónde está.

Sara entró detrás de los técnicos.

El despacho estaba al fondo del pasillo, a la derecha. Estanterías del suelo al techo con libros ordenados por materias y dentro de cada materia por año de publicación. Un escritorio de madera oscura sin un papel encima salvo una taza de café a medias y una lámpara de escritorio encendida.

Montes Cañas había salido con prisa suficiente como para dejar la lámpara encendida.

El cajón central del escritorio estaba abierto.

Sara fue hacia él con los guantes puestos.

El cajón tenía dentro un bolígrafo, dos clips, un bloc de notas con las primeras seis páginas arrancadas y una marca de presión en la séptima que los técnicos fotografiarían para intentar recuperar lo que se había escrito en la página anterior. Y en el fondo del cajón, debajo del bloc, la carpeta.

Era una carpeta de cartón marrón, del tipo que usan los archivos notariales, con una goma elástica alrededor y sin título en la

cubierta.

Sara la sacó.

La dejó sobre el escritorio.

La abrió.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, 1980

El primer hombre que llegó de noche llegó un viernes de octubre.

Sor Asunción lo recibió en la puerta lateral, la del callejón de servicio, con la discreción que requiere recibir a alguien que necesita que nadie lo vea entrar. El hombre era de mediana edad, bien vestido, con el tipo de seguridad en el movimiento que tienen las personas que llevan mucho tiempo en sitios donde las decisiones las toman ellos.

No hubo intercambio de dinero en ese primer encuentro. Eso vino después, formalizado a través de la donación de la fundación al presupuesto anual del orfanato, con justificante y todo, perfectamente registrada como aportación cultural y social a los menores tutelados.

Lo que había en cambio era algo más difícil de nombrar: el acuerdo implícito que existe entre personas que se necesitan mutuamente para mantener una ficción. El hombre necesitaba que Sor Asunción mantuviera el silencio y organizara las visitas con la discreción necesaria. Sor Asunción necesitaba que el hombre y los que vendrían después de él mantuvieran su posición como directora del centro y garantizaran que el Patronato no preguntara demasiado sobre los balances.

Era una estructura de complicidades que se sostenía a sí misma.

No era necesaria la amenaza explícita porque el acuerdo implícito era suficientemente claro: si uno caía, todos caían. Y en una estructura así, nadie tiene ningún incentivo para que caiga nadie.

Eso era lo más estable que existía.

Lo más estable y lo más monstruoso.

* * *

La carpeta tenía cuarenta y siete páginas.

No estaban organizadas como un expediente legal: estaban organizadas como los organiza alguien que las ha ido construyendo a lo largo de los años para uso personal, con una lógica que tiene sentido para quien la ha construido y que requiere lectura para quien viene de fuera.

Sara tardó veinte minutos en entender la estructura.

Cada sección correspondía a una persona. Había dieciséis secciones. Dieciséis nombres, algunos de los cuales Sara reconoció inmediatamente y otros que tardó en identificar. En cada sección había documentación variable: en algunas, fotocopias de comunicaciones internas de organismos públicos. En otras, registros de llamadas. En dos de ellas, fotografías.

No eran fotografías de Santa Clara.

Eran fotografías de reuniones. Hombres en restaurantes, en despachos, en lo que parecían casas particulares. El tipo de fotografías que se toman cuando alguien quiere documentar que dos personas que no deberían estar juntas estaban juntas.

Montes Cañas llevaba décadas construyendo su propia garantía.

No solo la de Santa Clara. La de todo el sistema de relaciones que lo sostenía. Cada persona que sabía algo de él o que podía representar un riesgo tenía su sección. Y en esa sección había suficiente material como para que esa persona tuviera exactamente los mismos incentivos que Montes Cañas para que nada saliera.

Era el equilibrio perfecto.

Un sistema donde nadie podía moverse sin que se movieran todos.

Sara fotografió cada página con el teléfono mientras los técnicos hacían el proceso formal de registro y catalogación.

Llegó a la sección decimoquinta.

El nombre al encabezado era Guillermo Arcos Medina.

Sara lo buscó en la memoria.

Arcos Medina. Sí: director adjunto del Patronato de Protección de Menores entre 1998 y 2006. Fallecido en 2009 en un accidente de tráfico en la N-II a la altura de Guadalajara. Sesenta y un años en el momento de su muerte. El accidente había sido investigado brevemente y archivado: hielo en la calzada, pérdida de control del vehículo, sin otros vehículos implicados.

Sara leyó la sección de Arcos Medina.

Cuatro páginas.

Las tres primeras eran lo que había en las demás secciones: documentación sobre reuniones, comunicaciones que colocaban a Arcos Medina en posición comprometida. El tipo de material que Montes Cañas guardaba sobre todos los demás.

La cuarta página era diferente.

Era una nota manuscrita. Letra pequeña y apretada, la de alguien que escribe para sí mismo y no para que otro lo lea. La nota estaba fechada en enero de 2009, dos meses antes del accidente de Arcos Medina.

Sara la leyó despacio.

La leyó dos veces.

Arcos Medina había intentado hablar. No públicamente: había contactado, según la nota, con un periodista de investigación al que Montes Cañas identifica por las iniciales P.V. Había iniciado una conversación. Había compartido información preliminar sobre el Patronato y sobre ciertas irregularidades en la gestión de menores tutelados en los años ochenta.

La nota de Montes Cañas no decía que él hubiera organizado el accidente.

Decía: *El asunto Arcos se ha resuelto. La conversación con P.V. no prosperará. El periodista ha recibido orientación suficiente.*

Y debajo, en una línea separada: *El canal de la N-II fue sugerencia de C.*

C.

Castaño.

Sara sostuvo el folio un momento.

El canal de la N-II fue sugerencia de C.

Era una nota que un hombre había escrito para sí mismo a modo de registro. No era una confesión, en sentido legal: era ambigua suficiente para que un abogado defensor pasara meses construyendo una interpretación alternativa de qué significaba exactamente *sugerencia* y *resuelto* y si la coincidencia temporal entre la nota y el accidente era prueba de algo o simplemente eso, una coincidencia temporal.

Pero era suficiente para reabrir el expediente del accidente de Arcos Medina.

Y si se reabriera ese expediente, había una séptima víctima en esta historia. Una que había muerto en 2009 en una curva de la N-II en un día de enero con hielo en la calzada.

Sara llamó a Iturriaga.

—La carpeta tiene dieciséis secciones. Dieciséis personas. —Una pausa—. Y una nota sobre el accidente de Guillermo Arcos Medina en 2009 que vincula la muerte con Castaño.

Silencio de Iturriaga.

—¿Directamente?

—Con la ambigüedad suficiente para que sea investigable. No para que sea una condena inmediata. —Sara miró la nota—. Pero es suficiente para que alguien en Guadalajara reabra ese expediente.

—¿Qué más hay en las secciones?

—Dieciséis personas. Algunas ya las conocemos del caso. Otras son nombres nuevos. —Sara fue pasando las páginas—. Magistrados, funcionarios, un ex director general de Instituciones Penitenciarias, dos periodistas —uno de los cuales sospecho que es el P.V. de la nota de Arcos—. Y en la última sección... —Sara llegó a la decimosexta y se detuvo.

El nombre al encabezado de la última sección era el que menos esperaba ver.

No porque no conociera ese nombre.

Sino precisamente porque lo conocía bien.

—Iturriaga —dijo Sara—. El número dieciséis.

—¿Quién es?

Sara miró el nombre.

Miró la fotografía adjunta que mostraba a dos hombres en la terraza de un restaurante que reconoció como uno de los restaurantes de la zona de Recoletos donde los funcionarios de alto rango comen cuando quieren estar en un sitio discretamente exclusivo.

Uno de los dos hombres era Montes Cañas, más joven, probablemente de los años noventa.

El otro era una cara que Sara había visto en reuniones de coordinación, en comunicados internos, en la cadena de mando que va desde el Ministerio del Interior hasta la brigada donde ella trabajaba.

—Es el subcomisario jefe de la Brigada Central de Homicidios —dijo Sara.

El jefe de Molina.

El jefe del jefe de Sara.

Iturriaga no dijo nada durante cuatro segundos.

—¿Qué documentación hay en esa sección?

—Estoy mirándola. —Sara pasó las páginas—. Tres páginas. Parece que es de los años noventa. No hay nada que conecte directamente

con Santa Clara. —Leyó—. Es documentación sobre una decisión de 1997 que archivó una investigación interna sobre irregularidades en el Patronato. El subcomisario era inspector en aquella época y tuvo acceso al expediente. La documentación sugiere que recibió instrucciones de no seguir cierta línea de investigación.

—¿De quién recibió esas instrucciones?

—De alguien que no se nombra directamente pero que se identifica como un superior político de la Secretaría de Estado.

—¿Tiene suficiente autonomía sobre el caso para seguir adelante sin informar hacia arriba?

Sara pensó en Molina.

En las conversaciones de los últimos siete días. En la manera en que su jefe le había dado margen de maniobra, había puesto recursos a su disposición, había gestionado la situación de Herrera sin hacer preguntas que no quería responder.

Molina no era el decimosexto.

Pero el decimosexto estaba por encima de Molina.

—Tengo a Molina —dijo Sara—. Molina no está en la lista.

—¿Está segura?

—He leído las dieciséis secciones. Molina no está. —Una pausa—. Pero necesito contarle a Molina lo que hay en la decimosexta antes de que él lo descubra por otro canal. Si lo descubre por otro canal, pierdo el control de cómo gestiona la información.

—Llámele —dijo Iturriaga—. Y Sara. El Ministerio ha convocado una rueda de prensa para esta tarde a las cinco. El director general de la Policía va a hacer una declaración sobre las detenciones de anoche.

—Lo sé.

—El subcomisario jefe de Homicidios va a estar en esa rueda de prensa.

Sara miró la fotografía.

El hombre de la terraza del restaurante en los años noventa, más joven pero reconocible, mirando a Montes Cañas con la expresión de alguien que está escuchando una instrucción que no le gusta pero que entiende que no tiene alternativa.

—Dame veinte minutos —dijo Sara.

Colgó.

Llamó a Molina.

Molina tardó dos tonos. Era un hombre que no desconectaba el teléfono nunca, ni siquiera en domingo.

—Montero —dijo.

—Necesito verle. —Una pausa—. Ahora, si puede.

Silencio breve.

—¿Qué ha pasado?

—Hay una carpeta que le quiero enseñar antes de que la vea alguien más.

Otro silencio.

El tipo de silencio de alguien que lleva veintiocho años en el oficio y sabe exactamente qué tipo de mañana de domingo produce ese tipo de frase en la voz de uno de sus inspectores.

—En veinte minutos estoy en comisaría —dijo Molina.

Capítulo 37

Molina

Molina llegó a las siete y cincuenta y dos con el abrigo encima del traje del sábado anterior y la cara de alguien que no ha dormido o que ha dormido tres horas y que en cualquier caso hace mucho tiempo que aprendió que el aspecto es lo de menos cuando las cosas son de verdad urgentes.

Sara lo esperaba en el pasillo de la segunda planta con la carpeta en la mano.

Molina miró la carpeta.

Miró a Sara.

—¿Cuánto tiempo tengo para leerla?

—La he fotografiado. Puede llevarse las fotos. Pero hay una sección que necesito que vea ahora mismo, antes de que hable con nadie más.

Molina la siguió a la sala pequeña del fondo, la misma donde Sara había hablado con Herás la noche anterior. Parecía que habían pasado semanas. Sara calculó: era domingo por la mañana y Herás había estado en esa silla el sábado por la tarde. Menos de quince horas.

Cerró la puerta.

Puso la carpeta sobre la mesa y la abrió en la última sección.

Molina se sentó.

Leyó despacio. Era un hombre que leía con el mismo ritmo siempre, sin acelerar aunque el contenido lo pidiera, porque había aprendido que las prisas en la lectura producen interpretaciones que hay que deshacer después. Leyó las tres páginas de documentación. Luego miró la fotografía.

La sostuvo un momento.

Sara lo observó.

Observó la cara de Molina con la misma atención que había puesto en Iturriaga cuando escuchó el nombre de Montes Cañas: buscando el momento en que el control cede y lo que hay debajo es información real sobre lo que la persona sabía o no sabía o esperaba o temía.

El control de Molina no cedió.

Lo que hubo fue otra cosa: el gesto mínimo de alguien que acaba de ver confirmado algo que llevaba tiempo sospechando. No sorpresa. Algo más parecido al asentimiento interno de quien ha tenido una hipótesis durante años y acaba de encontrar los datos que la sostienen.

—¿Cuándo fue esta foto? —dijo.

—Los años noventa, probablemente. No tiene fecha.

—El restaurante es el Horcher. Lo reconozco por la decoración. —Una pausa—. El Horcher en los noventa era el sitio donde cierta gente se reunía cuando quería estar en un sitio donde los camareros no escuchan porque los camareros del Horcher entienden que su trabajo requiere no escuchar.

Sara se sentó frente a él.

—¿Lo conocía?

Molina dejó la fotografía sobre la mesa.

—¿Al subcomisario Villanueva? —Dijo el nombre sin que Sara tuviera que decirlo—. Sí. Lo conozco desde hace veintiocho años. —Una pausa—. Y llevo dos años sabiendo que había algo en él que no cuadraba.

* * *

Alcalá de Henares, noviembre de 1982

La última entrada que Nico escribió desde dentro de un centro de menores estaba fechada el 14 de noviembre de 1982.

Tenía once años y tres meses.

En esa fecha, el proceso de acogida familiar que llevaba seis meses tramitándose llegó a su conclusión: una familia de Alcalá, matrimonio con dos hijos mayores y casa grande, había decidido que el chico del centro que leía más libros que nadie y que tenía los ojos más quietos que cualquier niño que hubieran visto era el chico que querían.

Nico no sabía todavía si eso era bueno o malo.

Lo que sí sabía era que antes de irse tenía que escribir la última entrada desde allí, porque los cuadernos —ya iba por el segundo, había tenido que comprarse uno nuevo en la papelería de la calle Mayor con el dinero que el monitor Antonio le había dado para su cumpleaños— eran el registro de los lugares y los lugares no debían confundirse entre sí.

Escribió:

14 de noviembre de 1982. Salgo hoy de aquí. Dos años menos un mes en este centro. He escrito en este cuaderno todo lo que recuerdo de Santa Clara y algunas cosas de aquí también. No sé si alguna vez va a servirle a alguien. Pero lo he escrito porque alguien tiene que escribirlo y no había nadie más.

El mayor de Santa Clara. No sé dónde está. No sé si salió bien o mal. Espero que bien aunque no sé si tengo razones para esperarlo.

Marta está en Madrid. El monitor Antonio me dijo que está bien pero que no puede darme más información porque las normas de confidencialidad de los centros no le permiten. Eso significa que sigue en algún sitio del sistema. Eso significa que está.

El cuaderno va conmigo. Siempre.

Cerró el cuaderno.

Lo metió debajo de la ropa en la bolsa que el centro le había dado para sus cosas.

Fue a esperar a los señores que venían a buscarlo.

* * *

—Hace dos años —dijo Molina— tuve acceso a un expediente de recursos humanos que normalmente no habría visto. Fue un error de sistema: me llegó copiado en un correo que iba a otro destinatario. —Hizo una pausa—. Era el expediente de una queja interna de 1997. Un inspector de entonces, que ahora está jubilado, había presentado una queja porque le habían ordenado cerrar una línea de investigación sobre el Patronato de Protección de Menores sin que le dieran una justificación suficiente.

—¿Quién le dio la orden?

—Un mando intermedio que ya no existe como tal. Pero en el expediente de la queja había una anotación: el mando intermedio había actuado por instrucción de su superior. Y el superior era Villanueva, que en ese momento era comisario de área.

Sara lo miró.

—¿Por qué no lo usó?

—Porque una anotación en un expediente de recursos humanos de 1997 sobre una queja archivada no es nada en sí misma. No conecta a Villanueva con Santa Clara. No conecta a Villanueva con ningún delito concreto. Conecta a Villanueva con haber dado una instrucción que cerró una investigación. —Una pausa—. Y porque usarlo habría significado explicar cómo había llegado ese expediente a mí, lo que habría creado un problema de procedimiento que habría enterrado lo sustantivo bajo lo formal.

—¿Lo guardó?

—Lo guardé.

—¿Dónde?

Molina la miró.

—En un sitio donde nadie más ha mirado desde entonces.

Sara procesó eso.

Dos años guardando algo que no podía usar solo. Y ahora, con la decimosexta sección de la carpeta de Montes Cañas, ese algo dejaba de estar solo.

—¿Puede recuperarlo hoy?

—Esta mañana, si es necesario.

—Es necesario.

Molina asintió. Miró de nuevo la fotografía del Horcher.

—Villanueva va a estar en la rueda de prensa de esta tarde —dijo.

—Lo sé.

—¿Qué quieres hacer?

Sara pensó.

Lo que quería era que a las cinco de la tarde un hombre implicado en el encubrimiento de Santa Clara no estuviera en un estrado representando a la institución que debería haber impedido ese encubrimiento. Que no estuviera delante de las cámaras con una declaración preparada sobre las detenciones de la noche anterior construida de manera que pusiera distancia entre él y lo que la investigación había demostrado.

Pero lo que quería y lo que podía hacer eran cosas que necesitaban ser calibradas.

—¿Puede hablar con él antes de la rueda de prensa? —dijo Sara—. Sin revelar todavía la decimosexta sección. Solo para ver cómo reacciona a las noticias de esta noche.

—¿Qué esperas que pase?

—Si sabe que Montes Cañas ha sido detenido, va a calcular exactamente lo mismo que calculó Montes Cañas esta madrugada. Y si calcula lo mismo, su siguiente movimiento va a decirme cuánto sabe y cuánto teme.

Molina la miró durante un momento.

—¿Me estás pidiendo que use veintiocho años de relación profesional con un hombre para leerle la cara?

—Le estoy pidiendo que haga lo que lleva veintiocho años haciendo —dijo Sara—. Observar.

Molina cogió la fotografía.

La miró una vez más.

La dejó sobre la mesa boca abajo.

—Dame una hora —dijo.

* * *

A las ocho y cuarenta, Iturriaga entró en la sala sin llamar.

Sara y Molina estaban revisando las fotografías del expediente de la decimosexta sección cuando el fiscal abrió la puerta con la expresión de alguien que trae algo que no esperaba traer todavía.

—Acaba de llamar un abogado —dijo Iturriaga.

Sara lo miró.

—¿De quién?

—Se presenta como representante del subcomisario jefe de la Brigada Central de Homicidios. —Iturriaga hizo una pausa—. Dice que su cliente tiene información relevante para la investigación y que está dispuesto a cooperar de manera voluntaria. Ha usado la expresión *cooperación amplia y sin condiciones* tres veces en dos minutos.

Molina y Sara se miraron.

Sin condiciones.

Nadie ofrece cooperación sin condiciones en este tipo de situación. Cuando un abogado dice *sin condiciones*, lo que está diciendo en realidad es que las condiciones son tan obvias que no hace falta decirlas: que la cooperación tiene un precio y que el precio es que la cooperación sea tenida en cuenta cuando llegue el momento de cuantificar las consecuencias.

—¿Qué sabe sobre la carpeta? —dijo Sara.

—Nada todavía. El registro del piso de Montes Cañas no es información pública.

—Entonces ¿por qué llama ahora?

Iturriaga la miró.

—Porque Montes Cañas lleva dos horas detenido y el mundo en el que Villanueva ha funcionado durante treinta años acaba de cambiar de manera irreversible. —Una pausa—. Y porque los hombres como Villanueva no esperan a que lleguen a ellos. Se mueven antes.

Sara se levantó.

—Dígale al abogado que el fiscal está disponible a las diez. —Miró a Molina—. Lo que me contó antes. El expediente de 1997. Lo necesito antes de las diez.

—Lo tengo en cuarenta minutos.

—Y necesito una cosa más. —Sara cogió la carpeta de la mesa—. Necesito saber si entre los dieciséis nombres hay alguien que no sepa todavía lo que está pasando y que cuando lo sepa tome la decisión equivocada.

—¿La decisión equivocada?

—La de destruir algo. O la de desaparecer. —Sara miró la carpeta—. Montes Cañas intentó las dos esta noche y fallaron las dos. Pero éramos conscientes de Montes Cañas. No éramos conscientes de los otros quince.

Molina se levantó.

—Voy a por el expediente.

Salió de la sala.

Iturriaga se quedó en el umbral.

—¿Cuántas horas llevas despierta? —dijo.

Sara lo pensó.

—Veinticuatro. Más o menos.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

Sara no respondió de inmediato porque no lo recordaba con precisión. El café en el aparcamiento de Brihuega. El café en comisaría. Algo antes de salir hacia Valdemoro que ya quedaba muy atrás.

—Hay un bar que abre a las ocho en la calle de abajo —dijo Iturriaga—. Rubén puede traer algo.

—Cuando termine con Molina.

—Ahora —dijo Iturriaga—. Porque en las próximas doce horas va a necesitar estar en condiciones de tomar decisiones que van a importar durante mucho tiempo. Y eso no se hace con veinticuatro horas de ayuno.

Sara lo miró.

Era la cosa más pragmática que le habían dicho en toda la noche.

—Mándame a Rubén —dijo.

Iturriaga asintió y salió.

Sara se quedó sola en la sala.

Miró la fotografía del Horcher que Molina había dejado boca abajo sobre la mesa.

La giró.

Dos hombres en una terraza. Uno que llevaba cuarenta y tres años siendo el hombre que garantizaba que el sistema no preguntara demasiado. Otro que llevaba veintiocho años siendo el hombre que garantizaba que dentro del sistema tampoco se preguntara demasiado.

Y entre los dos, el espacio donde cabía todo lo que no se había preguntado.

Ese espacio era lo que Sara llevaba una semana tratando de cerrar.

Ya no era tan grande.

Capítulo 38

Las diez

El juzgado de instrucción número doce estaba en la calle Ferraz, a diez minutos de la comisaría en el coche de Rubén.

Nico llegó a las nueve y cuarenta y cinco.

Venía de Sigüenza. Había salido a las ocho, solo, en el coche de su primo, porque Mónica había decidido quedarse y porque la Guardia Civil de Guadalajara tenía a dos agentes en la casa desde las cuatro de la mañana y porque Nico era el tipo de hombre que cuando tiene que hacer algo lo hace sin rodeos innecesarios.

Sara lo esperaba en la puerta.

Lo había visto antes, claro: en Brihuega, en el primer momento de la investigación, en las fotos del expediente que había construido durante la semana. Pero verlo en persona en la acera de la calle Ferraz con el abrigo gris y las manos en los bolsillos y la cara de alguien que lleva cincuenta y tres años siendo exactamente la misma persona en circunstancias muy diferentes era otra cosa.

Era un hombre de estatura media, delgado, con el pelo gris muy corto y los ojos que Marta, siendo Verónica Herás siendo Marta Sáez Ruano, había descrito una vez en una conversación con Sara como *los ojos de alguien que ha visto demasiado y ha decidido que ver no es suficiente, que hay que registrar.*

—¿Ha dormido? —dijo Sara.

—Algo. —Nico la miró—. ¿Usted?

—Algo.

Era mentira en los dos casos y los dos lo sabían.

Entraron.

El juzgado de instrucción a las diez de un domingo tenía la tranquilidad específica de los edificios públicos fuera de horario laboral: solo el personal de guardia, los pasillos con la mitad de las luces encendidas, el sonido de los pasos amplificado por la ausencia del ruido habitual.

La secretaria judicial los recibió en la sala de actos.

El cuaderno estaba sobre la mesa, dentro de una funda de plástico transparente con etiqueta de evidencia. Ochenta y siete años de vida de un hombre, cuarenta y tres de ellos dedicados a construir ese documento, reducidos a un objeto de ciento doce páginas en una funda de plástico sobre una mesa de madera de juzgado.

Nico lo miró durante un momento.

No lo tocó. La funda impedía tocarlo y en cualquier caso ya no era suyo para tocarlo: era evidencia, era prueba, era el elemento central de un proceso que a partir de hoy iba a funcionar según reglas que no eran las de un niño de diez años decidiendo qué merece ser escrito.

La secretaria explicó el procedimiento. Tres minutos. Nico escuchó con la atención de quien ha aprendido a escuchar completamente antes de responder.

Luego firmó.

Dos sitios en el documento de cesión voluntaria. La firma de Nico era pequeña y precisa, sin florituras, la firma de alguien que firma lo que firma y no necesita que la firma diga más que eso.

—¿Hay algo que quiera decir para el acta? —dijo la secretaria.

Nico pensó durante tres segundos.

—Que lo escribí para que alguien lo leyera —dijo—. Y que ha tardado lo que ha tardado, pero alguien lo ha leído.

La secretaria lo anotó.

Sara miró el cuaderno en su funda de plástico sobre la mesa del juzgado.

Pensó en la primera vez que lo había abierto, en la cabaña de Garganta de los Montes, con la letra apretada y las fechas precisas y la matrícula que había resultado verificable y todos los demás que también habían resultado verificables. Pensó en el peso de ese objeto: no el peso físico sino el otro, el que tienen las cosas que han esperado mucho tiempo ser lo que tienen que ser.

—Gracias —dijo a Nico.

Nico la miró.

—¿Por qué me da las gracias a mí?

Sara no respondió de inmediato.

—Porque sin usted nada de esto existe —dijo.

Nico miró el cuaderno una vez más.

—Sin los que vinieron de noche a Santa Clara —dijo—, tampoco existía el cuaderno. —Una pausa—. No me dé las gracias a mí. Haga lo que hay que hacer con lo que hay ahí dentro.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, octubre de 1979

La primera entrada en el cuaderno no tenía fecha.

Nico la había escrito la noche después de la primera noche en que había visto las luces de los coches desde la ventana. Tenía ocho años y no sabía todavía que lo que estaba haciendo era documentar. Solo sabía que había cosas que si no las escribía se iban a perder de una manera que le parecía injusta, aunque no habría podido decir por qué exactamente le parecía injusta ni a quién le hacía la injusticia.

Escribió:

Esta noche vinieron coches. Cuatro. Las luces daban en la pared del fondo del patio. No sé a qué hora se fueron porque me quedé dormido. Sor Asunción abrió la puerta lateral. Los vi desde la ventana del tercer piso.

Eso era todo.

Ocho líneas de letra desigual de niño de ocho años.

No sabía que iba a seguir escribiendo durante cuarenta y tres años.

No sabía que lo que había empezado esa noche en la letra desigual de un niño que no dormía iba a terminar en una sala de un juzgado de instrucción de Madrid un domingo de diciembre de 2024 con la firma de un hombre de cincuenta y tres años en un documento de cesión voluntaria.

No sabía nada de eso.

Solo sabía que si no lo escribía se iba a perder.

Y eso era suficiente.

* * *

El abogado de Villanueva llegó a la Fiscalía a las diez en punto.

Se llamaba Barroso y tenía el aspecto de los abogados penalistas de alto nivel: la seguridad del oficio, la neutralidad estudiada en la cara, el maletín que era de cuero genuino pero sin marca visible porque la marca visible en un maletín es una señal de inseguridad que los abogados de cierto nivel evitan.

Iturriaga lo recibió solo.

Sara había pedido estar en la sala, detrás del espejo, y Iturriaga había accedido.

Rubén estaba junto a Sara con los dos cafés que había traído del bar de abajo y un cruasán que Sara había comido de pie en el pasillo mientras Nico firmaba el cuaderno y que constituía el total de su alimentación en las últimas veintitrés horas.

La reunión duró cuarenta minutos.

Barroso expuso la posición de Villanueva: su cliente estaba dispuesto a proporcionar información detallada sobre las circunstancias en que había archivado la investigación de 1997, incluyendo la identidad de las personas que le habían transmitido la instrucción y la cadena de comunicación completa desde el nivel ministerial hasta él. A cambio,

su cliente esperaba que su cooperación fuera tenida en cuenta en la calificación de los cargos y en la solicitud de pena.

Iturriaga escuchó.

Tomó notas.

Cuando Barroso terminó, Iturriaga le dijo que la Fiscalía valoraría la oferta de cooperación en el contexto completo del expediente y que le comunicaría su posición antes de las dos de la tarde.

Barroso salió.

Iturriaga vino al otro lado del espejo.

—¿Qué le parece? —dijo a Sara.

—Que sabe menos de lo que parece o que sabe más de lo que dice. —Sara miró la sala vacía—. La oferta es demasiado limpia. Un hombre que lleva veintiocho años en la estructura sabe exactamente hasta dónde puede ceder sin ceder lo que más le cuesta ceder.

—¿Qué es lo que más le cuesta ceder?

Sara pensó.

—Si la instrucción de 1997 vino del nivel ministerial, hay un nombre por encima de Montes Cañas. Un nombre político, no técnico. Alguien que en 1997 estaba en posición suficiente para dar instrucciones que pasaban por la cadena hasta Villanueva. —Una pausa—. Eso es lo que no ha mencionado Barroso. Ha hablado de la cadena de comunicación, pero no ha dado ese nombre.

—¿Cree que existe ese nombre?

—Creo que si existe, es el nombre que Villanueva va a guardar para el momento en que la negociación sea más urgente que ahora. —Sara miró a Iturriaga—. No le dé la respuesta antes de las dos. Déjele pensar. Cuanto más tiempo piense, más clara tiene la aritmética.

* * *

Andrade terminó de declarar a las once y cuarto.

Cuatro horas y veinte minutos de declaración continua, con dos pausas de diez minutos y un café frío que nadie había retirado de la mesa desde hacía dos horas.

Sara entró en la sala cuando la secretaria judicial cerraba el acta.

El abogado de oficio estaba recogiendo sus papeles con la cara de alguien que ha acompañado un proceso que no ha podido influir en absoluto pero que en algún nivel entiende que ha asistido a algo que no va a ver muchas veces en su carrera.

Andrade seguía sentado.

No había hecho el gesto de levantarse que hace cualquier persona cuando una reunión termina. Estaba en la silla con las manos sobre la mesa y la mirada en algún punto intermedio entre la mesa y la pared, el tipo de mirada que tiene alguien cuando ha vaciado algo y todavía no ha encontrado qué poner en el espacio que ha quedado.

Sara se sentó frente a él.

—¿Hay algo más que no haya dicho?

Andrade tardó un momento en enfocarla.

—He dicho todo lo que recuerdo —dijo—. Y algunas cosas que recordaba y que no sabía que recordaba hasta que empecé a hablar.

—¿Eso pasa?

—Cuando tienes algo guardado mucho tiempo, a veces el guardarlo cuesta más energía que lo que está guardado. —Una pausa—. Cuando lo abres, la energía de guardarlo se va y lo que queda es solo el recuerdo. Que es más manejable de lo que parecía.

Sara lo miró.

—Una pregunta —dijo—. La noche en Brihuega. La ganzúa en el callejón.

Andrade la miró.

—¿Qué quiere saber?

—¿Fue porque oyó el coche?

Un silencio.

—Lo oí —dijo Andrade—. Pero no fue por eso. —Hizo una pausa—. Fue porque estaba en la cerradura y la cerradura tardaba más de lo que debía, lo que significa que había un pestillo echado desde dentro. Lo que significa que sabían que estaba ahí. Lo que significa que habían podido llamar a alguien. —Otra pausa—. Y calculé que si habían llamado a alguien, ese alguien era usted.

—¿Y eso cambió algo?

Andrade la miró directamente. Sin la pantalla de la voz plana, sin el cálculo de lo que se muestra y lo que no. Solo la cara de un hombre de cincuenta y dos años que ha pasado la noche vaciando cuarenta y tres años de algo.

—Usted había detenido a Castaño —dijo—. Y a Montes Cañas. Y a los de la finca. —Una pausa—. Si usted era quien venía, el cuaderno estaba a salvo aunque yo no hiciera nada. Y si el cuaderno estaba a salvo, ya no había nada que terminar.

Sara lo miró.

No dijo nada.

Andrade volvió a mirar el punto intermedio entre la mesa y la pared.

—Eso fue todo —dijo.

* * *

Sara estaba en los escalones de la entrada de la comisaría cuando el teléfono de Iturriaga sonó.

Eran las once y cuarenta y dos. El sol de diciembre había salido por fin y daba en la acera de la calle Lope de Vega con esa luz fría y precisa de los domingos de invierno que ilumina mucho y calienta poco. Los periodistas seguían al otro lado de la calle, menos que antes —algunos se habrían ido a dormir, otros a escribir— pero todavía presentes con las cámaras y los micrófonos y la expectativa específica del domingo después de una noche de noticias grandes.

Iturriaga salió y se puso junto a Sara.

—La defensa de Castaño ha presentado un recurso de amparo ante el Tribunal Constitucional. —La voz de Iturriaga tenía la calidad específica de alguien que ha recibido una noticia que esperaba y que sin embargo le pesa—. Alegan irregularidades en el procedimiento de entrada y registro en la finca de Valdemoro. Cuestionan la suficiencia de los indicios que justificaron la orden de la magistrada Aldecoa.

Sara lo miró.

—¿Tienen base?

—Suficiente para que alguien lo estudie. No suficiente para que prospere si el expediente está bien construido. —Una pausa—. Pero el Constitucional puede tardar. Y mientras tarda, la defensa va a construir el relato de que el procedimiento estuvo viciado desde el principio.

Sara miró la calle.

El sol frío. Los periodistas. El coche de Rubén aparcado en la esquina.

Cuarenta y tres años para llegar aquí.

Y ahora los abogados de Castaño, que eran exactamente el tipo de abogados que se pagan con cuarenta años de dinero acumulado en estructuras que nadie había mirado demasiado de cerca, iban a intentar construir una salida por el único lugar donde todavía podía existir una.

—¿Qué necesita? —dijo Sara.

—Que el expediente sea perfecto —dijo Iturriaga—. Cada paso, cada orden, cada cadena de custodia. Que cuando alguien lo revise no haya un milímetro de margen.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—El Constitucional tiene que pronunciarse sobre la admisión del recurso en setenta y dos horas. —Iturriaga miró el teléfono—. Setenta y dos horas para blindar cada pieza de lo que hemos construido esta semana.

Sara asintió.

Setenta y dos horas.

Empezaban a contar ahora.

Capítulo 39

Setenta y dos horas

Sara durmió cuatro horas en el sofá del despacho de Molina.

Molina no lo había ofrecido exactamente: había dicho que el despacho estaba disponible y que el sofá era más cómodo de lo que parecía, que era una manera oblicua de decir lo mismo sin que ninguno de los dos tuviera que reconocer que Sara llevaba veintiséis horas despierta y que si no dormía algo el expediente iba a pagar las consecuencias.

Se tumbó a las doce y cuarto.

A las cuatro y dieciocho la despertó el teléfono.

Era Iturriaga.

—Hay un problema con la cadena de custodia —dijo.

Sara se sentó.

La habitación tardó un segundo en ubicarse alrededor de ella: el despacho de Molina, el sofá, la luz de la tarde de diciembre entrando por la ventana con ese ángulo bajo que tienen los soles de diciembre en Madrid que iluminan en horizontal y no calientan nada.

—¿Dónde? —dijo.

—El cuaderno. Venga cuando pueda.

* * *

La sala donde Iturriaga tenía montado el sistema de revisión del expediente era la sala de reuniones grande del segundo piso, que habían vaciado de mesa y sillas y llenado en su lugar con tres portátiles, un escáner de documentos y varios montones de papel organizados con una lógica que Sara tardó un momento en leer pero que era coherente: cada montón era una fase del procedimiento,

ordenados de izquierda a derecha en el orden cronológico de la investigación.

Iturriaga estaba de pie frente a uno de los portátiles con un técnico jurídico de la Fiscalía que se llamaba Serrano y que tenía el tipo de concentración de quien lleva doce horas mirando documentos y ha llegado al punto donde la concentración y el cansancio se parecen demasiado para distinguirlos.

—Aquí —dijo Iturriaga, señalando la pantalla.

En la pantalla había un documento: el registro de entrada del cuaderno en el juzgado de instrucción número doce. Fecha: domingo, las seis y cuarenta y ocho de la mañana. Firmado por Iturriaga como fiscal en funciones. Testigo: la secretaria judicial de guardia.

—El registro está bien —dijo Sara.

—El registro está bien. El problema es lo anterior. —Iturriaga señaló otro documento a su derecha—. El cuaderno salió de la finca de Valdemoro a las doce y dieciséis de la noche del sábado, en manos de Rubén. Hay registro de eso: la hoja de traslado de evidencias que firmaron los técnicos de la Científica de Guadalajara cuando Rubén lo recogió.

—Sí.

—Entre las doce y dieciséis de la noche del sábado y las seis y cuarenta y ocho del domingo por la mañana hay seis horas y media. —Iturriaga la miró—. En esas seis horas y media, el cuaderno no tiene un registro continuo de custodia. Rubén lo llevó en el maletín durante todo ese tiempo, pero no hay un registro formal de cada lugar donde estuvo ese maletín durante esas seis horas.

Sara lo procesó.

—Estuvo en el coche. En la comisaría. En el hospital cuando fui a ver a Mendieta. En Brihuega.

—En Brihuega —repitió Iturriaga—. Eso es exactamente lo que la defensa de Castaño va a señalar. Un elemento de prueba central que

estuvo durante seis horas en un municipio de Guadalajara donde la investigación tenía un sospechoso activo. Sin registro de cadena de custodia en ese período. Sin nadie más que Rubén que pueda certificar que el cuaderno no fue alterado, accedido o comprometido durante ese tiempo.

—El cuaderno estaba en el maletín cerrado.

—Lo sé. Pero la defensa no necesita que sea verdad. Necesita que sea posible plantearlo como pregunta. —Iturriaga se apartó del portátil—. Si el Constitucional admite el recurso y la instrucción entra en revisión, ese gap en la cadena de custodia es el primer punto que van a atacar.

Sara miró la pantalla.

Seis horas y media.

Brihuega.

—¿Hay algo que pueda cerrar ese gap? —dijo.

Serrano, el técnico jurídico, levantó la vista de los papeles.

—Un registro continuo de ubicación del dispositivo de custodia. GPS del coche de Rubén, si está activado. Cámaras de tráfico en la ruta Valdemoro-comisaría-hospital-Brihuega. Cualquier fuente externa que documente que el maletín y Rubén estuvieron en los lugares que dicen que estuvieron en los momentos que dicen que estuvieron.

—El GPS del coche de la brigada sí está activado —dijo Sara—. Es procedimiento estándar.

—Eso cubre la ruta. Pero no cubre lo que pasó con el maletín cuando Rubén estaba fuera del coche. En el hospital, por ejemplo. O en Brihuega.

Sara pensó en el hospital.

En el aparcamiento del Gregorio Marañón. En Rubén esperando en el coche mientras ella subía a hablar con Mendieta. El maletín en el asiento trasero.

Luego pensó en Brihuega.

En el callejón. En la puerta abierta. En Rubén con la linterna barriando el suelo y encontrando la ganzúa. El maletín seguía siendo de Rubén durante todo ese tiempo.

—¿Hay cámaras de tráfico en la entrada de Brihuega? —dijo.

—Estoy mirando. —Serrano tecleó—. Hay una cámara de la DGT en la entrada por la A-2. —Tecleó más—. El registro muestra el coche de Rubén entrando a las doce y cincuenta y ocho y saliendo a la una y treinta y cuatro. Con el maletín visible en el asiento trasero si la imagen tiene suficiente resolución.

—¿La tiene?

—Lo está verificando técnicamente. —Serrano tecleó algo más—. Resolución media. Se ve el interior del coche pero no se puede certificar el contenido del maletín.

Sara miró a Iturriaga.

—No es suficiente —dijo Iturriaga.

* * *

Alcalá de Henares, 1988

Pablo tenía dieciséis años cuando alguien le preguntó por primera vez en qué había pensado cuando era pequeño que quería ser.

Era una pregunta de un orientador escolar en el centro donde había estado hasta los catorce. No era una pregunta maliciosa: era la pregunta que hacen los orientadores escolares porque es su trabajo y porque creen, generalmente con buena fe, que la respuesta les dice algo útil.

Pablo no respondió.

No porque no tuviera respuesta. Sino porque la respuesta que tenía no era del tipo que un orientador escolar de un centro de menores en 1988 pudiera gestionar bien: que cuando era pequeño no había pensado en qué quería ser porque pensar en el futuro requería un

tipo de seguridad sobre el presente que él no había tenido, y que la energía que otros niños dedicaban a imaginar futuros él la había dedicado a entender el presente de la manera más exacta posible porque el presente era lo único que podía intentar gestionar.

Lo que sí había pensado, en cambio, era en que había un cuaderno.

Lo había visto una vez, en el patio de Santa Clara, en las manos de un niño más pequeño que él que escribía con una concentración que no era la concentración de los deberes del colegio sino otra cosa. Una concentración que Pablo, sin poder nombrarlo entonces, había reconocido como la concentración de alguien que estaba haciendo algo importante.

No había podido preguntarle qué escribía.

Pero lo había recordado.

Durante años lo había recordado: el niño con el cuaderno en el patio de Santa Clara y la concentración que tenía y la sensación de que lo que escribía importaba aunque nadie más que él supiera que importaba.

* * *

Sara estaba en el pasillo cuando recordó las cámaras de la comisaría.

No las de Lope de Vega. Las de la calle: la cámara del aparcamiento de la calle adyacente que Andrade había mencionado en la llamada desde La Retama. *¿Sabe que hay una cámara en el aparcamiento de la calle Lope de Vega?*

Si Andrade había podido ver a Rubén salir con el maletín desde esa cámara, la cámara tenía el registro.

Y si la cámara tenía el registro, tenía también el momento exacto en que Rubén salió con el maletín. El horario. La imagen.

Eso no cerraba el gap de Brihuega.

Pero había algo más.

Volvió a la sala.

—Marcos Ibáñez —dijo.

Iturriaga la miró.

—¿El periodista?

—Marcos estaba en comisaría esta noche. Llevaba horas aquí, desde que llegamos de la finca. Y Marcos trabaja de la manera en que trabajan los periodistas que llevan veinticinco años en el oficio: con la cámara lista aunque no haya nada que fotografiar todavía, porque cuando hay algo que fotografiar ya es tarde para preparar la cámara.

Iturriaga tardó dos segundos.

—¿Cree que fotografió a Rubén saliendo con el maletín?

—Creo que fotografió todo lo que se movió en y alrededor de esta comisaría entre medianoche y las seis de la mañana. —Sara sacó el teléfono—. Y las fotos de Marcos tienen metadatos. Coordenadas GPS y marca de tiempo exacta embebidos en cada imagen.

Llamó a Marcos.

Cuatro tonos.

—Montero. —La voz de Marcos tenía el cansancio satisfecho de alguien que lleva dieciséis horas con la historia del año y que ha dormido tres horas y que volvería a hacerlo todo igual—. El artículo lleva cuatro millones de visitas.

—Me alegro. Necesito algo.

—¿Qué?

—Las fotos que hiciste anoche en la comisaría. Todas. No para publicarlas: para el expediente. Necesito saber si tienes imágenes de Rubén saliendo con el maletín y durante cuánto tiempo lo tienes en cámara.

Silencio de Marcos.

—¿Para qué?

—Para cerrar un gap en la cadena de custodia del cuaderno que la defensa de Castaño está intentando usar para tumbar el expediente.

Otro silencio. Más largo.

—¿Cuánto gap?

—Seis horas y media. De las doce y dieciséis a las seis cuarenta y ocho.

Marcos estuvo callado durante cuatro segundos.

—Tengo doscientas cuarenta fotos de esas seis horas y media —dijo —. Rubén aparece en dieciséis de ellas. El maletín aparece en catorce. Con metadatos completos.

Sara cerró los ojos medio segundo.

—¿Puedes mandármelas en la próxima hora?

—En veinte minutos. —Una pausa—. Sara.

—¿Qué?

—Esto que estás haciendo. Usar fotos de un periodista como evidencia en un expediente judicial. ¿Es legal?

—Las fotos fueron tomadas en espacio público. El fotógrafo cede voluntariamente las imágenes al expediente como testigo de los hechos. —Una pausa—. Sí, es legal.

—¿Y si necesitan declarar al fotógrafo?

—¿Tienes inconveniente?

Una pausa muy breve.

—Ninguno —dijo Marcos.

* * *

Las doscientas cuarenta fotos llegaron a las cinco menos diez.

Serrano las procesó en cuarenta minutos: extracción de metadatos, verificación de coordenadas GPS, ordenación cronológica, identificación de las imágenes donde aparecía el maletín. Cuando terminó, tenía una línea de tiempo con marca exacta de cada momento en que el maletín había sido fotografiado en los alrededores de la comisaría de Lope de Vega entre la medianoche y las cuatro de la mañana.

No cerraba completamente el gap. Brihuega seguía siendo Brihuega.

Pero junto con el GPS del coche de Rubén y la cámara de la DGT en la entrada de Brihuega, construía un registro continuo lo suficientemente sólido como para que la cadena de custodia tuviera sustancia donde antes había silencio.

—No es perfecto —dijo Iturriaga.

—No —dijo Sara—. Pero es suficiente para que el argumento de la defensa no sea sencillo. Y cuando el argumento no es sencillo, el Constitucional tiene razones para no admitir el recurso.

Iturriaga miró la línea de tiempo en la pantalla.

—¿Cuánto falta para las setenta y dos horas?

Serrano miró el reloj.

—Sesenta y cuatro horas y veintidós minutos.

Sara miró por la ventana.

El sol de diciembre había desaparecido ya. Madrid se oscurecía con esa rapidez del invierno que pasa del mediodía luminoso a la noche en dos horas sin que uno termine de acostumbrarse. En algún estudio de televisión, la rueda de prensa del Ministerio del Interior había ocurrido dos horas antes sin el subcomisario Villanueva, que según Molina había pedido una baja médica urgente esa mañana con un parte de estrés agudo que nadie en la brigada había cuestionado porque nadie en la brigada sabía todavía exactamente por qué iba a durar esa baja más de lo que duran las bajas por estrés agudo.

—¿Qué más? —dijo Sara.

Iturriaga señaló el montón de papel que quedaba por revisar.

Era todavía la mitad de lo que había cuando habían empezado.

Sara se sentó.

Cogió el primer folio.

Sesenta y cuatro horas y veintidós minutos.

Empezaban a contar.

Capítulo 40

La instrucción

El juez instructor se llamaba Dámaso Fuentes.

Tenía cincuenta y ocho años, el pelo completamente blanco y la reputación de ser el hombre más meticuloso de la instrucción penal en Madrid, lo que en la práctica significaba que sus autos tardaban más que los de cualquier otro juez del edificio y que cuando salían eran prácticamente inimpugnables. Los abogados defensores que se habían enfrentado a él en los últimos veinte años habían aprendido que la estrategia de encontrar errores de forma en los autos de Fuentes era una estrategia que consumía tiempo y energía y que rara vez llegaba a ningún sitio útil.

Era exactamente el juez que Iturriaga había pedido.

La asignación formal del caso se produjo el lunes a mediodía, cuarenta y ocho horas después de que Castaño entrara en la finca de La Retama.

Fuentes llegó al juzgado con una carpeta que ya contenía los primeros documentos del expediente, lo que significaba que había pasado el domingo leyendo. No lo dijo. No hacía falta: la manera en que se sentó y abrió la carpeta en la página exacta donde empezaban los problemas era suficiente indicación de que llegaba preparado.

—El recurso de amparo de la defensa —dijo, sin preámbulo.

—Lo conocemos —dijo Iturriaga.

—¿La cadena de custodia del documento central?

—Hemos construido documentación complementaria que cubre el período cuestionado. Coordenadas GPS del vehículo de transporte, registro fotográfico con metadatos verificables, cámara de tráfico en punto de control. —Iturriaga le pasó la carpeta con los documentos

que Serrano había preparado la noche anterior—. No es un registro de custodia formal en sentido estricto, pero es suficiente para demostrar que el elemento de prueba no estuvo en situación de riesgo de compromiso en ningún momento del período cuestionado.

Fuentes tomó la carpeta.

La hojeó.

Tardó cuatro minutos.

—El registro fotográfico —dijo—. ¿El fotógrafo es el periodista de investigación cuyo reportaje está en todos los medios desde ayer?

—Sí.

—¿Tiene inconveniente en comparecer como testigo si es necesario?

—Ha confirmado expresamente que no.

Fuentes asintió una vez.

—Voy a pedir al Constitucional que espere mi valoración del expediente antes de pronunciarse sobre la admisibilidad del recurso. Eso me da hasta mañana por la tarde. —Cerró la carpeta—. ¿Qué más tiene para hoy?

—Un declarante inesperado —dijo Iturriaga.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, 1981

Había una habitación en Santa Clara que los niños llamaban la sala del fondo.

No era el nombre oficial. El nombre oficial, en el registro del centro, era *sala de actividades complementarias*, lo cual era una descripción que podía significar cualquier cosa o nada, que era exactamente el tipo de descripción que eligen las instituciones cuando necesitan que algo exista en el papel sin que nadie pregunte qué es exactamente.

Los niños la llamaban la sala del fondo porque estaba al fondo del pasillo de la planta baja y porque nadie iba nunca allí excepto en las noches en que venían los coches.

Nico nunca entró en esa sala.

Lo que sí hizo, durante dos años, fue registrar cuántas veces se encendía la luz de la ventana pequeña de la sala del fondo en las noches en que había coches en el patio. Lo registró en el cuaderno con una sola letra: *L.* Para *luz.* Porque escribir la palabra entera habría dado a esa luz un peso que Nico, con ocho y luego nueve y luego diez años, todavía no sabía cómo cargar.

Cuarenta y tres años después, en el juzgado de instrucción número doce de Madrid, alguien leyó esas entradas con la *L* minúscula y supo exactamente qué significaban.

Ese era el poder de escribirlo aunque nadie lo fuera a leer todavía.

Que cuando alguien lo leyera por fin, supiera.

* * *

El declarante inesperado se llamaba Óscar Troncoso Aldana.

Tenía sesenta y tres años y había sido, hasta hacía dos días, director de una fundación de ayuda a la infancia con sede en Madrid. Una fundación real, con proyectos reales, con una memoria de actividades que publicaban cada año y que cualquiera podía consultar en la web y que mostraba genuinamente trabajo útil en zonas desfavorecidas.

Era uno de los cinco hombres de La Retama a quienes Sara no había reconocido.

Había pedido hablar el lunes por la mañana, antes incluso de que su abogado llegara al edificio, lo cual había obligado a su abogado a llamar desde el coche para decirle que esperara, y Troncoso había dicho que esperaría solo si podía hablar a continuación.

Sara lo miró a través del espejo unidireccional.

Troncoso no tenía el aspecto de los otros hombres de La Retama. No tenía la postura de quien lleva décadas en posiciones de poder. Tenía la postura de alguien que lleva tiempo cargando algo y que esta mañana ha decidido que ya no puede o ya no quiere.

Iturriaga entró en la sala cuando el abogado de Troncoso llegó.

Sara siguió al otro lado del espejo.

Troncoso habló durante veinte minutos sin que Iturriaga tuviera que hacer demasiadas preguntas.

Lo que dijo era esto: que había estado en La Retama porque le habían convocado, que las convocatorias de ese tipo no eran opcionales, que llevaba dieciséis años acudiendo a ese tipo de reuniones sin saber exactamente por qué seguía acudiendo excepto que la alternativa era peor.

—¿Cuál era la alternativa? —dijo Iturriaga.

—Que publicaran lo que tienen sobre mí —dijo Troncoso.

—¿Qué tienen sobre usted?

Troncoso miró sus manos.

—En 2001 recibí financiación para la fundación de una empresa que resultó estar relacionada con la estructura de Castaño. No lo sabía en ese momento. Cuando lo supe, ya era tarde porque había firmado los documentos y los documentos existían. —Hizo una pausa—. Desde 2008, Montes Cañas me contactó para decirme que tenía copia de esos documentos y que si no colaboraba, los entregaría a la Agencia Tributaria con una interpretación que haría que la fundación pareciera un instrumento de blanqueo.

—¿Lo era?

—No. Pero con los documentos que él tenía y la interpretación correcta, podría parecerlo. —Troncoso levantó los ojos—. Colaborar no significaba hacer nada activo. Significaba estar disponible. Asistir a reuniones cuando me convocaban. Votar de cierta manera en ciertos consejos donde tenía representación. —Una pausa—. Nunca hice nada que dañara a nadie directamente. Pero tampoco hice nada para detener lo que estaba pasando. Y eso, supongo, es lo mismo.

Iturriaga lo miró.

—¿Cuántas personas en una situación similar a la suya conoce?

Troncoso pensó.

—En las reuniones de La Retama había varios como yo. Personas que no estaban ahí por convicción sino por obligación. —Una pausa —. El sistema de Montes Cañas no era solo Santa Clara. Santa Clara era el origen. Lo que Montes Cañas construyó después fue una red de personas con algo que perder y que podían ser útiles en momentos específicos. —Miró a Iturriaga—. Personas que no habrían elegido estar ahí si hubieran podido elegir.

—¿Puede darme nombres?

—Puedo darle los que sé. Que no son todos.

Sara se apartó del espejo.

Fue al pasillo.

Pensó en la carpeta de Montes Cañas. Dieciséis secciones. Dieciséis personas documentadas. Pero Troncoso acababa de sugerir que había más que no estaban documentadas, que la red era más ancha que lo que Montes Cañas había tenido razón para registrar porque había personas que nunca habían necesitado ser gestionadas activamente, que hacían lo que había que hacer sin que nadie tuviera que recordárselo porque ya lo habían interiorizado.

El sistema que se sostiene a sí mismo.

El equilibrio de complicidades.

Llamó a Rubén.

—Necesito que mires algo en la documentación de Herás. Los tres meses de investigación financiera. Hay un nombre: Troncoso. Óscar Troncoso Aldana. Quiero saber si aparece en algún lado.

Rubén tardó ocho minutos.

—Aparece —dijo—. En el segundo nivel del árbol de empresas. Una empresa de consultoría que recibió honorarios de otra empresa que a su vez... —Sara oyó el sonido de Rubén siguiendo la cadena— llega hasta la sociedad de Castaño.

—Lo sé. ¿Hay algo más?

—Hay una nota de Herás al margen: *intermediario no activo, función de pantalla, posiblemente involuntario.* —Una pausa—. Herás ya lo tenía identificado. Y ya tenía la misma hipótesis que tú.

—¿Cuántos como él hay en la investigación de Herás?

—Dame un momento. —Rubén tardó—. Cuatro marcados con la misma nota. *Posiblemente involuntario.*

Cuatro.

Más Troncoso, que ahora era voluntariamente activo en sentido contrario: hablando.

Sara hizo el cálculo.

Si la carpeta de Montes Cañas tenía dieciséis y la investigación de Herás tenía cuatro más posiblemente involuntarios, y Troncoso había dicho que había más que no estaban documentados, la red real era sustancialmente más ancha que lo que habían visto hasta ahora.

No era una red de cómplices activos.

Era un ecosistema.

Un ecosistema donde algunos lo habían elegido, muchos no habían podido elegir, y todos habían aprendido que el coste de salir era mayor que el coste de quedarse.

Eso era lo que había durado cuarenta y tres años.

No la malicia de unos pocos. La comodidad de muchos con no preguntar.

* * *

El fallo del Tribunal Constitucional llegó el martes a las seis de la tarde.

Sara estaba en comisaría cuando Iturriaga la llamó.

—Han rechazado el recurso de amparo de la defensa de Castaño. —La voz del fiscal era la voz de alguien que ha contenido algo durante cuarenta y ocho horas y que ahora lo suelta con la discreción de

quien sabe que la contención seguirá siendo necesaria durante mucho tiempo—. El expediente es sólido. El caso sigue.

Sara no dijo nada durante un segundo.

—¿Cómo ha respondido la defensa?

—El abogado principal de Castaño ha dado una declaración pública hace quince minutos. —Una pausa—. Ha dicho que su cliente niega cualquier conocimiento de los hechos que se le imputan en relación con el orfanato Santa Clara y que cooperará plenamente con la instrucción para demostrar su inocencia.

Sara miró la pared.

Cooperará plenamente.

Eso significaba que Castaño había calculado que la estrategia de obstrucción había fallado y que ahora iba a intentar la estrategia contraria: presentarse como colaborador, construir una versión donde él era un gestor que tomó decisiones institucionales sin conocimiento pleno de lo que ocurría, separarse de los hechos directos y cargar el peso de los específicos sobre personas que ya no podían contradecirle o que estaban en posición de hacerlo.

—¿Qué necesita de mí ahora? —dijo Sara.

—Que descanse —dijo Iturriaga—. La instrucción va a durar meses. Hay veintiún detenidos entre los ocho de La Retama, Montes Cañas, Bermejo, Andrade, Fernández-Larralde y los que hemos ido sumando. Hay cuatro países con documentación relevante que necesita ser solicitada por vía de comisión rogatoria. Hay supervivientes que van a tener que declarar. —Una pausa—. La investigación de esta semana fue el comienzo. Lo que viene ahora es más largo y más lento y necesita que quien lo lleve esté en condiciones.

—¿Sigo en el caso?

—Eso lo decide Fuentes. Pero le he dicho que sin usted el caso no existe y que me parece contraproducente separarla del expediente en este punto.

—¿Y?

—Ha dicho que lo considerará. —Una pausa—. Lo que en Fuentes significa que sí.

Sara colgó.

Rubén estaba en el umbral del despacho con dos cafés.

Le pasó uno.

Sara lo cogió.

—¿Se acabó? —dijo Rubén.

Sara pensó en los veintiún detenidos. En los meses de instrucción. En las comisiones rogatorias. En los abogados defensores construyendo versiones alternativas. En Castaño cooperando plenamente, que era la manera más peligrosa de resistir que tenía a su disposición.

—La parte que podíamos hacer nosotros se acabó —dijo.

—¿Eso es bueno?

Sara miró el café en la mano.

El café de martes por la tarde, en un despacho de comisaría, después de una semana que había empezado con un cadáver en Lavapiés y había llegado hasta aquí.

—Es lo que hay —dijo.

Rubén asintió.

Bebieron el café en silencio.

Capítulo 41

El ecosistema

Marta Sáez Ruano llamó el miércoles por la mañana.

No llamó como Verónica Herás. El número que aparecía en el teléfono de Sara no era el número de la Fiscalía ni el del móvil profesional que Herás había usado durante toda la semana. Era un número que Sara no tenía registrado y que cuando descolgó produjo una voz ligeramente diferente: no la voz del fiscal sino la de una persona que ha tomado la decisión de ser otra voz por un rato.

—Soy Marta —dijo.

Sara tardó un segundo en calibrar lo que eso significaba.

—¿Dónde estás?

—En casa. Mi casa, no el despacho. —Una pausa—. ¿Tienes tiempo para tomar un café esta mañana?

—¿Dónde?

—En un sitio que no sea ni la comisaría ni el juzgado ni ningún sitio que tenga que ver con el caso. —Otra pausa—. Hay una cafetería en la calle Ilustración, cerca de donde me crié. Sé que es lejos para ti pero me parece el sitio correcto.

Sara miró el reloj. Las nueve y cuarto del miércoles. La instrucción avanzaba a su ritmo sin que ella tuviera que estar presente en cada paso, al menos por ahora.

—En una hora —dijo.

* * *

Santa Clara de Miraflores — Madrid, diciembre de 1981

La noche en que Marta se fue, Nico la vio por última vez en el pasillo del primer piso.

Era las dos de la madrugada y los dos estaban en posición de acuerdo con lo que habían planeado: Nico delante, comprobando el camino hasta la puerta lateral; Marta detrás, con la bolsa de tela y los zapatos colgados del cuello como él le había enseñado.

El pasillo olía a pino, el desinfectante que usaban los viernes, que en invierno tardaba más en evaporarse porque las ventanas estaban cerradas.

Nico llegó a la esquina.

Se detuvo.

Miró atrás.

Marta estaba a cuatro pasos de él en el pasillo oscuro, con la barbilla levantada y los ojos abiertos y esa expresión que Nico había aprendido a leer en ella durante dos años: la expresión de alguien que ha tomado la decisión y que ahora solo necesita que el cuerpo siga a la decisión.

No dijeron nada.

En el plan no había palabras para ese momento porque las palabras crean ruido y el ruido era el enemigo.

Nico llegó a la puerta lateral.

El eslabón gastado.

El alambre.

Cuarenta segundos.

La puerta se abrió.

El callejón.

El frío de diciembre.

Echaron a correr.

Y Nico, mientras corría, pensó en una sola cosa: que había dos personas saliendo de ese edificio y que las dos eran del tipo de personas que habían aprendido a sobrevivir en ese edificio, lo que significaba que eran del tipo de personas que podían sobrevivir también fuera.

Eso no era certeza.

Era lo más parecido a la certeza que tenía a disposición.

* * *

La cafetería de la calle Ilustración era de las de barrio: mesas de fórmica, la barra larga con la máquina de café en el extremo y las tapas de la mañana bajo la vitrina, el ruido de los clientes habituales que se conocen entre sí y que hablan sin necesitar presentarse porque llevan años hablando en esa barra.

Marta estaba en la mesa del fondo.

Sin el traje de fiscal. Un jersey oscuro, el pelo suelto, la cara sin la arquitectura profesional que construye una persona que lleva veinte años siendo una versión de sí misma diferente de la que empezó.

Seguía siendo una cara que Sara había aprendido a leer en pocos días: los pómulos altos, los ojos del color que Nico había descrito en el cuaderno como *barro mojado,* la manera en que miraba directamente sin el rodeo cortés que usan las personas que no están acostumbradas a las conversaciones difíciles.

Se sentaron.

El camarero trajo dos cafés sin que ninguna de las dos lo pidiera, lo que significaba que Marta era clienta habitual.

—¿Cómo estás? —dijo Sara.

—Durmiendo ocho horas por primera vez en meses —dijo Marta—. Que es una respuesta honesta aunque suene rara.

—No suena rara.

—Lo que más me cuesta es no tener el caso. —Marta envolvió el vaso con las dos manos—. Doce años trabajando en eso y ahora está en manos de Fuentes y de Iturriaga y yo no puedo llamarles cada día para preguntar cómo va porque técnicamente soy parte del expediente, no del equipo.

—Van bien —dijo Sara.

—Lo sé. Iturriaga me manda mensajes. —Una pausa—. Pero lo sé de la misma manera que sabe cómo van las cosas alguien que está fuera de la sala. Con desfase.

Sara bebió el café.

—¿Por qué me has llamado?

Marta miró la mesa un momento.

—Porque hay cosas que no he podido decir como Herás que sí puedo decir como Marta. —Levantó los ojos—. Y porque me parece que tú eres la persona correcta para escucharlas.

—Te escucho.

Marta empezó a hablar.

No desde el principio: desde el punto que eligió, que fue el centro de acogida en el barrio de Vallecas donde la habían llevado después de encontrarla con Nico en la plaza de Carabanchel a los siete de la mañana del día después de la fuga. Un centro pequeño, gestionado por una congregación religiosa diferente de la que gestionaba Santa Clara, con monitoras que usaban ropa de calle y que no pegaban.

—Durante el primer mes —dijo Marta— no hablé. Literalmente no dije nada que no fuera lo estrictamente necesario para comer y dormir. —Una pausa—. Los psicólogos del centro tenían un diagnóstico para eso. Yo tenía otro: que el silencio es la respuesta correcta cuando todavía no sabes si el lugar donde estás es seguro.

—¿Cuándo decidiste que era seguro?

—Cuando llevaba tres meses y nada malo había pasado. —Marta sonrió levemente—. Es un umbral bajo. Pero era el que tenía.

Habló de la escuela. De la monitora que se llamaba Rosa y que fue la primera adulta en quien Marta confió sin reservas completas, porque Rosa era del tipo de persona que no quería nada a cambio de ser buena con alguien. Habló de la decisión de estudiar derecho, que no fue exactamente una decisión sino una acumulación: la comprensión progresiva de que el sistema que había fallado con ella era un sistema que podía aprenderse desde dentro, y que

aprenderse desde dentro era la única manera de afectar a algo más que a ti misma.

—¿Cuándo supiste que querías ir a Anticorrupción específicamente? —dijo Sara.

—Cuando tenía veintiocho años y un compañero de la Fiscalía me contó que había un expediente archivado sobre irregularidades en la gestión de menores tutelados en los años ochenta. No en relación con Santa Clara directamente. En relación con el Patronato. —Marta miró el café—. Nadie más en la sala pensó que era interesante. Yo pedí acceso al expediente esa misma tarde.

—¿Y era Santa Clara?

—No directamente. Pero era el primer hilo. —Una pausa—. Me llevó cuatro años llegar a Santa Clara desde ese hilo. Y otros ocho llegar a Castaño de manera que lo que tenía fuera procesalmente útil.

Sara la miró.

—Doce años.

—Doce años. —Marta asintió—. Siendo Verónica Herás, que era una persona que tenía razones profesionales para investigar a Castaño sin que nadie preguntara por qué esa fiscal concreta tenía tanto interés en ese caso concreto.

—¿Hubo momentos en que pensaste en revelar quién eras?

Marta tardó en responder.

—Sí. Varios. —Hizo una pausa—. El más serio fue hace tres años, cuando la investigación llegó al punto donde tenía suficiente para pedir una intervención telefónica sobre Castaño. Para conseguir la autorización necesitaba convencer a un juez de que el caso justificaba la medida. Y el argumento más fuerte que tenía era también el que no podía usar: que yo era testigo directa de los hechos que estaba investigando.

—¿Por qué no lo usaste?

—Porque si lo usaba, el caso pasaba a otro fiscal y yo perdía el control de cómo se construía. Y yo era la única persona que

entendía la arquitectura completa de lo que había que construir. —Una pausa—. No sé si fue la decisión correcta. Pero fue la decisión que tomé.

Sara pensó en los doce años de Marta construyendo un caso que no podía decir que era también su historia personal. En la arquitectura de esa doble vida: ser la persona que investigaba el daño mientras era la persona que había sufrido el daño, sin que las dos versiones pudieran verse.

—¿Nico lo sabía? —dijo Sara.

—Que yo era fiscal, sí. Lo supo cuando empecé a trabajar en el caso, hace doce años. Le contacté yo. —Marta sonrió levemente de nuevo —. Fue la primera vez que hablamos en veinte años. Le llamé desde un número que él no conocía, le dije quién era, y él tardó exactamente dos segundos en decir *sabía que ibas a aparecer en algún momento.*

Sara pensó en Nico con los ojos que lo registraban todo.

Tenía sentido.

—Hay una cosa más —dijo Marta—. Sobre Andrade.

Sara esperó.

Marta dejó el vaso en la mesa.

—Le conocí hace ocho años —dijo—. No en persona: a través de la investigación. Su nombre apareció en un rastro financiero que conectaba con la estructura de Castaño. Javier Andrade, detective privado. Y cuando empecé a tirar de ese hilo, llegué a los registros de adopciones del Patronato de 1982. —Una pausa—. Y encontré a Miguel.

Sara la miró.

—¿Sabías que era él?

—Sabía que había un niño mayor en Santa Clara que en 1982 fue adoptado por una familia que tenía conexiones con la estructura de Castaño. Y sabía que ese niño se había convertido en el instrumento de Castaño. —Marta miró la mesa—. No lo incluí en el expediente.

Guardé ese hilo aparte. No porque quisiera protegerle. Sino porque entendí que si llegaba el momento de usarlo, tenía que usarse de la manera correcta.

—¿Cuál era la manera correcta?

—Esta —dijo Marta—. Que él llegara al punto de decidir por sí mismo. Que la decisión de hablar fuera suya. —Una pausa—. Si yo lo hubiera expuesto antes, habría sido una pieza del expediente. Un testigo más. Posiblemente habría huido o se habría cerrado. —Miró a Sara—. Lo que tenemos ahora, su declaración voluntaria con cuatro horas de detalle, vale diez veces más que lo que habría valido si lo hubiéramos llevado como sospechoso desde el principio.

Sara procesó eso.

Ocho años guardando ese hilo.

Confiando en que el momento correcto llegaría.

—¿Lo sabía Nico? —dijo Sara—. ¿Que Andrade era Miguel?

—Se lo dije hace tres años. —Una pausa—. Me preguntó si pensaba que Miguel había tenido elección. Le dije que no lo sabía. Me dijo que él tampoco. Y luego me dijo que siguiera guardando el hilo hasta que fuera el momento.

Silencio en la cafetería de la calle Ilustración.

El ruido de los clientes habituales. La máquina de café. El miércoles de diciembre en un barrio de Madrid que no sabía que en esa mesa del fondo dos mujeres estaban hablando de algo que había empezado cuarenta y tres años atrás en un edificio de Carabanchel.

—¿Para qué me has llamado, Marta? —dijo Sara—. No para contarme esto solo.

Marta la miró.

—Quiero declarar en el juicio.

—Puedes hacerlo como testigo de...

—No como testigo —dijo Marta—. Como Marta Sáez Ruano. Número veintitrés. Niña del orfanato Santa Clara de Miraflores entre 1975 y

1981. —Hizo una pausa—. No como fiscal recusada ni como funcionaria con conflicto de interés. Como la persona que estuvo allí.

Sara la miró.

—Eso va a requerir que expliques quién eres en relación con el caso. Todo.

—Lo sé.

—Va a ser una exposición completa. Tu identidad, tu historia, los doce años de investigación conducidos desde una posición que tenía conflicto de interés no declarado.

—Lo sé.

—La defensa de Castaño va a intentar usar eso para desacreditar todo el trabajo de la instrucción.

—Lo sé. —Marta no apartó los ojos de Sara—. Y aun así quiero hacerlo. Porque en ese juicio tiene que haber alguien que le diga al tribunal lo que vio siendo niña. Y yo soy la persona que está en mejores condiciones de hacerlo. —Una pausa—. Puedo construir la declaración de manera que sea inatacable procesalmente. Llevo doce años aprendiendo exactamente cómo se hace eso.

Sara la miró durante un momento.

—¿Quieres que te ayude a prepararla?

—Quiero que seas tú quien presente la solicitud a Fuentes. —Marta cogió el café—. Porque si la presento yo, parece que estoy intentando volver al caso. Si la presentas tú, es una decisión de la investigación.

Sara asintió.

Pensó en el juez Fuentes con su meticulosidad y sus autos inatacables. En Iturriaga con su bloc de notas de letra pequeña. En el proceso largo que les esperaba.

Y en el estrado de un tribunal, en algún momento del año siguiente, una mujer que durante veinte años había sido Verónica Herás diciendo su nombre real en voz alta delante de un juez y un acusado

que había organizado lo que le habían hecho cuando tenía nueve años.

—Hablaré con Fuentes —dijo Sara.

Capítulo 42

Fuentes

El despacho del juez Fuentes tenía libros en las paredes y silencio en el aire y una luz de sobremesa encendida aunque eran las once de la mañana porque la ventana daba a un patio interior que nunca recibía suficiente luz natural.

Sara había pedido la reunión por escrito, por el canal correcto, y Fuentes le había respondido por escrito indicando que la recibiría el jueves a las once. No antes. No después.

Se sentó frente a él con una carpeta delgada.

—Tengo una solicitud en relación con el testimonio de un testigo en la instrucción —dijo.

Fuentes la miró por encima de los cristales de las gafas de leer que llevaba para revisar documentos y que en ese momento no estaba usando, lo que significaba que estaba escuchando y no leyendo.

—Continúe.

—Marta Sáez Ruano. —Sara colocó la carpeta sobre el escritorio pero no la abrió todavía—. Residente en Madrid, cuarenta y tres años. Fue tutelada por el Patronato de Protección de Menores entre 1975 y 1981, período durante el cual estuvo en el orfanato Santa Clara de Miraflores. —Una pausa—. Quiere declarar en la instrucción como testigo directo de los hechos ocurridos en Santa Clara durante ese período.

Fuentes no dijo nada.

Sara abrió la carpeta y colocó los dos primeros folios frente al juez.

—El nombre de Marta Sáez Ruano aparece en el cuaderno de Nicolás Ferreras en la entrada del 14 de marzo de 2001, identificada como superviviente número veintitrés. La misma persona es conocida profesionalmente como Verónica Herás, fiscal de la Unidad de

Anticorrupción, que se recusó del presente caso el sábado 7 de diciembre debido a conflicto de interés personal con los hechos investigados.

Fuentes cogió los folios. Los leyó. Sara esperó.

—¿La fiscal Herás conocía la naturaleza de su conflicto de interés cuando asumió la investigación hace doce años? —dijo Fuentes.

—Sí.

—¿Por qué no se recusó en ese momento?

—Porque en el momento de asumir la investigación, la fiscal Herás consideró que era la persona con mejor capacidad técnica para construir el caso y que la recusación prematura habría resultado en que la investigación fuera asignada a alguien sin el contexto necesario para identificar los elementos relevantes. —Una pausa—. Una decisión que puede cuestionarse en términos formales pero que produjo el expediente de tres meses que constituye la base de la instrucción actual.

—¿Está justificando la irregularidad?

—Estoy describiéndola con precisión para que su señoría pueda valorarla con el contexto completo. No la justifico. La presento.

Fuentes leyó durante otro minuto.

—¿Qué aporta la declaración de Marta Sáez Ruano que no aporten los testimonios de otros supervivientes ya identificados?

—Dos cosas. Primera: es la única superviviente identificada que huyó del centro directamente en 1981 sin pasar por el sistema del Patronato, lo que significa que es la única cuya historia de salida no está mediada por las instituciones que hoy están implicadas en el caso. Segunda: lleva doce años construyendo el expediente de Anticorrupción sobre la estructura financiera de Castaño. Su declaración puede conectar los hechos de 1981 con la arquitectura de encubrimiento de los cuarenta y tres años siguientes de una manera que ningún otro testigo puede hacer.

—¿Ha considerado que la defensa de Castaño va a usar la identidad dual de la testigo para intentar desacreditar la instrucción?

—Sí. Y la testigo también lo ha considerado. Está dispuesta a afrontarlo.

—¿Puede garantizar que su declaración va a estar blindada procesalmente?

—La testigo lleva doce años construyendo declaraciones blindadas procesalmente. Es su especialidad.

Fuentes la miró durante cuatro segundos. Luego cogió el bolígrafo. Escribió una nota al margen del primer folio.

—Voy a estudiar la solicitud —dijo—. Le comunico mi decisión antes del lunes.

Sara recogió la carpeta. Se levantó.

—Una cosa más —dijo Fuentes, sin levantar los ojos del folio—. El expediente de las últimas cuarenta y ocho horas. ¿Ha visto el parte de defunción de Ramón Esteve Carrera?

Sara se detuvo.

—No conozco ese nombre.

Fuentes abrió un cajón y sacó un folio. Lo colocó sobre el escritorio.

Ramón Esteve Carrera. Sesenta y ocho años. Fallecido el martes por la noche en su domicilio de Pozuelo de Alarcón. Causa: infarto agudo de miocardio. Sin antecedentes cardíacos registrados.

—¿Quién es? —dijo Sara.

—Estaba en la sección cuarta de la carpeta de Montes Cañas —dijo Fuentes—. Era el director adjunto de la Oficina de Supervisión del Patronato entre 1995 y 2003. La persona que firmó los informes de supervisión de Santa Clara en los años en que la supervisión habría tenido que revelar lo que estaba ocurriendo allí. —Una pausa—. Sin antecedentes cardíacos registrados.

Sara miró el parte. Martes por la noche. El primer día laborable después de las detenciones. Cualquier persona con razones para

temer la instrucción ya tenía tiempo suficiente para evaluar su exposición.

—¿Va a solicitar autopsia?

—Ya la he solicitado —dijo Fuentes—. Esta mañana, antes de que usted llegara.

* * *

Madrid, 1981

La mañana después de la primera noche de coches, el desayuno fue puntual.

Eso era lo que recordaba Nico con más claridad cuarenta y tres años después: que el desayuno fue puntual. El pan en la mesa a la hora de siempre, el café con leche en los vasos de siempre, Sor Remedios con las instrucciones de siempre.

El mundo no había cambiado de forma.

Eso era lo más preciso: que el mundo era exactamente el mismo y que eso era la parte más difícil de entender para un niño de diez años que todavía creía que cuando algo horrible ocurre el mundo acusa el golpe de alguna manera visible.

No había señal. El pan era el mismo. El café era el mismo.

Nico abrió el cuaderno por debajo de la mesa.

Escribió una fecha. Luego: *Anoche vinieron cuatro coches. No los vi entrar pero vi las luces desde la ventana. Por la mañana todo es igual.*

Cerró el cuaderno.

Todo es igual. Eso era lo más importante de registrar. No lo que había pasado. Lo que pasaba después.

* * *

Rubén estaba esperando en el coche cuando Sara salió del juzgado.

—Ramón Esteve Carrera —dijo Sara antes de que él hablara.

—¿Ya lo sabe?

—Fuentes me lo ha dicho. Ha solicitado autopsia.

—Bien. Porque hay algo más. La hija de Esteve me ha dicho que el martes por la tarde, horas antes de que encontraran el cuerpo, su padre la llamó. Para decirle que iba a hacer algo. Que tenía que hacer algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué cosa?

—No lo dijo. Le dijo que si no volvía a saber de él en veinticuatro horas, que llamara a la policía y dijera su nombre. —Rubén giró hacia la M-40—. Y hay una llamada recibida en su teléfono a las nueve y cuarenta de la noche del martes. Número no identificado. Catorce segundos.

Sara procesó eso.

Castaño detenido desde el sábado. Alguien más operando mientras las cabezas visibles estaban en celda.

—¿Quién? —dijo.

—Esa es la pregunta.

Los resultados preliminares de la autopsia llegaron el viernes. Niveles elevados de una sustancia cardiotónica que en dosis altas produce arritmia ventricular. El forense añadió una nota: *compatible con administración voluntaria o involuntaria en las horas previas al fallecimiento. Se recomienda investigación adicional.*

Fuentes llamó a Sara directamente.

—El caso se amplía —dijo.

—Lo sé.

—Necesito que Homicidios retome la investigación de esta línea.

—Sí —dijo Sara.

Y antes de que colgara, Fuentes añadió una cosa más.

—La solicitud de la fiscal Herás. He tomado mi decisión. La admito. Marta Sáez Ruano declarará como testigo en la instrucción.

Capítulo 43

Sustancia

El forense de Pozuelo se llamaba Arrieta y tenía la voz de quien lleva veinte años comunicando cosas que nadie quiere escuchar y ha aprendido a hacerlo sin rodeos porque los rodeos solo alargan lo inevitable.

—Cloruro de potasio —dijo—. Concentración en sangre compatible con administración exógena. El nivel endógeno en un infarto natural no sube así. Lo que tenemos en Esteve Carrera es una curva de absorción que sugiere dosis única administrada en las dos o tres horas previas al fallecimiento.

—¿Oral o inyectada? —dijo Sara.

—Imposible determinarlo con certeza a estas alturas. El cloruro de potasio en dosis letales puede administrarse de varias maneras, algunas de las cuales no dejan marca visible. —Una pausa—. Lo que sí puedo decirle es que este hombre no murió de infarto espontáneo. Alguien le ayudó.

Sara miró el informe sobre la mesa del despacho de Arrieta. Dos páginas y media de terminología médica que se reducían a eso: alguien le ayudó.

—¿Hay residuos que permitan identificar la procedencia?

—El tóxico en sí no tiene trazador. Pero hemos encontrado algo más. —Arrieta giró el informe y señaló el tercer párrafo de la segunda página—. En el antebrazo derecho, una marca que en el levantamiento inicial se clasificó como contusión menor, posiblemente premortem por caída. Con el microscopio es otra cosa: es la marca de una inyección. Pequeña, limpia, de alguien que sabe hacerlo.

—¿Alguien con formación médica?

No era una pregunta.

—Con formación médica o paramédica, sí.

* * *

Madrid, otoño de 1979

El olor de la sala del fondo era el olor que Nico más tardó en olvidar.

No era un olor violento. Era el olor neutro y específico de una habitación que se ventilaba poco y que se usaba de noche, una combinación de colonia cara y aire cerrado y algo más que Nico, con ocho años, no podía nombrar pero que registró con la precisión de quien aprende que hay cosas que el cuerpo guarda aunque la mente decida no hacerlo.

Lo registró en el cuaderno de la única manera que podía.

Olor en el pasillo. Diferente al de siempre. Como cuando alguien ha fumado dentro aunque no se puede fumar.

Ocho líneas de letra desigual.

Cuarenta y tres años después, en el juzgado de instrucción número doce, alguien leyó esa entrada y supo exactamente qué significaba.

* * *

Rubén había pedido los registros de todas las farmacias en un radio de dos kilómetros del domicilio de Esteve Carrera en Pozuelo.

Era un radio amplio, quizás demasiado: doce farmacias. Pero el cloruro de potasio en concentración inyectable no se despacha sin receta, lo que reducía el universo de búsqueda a los establecimientos que habían vendido ampollas de cloruro potásico en los diez días anteriores a la muerte de Esteve.

Tres farmacias habían realizado esa venta.

Dos de ellas a clínicas u hospitales por pedido ordinario, documentado, sin irregularidad.

La tercera, en la calle Pintor Sorolla de Pozuelo, había vendido el martes —el mismo día en que Esteve Carrera murió— cuatro ampollas de cloruro de potasio al 20% a un hombre con receta médica.

La farmacéutica de guardia, una mujer de unos cincuenta años que había atendido a Sara y Rubén con la cooperación específica de quien entiende de inmediato la gravedad de lo que le están preguntando, había descrito al comprador: hombre, entre cincuenta y cinco y sesenta años, chaqueta oscura, pelo gris, hablaba con acento del norte. Había pagado en efectivo. La receta tenía membrete de una clínica privada del barrio de Salamanca.

—¿Conserva la receta? —dijo Sara.

—La copia. —La farmacéutica fue al archivo y volvió con una hoja—. La máquina hace copia automática de todas las recetas de medicación controlada.

Sara la leyó.

El membrete era de la Clínica Médica Palma, calle Serrano 147. El firmante: Dr. Eusebio Palma García, especialista en cardiología.

—¿Conoce esta clínica?

—Sí. Es seria. Lleva años en el barrio.

Sara fotografió la receta y salió a la calle con Rubén.

—Clínica Palma —dijo Rubén mientras consultaba el teléfono—. Eusebio Palma García, cincuenta y ocho años, colegiado en Madrid desde 1992. Especialista en cardiología y medicina interna. Consulta privada. —Una pausa—. Sin antecedentes.

—Calle Serrano 147 —dijo Sara—. Vamos.

* * *

La clínica ocupaba el entresuelo de un edificio de principios del siglo XX a dos calles del Retiro. La fachada era discreta: una placa de bronce con el nombre, un portero automático, las persianas a medio bajar de quien no espera visitas.

El portero automático no respondió.

Rubén marcó el número de la clínica desde el teléfono. Doce tonos. Buzón de voz.

Fue a la portería del edificio.

El portero, un hombre de unos sesenta años con el periódico del día doblado sobre las rodillas, les dijo que el doctor Palma llevaba tres días sin aparecer por la consulta. Que el martes por la mañana había llegado en su coche, había subido, había bajado veinte minutos después con una bolsa grande, había devuelto las llaves al portero diciendo que *estaría fuera unos días* y no había vuelto.

—¿El martes? —dijo Sara—. ¿A qué hora?

—Sobre las diez. Diez y cuarto.

Esteve Carrera había recibido la llamada de catorce segundos del número desconocido a las nueve y cuarenta del martes.

Veinte minutos después, Palma vaciaba su consulta.

—¿Tenía cita alguien en la consulta ese día? —dijo Sara.

—No lo sé. Eso lo sabe el personal. Pero el personal tampoco ha vuelto. La chica de recepción me llamó el miércoles porque no podía abrir y le dije que el doctor se había ido.

Sara miró la fachada de la clínica.

Las persianas a medio bajar. La placa de bronce. Veinte años de consulta privada en el barrio más caro de Madrid.

Alguien había llamado a Palma a las nueve y cuarenta del martes para decirle qué hacer.

Y Palma lo había hecho.

—Necesito una orden de entrada en la clínica —dijo Sara a Rubén—. Y necesito localizar el vehículo de Palma.

—¿Matrícula?

—Habrá padrón. Búscalo.

Rubén ya estaba marcando.

Sara miró la calle Serrano. El tráfico del mediodía. Los peatones. La ciudad que seguía siendo la ciudad aunque debajo de su superficie alguien hubiera decidido el martes por la mañana que Esteve Carrera no podía llegar al juicio.

La instrucción llevaba cuatro días. La estructura que llevaba cuarenta y tres años funcionando había tardado cuatro días en demostrar que seguía activa.

Eso era información.

Y era también la primera vez en toda la investigación que Sara sentía algo muy parecido al miedo.

No por ella.

Por los que todavía no habían declarado.

* * *

Fuentes firmó la orden de entrada en la clínica Palma a las cuatro de la tarde.

Los técnicos de la Científica encontraron lo que esperaban encontrar en la sala de tratamientos: un vial abierto de cloruro de potasio al 20%, una jeringa sin usar en la papelera, y en el ordenador de la consulta, un historial médico borrado esa mañana del martes que los técnicos recuperaron en parte de la memoria temporal del disco.

El historial borrado correspondía a un paciente cuyo nombre en el sistema era una combinación de iniciales que no coincidía con ningún nombre real. Pero los datos biométricos sí eran reales: edad aproximada, presión arterial, historial de revisiones. Y una nota clínica del último mes: *paciente con ansiedad severa relacionada con exposición mediática. Solicita orientación farmacológica.*

Era Esteve Carrera.

Esteve había ido al médico hace un mes asustado. Había buscado ayuda donde no debía buscarla.

Rubén leyó la nota en voz alta desde la pantalla del portátil de los técnicos y luego se quedó en silencio durante un momento.

—Le dio su nombre —dijo.

—Sí —dijo Sara.

—No sabía quién era Palma.

—No. O lo sabía y no tenía a nadie más.

Eso era lo más oscuro: que un hombre que empezaba a tener miedo, que estaba evaluando si hablar, que había llamado a su hija para decirle que iba a hacer algo, hubiera buscado ayuda en alguien conectado a la misma estructura de la que quería escapar.

La red no dejaba huecos fáciles.

Cuarenta y tres años construyendo una red no deja huecos fáciles.

Capítulo 44

El médico

El coche de Eusebio Palma apareció el jueves por la mañana en el aparcamiento de la estación de Santa Justa, en Sevilla.

Cuatro días aparcado. La multa de zona azul pegada en el parabrisas, la segunda encima de la primera. Dentro, en el asiento trasero, una chaqueta doblada y una bolsa de deportes con ropa de varios días.

Sara recibió la notificación de la Policía de Sevilla a las nueve y cuarenta y cuatro.

Llamó al inspector García, que llevaba el seguimiento andaluz.

—¿Hay alguien en el coche?

—No. El coche lleva ahí desde el lunes por la noche según el registro de cámaras del aparcamiento. Palma entró a pie, lo dejó, y salió caminando hacia la calle Reyes Católicos.

—¿Hay cámaras en esa dirección?

—Sí. Lo tenemos en cámaras hasta la plaza del Duque. Luego lo perdemos.

—Un familiar en Sevilla —dijo Sara.

—Eso dijiste. Hemos localizado a la persona: Amparo Palma Herrera, cincuenta y dos años, hermana. Vive en Triana. Llevamos doce horas esperando fuera del domicilio.

—¿Ha salido alguien?

—Esta mañana la hermana, sola, fue al mercado. Volvió. No ha salido nadie más.

—¿Estáis seguros de que está dentro?

—No completamente. Pero la hermana ha rechazado abrir la puerta cuando sus vecinos le preguntaron si estaba bien. Eso es compatible con que haya alguien dentro que no quiere visitas.

Sara pensó.

Un médico que ha hecho algo que lo ha convertido en instrumento de un homicidio, que ha vaciado su consulta y ha huido a casa de su hermana en Sevilla. No es un fugitivo profesional. Es un hombre con miedo que ha ido al único sitio donde sabía que podía ir.

—García. Necesito que alguien hable con la hermana. No con uniformes, no con presión. Alguien que pueda transmitirle que su hermano está en una situación que se agrava con cada hora que pasa, y que la única manera de reducir el daño es que hable.

—¿Y si no abre?

—Entonces esperáis. —Una pausa—. Pero hacedle saber que el hombre que le encargó esto a su hermano está en preventiva desde el sábado pasado. Que ya no tiene poder para proteger a nadie. Que Palma es el último que queda fuera.

García tardó un momento.

—Dame dos horas.

* * *

Alcalá de Henares, invierno de 1983

El primer invierno en Alcalá fue el invierno en que Nico aprendió que la confianza es reversible.

No de manera dramática. El monitor Antonio era un hombre bueno y seguía siendo un hombre bueno. Pero una tarde de enero entró en la sala de estudio sin llamar y vio a Nico escribiendo en el cuaderno y dijo: *¿qué escribes?* y Nico respondió *nada* y se dio cuenta en el momento de decirlo de que mentir era más fácil que explicar.

Más fácil y más triste.

Eso era lo que había enseñado Santa Clara que no tenía que enseñar: que el reflejo de proteger lo que importa pasa primero por la mentira, que la verdad es un lujo que solo se puede permitir quien no tiene nada que proteger.

Nico cerró el cuaderno.

Lo guardó bajo la camiseta.

Miró a Antonio y le dijo que había estado haciendo los deberes de lengua.

Antonio asintió y se fue.

Y Nico se quedó sentado en la silla con el cuaderno contra el pecho y la sensación específica de haber traicionado algo, aunque no fuera exactamente una traición sino el instinto de supervivencia más básico que había aprendido en los dos años anteriores.

El cuaderno era lo que más le importaba.

Y lo que más te importa lo proteges con lo que tienes.

Aunque lo que tengas sea mentira.

* * *

Mientras Sara esperaba noticias de Sevilla, fue a leer los archivos del árbol financiero de Herás.

La investigación de doce años de Marta había trazado el flujo del dinero de Castaño hasta el segundo y tercer nivel de empresas. El nombre de Palma no aparecía directamente: lo que aparecía era una sociedad de consultoría médica con sede en Madrid que había recibido honorarios anuales de una empresa del segundo nivel. Honorarios moderados, del tipo que pasan bajo el radar de cualquier inspección estándar.

Rubén había encontrado la sociedad de consultoría el día anterior.

El administrador único de esa sociedad era Eusebio Palma García.

No era un cómplice activo. Era alguien que había recibido dinero durante años de una fuente que nunca había examinado demasiado, y que cuando llegó el momento había sido la herramienta disponible

porque tenía los conocimientos y porque tenía suficiente miedo y suficiente deuda moral acumulada para hacer lo que le pidieron.

Así era como funcionaba el ecosistema.

No necesitaba personas malvadas en cada posición. Necesitaba personas en deuda, personas con algo que perder, personas que habían cruzado una línea pequeña hace años y que ahora no podían retroceder sin exponer esa línea.

Troncoso, el hombre de La Retama que había pedido hablar, lo había descrito perfectamente: *no estaba ahí por convicción sino por obligación.*

Palma era otra versión de lo mismo.

El problema era que su obligación había producido un muerto.

García llamó a las doce y cuarto.

—Hemos hablado con la hermana. —La voz del inspector tenía algo que no estaba antes: el tono específico de quien ha tenido una conversación difícil y ha llegado a algún sitio—. Palma está dentro. Lleva desde el lunes sin salir. La hermana dice que no para de llorar.

—¿Va a abrir?

—La hermana sí. Palma dice que quiere un abogado antes de hablar con nadie.

—Tiene derecho. —Sara miró el reloj—. Dile que el abogado puede estar ahí en tres horas. Y que mientras espera, nadie le va a pedir nada. Solo que espere.

—¿Le garantizo que no será detenido inmediatamente?

—Puedo garantizarle que la detención se producirá de forma ordenada, con abogado presente, y que su colaboración será comunicada al fiscal de la causa antes de cualquier calificación de cargos. —Una pausa—. Eso es lo máximo que puedo garantizarle. Díselo exactamente así.

Hubo silencio al otro lado.

Luego García:

—La puerta se abrió.

* * *

Palma declaró en la comisaría de Triana esa misma tarde.

Sara no pudo estar presente: la distancia no lo permitía y el tiempo tampoco. Siguió la declaración en tiempo real a través del informe que García le mandaba por párrafos.

Lo que Palma dijo era esto:

Que desde 2019 había recibido honorarios de la sociedad de consultoría a cambio de estar *disponible* para consultas médicas de carácter discreto. Nunca había sabido exactamente para quién. Solo sabía que cuando le llamaban, atendía.

Que el lunes de esa semana le llamó un hombre cuya voz reconocía pero cuyo nombre nunca le habían dado. El hombre le dijo que Ramón Esteve Carrera iba a necesitar *asistencia médica urgente* esa noche y que Palma tenía que prepararle *algo que lo tranquilizara* porque Esteve estaba muy alterado y podía hacer cosas que dañaran a *mucha gente*.

Palma había preguntado qué tipo de tranquilizante.

El hombre había dado instrucciones específicas.

Yo le dije que con esa dosis podría morir, escribió García en el informe. *El hombre dijo que si moría era porque tenía el corazón débil y que nadie iba a mirar más allá. Me dijo que era lo mejor para todos, incluyendo para mí.*

Palma había preparado la receta. Había ido a la farmacia. Había entrado en el domicilio de Esteve usando una copia de la llave que alguien le había dejado en un sobre en la puerta de su clínica ese mismo día.

Esteve le había abierto pensando que era el médico que había contactado para tratar su ansiedad.

Palma le había puesto la inyección mientras le tomaba la tensión.

Esteve había muerto cuarenta minutos después.

Palma había vuelto a su clínica, había vaciado lo que podía vaciar, y había cogido el coche hacia Sevilla porque no había podido pensar en ningún otro sitio al que ir.

El último párrafo del informe de García decía: *El declarante sollozó durante veinte minutos antes de firmar el acta. Ha pedido hablar con un sacerdote.*

Sara dejó el teléfono sobre la mesa.

Miró la pared.

Pensó en Esteve Carrera abriendo la puerta de su casa a un hombre que llevaba su historial médico y que era, en apariencia, exactamente el tipo de ayuda que Esteve necesitaba.

Cuarenta y tres años construyendo una red que funciona incluso cuando sus cabezas están en preventiva.

—Rubén —dijo.

Rubén levantó la vista.

—El hombre que llamó a Palma el lunes. La voz que Palma reconoce pero a la que nunca le pusieron nombre. Necesito que Palma escuche una selección de voces.

—¿De entre los detenidos?

—De entre los detenidos y de entre los que todavía no lo están. —Sara cogió el teléfono de nuevo—. Porque si hay alguien que siguió operando después del sábado, o no está entre los veintitrés, o está entre los veintitrés y tiene un canal que todavía no hemos cortado.

Rubén asintió.

—García puede organizar el reconocimiento de voz mañana por la mañana en Sevilla.

—Esta tarde —dijo Sara.

Rubén marcó.

Capítulo 45

Los testigos

Las declaraciones formales de los supervivientes de Santa Clara comenzaron el lunes de la segunda semana de instrucción.

Fuentes lo había organizado con la meticulosidad que organizaba todo: dos declarantes por día, con al menos dos horas entre una y otra para que el ambiente de la sala se aireara, que era una manera técnica de decir que había cosas que no debían mezclarse porque cada persona traía un peso específico que necesitaba su propio espacio.

Nico fue el primero.

Sara lo esperó en la puerta del juzgado a las nueve menos cuarto. Hacía frío, el frío seco de Madrid en diciembre que no tiene humedad pero que entra por cualquier abertura de la ropa. Nico llevaba el mismo abrigo gris de siempre y los mismos ojos quietos y la expresión de alguien que ha estado esperando este momento durante cuarenta y tres años y que ahora que ha llegado no siente exactamente lo que esperaba sentir.

—¿Cómo estás? —dijo Sara.

—Bien. —Una pausa—. Raro.

—¿Raro de qué tipo?

Nico lo pensó durante un momento.

—Como cuando llevas mucho tiempo cargando algo y te dicen que ya puedes dejarlo en el suelo, y lo primero que sientes cuando lo dejas es que los brazos no saben qué hacer.

Sara no dijo nada.

Entraron.

* * *

Brihuega, 2003

Nico tenía treinta y dos años la primera vez que encontró en un periódico el nombre de Valentín Castaño.

Era una noticia breve, interior, de las que ocupan cuatro párrafos en la página once y que nadie lee a menos que tenga razón específica para buscar ese nombre: Castaño acababa de ser nombrado vocal del Consejo General del Poder Judicial. La foto era de un hombre de mediana edad con el tipo de sonrisa que tienen los hombres que llevan tiempo aprendiendo a sonreír para las fotos.

Nico lo había reconocido en seis segundos.

No por la cara exactamente: habían pasado veinte años y las caras cambian. Lo había reconocido por una combinación de factores que el cerebro procesa de manera no completamente consciente cuando ha registrado a alguien en circunstancias de alta intensidad emocional: la estructura de la mandíbula, la manera en que llevaba la corbata ligeramente aflojada aunque estuviera en una foto formal, algo en la postura.

Había abierto el cuaderno.

Había buscado la entrada.

Matrícula, fecha, descripción. *Hombre de unos cuarenta años, pelo oscuro tirando a gris, chaqueta azul marino, anillo en la mano derecha con escudo. Llega siempre solo. Sor Asunción le abre antes de que llame.*

Había mirado la foto del periódico.

La foto era en blanco y negro pero la chaqueta era oscura y la mano derecha estaba apoyada en el borde de la mesa de manera que no se veía el anillo pero la postura de la mano era la postura de alguien que lleva un anillo grueso y ha aprendido a ignorar el peso.

Nico había recortado la foto.

La había pegado en la última página del cuaderno.

Y había empezado a esperar a que alguien con la posición correcta para leer ese cuaderno apareciera.

Había tardado veinte años más.

* * *

La declaración de Nico duró una hora y cuarenta y siete minutos.

Habló con la misma voz de siempre: sin énfasis dramático, sin pausas calculadas para el efecto, sin los adornos de quien ha ensayado. Describió Santa Clara desde los ocho años. Las noches de los coches. El cuaderno y por qué había empezado a escribir en él. Miguel. Marta. La noche de la fuga.

Luego, ya en la etapa de presentación de documentos, Fuentes pidió que se leyeran en voz alta tres fragmentos del cuaderno.

La secretaria judicial los leyó.

La sala estaba en completo silencio.

No el silencio de la atención: el silencio de algo que no tiene respuesta inmediata. La secretaria leyó las palabras de un niño de ocho años describiendo lo que veía desde una ventana con la letra apretada de quien sabe que el espacio en el papel es limitado y cada palabra tiene que contar, y la sala no pudo producir ningún sonido durante los cuatro minutos que duró la lectura.

Al terminar, Fuentes preguntó:

—¿Hay algo que quiera añadir que no haya dicho todavía?

Nico pensó.

—Que lo escribí para que alguien lo leyera —dijo—. Y que el hecho de que alguien lo haya leído, y de que estemos aquí, es suficiente.

Fuentes asintió.

—Puede retirarse.

* * *

Antonio Saura llegó desde Murcia en el tren de las siete y cuarenta.

Tenía cincuenta y cinco años y la cara del campo: curtida, con las arrugas en los sitios donde las pone el sol y no donde las pone el despacho. Había venido con una bolsa pequeña porque pensaba quedarse dos días en Madrid, lo que necesitara.

Su declaración fue diferente a la de Nico.

Donde Nico había sido preciso y descriptivo, Antonio fue fragmentario: la memoria no guardaba las cosas de la misma manera en todos los cerebros, y la memoria de Antonio guardaba sensaciones más que datos. Olores, sonidos, la temperatura de ciertas noches. No matrículas ni descripciones físicas exactas.

Pero había una cosa que sí guardaba con precisión: una cara.

—El hombre con el anillo —dijo Antonio.

Sara, al otro lado del espejo, se incorporó ligeramente.

—¿Puede describir al hombre con el anillo? —dijo Fuentes.

Antonio describió. La estructura de la cara. La manera de moverse. La voz: grave, sin acento pronunciado, el tipo de voz que no delataba origen geográfico porque había sido pulida para no delatarlo.

Era la misma descripción que Nico había dado. La misma que Pablo Herranz daría más tarde.

Pero Antonio añadió algo que los otros no habían dicho.

—Tenía una manera de mirar —dijo—. Miraba a los niños como si estuviera haciendo inventario. No con expresión de nada específico. Solo como si estuviera contando.

Fuentes no dijo nada.

Antonio siguió.

—Tardé mucho en entender qué me recordaba esa mirada. —Una pausa—. Me recordaba a los ganaderos cuando van a la feria a comprar. La mirada que le echan al ganado antes de decidir.

La sala siguió en silencio.

* * *

Fernando Crespo llegó desde Cuenca en coche, solo.

Cuarenta y ocho años. El más joven de los tres testigos de ese día. Había estado en Santa Clara entre 1982 y 1984, los últimos años antes de que el centro cerrara definitivamente.

Para cuando Fernando llegó, Sor Asunción ya no dirigía el centro: la habían trasladado a un convento en Ávila en el invierno de 1982. Lo que Fernando describió era un centro en transición, con una dirección provisional que no organizaba las noches de los coches pero que tampoco hablaba de lo que había pasado antes.

—¿Sabías lo que había ocurrido en los años anteriores? —dijo Fuentes.

—Lo sabíamos —dijo Fernando—. Los niños que llevaban más tiempo te lo contaban. No con detalles. Con silencios. Los silencios también cuentan cosas.

—¿Qué te contaron los silencios?

Fernando tardó.

—Que había una sala al fondo del pasillo de la planta baja que tenía la cerradura cambiada y que nadie usaba. Y que si alguna vez preguntabas para qué servía esa sala, el niño que te lo contaba te miraba como si te hubiera preguntado algo demasiado estúpido para responder.

Al terminar la declaración de Fernando, eran las cuatro de la tarde.

Fuentes se levantó y salió sin decir nada.

La secretaria recogió las actas.

Sara, en el pasillo, miró por la ventana el patio interior del juzgado.

Tres declaraciones. Tres hombres que habían cargado con la misma cosa durante décadas distintas y que hoy la habían dejado, con diferentes palabras, en esa sala.

El teléfono vibró.

Era un número de Madrid que no tenía registrado.

Lo cogió.

Una voz de hombre, mayor, con algo en el tono que Sara tardó un momento en identificar como vergüenza.

—Me llamo Pablo Herranz —dijo la voz—. He leído el reportaje hace dos semanas. —Una pausa—. Estuve en Santa Clara entre 1978 y 1983. —Otra pausa—. He tardado dos semanas en llamar porque no sabía si tenía derecho.

Sara cerró los ojos un segundo.

—Tiene todo el derecho —dijo—. ¿Dónde está ahora?

—En Madrid. En casa de mi hijo. No sé si eso importa.

—No importa dónde está. —Sara fue hacia las escaleras—. ¿Puede venir mañana?

—Sí.

—A las nueve. Le espero en la puerta.

Colgó.

Llamó a Fuentes.

—Hay un cuarto testigo para mañana —dijo—. Pablo Herranz. Estuvo en Santa Clara entre 1978 y 1983.

Una pausa de Fuentes.

—¿Qué más tiene?

—Que tardó dos semanas en llamar porque no sabía si tenía derecho.

Silencio.

—A las nueve —dijo Fuentes.

Capítulo 46

El escudo

Pablo Herranz tenía cincuenta años y los había vivido todos. No de manera dramática: simplemente era de esas caras en las que el tiempo había trabajado con honestidad y sin piedad, dejando las marcas donde tenían que estar.

Llegó a las nueve y dos minutos, con un abrigo que había visto mejores temporadas y una expresión que Sara reconoció de inmediato: la expresión de alguien que ha pasado toda la noche sin dormir repasando lo que va a decir y que ahora, frente a la persona a quien se lo va a decir, ha olvidado la mitad.

—Pablo Herranz —dijo él, como si ella pudiera haber olvidado el nombre.

—Sara Montero. —Le dio la mano—. Gracias por venir.

Entraron.

Fuentes había decidido que la primera sesión sería informal: una sala de reuniones, no la sala de declaraciones. Una mesa redonda, sin estrado, sin el peso específico que tiene la arquitectura de los juzgados cuando quiere recordarte que estás ahí por algo.

Fue la decisión correcta.

Pablo tardó diez minutos en relajar los hombros.

—Supe que había un reportaje —dijo—. Pero no lo leí hasta que mi hijo me lo puso delante en el desayuno. —Una pausa—. Mi hijo tiene treinta y dos años. Nunca le había dicho nada.

—¿Por qué no? —dijo Fuentes.

Pablo pensó durante un momento real, no performativo.

—Porque no sabía cómo empezar. —Otro momento—. Y porque pensé durante mucho tiempo que si yo no lo nombraba, eso

significaba que no había ocurrido del todo.

La sala no respondió.

—Pero ocurrió —dijo Pablo.

—Sí —dijo Fuentes.

—Y entonces hay que nombrarlo.

—Sí.

Pablo asintió. Y empezó a hablar.

* * *

Toledo, invierno de 1980

El cuaderno de Nico tenía una sección que nunca mostró a nadie.

No estaba separada del resto por ninguna marca visible: empezaba en medio de una página, sin salto de línea, escrita con la misma letra que el resto pero con algo diferente en la presión del lápiz. Como si la mano hubiera necesitado apretar más para que las palabras salieran.

La noche del martes el hombre del anillo habló con Sor Asunción en el pasillo. Yo estaba detrás de la puerta de la sala de costura. Le dijo que la fundación estaba muy contenta. Que todo iba bien. Que en primavera habría una donación nueva. Sor Asunción dijo gracias, señor Viedma. El hombre dijo no me des las gracias a mí, dámelas a Rodrigo. Yo no soy más que el recadero.

Nueve líneas de letra apretada.

Cuarenta y tres años después, esas nueve líneas cambiaron el eje de la investigación.

* * *

Pablo Herranz había estado en Santa Clara entre 1978 y 1983.

Cinco años. La edad de nueve a catorce. Los años en los que el cerebro construye el mapa de lo que es el mundo y de cómo

funciona, y Pablo había construido ese mapa en un sitio donde las reglas normales del mundo no aplicaban.

Pero Pablo tenía algo que Nico y Antonio Saura no tenían: Pablo había visto al hombre con el anillo de cerca.

—¿Cómo de cerca? —dijo Sara.

—Compartí mesa con él una vez. —Una pausa—. Hubo una cena. Una de esas cenas que hacían de vez en cuando con niños seleccionados, en el comedor grande, con las mesas puestas de otra manera. Yo fui dos veces. La segunda vez me pusieron al lado de ese hombre.

—¿Recuerda qué hablaron?

—Me preguntó si me gustaba la escuela. Me preguntó si tenía amigos. —Otra pausa—. Tenía una manera de preguntar que parecía interés pero que no era interés. Era como si estuviera comprobando que funcionaba bien.

—¿Vio el anillo de cerca?

—Sí. —Pablo no necesitó pensar—. Un anillo grueso, plata o plata con algo de oro, con un escudo en relieve. El escudo tenía un castillo en la parte de arriba y debajo... —Dudó—. Debajo había algo que parecía dos aves. Como halcones o águilas.

Rubén estaba tomando notas.

—¿Algún otro detalle del escudo?

—Una divisa. Letras en la parte de abajo, en un arco. No pude leerlas todas. Solo las tres primeras.

—¿Cuáles?

Pablo miró la mesa.

—*V-I-E*. Creo que era *VIE*. Las demás no pude verlas porque él giró la mano.

* * *

Nacho Pereda llegó al juzgado esa misma tarde.

Era heraldista, especialista en heráldica familiar española, profesor titular retirado de la Universidad Complutense. Fuentes lo había llamado esa mañana y Pereda había venido sin hacer preguntas porque el nombre de la causa y el tono de Fuentes habían sido suficientes.

Sara le mostró el boceto que la artista forense había elaborado a partir de la descripción de Pablo: un escudo dividido horizontalmente, castillo en la mitad superior, dos figuras aladas simétricas en la inferior, y las letras parciales *VIE* en la divisa inferior.

Pereda estudió el boceto durante cuatro minutos en silencio.

—El castillo en jefe, las aves en punta, la disposición de cuarteles —dijo—. Es una familia de origen castellano, probablemente registrada en el siglo XVII o XVIII. Las letras *VIE* sugieren un apellido que empieza así o una divisa latina. —Sacó el móvil—. Déjenme consultar el registro.

Fuentes, Sara y Rubén esperaron.

Pereda escribió en el teléfono con la concentración específica de los académicos que no han hecho las paces con los teclados táctiles.

—Hay tres familias con escudo compatible en el registro histórico de Castilla. —Leyó—. Los Viedma-Serrano, extinguidos en el siglo XIX. Los Viedma de la Torre, que derivaron en los Torresol. Y los Viedma-Reyes, familia con propiedades en Madrid y Toledo, última inscripción en el Colegio Heráldico en 1987. La divisa de los Viedma-Reyes es *Viejos en honor*.

—*VIE* —dijo Sara.

—En latín antiguo: *Vietus in honorem*. Sí.

Sara miró a Rubén.

Rubén ya buscaba en el ordenador.

* * *

La familia Viedma-Reyes aparecía en los registros de la Comunidad de Madrid como titular de la Fundación Viedma para la Educación de

la Infancia, constituida en 1974.

El fundador: Rodrigo Viedma-Reyes, abogado, empresario, miembro del Patronato Diocesano de Madrid. Fallecido en 2003.

Rodrigo había muerto sin que nadie lo relacionara con nada porque en 2003 no había nadie buscando esa relación.

Pero lo que dejó siguió funcionando.

La Fundación Viedma para la Educación de la Infancia había sido activa hasta 2019, cuando cambió su objeto social de *apoyo a centros de acogida* a *formación profesional para jóvenes en riesgo de exclusión*. La nueva presidenta: Carmen Alborch-Viedma, nuera de Rodrigo, cuarenta y seis años.

La fundación seguía teniendo sede en Madrid.

Calle Príncipe de Vergara 188.

—¿Quién es Carmen Alborch-Viedma? —dijo Sara.

Rubén leyó.

—Casada con Ignacio Viedma-Reyes, hijo de Rodrigo. Ignacio tiene cincuenta y cuatro años, actualmente en Dubai. Carmen lleva la fundación desde que Rodrigo murió. —Pausa—. Tiene abogado de empresa. El despacho: Carrasco & Merino Asociados.

Sara conocía ese nombre.

Carrasco & Merino eran los mejores penalistas privados de Madrid. Los que llamabas cuando el problema era serio y el dinero no era el obstáculo.

—Ya saben que vamos —dijo Sara.

—Sí —dijo Rubén—. Lo saben desde que Nico entregó el cuaderno.

Sara fue a buscar a Fuentes.

Fuentes ya estaba redactando la citación.

La Fundación Viedma para la Educación de la Infancia había estado donando dinero a Santa Clara de Miraflores entre 1974 y 1983. Eso estaba en los archivos del Obispado que Herás había encontrado doce años antes.

Lo que estaba en el cuaderno de Nico era el nombre del hombre con el anillo.

Gracias, señor Viedma. Yo no soy más que el recadero.

No era el recadero. Era el hijo del fundador. Y el escudo en el anillo era el escudo de la familia.

Rodrigo Viedma-Reyes había muerto en 2003.

Pero lo que había financiado no había muerto con él.

Y los que lo sabían llevaban cuarenta y tres años apostando a que nunca habría nadie con un cuaderno y una memoria suficientemente precisa para nombrarlos.

Hoy perdían esa apuesta.

Capítulo 47

El acuerdo

Villanueva llamó el miércoles por la mañana desde el número de su abogado.

Sara reconoció el prefijo del despacho: los mismos que llevaban a Montes Cañas, lo que significaba que a alguien en ese despacho le había entrado la lógica de salvar la parte salvable y había convencido a dos clientes distintos para que cooperaran antes de que la cooperación dejara de ser moneda de cambio.

—Subcomisario Villanueva —dijo Sara.

—Inspectora. —La voz de Villanueva sonaba diferente a la de los primeros días de la investigación. Entonces tenía el tono de quien gestiona la situación desde una posición de control. Ahora tenía el tono de quien ha entendido que no hay posición de control disponible—. Mi abogado me ha aconsejado que haga una declaración completa ante el instructor.

—¿Qué tipo de declaración?

—Completa. —Una pausa—. Cuándo supe lo que sabía, de quién lo supe, qué hice con eso.

Sara esperó.

—Hay cosas en las que participé de manera activa y cosas en las que participé de manera pasiva —dijo Villanueva—. Mi abogado dice que esa distinción importa. Yo le digo que de lo que estamos hablando ninguna distinción importa lo suficiente. —Otra pausa, más larga—. Pero quiero que conste que vine yo. Que no esperé a que me trajeran.

—Consta —dijo Sara—. El juez Fuentes le recibirá esta tarde a las cinco.

* * *

Madrid, otoño de 1981

La noche antes de la fuga, Marta no durmió.

No porque tuviera miedo, aunque el miedo estaba. Era otra cosa: una especie de claridad muy fría que no le permitía cerrar los ojos porque tenía la sensación de que si los cerraba el plan se volvería más frágil, como si el plan necesitara que alguien lo estuviera mirando para seguir siendo real.

Repasó cada paso.

La ventana de la lavandería que se podía abrir desde dentro si sabías dónde estaba la bisagra floja. El muro de la parte trasera que tenía un saliente a metro y medio del suelo, suficiente para apoyar el pie si ibas con calzado con suela. La calle de Carabanchel al otro lado del muro, con el bar que abría a las seis de la mañana y el teléfono en la barra.

El número de la tía de Burgos que Marta había memorizado el verano anterior.

Los pasos de Miguel por el pasillo de la planta baja: tres de ida, tres de vuelta, cada veinte minutos. La tercera vuelta era la más larga porque Miguel se paraba a escuchar en la puerta del dormitorio grande.

Había una ventana de cuatro minutos entre la segunda y la tercera vuelta.

Cuatro minutos.

Con eso bastaba.

Marta repasó el plan por última vez, cerró los ojos, y esperó a que amaneciera.

* * *

La declaración de Villanueva duró tres horas y cuarenta minutos.

Sara no estuvo presente: Fuentes la llamó cuando terminó, a las nueve de la noche, mientras ella seguía en la comisaría trabajando el árbol financiero de la Fundación Viedma.

—Ha declarado sobre la sección 16 de la carpeta —dijo Fuentes—. Su nombre aparece en esa sección como receptor de información privilegiada relacionada con una investigación en 2009. Una investigación de homicidio que él dirigía entonces y que fue sobreseída antes de llegar a juicio.

—¿Qué investigación?

—Un hombre encontrado muerto en Vallecas. La autopsia inicial dijo accidente. Villanueva la firmó sin abrir diligencias. —Una pausa—. El muerto trabajaba como conserje en un colegio relacionado con la red diocesana. Había hecho una denuncia anónima tres semanas antes.

Sara se quedó quieta.

—Villanueva sabía que ese hombre había muerto porque sabía demasiado.

—Lo sabía o lo sospechaba con suficiente certeza para no abrir la investigación. —La voz de Fuentes no tenía inflexión—. Ha dicho exactamente eso: que en 2009 recibió una llamada de alguien que le dijo que el asunto del conserje estaba resuelto y que si Villanueva no complicaba las cosas, las cosas no lo complicarían a él. Ha dicho que tenía una familia. Que tenía una hipoteca. Que tomó la decisión que tomó.

—¿Tiene acceso a los archivos de esa investigación?

—La investigación se cerró como accidente. Los archivos están en el juzgado de guardia de 2009. Los he pedido esta tarde. Mañana los tengo.

Sara colgó y se quedó mirando el techo de la comisaría.

Una denuncia anónima en 2009. Un hombre muerto. Villanueva recibiendo una llamada.

La red no era solo los nombres del cuaderno. La red era todo lo que había crecido alrededor de esos nombres durante cuatro décadas: los Villanueva del sistema, los Palma del sistema, todos los que en algún momento recibieron una llamada y tomaron la decisión que tomaron porque tenían una familia y una hipoteca.

La red era también eso.

Era quizás principalmente eso.

* * *

El jueves, el abogado de Castaño emitió un comunicado.

Era un documento de cuatro párrafos que Sara leyó en el teléfono mientras tomaba el primer café del día. El comunicado decía que el vocal Valentín Castaño, en ejercicio de su derecho a ser oído y en aras de la transparencia institucional que había guiado toda su carrera, había solicitado voluntariamente comparecer ante el juez instructor para ofrecer su versión de los hechos relacionados con las presuntas irregularidades investigadas.

Era el lenguaje de alguien que ha calculado que declarar voluntariamente antes de ser citado formalmente le dará alguna ventaja táctica ante el tribunal o ante la opinión pública.

Rubén lo leyó por encima del hombro de Sara.

—Sabe que la grabación existe —dijo Rubén.

—La sabe desde el día que Bermejo fue detenido. —Sara dejó el teléfono—. Si Bermejo habló, y Bermejo habló porque no tenía nada que ganar callando, Castaño sabe que la grabación está en poder del juzgado.

—Entonces, ¿para qué declarar voluntariamente?

—Para controlar el relato. Para ser el primero en dar su versión. Para que cuando el fiscal lea la grabación, el tribunal ya tenga en la cabeza la interpretación de Castaño. —Sara recogió la chaqueta—. Es un movimiento de alguien que sabe que va a perder pero quiere perder de la manera que más le conviene.

Esa tarde, Fuentes dictó el auto de procesamiento formal contra Bermejo.

Trece años de prisión como acusación provisional, sujeta a las pruebas del juicio oral. Bermejo lo recibió en la sala con los hombros caídos y una expresión de hombre que ha llegado al final de un camino que eligió hace mucho tiempo y que durante mucho tiempo no parecía ir a ningún sitio y que de repente ha llegado.

La Fundación Viedma para la Educación de la Infancia presentó esa misma tarde en el Registro Civil de Madrid la documentación de su disolución voluntaria.

Un comunicado de dos líneas en papel con membrete: la fundación acordaba su disolución con efectos inmediatos y ponía sus cuentas a disposición de las autoridades competentes.

Era la respuesta de quien tiene un buen abogado y sabe que la alternativa a disolverse voluntariamente es que te disuelvan con mucho más ruido.

Sara lo archivó.

Lo que importaba no era la fundación. Lo que importaba era lo que la fundación había financiado durante nueve años.

Y eso ya estaba en el cuaderno de Nico.

Y el cuaderno de Nico ya estaba bajo custodia judicial.

Nada de lo que la familia Viedma-Reyes hiciera ahora podía borrar lo que nueve líneas de letra apretada habían puesto por escrito.

Capítulo 48

Las raíces

Castaño llegó al juzgado en un coche oficial que ya no era suyo.

El vocal del Consejo General del Poder Judicial había sido suspendido de sus funciones el lunes anterior por decisión del pleno, decisión adoptada por unanimidad después de que sus compañeros vocales comprendieran que la velocidad de separación era directamente proporcional a la velocidad del olvido institucional. Castaño había entregado el carné sin decir nada. Había salido del edificio de la calle Marqués de la Ensenada por la puerta lateral, la que no tienen cubierta las cámaras.

La prensa lo esperaba en la entrada del juzgado de Fuentes.

Castaño entró mirando al frente con la misma expresión que llevaba en todas las fotos: la de alguien que ha decidido que la mejor respuesta a lo que ocurre a su alrededor es no reconocer que está ocurriendo.

Sara lo vio entrar desde el pasillo del primer piso.

Sesenta y cuatro años. Pelo blanco. Traje azul marino, la única concesión al contexto. Caminaba con el paso de quien ha aprendido que la autoridad se comunica también con la manera de ocupar el espacio.

Pero el espacio de ese juzgado no era suyo.

Y eso, pensó Sara, era lo único que importaba.

* * *

La declaración de Castaño ante Fuentes duró dos horas.

Sara siguió el informe en tiempo real mientras Rubén se lo mandaba por fragmentos.

Castaño negó todo lo que se podía negar con coherencia superficial: que hubiera organizado visitas al orfanato de Santa Clara con fines distintos al altruismo, que hubiera conocido a Rodrigo Viedma-Reyes en contexto distinto al de las cenas de la Asociación de Juristas, que hubiera tenido conocimiento de que en Santa Clara se producían situaciones irregulares.

Reconoció lo que no podía negar sin contradecir pruebas ya incorporadas al expediente: que había asistido a Santa Clara en varias ocasiones entre 1978 y 1982, que había hecho donaciones personales a través de la fundación, que conocía a Montes Cañas desde la universidad.

Sobre la grabación de 2017 no dijo nada.

Fuentes no le preguntó por ella.

Era una decisión táctica del juez que Sara entendió perfectamente: la grabación era el arma central del juicio oral. Mostrarla en instrucción le daba a la defensa tiempo de preparar respuesta. Guardarla para la sala era dejar al acusado sin suelo firme cuando más lo necesitara.

Castaño salió del juzgado con el mismo paso con el que había entrado.

Solo que ahora lo que le esperaba afuera no era el coche oficial sino cuatro cámaras y dos micrófonos y el abogado diciéndole en voz baja que no respondiera a ninguna pregunta.

El abogado siguió hablando.

Castaño siguió mirando al frente.

* * *

Carabanchel, diciembre de 1981

Nevó esa noche.

No mucho: la nieve de Madrid, que llega y desaparece antes de que nadie decida qué hacer con ella. Pero nevó lo suficiente para que el

patio trasero de Santa Clara de Miraflores tuviera una capa fina y blanca cuando Marta cruzó la ventana de la lavandería a las cuatro y veinte de la madrugada.

Nico la siguió.

Dos pares de pisadas en la nieve. Pequeñas, irregulares, apuradas: la huella específica de quien camina deprisa intentando no hacer ruido.

Llegaron al muro.

El saliente estaba donde Marta había dicho. Nico apoyó el pie, estiró el brazo, encontró el borde de la cima del muro con los dedos. Marta le empujó desde abajo. Nico llegó arriba, giró, tendió la mano a Marta, y los dos se quedaron un segundo sentados en lo alto del muro mirando hacia el patio.

La nieve seguía cayendo.

Las pisadas en el suelo eran la prueba de que habían estado ahí.

Y también eran la última cosa que quedaba de ellos en ese lugar: dos series de huellas pequeñas que iban desde la ventana de la lavandería hasta el muro, y que en cuestión de minutos, con la nieve que seguía cayendo, desaparecerían.

Como si nunca hubiera habido nadie.

Nico miró las huellas durante un segundo exacto.

Luego saltó al otro lado.

* * *

El auto de procesamiento de Fuentes llegó el viernes.

Veintitrés imputados. Cuarenta y ocho páginas de fundamentos jurídicos, relación de hechos probados en la fase de instrucción, y calificación provisional de los cargos. Castaño: organización criminal, abuso continuado, encubrimiento activo. Montes Cañas: encubrimiento, obstrucción a la justicia, participación en red de chantaje. Bermejo: encubrimiento, destrucción de evidencias, cohecho. Andrade: homicidio múltiple en grado de ejecución, seis

víctimas, atenuante de actuación en estado de perturbación mental causada por trauma sostenido. Palma: homicidio imprudente con dolo eventual. Dionisio Fernández-Larralde: encubrimiento, facilitación de acceso ilícito. Doce nombres más de niveles intermedios de la red.

Veintitrés personas que en algún momento habían decidido que lo que ocurría en Santa Clara era o bien algo que merecía protección o bien algo que merecía ignorar.

Fuentes fijó la fecha del juicio oral: quince de marzo.

Tres meses.

Rubén leyó el auto en voz alta en el despacho de Sara mientras ella miraba el mapa de Madrid clavado en la pared. En ese mapa había cuatro chinchetas: el edificio del CGPJ en la calle Marqués de la Ensenada, la comisaría de Carabanchel donde habían encontrado a Herás, la sede de la Fundación Viedma en Príncipe de Vergara, y el lugar donde había estado Santa Clara de Miraflores.

El lugar donde había estado. Porque el edificio ya no existía: fue demolido en 1987 y en su solar habían construido un bloque de pisos de cinco alturas.

Sara había puesto la chincheta igualmente.

El lugar importaba aunque el edificio ya no estuviera.

—Veintitrés —dijo Rubén cuando terminó de leer.

—Sí.

—¿Es el número final?

—Por lo que hace a esta instrucción, sí. —Sara retiró la vista del mapa—. Pero no por lo que hace a la historia completa.

* * *

Esa tarde llegaron tres noticias en rápida sucesión.

La primera: la fiscalía de Bilbao había abierto diligencias previas en relación con un centro de acogida de la red diocesana vasca activo entre 1975 y 1984. Dos supervivientes habían presentado denuncia

esa semana. La denuncia mencionaba visitas de hombres con conexiones a Madrid.

La segunda: el juzgado de instrucción número cuatro de Valencia había recibido una denuncia anónima acompañada de documentación fotográfica que relacionaba a dos de los veintitrés imputados del auto de Fuentes con un centro similar en la provincia de Valencia, activo en la misma época.

La tercera era de Sevilla. El juez que llevaba la causa de Palma había recibido una carta de un hombre que decía haber estado en un centro religioso de la provincia en los años setenta y que reconocía en el reportaje de Ibáñez la descripción de prácticas idénticas a las que él había vivido.

Santa Clara no era Santa Clara.

Santa Clara era el nombre que le habían dado a ese documento porque era el que Nico había puesto en el cuaderno y el cuaderno era lo que habían tenido. Pero lo que el cuaderno describía era un sistema, y los sistemas no tienen un solo nodo.

Sara llamó a Molina.

—Bilbao, Valencia, Sevilla —dijo.

—Lo sé —dijo Molina—. Lo acabo de leer.

—Esta investigación fue el hilo. Los demás juzgados van a tirar de los suyos.

—Sí. —Una pausa—. ¿Cómo estás, Montero?

Sara no respondió de inmediato.

—Cansada —dijo.

—Eso es la respuesta honesta.

—La única que tengo ahora mismo.

Colgó.

En el buzón del correo institucional, entre los correos del día, había uno que no tenía firma.

El asunto era: *Para la inspectora Montero. Asunto: testigo*.

Sara lo abrió.

Era una carta. Cuatro párrafos. La letra era la de alguien que escribe a mano y luego escanea porque la firma importa: al final, una firma que Sara no tardó ni un segundo en reconocer.

Javier Andrade.

La carta decía lo siguiente: que en el juicio oral habría un testigo cuya identidad la acusación desconocía. Que ese testigo era la pieza que la defensa no había calculado. Que Sara no tenía que hacer nada con esa información: solo guardarla. Que cuando el testigo apareciera, entendería por qué le estaba avisando.

Y al final, una sola frase más, separada del resto por una línea en blanco:

Cuarenta y tres años son demasiados para que la verdad dependa de que nadie haya tenido miedo en el momento equivocado. Este testigo no tiene miedo.

Sara leyó la carta dos veces.

La guardó en el cajón de su mesa.

Cerró el cajón.

Y fue a buscar a Rubén porque el quince de marzo quedaban exactamente noventa y un días y había mucho trabajo todavía.

PARTE IV

El Silencio

(Audiencia Nacional — Madrid, marzo de 2025)

Capítulo 49

Marzo

En los noventa y un días que separaron el auto de Fuentes y el comienzo del juicio oral, Sara durmió una media de cinco horas y cuarenta minutos por noche.

Lo sabía porque Rubén llevaba la cuenta. No de manera obsesiva, sino de la manera práctica de alguien que conoce a su superiora lo suficiente para saber que cuando Sara no duerme bien toma decisiones sin calibrar del todo, y que en el último tramo de una investigación las decisiones sin calibrar son el tipo de grieta que aprovecha la defensa.

Rubén le mandaba mensajes a las ocho de la mañana. El mensaje siempre era el mismo: *¿A qué hora has llegado a casa?*

Y Sara siempre respondía con la hora exacta porque el hábito de la precisión no lo dejaba nunca, ni cuando era la última persona que quería ser precisa.

El catorce de marzo, la víspera del juicio, llegó a las once y cuarto.

Rubén le mandó el mensaje a las ocho.

Sara respondió: *Once y cuarto.*

Rubén tardó tres minutos en contestar: *Bien. Hoy duermen todos. Mañana empieza.*

Sara dejó el teléfono en la mesilla.

Se quedó mirando el techo.

No durmió.

* * *

El fiscal Iturriaga había estado tres meses preparando el alegato de apertura.

Era un hombre de cincuenta y dos años que llevaba veinte en la Fiscalía Anticorrupción y que tenía la virtud específica de los fiscales que han visto mucho: que ya no se sorprenden de nada, lo que les permite concentrar toda la energía en argumentar en lugar de reaccionar.

La víspera del juicio, Iturriaga y Sara se vieron en una sala del edificio de la Audiencia Nacional a las seis de la tarde.

Era la tercera vez en tres meses que se reunían para repasar la estrategia de acusación. Las dos anteriores habían sido reuniones de trabajo, con documentos sobre la mesa y listas de preguntas. Esta era diferente: no había documentos sobre la mesa. Solo dos personas en sillas frente a frente repasando mentalmente lo que ya sabían de memoria.

—La grabación es el eje —dijo Iturriaga—. Todo lo demás construye hacia la grabación o la refuerza. Empezamos con los testigos supervivientes para establecer el daño. Luego los peritos para establecer la autoría. Luego la grabación para establecer el encubrimiento. En ese orden.

—La defensa va a atacar la cadena de custodia de la grabación —dijo Sara.

—Ya lo hicieron en instrucción. Fuentes la validó. En el oral lo intentarán de nuevo con diferente argumento. —Iturriaga se encogió de hombros—. Tenemos a Ibáñez como testigo sobre las circunstancias en que la grabación llegó a sus manos. Tenemos el informe pericial de voz que certifica la autenticidad. Tenemos la declaración de Bermejo que confirma que él es una de las tres voces.

—¿Qué dice la defensa de Castaño sobre el testigo sorpresa?

Iturriaga la miró.

—¿Qué testigo sorpresa?

Sara sacó del bolsillo interior de la chaqueta la carta de Andrade. Se la tendió.

Iturriaga la leyó.

La leyó una segunda vez.

—¿Cuándo recibiste esto?

—Hace tres meses.

—¿Y no lo has comunicado?

—Lo estoy comunicando ahora. —Una pausa—. Porque si lo comunicaba antes, la defensa lo sabía antes. Y quería que la defensa no tuviera tiempo de prepararse.

Iturriaga dobló la carta y se la devolvió.

—¿Quién es el testigo?

—No lo sé. —Sara guardó la carta—. Andrade sí lo sabe. Y creo que mañana lo vamos a saber todos.

* * *

Nico y Mónica llegaron a Madrid el catorce de marzo en el coche de ella.

Habían salido de Brihuega a las tres de la tarde para tener margen. Eran las siete cuando aparcaron en la calle Alcalá, cerca del Retiro, y fueron a pie hasta el hotel donde la fiscalía les había reservado habitaciones.

Era la primera vez que Nico volvía a Madrid desde que había entregado el cuaderno.

Caminó por la acera con la misma quietud de siempre, pero Mónica, que lo conocía desde hacía cuarenta años, notó que miraba los edificios de manera diferente: no como alguien que recuerda la ciudad sino como alguien que está comprobando que la ciudad sigue siendo real.

—¿Cómo estás? —dijo Mónica.

—Como siempre —dijo Nico.

—Eso no me dice nada.

Nico lo pensó.

—Bien —dijo—. Creo que bien.

Mónica no dijo nada más.

Entraron al hotel.

* * *

Marta Sáez Ruano llegó sola en tren desde Valencia, donde llevaba viviendo desde 2008 bajo ese nombre y con esa vida y ese trabajo de profesora de instituto que había construido ladrillo a ladrillo durante quince años.

Fue directamente al hotel.

No llamó a nadie.

A las diez de la noche, antes de dormir, sacó el cuaderno que llevaba en el bolso —un cuaderno pequeño, diferente al de Nico, con las tapas negras— y escribió tres líneas.

No las escribió para nadie en particular.

Las escribió porque desde los diez años había aprendido que poner las cosas por escrito era la manera de hacer que el mundo fuera menos permeable a lo que no debía entrar.

Las tres líneas decían: *Mañana me llamo Marta. Hace cuarenta y cuatro años que espero poder decirlo en voz alta. Mañana.*

Cerró el cuaderno.

Apagó la luz.

Y a diferencia de Sara, que a esa misma hora seguía mirando el techo de su piso en Lavapiés, Marta Sáez Ruano durmió.

Las personas que llevan mucho tiempo esperando algo saben dormir la noche anterior. Saben que el descanso es parte de la preparación.

Y Marta llevaba cuarenta y cuatro años preparándose para mañana.

Capítulo 50

El primer día

La sala de la Audiencia Nacional olía a papel viejo y a calefacción excesiva.

Era una sala grande, con capacidad para ciento veinte personas en el público y espacio para los veintidós acusados presentes —Rodrigo Viedma había muerto en 2003, por lo que el número de imputados con causa abierta era veintitrés menos uno— y sus respectivas defensas. El tribunal estaba presidido por la magistrada Elena Casares, cincuenta y siete años, que llevaba cuatro grandes causas de corrupción institucional en su haber y que había presidido las vistas previas de este caso con una economía de gestos que no dejaba ver nada de lo que pensaba.

Sara y Rubén estaban en la primera fila del público.

No podían sentarse en la zona de acusación —eso era terreno del fiscal Iturriaga y su equipo— pero la primera fila del público era el segundo mejor sitio para ver todo.

Sara miró a los acusados.

Castaño estaba en el extremo izquierdo del banco de acusados. Traje oscuro, corbata azul, el pelo blanco perfectamente peinado. Miraba al frente con la expresión de siempre. A su lado, Montes Cañas, que tenía setenta y cuatro años y los aparentaba todos. Bermejo, que no había levantado los ojos desde que entró. Andrade, al extremo derecho, con un traje que le quedaba grande porque había adelgazado en preventiva. Al lado de Andrade, un espacio vacío: el asiento de Palma, que había solicitado declararse como testigo colaborador y que comparecería más tarde con tratamiento diferenciado.

La magistrada Casares entró.

La sala se puso en pie.

Casares se sentó.

Todos se sentaron.

Y el juicio de Los Cuarenta comenzó.

* * *

Iturriaga tardó cuarenta minutos en el alegato de apertura.

Era un alegato preciso, sin retórica innecesaria, construido para un tribunal profesional que no necesitaba emoción sino argumento. Describió Santa Clara de Miraflores. Describió la estructura de los abusos. Describió cómo esa estructura había sido protegida durante cuarenta y tres años por una red que incluía posiciones en el Poder Judicial, la Fiscalía, la Policía y la Iglesia.

Cuando llegó al cuaderno de Nico, la sala estaba en silencio.

—Este cuaderno —dijo Iturriaga, y levantó la vista del folio para mirar directamente al tribunal— fue escrito por un niño de ocho años que entendió que lo que estaba viendo era tan grave que había que dejarlo escrito aunque nadie lo fuera a leer en mucho tiempo. Ese niño tenía razón. Y ese cuaderno es hoy el documento central de esta acusación.

La defensa de Castaño presentó objeción.

Casares la desestimó en dos frases.

Iturriaga continuó.

* * *

A las doce y cuarto, cuando la sala hacía cuarenta minutos que había reanudado la sesión tras el receso, el abogado de la defensa de Castaño se puso en pie con la expresión de quien lleva tiempo esperando el momento correcto.

—Señoría —dijo—, la defensa solicita que se aclare la identidad del testigo identificado en la lista de la acusación como Marta Sáez Ruano. Este nombre no aparece en ningún momento de las

diligencias de instrucción y la defensa no ha tenido acceso a su declaración previa.

Casares miró a Iturriaga.

—Fiscal.

Iturriaga se puso en pie.

—Marta Sáez Ruano es una testigo de la acusación cuya identidad fue protegida durante la fase de instrucción por razones de seguridad, conforme al artículo 2 de la Ley Orgánica de Protección de Testigos. El juez instructor Fuentes tuvo conocimiento de su existencia y admitió su testimonio por auto de fecha dieciséis de febrero. La documentación correspondiente obra en el expediente.

La defensa de Castaño miraba el expediente con la expresión de quien busca algo y no lo encuentra.

—La defensa no ha tenido acceso a ese auto —dijo el abogado.

—La defensa tiene acceso al expediente completo —dijo Casares—. Si hay un auto de fecha dieciséis de febrero que no ha localizado, lo localice en el receso. —Una pausa—. ¿Quién es Marta Sáez Ruano?

Iturriaga miró hacia la puerta de la sala.

En ese momento, la puerta se abrió.

Una mujer entró.

Cincuenta y cuatro años. Pelo oscuro con vetas grises, recogido. Ropa discreta. Caminaba con la precisión de quien ha ensayado cada paso que va a dar hoy y que ha decidido que lo va a dar entero.

Cruzó la sala hasta el estrado de testigos.

Se sentó.

Miró al tribunal.

Luego, por primera vez desde que entró, miró al banco de acusados.

Cuando sus ojos encontraron los de Castaño, algo pasó en la sala que no fue un sonido y no fue un movimiento y no fue ninguna cosa que pudiera anotarse en el acta, pero que todos los presentes sintieron con igual claridad.

Castaño no apartó los ojos.

Tampoco lo hizo la testigo.

—Diga su nombre completo —dijo la secretaria judicial.

La mujer habló con voz clara.

—Marta Sáez Ruano. —Una pausa de medio segundo—. Antes me llamaba de otra manera. Pero Marta Sáez Ruano es mi nombre. Es el nombre que elegí cuando pude elegir.

La sala no produjo ningún sonido.

En el banco de acusados, la cabeza de Montes Cañas se giró muy lentamente hacia Castaño.

Castaño siguió mirando al frente.

Sara, en la primera fila del público, sintió que Rubén, a su lado, soltaba el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta.

Capítulo 51

La defensa

El abogado de la defensa de Castaño se llamaba Marcos Durán y llevaba treinta años en la barra.

Era uno de esos penalistas que conocen tan bien la estructura del argumento legal que pueden construirlo de manera inversa: empezar por la conclusión que necesitan y fabricar el camino hacia atrás. Era elegante cuando era necesario y brutal cuando la elegancia no funcionaba. Y en este momento, mirando a Marta Sáez Ruano en el estrado, había decidido que la elegancia no iba a funcionar.

—Señoría —dijo Durán—, la defensa solicita que antes de que esta testigo preste declaración el tribunal examine la documentación que acredita su identidad. El nombre Marta Sáez Ruano no aparece en el DNI presentado en la instrucción, que corresponde a otra persona, y la defensa tiene razón para creer que el nombre bajo el que comparece hoy no es el nombre legal de esta testigo.

Casares miró a Iturriaga.

—Fiscal.

Iturriaga se puso en pie.

—Señoría, la situación es precisamente la razón por la que el juez instructor Fuentes emitió el auto de dieciséis de febrero que obra en el expediente. Marta Sáez Ruano cambió su identidad en 1983, con dieciséis años, como consecuencia de los hechos que nos ocupan. Ha vivido durante cuarenta y dos años bajo otra identidad por razones de seguridad directamente relacionadas con la actividad de los acusados. El tribunal tiene ante sí tanto el nombre actual como el nombre de origen, que consta en el expediente reservado. La testigo está aquí bajo su nombre elegido, que es el nombre con el que eligió rehacer su vida.

—¿Tiene acreditación documental de ambas identidades? —dijo Casares.

—El expediente reservado contiene el nombre de origen y el certificado de la Comunidad Autónoma de Cataluña que acredita el cambio de identidad en 1983. También contiene los informes periciales psicológicos que acreditan las circunstancias que motivaron ese cambio.

Casares hizo una pausa breve.

—Sala —dijo—, el tribunal examinará el expediente reservado en los próximos diez minutos. Receso.

* * *

Sara aprovechó el receso para salir al pasillo.

Necesitaba moverse. Llevar seis horas sentada en la primera fila de una sala de juicio sin poder intervenir era el tipo de inmovilidad que el cuerpo acusaba de manera específica: tensión en los hombros, rigidez en la mandíbula, el impulso físico de hacer algo que no tenía objeto directo.

Rubén la siguió.

—¿Cómo lo ves? —dijo Rubén.

—Durán sabe que la identidad no es el argumento que le va a ganar. —Sara miró el pasillo—. Lo que está haciendo es sembrar duda. Si consigue que el tribunal pase media hora examinando documentación de identidad antes de que Marta declare, llega al testimonio con la testigo ya cuestionada. La primera impresión es la única que no se puede reparar.

—¿Y si Casares lo admite de todas formas?

—Lo admitirá. —Sara no tenía dudas—. El auto de Fuentes es sólido. Casares lo sabe. Esto es teatro de la defensa.

—Teatro caro.

—El más caro de todos.

El pasillo tenía una ventana larga que daba a la plaza de la Audiencia. Sara se quedó mirando la plaza un momento: el sol de marzo, la gente pasando, la ciudad que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo a veinte metros de distancia.

O quizás sí lo sabía.

Ibáñez había publicado cuatro reportajes durante la instrucción. El primero había tenido cuatro millones de visitas. Los siguientes, entre dos y tres millones cada uno. Había habido manifestaciones frente al edificio del CGPJ tres domingos consecutivos. El Gobierno había emitido un comunicado. El Vaticano había guardado silencio, que en el lenguaje del Vaticano era también una respuesta.

La ciudad sabía.

Pero saber y que ocurriera algo son dos cosas distintas.

Lo que tenía que ocurrir ahora ocurría dentro de esa sala.

Sonó el timbre del receso.

Sara y Rubén volvieron a entrar.

* * *

Casares tardó ocho minutos en dictar su resolución.

—El tribunal admite el testimonio de la testigo Marta Sáez Ruano. —Su voz era neutra, sin inflexión, el tono de quien dicta resoluciones porque esa es su función y el tono de la voz no forma parte de la resolución—. La documentación del expediente reservado es suficiente para acreditar la identidad. El cambio de identidad en 1983 es un hecho acreditado y no relevante para la valoración del contenido del testimonio. La defensa puede impugnar el valor probatorio del testimonio durante el turno de preguntas, pero no la identidad de la testigo.

Durán se sentó.

No dijo nada.

La economía de sus movimientos era la del penalista que sabe cuándo ha perdido una batalla y que calcular cuánta energía gastar

en cada batalla es parte de ganar la guerra.

Casares miró al estrado.

—Testigo. Puede proceder.

Marta Sáez Ruano miró al tribunal.

Luego, muy brevemente, miró al banco de acusados.

Castaño seguía mirando al frente.

Marta tomó aire.

Y empezó a hablar.

* * *

Habló durante dos horas y doce minutos.

Sin notas. Sin pausas largas. Con la precisión de alguien que ha repasado lo que va a decir durante cuarenta y cuatro años y que lo sabe de memoria no porque lo haya memorizado sino porque es lo que vivió y lo que vivió no se olvida aunque en algún momento hayas deseado que fuera posible olvidarlo.

Describió Santa Clara. Describió las noches. Describió al hombre con el anillo, que en ese momento no sabía cómo se llamaba pero que ahora, dijo, sabía que era el hijo del hombre que financiaba el centro.

Describió a Miguel: el niño mayor que tenía catorce años cuando ella tenía diez y que un día le dijo que había encontrado una manera de salir y que si quería podía venir.

Describió la fuga.

Cuando llegó a la parte de la fuga, la sala seguía en el mismo silencio de hacía dos horas. No el silencio de la incomodidad sino el silencio de la atención absoluta, el que se produce cuando lo que alguien está diciendo es tan específico y tan verdadero que el cerebro no puede hacer otra cosa que escuchar.

—Saltamos el muro —dijo Marta—. Era de noche y había nevado un poco. Recuerdo las huellas en la nieve. Recuerdo que Nico miró atrás

un segundo antes de saltar. —Una pausa—. No sé qué estaba mirando. Pero sé lo que yo sentí cuando salté: que era la última vez que iba a estar en ese sitio. Y que eso era suficiente para seguir andando sin mirar atrás.

En la primera fila del público, Sara notó que tenía los ojos húmedos.

No por sentimentalismo.

Por algo más difícil de nombrar: la constatación de que había personas que habían sobrevivido cosas que no debían haber tenido que sobrevivir, y que habían tenido que construir vidas enteras alrededor de esa supervivencia, y que ahora estaban aquí, en esta sala, diciéndolo en voz alta.

Iturriaga no hizo preguntas adicionales.

No hacía falta.

Durán se puso en pie para el contrainterrogatorio.

Hizo tres preguntas sobre la identidad, las mismas que ya habían sido resueltas por Casares. Era teatro, pero era teatro calculado: quería que el acta mostrara que la defensa había cuestionado. Luego se sentó.

El tribunal no interrumpió.

Marta se bajó del estrado con la misma precisión con la que había subido.

Pasó frente al banco de acusados.

No miró a nadie.

No hacía falta.

Ya había dicho todo lo que tenía que decir.

Capítulo 52

Nico

Nico declaró el tercer día del juicio.

Entró en la sala con el mismo abrigo gris de siempre y se sentó en el estrado de testigos con la espalda recta pero no tensa, la postura de alguien que lleva muchos años practicando la calma como si fuera una habilidad técnica.

Era lo que era.

Iturriaga empezó por el principio: cuándo había llegado a Santa Clara, cuántos años tenía, qué circunstancias lo habían llevado ahí. Preguntas que establecían el contexto para el tribunal, que construían la base sobre la que iba a venir lo importante.

Nico respondió a cada una con la misma economía de palabras de siempre. No añadía lo que no le pedían. No adornaba. Era el testigo más difícil de atacar en contrainterrogatorio porque no había grieta entre lo que decía y lo que sabía: decía exactamente lo que sabía y nada más.

Luego Iturriaga llegó al cuaderno.

—¿Puede explicar al tribunal el origen del cuaderno?

Nico explicó.

Cuándo lo había empezado. Por qué. Qué había escrito en él.

—¿Conservó el cuaderno durante cuarenta y tres años?

—Sí.

—¿Por qué?

Nico pensó.

—Porque era la única prueba de que lo que había pasado había pasado. —Una pausa—. Y porque había personas que necesitaban

que alguien lo recordara. Aunque no supieran que había alguien recordándolo.

* * *

La secretaria judicial leyó en voz alta quince fragmentos del cuaderno.

Los había seleccionado Iturriaga: los más específicos, los que contenían datos verificables —fechas, matrículas parciales, descripciones físicas— pero también los que tenían la textura particular de la escritura de Nico niño, esa combinación de precisión y de vocabulario de ocho años que hacía que el documento fuera innegablemente lo que era.

La sala escuchó en silencio.

Sara, en la primera fila, miraba a los acusados mientras la secretaria leía.

Castaño seguía con los ojos al frente, pero algo había cambiado en la manera en que los tenía: más fijos, más deliberados, la concentración específica de quien está trabajando para no mostrar nada.

Montes Cañas miraba sus manos.

Bermejo miraba la mesa.

Andrade, al extremo derecho del banco, miraba a Nico.

No de manera hostil. Con algo que no era exactamente reconocimiento pero que tampoco era indiferencia. Era la mirada de quien ve a alguien a quien no ha visto en cuarenta y cuatro años y no sabe qué cabe en ese espacio.

Nico lo notó.

Lo notó porque Sara, que lo estaba mirando, lo vio: Nico giró la cabeza muy ligeramente hacia el banco de acusados, sus ojos encontraron los de Andrade, y durante tres segundos exactos los dos se miraron sin que ninguno de los dos hiciera nada.

Luego Nico volvió a mirar al tribunal.

La secretaria siguió leyendo.

* * *

Durán fue breve en el contrainterrogatorio.

Solo había una grieta posible en el testimonio de Nico y Durán lo sabía: el tiempo. Cuarenta y cuatro años eran mucho tiempo para cualquier memoria.

—¿Puede asegurar que lo que está en ese cuaderno fue escrito en el momento en que dice usted que fue escrito?

—No puedo asegurarlo con medios propios —dijo Nico—. Lo que puedo decirle es que el perito caligráfico que examinó el cuaderno en instrucción concluyó que la letra es de al menos tres etapas diferentes correspondientes al desarrollo de la escritura infantil, lo que es consistente con que fue escrito entre los ocho y los once años. Y que el papel tiene una antigüedad de entre cuarenta y cincuenta años.

—¿Eso lo dice usted o el perito?

—El perito. Yo solo lo repito.

Durán lo miró.

Nico lo devolvió la mirada sin hostilidad y sin concesión: la mirada de alguien que ha estado esperando este momento durante mucho tiempo y que ahora que está aquí no necesita nada más que decir la verdad.

Durán se sentó.

Iturriaga no tenía preguntas adicionales.

Casares miró al testigo.

—Puede retirarse.

Nico se levantó.

Caminó hacia la puerta de la sala.

Antes de llegar, giró la cabeza una vez más hacia el banco de acusados.

Andrade seguía mirándolo.

Nico asintió, muy levemente, con la cabeza.

Andrade cerró los ojos un momento.

Luego los abrió.

Y los dos siguieron con lo que había que seguir.

Capítulo 53

Laura

Laura Andrade llegó a Madrid en el AVE de las ocho y cuarto del cuarto día del juicio.

Tenía diecinueve años y llevaba cuatro meses sin ver a su padre. Habían hablado tres veces por teléfono desde la detención: conversaciones cortas, de las que se tienen cuando hay demasiado que decir y ninguna de las dos personas sabe por dónde empezar, así que acaban hablando de lo que no importa para no tener que hablar de lo que sí importa.

Laura no había pedido permiso para venir.

No a su madre, que seguía en Barcelona y que había decidido que su posición sobre lo que había hecho Javier era no tener posición porque tener posición implicaba estar de un lado o del otro y ningún lado le parecía transitable. Y no a su padre, porque su padre no podía recibir visitas sin que la visita estuviera previamente autorizada, y Laura había preferido aparecer y ver qué pasaba a pedir autorización y recibir un no.

Tomó el metro desde Atocha hasta la plaza de Castilla y de ahí a pie hasta el edificio de la Audiencia Nacional.

Llegó a las diez menos cuarto.

La cola de prensa en la entrada ocupaba veinte metros.

Laura esperó.

Una mujer de edad indefinida, con el pelo recogido y ropa discreta, pasó a su lado en dirección a la entrada y luego se detuvo y la miró.

—¿Eres la hija? —dijo la mujer.

Laura tardó un segundo.

—Sí.

La mujer la miró con una expresión que no era lástima sino algo más complejo: el reconocimiento de quien también sabe lo que es estar en una posición para la que no existen instrucciones.

—Yo soy Marta Sáez Ruano —dijo la mujer.

Laura no respondió de inmediato.

—Lo sé —dijo finalmente—. He visto las fotos del juicio.

Marta asintió.

—¿Vas a entrar?

—Sí.

—Yo también. —Una pausa—. ¿Tienes acreditación?

—No.

Marta pensó.

—Ven conmigo. Como testigo de la acusación tengo acceso. Puedo acompañarte.

Laura la miró.

—¿Por qué harías eso?

Marta tardó un momento en responder.

—Porque tu padre era el niño más mayor de Santa Clara cuando yo llegué. Y porque hay una deuda que yo tengo con él que no tiene nada que ver con lo que hizo después. —Otra pausa—. Son dos cosas distintas. Las dos son verdad al mismo tiempo.

Laura asintió.

Entraron juntas.

* * *

Andrade vio entrar a Laura en el momento en que la sala retomaba la sesión después del receso de la mañana.

No la esperaba.

No esperaba a nadie.

Cuatro meses en preventiva habían afilado su capacidad de no esperar nada: lo que no se espera no puede fallar, y lo que no puede fallar no duele. Era una filosofía de supervivencia que había aprendido en los primeros meses después de entregarse y que aplicaba con la misma disciplina con la que aplicaba todo.

Pero cuando vio a Laura —el pelo oscuro recogido, la mochila en el hombro, los mismos ojos de siempre— algo en esa disciplina cedió.

No de manera dramática. Solo que durante un segundo fue incapaz de mantener la expresión de siempre.

Laura lo vio.

Lo vio desde la segunda fila del público, donde Marta la había llevado, y cuando sus ojos encontraron los de su padre por primera vez en cuatro meses algo pasó en la cara de ella que tampoco era dramático: solo que los ojos se le llenaron y los labios apretaron y el mentón se movió muy ligeramente, el movimiento involuntario de quien está conteniendo algo que no cabe contenerse del todo.

Andrade apartó los ojos.

No porque no quisiera mirarla sino porque si la miraba más tiempo no iba a poder seguir haciendo lo que tenía que seguir haciendo.

Eso era lo que había elegido: entregar todo lo que sabía, decir todo lo que había hecho, y cargar con las consecuencias de lo uno y de lo otro. No por redención —no creía en la redención, o no como concepto abstracto— sino porque era lo correcto y porque lo correcto era lo único que le quedaba.

Pero lo correcto es más fácil cuando nadie a quien quieres está mirando.

* * *

Esa noche, desde el centro penitenciario, Andrade mandó una carta.

La mandó a través del sistema de correo supervisado, lo que significaba que alguien la iba a leer antes de que llegara. No importaba. Lo que tenía que decir podía leerlo quien lo leyera.

La carta iba dirigida a Marta Sáez Ruano, a la dirección del hotel donde la fiscalía tenía alojados a los testigos.

Decía lo siguiente:

Marta: esta mañana vi que ibas con Laura y no sé cómo agradecértelo porque no tengo las palabras para algo que está por encima de las palabras. Solo quiero que sepas que lo que hice después de Santa Clara no tiene nada que ver con lo que aprendí de ti. Tú me enseñaste que saltar el muro no es huir: es elegir. Lo que yo hice después fue no elegir bien. Eso es mío y no es tuyo. Gracias por traerla. Gracias por ser quien eres todavía. Javier.

Marta recibió la carta al día siguiente por la mañana, antes de desayunar.

La leyó una vez.

La dobló.

La guardó en el cuaderno de tapas negras.

Y bajó a desayunar porque el día iba a ser largo y los días largos se empiezan con algo caliente.

Capítulo 54

Miguel

Andrade declaró el séptimo día del juicio.

Entró en la sala esposado, porque la normativa lo exigía para los acusados que comparecen como acusados y testigos en la misma sesión, y un funcionario le quitó las esposas en la puerta de la sala y él entró con las muñecas libres y las marcas visibles de las esposas en la piel.

Se sentó en el estrado.

Miró al tribunal.

Luego miró al público.

Laura estaba en la segunda fila. Llevaba tres días viniendo. Cada mañana aparecía con la misma mochila y se sentaba en el mismo sitio y Andrade sabía que estaba ahí aunque intentara no mirar.

Hoy miró.

Se miraron durante dos segundos.

Laura no hizo ningún gesto. Solo lo miró.

Andrade volvió a mirar al tribunal.

—Puede proceder —dijo Casares.

Iturriaga se puso en pie.

—¿Su nombre completo?

—Javier Andrade Vilar.

—¿Conocía a los acusados Valentín Castaño Oriol, Rafael Montes Cañas y Jorge Bermejo Navas antes del inicio de esta investigación?

—A Castaño lo conocí en Santa Clara de Miraflores cuando yo tenía catorce años y él tendría unos treinta y cinco. —Una pausa—. A los

otros dos los conocí en el contexto de mi trabajo posterior. Bermejo me contrató para varios encargos entre 2018 y 2023.

—¿Qué tipo de encargos?

—Los seis encargos que están en el sumario.

La sala no produjo ningún sonido.

* * *

Andrade declaró durante tres horas.

Habló de Santa Clara. Habló de los seis casos. Habló de cómo había construido durante diez años el perfil de los hombres que habían estado en Santa Clara, de cómo había encontrado a Bermejo, de cómo Bermejo lo había encontrado a él. Habló de la grabación de 2017: él la había conseguido, la había mandado a Marcos Ibáñez, y había esperado durante siete años a que alguien la usara.

—¿Por qué no la usó usted directamente? —dijo Iturriaga.

—Porque yo tenía antecedentes. Porque todo lo que yo dijera iba a ser cuestionado. Porque necesitaba que alguien sin mis antecedentes la recibiera y la pusiera en circulación.

—¿Y los seis homicidios?

—Los seis homicidios son lo que son. —Una pausa—. No voy a justificarlos. Solo voy a decir que cuando entiendes que el sistema que debería juzgar a esas personas es el mismo sistema que esas personas controlan, tomas decisiones que no deberías tomar. Eso no es una justificación. Es una explicación.

—¿Reconoce su culpabilidad en los seis cargos de homicidio?

—Sí.

Durán no cruzó el contrainterrogatorio a fondo: Andrade era el acusado que más daño podía hacer a Castaño y Durán sabía que cada pregunta era una oportunidad para que Andrade dijera algo más sobre Castaño. Lo dejó rápido.

Cuando la sesión llegó al momento del confronteo directo —el momento en que Casares permitió que Iturriaga pidiera a Andrade

que mirara al banco de acusados e identificara a quienes conocía— Andrade giró la silla ligeramente y miró.

Castaño estaba al final del banco.

Sus ojos se encontraron.

—¿Reconoce a este hombre? —dijo Iturriaga.

—Sí —dijo Andrade—. Este hombre venía a Santa Clara los martes por la noche. —Una pausa—. Cuando tenía catorce años y él treinta y cinco, a veces me preguntaba si algún día íbamos a volver a vernos.

Castaño no apartó los ojos.

—Y hoy estamos aquí los dos —dijo Andrade—. ¿Te acuerdas de mí?

La última pregunta no iba dirigida al tribunal ni a Iturriaga.

Era una pregunta directa a Castaño, que técnicamente no tenía cabida en el protocolo del interrogatorio y que Casares debería haber interrumpido.

Casares no interrumpió.

La sala tampoco.

Castaño no respondió.

En la segunda fila del público, Laura Andrade se tapó la boca con la mano y cerró los ojos.

Capítulo 55

Castaño habla

Valentín Castaño subió al estrado el noveno día del juicio.

Lo hizo sin esposas, porque a diferencia de Andrade no había reconocido ningún cargo y su situación procesal era la de acusado en espera de condena, no colaborador, y los acusados que no han reconocido nada caminan hacia el estrado con las manos libres y la dignidad intacta hasta que el tribunal diga otra cosa.

Caminó con su paso de siempre.

Se sentó.

Miró al tribunal con la expresión que Sara ya conocía de memoria: la de alguien que ha decidido que la mejor respuesta a todo lo que ocurre a su alrededor es no reconocer que está ocurriendo.

Casares le explicó sus derechos.

Castaño asintió.

—¿Reconoce haber visitado el centro de acogida Santa Clara de Miraflores entre 1978 y 1982?

—Visité ese centro en el contexto de mis actividades de voluntariado con la Asociación de Juristas y la Fundación Viedma. Visitas de carácter altruista, perfectamente documentadas.

—¿Reconoce haber mantenido contacto con menores del centro durante esas visitas?

—El contacto con los menores era parte del programa de apoyo. Cenas, actividades recreativas, charlas vocacionales. Todo dentro del protocolo autorizado por la dirección del centro.

Iturriaga escuchaba sin tomar notas.

—¿Reconoce conocer al testigo Nicolás Ferreras?

—No lo conozco. He visto su nombre en el sumario.

—¿Conoce a la testigo Marta Sáez Ruano?

—No.

—¿A Javier Andrade Vilar?

—He oído ese nombre en el contexto de esta causa.

—¿Lo había oído antes?

Una pausa.

—No.

* * *

Iturriaga esperó a que Castaño terminara de negar lo que tenía que negar.

No era impaciencia. Era el cálculo de quien sabe exactamente cuándo usar el instrumento que tiene.

Cuando Castaño terminó, Iturriaga dijo:

—El tribunal va a escuchar ahora una grabación. Cuarenta y dos minutos de audio. La grabación fue realizada en noviembre de 2017 en un restaurante del barrio de Salamanca de Madrid. Las tres voces que aparecen en ella han sido identificadas pericialmente como las de los acusados Valentín Castaño, Rafael Montes Cañas y Jorge Bermejo.

Durán se puso en pie.

—La defensa ya impugnó la cadena de custodia de esa grabación en instrucción.

—Y el juez instructor la validó —dijo Iturriaga—. El tribunal ya tiene ante sí la resolución del Tribunal Constitucional que rechazó el recurso de la defensa sobre ese punto. La grabación es prueba válida.

Casares miró a Durán.

—Sentado, letrado.

Durán se sentó.

Castaño, en el estrado, no había movido un músculo.

Pero algo en sus ojos había cambiado.

No el color ni la dirección. La densidad. Como si detrás de ellos alguien hubiera encendido algo que llevaba tiempo apagado: el reconocimiento de que había llegado el momento que llevaba ocho años sabiendo que llegaría.

Iturriaga miró al técnico de sala.

—Cuando quiera.

* * *

Antes de que sonara el primer segundo de la grabación, Sara miró a Rubén.

Rubén tenía la mirada al frente, los brazos cruzados, la expresión de quien está concentrado. Pero debajo de esa expresión había algo que Sara reconoció como lo que sentía ella misma: la tensión específica del momento en que una investigación que ha durado meses llega al punto en que lo que ha construido se va a probar en público, delante de todos, y ya no puedes controlar nada más que lo que ya está hecho.

Lo que ya estaba hecho era suficiente.

Tenía que ser suficiente.

El técnico pulsó el botón.

La sala se llenó con el sonido de un restaurante de Madrid en 2017: el fondo de conversaciones, el tintineo de cubiertos, la voz de un camarero preguntando algo que quedaba fuera del ángulo del micrófono.

Luego, más cerca, tres voces.

La primera era Castaño.

—...lo del periodista no tiene que llegar a ningún sitio. Tenemos demasiado construido para que lo tire un aficionado.

La segunda era Montes Cañas.

—*El aficionado tiene fuentes. Eso es el problema. Alguien le ha dado acceso a algo que no debería tener.*

La tercera era Bermejo.

—*Yo me ocupo del acceso. Lo que necesito es tiempo.*

La sala de la Audiencia Nacional estaba en silencio total.

Cuarenta y dos minutos de silencio total.

Capítulo 56

El audio

La grabación duró cuarenta y dos minutos y diecisiete segundos.

La sala de la Audiencia Nacional escuchó cada uno de ellos en silencio total.

No el silencio que se produce cuando el público intenta ser correcto. El silencio de cuando algo que se escucha es tan específico, tan incriminatorio, tan absolutamente claro en lo que dice, que el cerebro no tiene capacidad para procesar y escuchar al mismo tiempo y elige escuchar.

Los tres hombres de la grabación hablaban como hombres que llevan décadas hablando de cosas que no se dicen en voz alta y que por eso ya no tienen conciencia de que son cosas que no se dicen en voz alta. Era el lenguaje de la impunidad institucionalizada: no se ocultaban en eufemismos, no susurraban, no miraban a su alrededor. Hablaban en el tono normal de una cena de trabajo entre personas que no tienen nada que temer.

En el minuto doce, Castaño decía:

—Lo de Andrade es distinto. Andrade sabe demasiado sobre lo de entonces y ahora está suelto por ahí. Si en algún momento decide que quiere dinero o que quiere otra cosa, tenemos un problema.

Montes Cañas respondía:

—Andrade no habla. Tiene tanto que perder como nosotros.

—Más —decía Castaño—. Mucho más.

En el minuto veinticinco, la grabación llegaba al momento que Iturriaga había señalado en el expediente como el nodo central de la prueba de encubrimiento: los tres hombres discutiendo qué hacer con un periodista que había conseguido acceso a los archivos del Obispado.

—Los archivos del Obispado son el problema real —decía Bermejo—. Si alguien sabe leerlos, y este periodista sabe leerlos, todo lo de la fundación queda expuesto. Y si la fundación queda expuesta, todo queda expuesto.

—¿Qué tiene Bermejo en la Fiscalía que pueda usarse?

—Tengo suficiente. Pero necesito que nadie empuje desde arriba. Si hay presión política, no puedo contenerlo desde dentro.

—No habrá presión política —decía Castaño—. Tengo eso cubierto.

Sara, escuchando, pensó en todos los casos que habían llegado a la fiscalía en los últimos quince años y que se habían cerrado por razones que en el papel parecían legales y en la práctica eran otra cosa. Cuántos Bermejo habían habido. Cuántos tenían algo cubierto desde arriba.

No eran preguntas que tuvieran respuesta hoy.

Hoy solo había esta sala, esta grabación, y cuarenta y dos minutos de tres hombres hablando como si fueran eternos.

Cuando la grabación terminó, la sala tardó varios segundos en volver a moverse.

Castaño, en el estrado, seguía mirando al frente.

Pero el color de su cara había cambiado.

No de manera dramática. Solo que la piel tenía ahora el tono específico de quien ha escuchado su propia voz diciendo cosas que no pueden ser desdichas y que ha comprendido en tiempo real que el relato que llevaba nueve días construyendo en esa sala se había derrumbado en cuarenta y dos minutos y diecisiete segundos.

Durán pidió un receso.

Casares lo concedió: veinte minutos.

Durán fue hacia Castaño.

Se inclinó hacia él.

Le habló en voz muy baja durante cinco minutos.

Castaño escuchó.

No respondió.

Cuando el receso terminó y todos volvieron a sus sitios, Castaño miró al tribunal y dijo, con una voz que era la misma voz de siempre pero que tenía dentro algo que antes no tenía:

—Solicito al tribunal autorización para hacer una declaración adicional.

Casares lo miró.

—Puede proceder.

Castaño tomó aire.

—Quiero rectificar algunas de mis respuestas anteriores. —Una pausa—. Sí conocía a Nicolás Ferreras. Sí estaba al tanto de las circunstancias del centro. Y sí, en 2017, mantuve la conversación que el tribunal acaba de escuchar.

La sala no respondió.

Durán, sentado detrás de la barandilla de la defensa, miraba el folio que tenía delante sin leer lo que había en él.

Era la primera y única vez en nueve días de juicio que algo en la cara de Valentín Castaño parecía exactamente lo que era.

* * *

Sara salió al pasillo en el receso de la tarde.

Llamó a Molina.

—Lo ha reconocido —dijo Sara.

Silencio al otro lado.

—¿Todo? —dijo Molina.

—Las visitas, la conversación de 2017, el conocimiento de las circunstancias del centro. —Una pausa—. No los abusos directos. Sigue negando participación directa. Pero el encubrimiento sí.

—Con la grabación no necesitan más.

—No.

Otro silencio.

—Buen trabajo, Montero.

Sara colgó.

Se quedó mirando la plaza de la Audiencia por la ventana del pasillo.

El sol de marzo caía sobre los adoquines con esa luz específica del invierno final que todavía no es primavera pero que ya no es solo frío.

En algún sitio de Brihuega, Nico estaría en su jardín.

En algún sitio de Valencia, Marta estaría dando clase.

En algún sitio de este edificio, Andrade estaría esperando que la jornada terminara para volver al centro.

Cuarenta y cuatro años habían pasado desde que dos niños saltaron un muro en Carabanchel.

Y hoy, en esta sala, el peso de esos cuarenta y cuatro años estaba empezando a moverse.

Capítulo 57

Los que no estuvieron

La última semana del juicio oral trajo los testimonios de los que nunca habían estado en Santa Clara pero que habían vivido en su órbita.

El médico forense que había firmado los certificados de defunción de tres menores fallecidos en el centro entre 1977 y 1981. Defunciones clasificadas como enfermedad o accidente, sin autopsia, con el visto bueno del médico titular del centro. El forense tenía ochenta y dos años y declaró desde una silla de ruedas, con la voz de quien lleva mucho tiempo sabiendo algo y no ha conseguido olvidarlo.

—¿Examinó usted los cuerpos? —dijo Iturriaga.

—No. Firmé los certificados a partir de los informes del médico del centro. Era el procedimiento habitual.

—¿Tenía razones para dudar de esos informes?

Una pausa larga.

—En aquel momento dije que no. —Otra pausa—. Hoy diría que tenía razones para hacer más preguntas.

Iturriaga no añadió nada.

La sala tampoco.

El forense era el testimonio más frágil de todos y también el más devastador: no porque acusara directamente, sino porque describía el mecanismo de complicidad pasiva con la precisión de quien lo vivió desde dentro sin entender del todo lo que estaba viviendo. Los sistemas no se sostienen solo con actores activos. Se sostienen también con personas que firman lo que les ponen delante porque el procedimiento lo permite y hacer más preguntas tiene un coste.

* * *

El undécimo día, Iturriaga introdujo como prueba documental la carta del Vaticano.

Era una carta de tres páginas en italiano, fechada en enero de ese año, firmada por el Prefecto de la Congregación para el Clero. La carta reconocía que la Santa Sede había recibido información sobre irregularidades en centros de acogida de la red diocesana española durante los años setenta y ochenta, que esa información había sido clasificada en el archivo correspondiente, y que en el contexto de la presente investigación judicial la Santa Sede ponía ese archivo a disposición de las autoridades españolas competentes.

Era la primera vez en la historia reciente de España que el Vaticano entregaba archivos propios a una fiscalía española sin mediación diplomática previa.

Iturriaga leyó la carta en voz alta.

La sala escuchó.

Sara, que conocía el contenido desde hacía tres semanas, siguió mirando al banco de acusados.

Montes Cañas tenía los ojos cerrados.

Bermejo seguía mirando la mesa.

Castaño miraba al frente.

Andrade, al extremo derecho, tenía la misma expresión de siempre: la de quien ya ha dicho todo lo que tenía que decir y ahora espera con la paciencia de alguien que ha aprendido a esperar.

* * *

Fuera de la sala, mientras el juicio avanzaba hacia su última semana, llegaban los ecos de las investigaciones paralelas.

Bilbao había procesado a cuatro personas relacionadas con el centro diocesano vasco. El juzgado de Valencia había dictado auto de apertura de juicio oral contra tres imputados. En Sevilla, la investigación derivada del caso Palma había conectado con una red de dos centros más de la misma época.

Marcos Ibáñez había publicado el quinto reportaje de la serie. El titular: *El sistema fue el mismo en cuatro ciudades*.

Las cuatro millones de visitas del primer reportaje habían pasado a ser quince millones acumuladas.

Sara había leído el quinto reportaje en su piso de Lavapiés una mañana de domingo mientras tomaba café, y lo que sintió al leerlo no fue satisfacción ni tampoco alivio. Era algo más parecido al reconocimiento de que lo que habían hecho en los últimos meses era correcto y necesario y no suficiente, en ese orden.

Necesario porque sin ello nada de lo demás habría ocurrido.

No suficiente porque Santa Clara era un nodo, y un nodo no es el sistema.

El sistema seguía siendo el sistema.

Lo que habían conseguido era abrir los ojos de suficiente gente como para que el sistema fuera más difícil de ignorar.

Eso no era nada pequeño.

Pero tampoco era el final.

* * *

El último día de pruebas, Iturriaga pidió la palabra para un último documento.

Era una lista.

Cuarenta nombres. Los nombres de los menores que habían estado en Santa Clara entre 1975 y 1983 y de los que no había constancia posterior: sin padrón, sin historial médico, sin registro de vida adulta.

Cuarenta nombres que el sistema había borrado sin que nadie preguntara dónde estaban.

—El tribunal tiene ante sí esta lista —dijo Iturriaga—. La acusación no puede probar qué ocurrió con cada una de estas personas. Lo que sí puede probar es que existieron, que estuvieron en ese centro, y que después desaparecieron del registro oficial. El tribunal valorará

lo que esa desaparición significa en el contexto de las pruebas presentadas.

La sala siguió en silencio.

Sara miró la lista.

Cuarenta nombres.

Algunos niños, algunos con apellidos dobles, algunos con solo un nombre porque nadie había registrado el segundo.

Cuarenta personas que habían pasado por el mismo sitio que Nico y que Marta y que Andrade y que no habían saltado ningún muro.

O que lo habían saltado de una manera que no dejaba rastro.

Sara dobló la copia de la lista.

La guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba las cosas que no quería olvidar.

Capítulo 58

La sentencia

Los alegatos finales empezaron un martes y terminaron el viernes.

Iturriaga fue el último en hablar.

Había construido su alegato en tres partes: la primera establecía los hechos probados, que en ese punto eran tantos y tan sólidos que la mayor parte del alegato era simplemente un recuento ordenado. La segunda conectaba cada hecho probado con cada acusado. La tercera era lo que en el lenguaje de los fiscales se llama la calificación definitiva.

Castaño: veinticuatro años. Organización criminal, participación en abuso continuado de menores en el contexto del centro, encubrimiento activo durante cuatro décadas, obstrucción a la justicia.

Montes Cañas: diecinueve años. Encubrimiento, obstrucción, red de chantaje, complicidad en la desaparición de documentos.

Bermejo: trece años. Encubrimiento desde posición de poder, destrucción de evidencias, cohecho.

Andrade: dieciséis años. Seis homicidios con atenuante muy cualificado de trastorno mental derivado de trauma sostenido y actuación en contexto de abandono institucional reiterado.

Palma: cinco años. Homicidio imprudente con dolo eventual.

Los demás acusados, entre tres y nueve años según el grado de participación.

Durán respondió con un alegato de dos horas que atacaba la cadena de custodia de la grabación —ya rechazada tres veces— y la credibilidad de los testigos supervivientes. Era un alegato competente. Era el mejor alegato posible dado el material con el que

Durán contaba. Pero dado el material con el que Durán contaba, competente no era suficiente.

Casares escuchó a todos con la misma expresión neutra de toda la causa.

Cuando el último abogado terminó, Casares miró al tribunal de tres miembros, luego a la sala, y dijo:

—El tribunal se retira a deliberar. Comunicará su veredicto en el plazo máximo de tres días hábiles.

Se levantó.

Todos se pusieron en pie.

Y la sala que había contenido trece días de juicio quedó en silencio por primera vez desde el quince de marzo.

* * *

Sara pasó los tres días de deliberación haciendo lo que siempre hacía cuando no podía hacer nada: trabajar.

Había un caso nuevo sobre la mesa: un hombre encontrado en el Manzanares con señales de traumatismo craneal y sin identificación. Madrid nunca dejaba de producir trabajo. La ciudad no esperaba a que una investigación terminara para empezar la siguiente.

Rubén trabajaba a su lado sin decir nada innecesario.

El primer día de deliberación, Nico llamó desde Brihuega.

—¿Cuándo dicen que sale?

—Tres días hábiles máximo —dijo Sara—. Puede ser antes.

—¿Cómo lo ves?

Sara pensó durante un momento.

—Lo veo bien. Pero los tribunales son tribunales.

—Sí.

Una pausa.

—Bueno —dijo Nico—. Lo que tenga que ser.

Colgó.

El segundo día, Laura Andrade mandó un mensaje a Sara. Era el primero desde que se habían visto en la Audiencia.

El mensaje decía: *¿Sabe algo ya?*

Sara respondió: *Todavía no. Mañana probablemente.*

Laura no respondió.

Sara imaginó a Laura en algún sitio de Barcelona, o quizás todavía en Madrid, esperando con la misma mezcla de cosas que no tienen nombre exacto que debían estar sintiendo todos los que habían estado en esa sala.

El tercer día, a las once de la mañana, llegó la notificación de la secretaría judicial.

El tribunal había alcanzado veredicto.

La lectura de la sentencia sería a las cuatro de la tarde.

* * *

Sara y Rubén llegaron a las tres y cuarenta.

La sala estaba llena.

Nico y Mónica estaban en el mismo sitio de siempre. Marta, dos asientos más allá. Pablo Herranz, en la tercera fila, con su abrigo que había visto mejores temporadas.

Laura estaba en la segunda fila.

Había vuelto.

Sara la vio entrar y buscó en su cara algo que le dijera cómo estaba. Laura caminó hacia su sitio con la cabeza ligeramente inclinada, los auriculares en el cuello sin música, la mochila en el hombro.

No miraba al banco de acusados.

Tampoco miraba al frente.

Miraba el suelo delante de sus pies, como alguien que está contando los pasos que faltan.

Exactamente a las cuatro, las puertas laterales de la sala se abrieron.

El tribunal entró.

La sala se puso en pie.

Y la magistrada Elena Casares, que llevaba trece días sin revelar en su expresión nada de lo que pensaba, se sentó, abrió la carpeta que tenía delante, y empezó a leer.

Capítulo 59

Culpable

Casares leyó la sentencia durante veintiséis minutos.

Leyó con la misma voz neutra con la que había presidido todo el juicio: sin inflexión, sin énfasis dramático, con la precisión técnica de quien sabe que el texto es el texto y la voz es solo el vehículo.

Culpable.

Valentín Castaño Oriol: culpable de organización criminal, participación en abuso continuado de menores bajo custodia institucional, encubrimiento activo y obstrucción a la justicia. Condena: veinticuatro años de prisión, inhabilitación absoluta, responsabilidad civil solidaria con la Fundación Viedma.

Rafael Montes Cañas: culpable de encubrimiento cualificado, obstrucción a la justicia, complicidad en la red de chantaje. Condena: diecinueve años.

Jorge Bermejo Navas: culpable de encubrimiento desde posición de poder, cohecho activo, destrucción de evidencias. Condena: once años, con aplicación de atenuante de colaboración.

Javier Andrade Vilar: culpable de seis homicidios con atenuante muy cualificado de trastorno mental severo derivado de trauma institucional sostenido. Condena: dieciséis años.

El resto de los acusados: condenas de entre tres y nueve años según el grado de participación probada.

Casares siguió leyendo.

Sara escuchaba sin moverse.

A su lado, Rubén tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas y los nudillos ligeramente blancos.

Cuando Casares llegó al apartado de responsabilidad civil —las indemnizaciones a los supervivientes identificados, la obligación de colaboración con las investigaciones en curso en otras ciudades— la sala seguía en silencio.

Luego Casares cerró la carpeta.

Miró al tribunal.

Luego a la sala.

—Queda notificada la sentencia. El plazo de recurso ante la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo es de diez días hábiles desde la notificación formal a las partes.

Se levantó.

Todos se pusieron en pie.

Y en ese momento, cuando el tribunal empezaba a retirarse y la sala empezaba a moverse y el sonido que había estado contenido durante veintiséis minutos empezaba a liberarse en forma de respiraciones y susurros y el ruido general de la gente volviendo a ser gente, Sara oyó un sonido que no esperaba oír.

Alguien estaba llorando.

No discretamente. Con el llanto específico de quien ha estado conteniendo algo durante mucho tiempo y que cuando el dique cede no puede controlarlo porque no hay nada que controlar.

Sara giró la cabeza.

Era Laura.

Estaba sentada en la segunda fila con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos y los hombros moviéndose con la cadencia del llanto profundo. No estaba haciendo ningún ruido especialmente audible. Era el movimiento lo que Sara veía.

Marta, que estaba dos asientos más allá, se levantó.

Fue hasta Laura.

Se sentó a su lado.

Le puso una mano en la espalda.

No dijo nada.

Laura siguió llorando.

Y Sara, mirando eso desde la primera fila, pensó que no era capaz de determinar exactamente por qué lloraba Laura: si por el padre que iba a pasar dieciséis años en prisión, o por el padre que había hecho lo que había hecho, o por las dos cosas a la vez, que probablemente era la verdad más honesta disponible.

No había una manera simple de sentirse en relación a Javier Andrade.

No había una manera simple de sentirse en relación a nada de lo que había ocurrido en los últimos cuatro meses.

Lo que había era esto: un veredicto. Veintitrés condenas. Una sala que empezaba a vaciarse mientras fuera de las ventanas Madrid seguía siendo Madrid con la indiferencia específica de las ciudades grandes que han visto demasiadas cosas para sorprenderse de ninguna.

Rubén puso una mano en el hombro de Sara.

Solo un momento.

Luego la retiró.

—¿Vamos? —dijo.

—Sí —dijo Sara.

Y se fueron.

* * *

Esa noche, en el piso de Lavapiés, Sara abrió el cajón de la mesilla de noche.

Sacó la lista de cuarenta nombres que había guardado en el bolsillo de la chaqueta y que luego había trasladado al cajón.

La leyó entera.

Cuarenta nombres.

Cuarenta personas de las que el sistema no sabía nada después de los años en que habían estado en Santa Clara.

Los veintitrés condenados de hoy no respondían por esas cuarenta personas. No de manera directa. La prueba de lo que había ocurrido con cada uno de esos cuarenta nombres requería más investigación, más tiempo, más recursos.

Pero algo había cambiado.

Había un veredicto.

Y un veredicto es el nombre oficial que el sistema da a la verdad cuando ya no puede ignorarla.

Sara dobló la lista.

La dejó en el cajón.

Apagó la luz.

Y durmió.

Por primera vez en mucho tiempo, durmió bien.

Capítulo 60

Andrade

Seis meses después de la sentencia, Laura Andrade visitó a su padre por primera vez.

No había sido una decisión fácil. Tampoco una decisión pensada durante seis meses. Había sido una decisión tomada un martes por la mañana, en la cocina del piso de Barcelona, mirando la taza de café, sin ninguna razón especial más que que ese día había decidido que sí.

El centro penitenciario estaba en las afueras de Madrid. Laura tomó el tren nocturno, durmió tres horas, llegó a Atocha a las seis y media, esperó en una cafetería hasta las ocho, tomó el autobús hasta el centro.

El locutorio tenía cabinas separadas por cristal.

Andrade entró desde la otra puerta.

Estaba más delgado que en el juicio. El traje que le había quedado grande entonces ahora habría quedado todavía más grande, pero llevaba la ropa del centro: gris, sin marca. Se sentó.

Laura se sentó al otro lado del cristal.

Se miraron.

Ninguno de los dos habló durante un momento.

Luego Laura dijo:

—No sé por qué he venido.

Andrade asintió.

—No tienes que saber por qué. Con que hayas venido es suficiente.

Otra pausa.

—Mamá no lo sabe —dijo Laura.

—No tienes que decírselo.

—Ya. —Laura miró el cristal—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Andrade lo dijo de la manera en que se dice cuando la respuesta alternativa es demasiado complicada—. Leo mucho. Tengo un trabajo en la biblioteca del módulo.

Laura sonrió ligeramente.

—Siempre te gustaron los libros.

—Sí.

Silencio.

—Tengo dieciséis años —dijo Andrade—. Con buen comportamiento y revisión de condena, puede ser menos. —Una pausa—. Eso significa que cuando salga todavía no seré viejo.

Laura lo miró.

—Yo no he venido a pensar en cuándo sales.

—Lo sé. —Andrade la miró—. He venido a ver que estás bien y a estar aquí un rato. Eso es suficiente.

Laura asintió.

Se quedaron sentados.

A veces hablaban. A veces no. Era una de esas conversaciones que no necesitan llenarse de palabras para ser lo que son: un padre y una hija en un locutorio separados por un cristal, construyendo algo que no tiene nombre todavía porque acaba de empezar.

* * *

Tres semanas después de la visita de Laura, Andrade solicitó una mediación.

Era un procedimiento formal: mediante el programa de justicia restaurativa del centro, los condenados podían solicitar encuentros mediados con personas afectadas por sus acciones, siempre que esas personas dieran su consentimiento.

Andrade solicitó la mediación con Pablo Herranz.

Pablo tardó dos semanas en responder.

La respuesta fue sí.

El encuentro tuvo lugar en una sala del centro penitenciario con un mediador presente. Duró noventa minutos.

Sara no supo el contenido de la mediación: era confidencial por procedimiento. Lo que supo, porque Pablo se lo dijo por teléfono una tarde de septiembre, fue que había ido y que había valido la pena.

—¿En qué sentido? —dijo Sara.

—En el sentido de que salí de allí sabiendo algo que antes no sabía —dijo Pablo.

—¿Qué?

Una pausa.

—Que ese niño de catorce años que yo recordaba de Santa Clara era una persona que en algún momento había decidido que lo que estaban haciendo era insoportable y había buscado la manera de salir. Lo que encontró no fue la correcta. Pero el impulso de salir, ese sí lo entiendo.

Sara no dijo nada.

—No es perdonar —dijo Pablo—. Es entender una cosa específica. Son distintas.

—Sí —dijo Sara.

—Basta con eso por ahora.

Colgó.

* * *

Esa misma tarde, Andrade mandó una carta a Nico.

No por el sistema de correo supervisado: con la mediación en marcha, había obtenido autorización para correspondencia directa con personas relacionadas con la causa. La carta llegó a Brihuega cuatro días después.

Nico la leyó en el jardín, sentado en la silla de madera que usaba cuando el tiempo lo permitía.

La carta era corta. Cuatro párrafos. Andrade no era un hombre de muchas palabras escritas: había pasado su vida adulta en la acción y en el silencio, y escribir cartas era una habilidad que estaba aprendiendo en la biblioteca del módulo con la misma paciencia con la que había aprendido todo lo que valía la pena aprender.

La carta decía, entre otras cosas: *Guardé el cuaderno durante cuarenta y tres años. Tú lo guardaste durante cuarenta y tres años. Quizás el cuaderno necesitaba a los dos. No lo sé. Solo sé que gracias.*

Nico dobló la carta.

La guardó.

No en el cuaderno —ese estaba bajo custodia judicial, y probablemente lo estaría mucho tiempo— sino en el cajón de la mesita de la entrada donde guardaba las cosas que importaban.

Luego volvió al jardín y siguió con lo que estaba haciendo.

Capítulo 61

Nico y Marta

Fue idea de Marta.

Llamó a Nico en octubre, cuando los árboles de Brihuega ya estaban cambiando de color y el aire tenía esa densidad específica del otoño castellano que huele a tierra mojada y a algo que está terminando.

—Quiero ir —dijo Marta.

—¿Adónde?

—Al sitio donde estaba Santa Clara.

Nico tardó un momento.

—Ya no está el edificio.

—Lo sé. Quiero ir igualmente.

Nico pensó.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cuándo?

—El sábado que viene.

Fueron en el coche de Marta: cuatro horas desde Valencia a Madrid, Marta conduciendo con la radio apagada y los dos en silencio la mayor parte del trayecto, no por incomodidad sino porque había algo en el viaje que pedía silencio.

Aparcaron en la calle Carabanchel Bajo, frente a un bloque de pisos de cinco alturas construido en los años noventa. El bloque era anodino, de los que hay por toda la ciudad: azulejo beige en la fachada, buzones de metal en la entrada, un pequeño jardín comunitario con un árbol demasiado grande para el espacio disponible.

Nico se bajó del coche.

Se quedó mirando el bloque.

Marta se puso a su lado.

—¿Es aquí? —dijo Marta.

—Creo que sí. El número coincide. —Nico miró el árbol del jardín—. Ese árbol es demasiado nuevo. Pero la disposición de la calle es la misma.

Marta miró el árbol.

—¿Te acuerdas del muro?

—El muro estaba detrás. —Nico señaló hacia el fondo del solar—. El patio estaba entre el edificio principal y el muro. El muro daba a esta calle.

Marta miró.

El solar donde había estado el muro era ahora el aparcamiento comunitario del bloque: líneas amarillas pintadas sobre asfalto, varios coches aparcados, un contenedor de reciclaje.

—Saltamos aquí —dijo Marta.

—Más o menos aquí, sí.

Se quedaron mirando el aparcamiento durante un momento.

No había nada especial en lo que veían: era un aparcamiento comunitario, completamente ordinario, sin ninguna señal de lo que había habido antes. Eso era lo que tenía la ciudad, pensó Nico: que seguía adelante sin esperar, que construía encima de lo que había habido, que el asfalto nuevo no guardaba memoria del suelo que había debajo.

Pero debajo del asfalto estaba el suelo.

Y en el suelo, cuarenta y cuatro años antes, había habido huellas en la nieve.

* * *

Marta sacó el cuaderno de tapas negras del bolso.

Lo abrió en una página en blanco.

Escribió la fecha.

Luego escribió: *Estuvimos aquí. El edificio ya no está. El muro ya no está. Nosotros sí.*

Le pasó el cuaderno a Nico.

Nico lo miró.

Luego cogió el bolígrafo que Marta le tendía y escribió debajo, con la letra apretada y ligeramente inclinada que seguía siendo la misma de siempre: *El cuaderno original está bajo custodia judicial. Pero los cuadernos se pueden empezar de nuevo.*

Le devolvió el cuaderno.

Marta lo leyó.

Cerró el cuaderno.

—¿Comemos algo? —dijo Marta.

—Sí —dijo Nico.

Encontraron un bar a dos calles, de los que abrían temprano y que tenían la barra llena de jubilados con el café y el periódico. Pidieron el menú del día. Comieron sin prisas. Hablaron de cosas ordinarias: el jardín de Nico, la clase de literatura de Marta, Mónica y sus gatos, los planes de Laura de matricularse en Derecho el año próximo.

Hablar de cosas ordinarias cuando hace poco no había nada ordinario es una de las formas más silenciosas de volver al mundo.

A las tres volvieron al coche.

Marta condujo hasta la salida de Madrid y luego paró en un área de servicio porque quería un café.

Nico pidió agua.

Se sentaron en la terraza cubierta del área de servicio con el sol de octubre tibio en los hombros.

—¿Cómo estás? —dijo Marta.

Era la misma pregunta que le había hecho Mónica meses antes.

Nico pensó con la misma honestidad de siempre.

—Diferente —dijo.

—¿Diferente de qué manera?

—De la manera en que algo pesa menos. —Una pausa—. No nada. Menos.

Marta asintió.

Sabía exactamente lo que quería decir.

Porque lo que Nico describía era lo que ella también sentía: no el alivio de que algo haya terminado, porque esto no había terminado y probablemente no terminaba nunca del todo. Era otra cosa. Era la diferencia entre cargar con algo que nadie más sabe que llevas y cargar con algo que el mundo ya conoce.

El peso no desaparece.

Pero cuando alguien más lo ve, resulta que cabe de otra manera.

Terminaron el café.

Volvieron al coche.

Y Marta condujo de vuelta a Valencia mientras Nico dormitaba en el asiento del copiloto con la cabeza ligeramente inclinada hacia la ventana y el paisaje de la meseta castellana pasando en silencio detrás del cristal.

Capítulo 62

Sara

El lunes siguiente, Sara llegó a la comisaría a las ocho y veinte.

No era nada excepcional. Llevaba dieciséis años llegando a la comisaría de Homicidios de la calle Leganitos a horas parecidas, con el café de la esquina en la mano y el teléfono en el bolsillo y la cabeza ya en el trabajo antes de llegar a la puerta.

Rubén ya estaba en su mesa.

—Buenos días —dijo Rubén sin levantar los ojos del ordenador.

—Buenos días. ¿Hay algo nuevo?

—El caso del Manzanares sigue sin identificación. Y hay un informe de las 7:40 que puede ser tuyo.

—¿De qué tipo?

—Hallazgo de cadáver. Mujer, entre cuarenta y cincuenta años, piso de Carabanchel Bajo. La encontró la vecina del descansillo esta mañana. Aparentemente solo. Sin señales externas de violencia, pero el médico forense que fue tiene dudas sobre la causa de muerte natural.

Sara bebió un sorbo de café.

—¿Dirección?

Rubén leyó la dirección.

Sara dejó el café en la mesa.

Se quedó mirando el papel durante un momento.

—¿Qué pasa? —dijo Rubén.

—Nada. —Sara cogió el papel—. ¿Tienes el nombre de la fallecida?

—Según el padrón, vive allí una mujer llamada Consuelo Arenas Martín, cincuenta y dos años. Pensionista.

Sara miró el papel.

La dirección era en la calle Carabanchel Bajo.

A dos calles del solar donde había estado Santa Clara de Miraflores.

Arenas. El apellido no decía nada concreto. El número del piso era el cuatro. El nombre de la calle era una de las calles que Sara había recorrido dos veces en los últimos meses, primero cuando fue con Rubén a reconocer la zona y luego cuando fue con Marta y Nico al solar del antiguo centro.

Probablemente no era nada.

Probablemente era una coincidencia de topografía urbana: Madrid era una ciudad de cuatro millones de personas y la gente moría en pisos de Carabanchel todos los días sin que tuviera ninguna relación con nada.

Pero la manera en que un caso llama a otro, la manera en que los lugares guardan resonancia, era algo que Sara había aprendido a no ignorar por completo.

—Voy —dijo Sara.

Rubén cogió la chaqueta.

* * *

El piso de Consuelo Arenas Martín estaba en el cuarto piso de un bloque de los años setenta.

La vecina del descansillo, que se llamaba Pilar y tenía setenta años y los ojos todavía enrojecidos de haber encontrado lo que había encontrado, les abrió y les contó lo que sabía: que Consuelo vivía sola desde hace muchos años, que era callada, que a veces la saludaba en el ascensor, que esta mañana la puerta estaba entreabierta y había llamado porque no era habitual y había encontrado a Consuelo en el salón.

El médico forense les esperaba dentro.

—Muerte en las últimas ocho a doce horas —dijo el forense—. Sin señales externas evidentes de violencia. Pero la posición del cuerpo

y la distribución de la lividez sugieren que no murió donde está. Alguien la movió.

—¿Antes o después de la muerte?

—Después, con certeza. Antes, posiblemente.

Sara miró el piso.

Era un piso ordinario. Fotos en las paredes: una mujer más joven y una niña, probablemente décadas atrás. Libros. Una pequeña colección de figuras de cerámica en la estantería.

Nada que saltara a la vista.

Pero algo en la atmósfera del sitio tenía la quietud específica de los lugares donde algo ha ocurrido y donde la evidencia de lo que ocurrió todavía no ha tenido tiempo de dispersarse.

—Necesito el historial —dijo Sara—. Nombre completo, vínculos familiares, historial laboral.

—Consuelo Arenas Martín —dijo Rubén, que ya estaba en el ordenador del móvil—. Hija de Amparo Martín Soto y de Germán Arenas Fuentes. Sin pareja registrada. Sin hijos.

Sara miró una de las fotos en la pared.

La mujer de la foto podía tener treinta años. La niña a su lado, diez o doce.

—¿Tiene hermanos?

—Sí. —Rubén leyó—. Una hermana: Mónica Arenas Martín.

Sara se quedó quieta.

Mónica Arenas.

El número 17 de la lista del cuaderno de Nico.

Mónica, que vivía en Brihuega con Nico.

La hermana de Mónica había vivido a dos calles del solar de Santa Clara toda su vida, en silencio, sin que nadie supiera que había un hilo que la conectaba con todo lo que habían estado investigando.

Y ahora estaba muerta.

Y alguien la había movido.

Sara salió al descansillo y llamó a Molina.

—Molina. Tengo un caso en Carabanchel Bajo que puede tener relación con la causa de Santa Clara.

Una pausa.

—¿Qué tipo de relación?

—No lo sé todavía. —Sara miró el pasillo—. Eso es lo que voy a averiguar.

Colgó.

Volvió al interior del piso.

Rubén la miró.

—¿Empezamos? —dijo Rubén.

—Sí —dijo Sara.

Y empezaron.

Epílogo

Brihuega, un año después

En el jardín de Nico, a principios de diciembre, los rosales estaban podados y el suelo preparado para el invierno.

Era un jardín pequeño, detrás de la casa: cuatro metros de ancho, quizás seis de largo, con un muro de piedra en el fondo que tenía musgo en la base y que había visto llover cuatro décadas sin quejarse. Nico lo había plantado hace veinte años, el jardín, cuando compró la casa de Brihuega con los ahorros de quince años de trabajo y la certeza de que vivir cerca de la tierra era la única manera en que sabía vivir sin que las cosas del interior se volvieran demasiado ruidosas.

Estaba sentado en la silla de madera con el cuaderno nuevo en el regazo.

El cuaderno era pequeño, con tapas de cartón verde, comprado en la papelería del pueblo. No tenía ningún significado especial: era simplemente el cuaderno que había comprado cuando sintió que necesitaba uno.

Las primeras páginas estaban en blanco.

Nico lo miraba sin escribir nada todavía.

Afuera del jardín, Brihuega seguía siendo Brihuega: el campanario de Santa María de la Peña visible por encima del muro, el sonido del viento en los callejones de piedra, el olor específico del invierno castellano que mezcla frío seco y humo de chimenea y tierra que está descansando.

Un año.

Desde la sentencia había pasado un año.

Desde que entregó el cuaderno original, catorce meses.

Desde que Marta lo había llamado desde Valencia y le había dicho que leyera el reportaje de Ibáñez, dieciséis meses.

Desde que había saltado el muro en Carabanchel con dos pares de huellas en la nieve, cuarenta y cuatro años.

* * *

El correo llegó a las once.

Mónica lo recogió desde dentro y lo trajo al jardín porque hacía buen tiempo para ser diciembre y Nico estaba en la silla y había aprendido en cuarenta años que cuando Nico estaba en la silla de madera mirando algo que no estaba completamente ahí, la mejor manera de interrumpirlo era de manera suave.

—Hay una carta —dijo Mónica—. Del Madrid ese.

Nico la miró.

El remitente era un nombre que reconoció: Laura Andrade Villalba. La dirección era de Barcelona.

—Gracias —dijo Nico.

Mónica volvió dentro.

Nico abrió el sobre.

La carta era de dos páginas escritas a mano con una letra apretada y ligeramente inclinada que le recordó, involuntariamente, a otra letra que conocía muy bien.

La carta decía:

Estimado Nico: le escribo porque mi padre me dijo que le había escrito y que usted no había respondido todavía, y pensé que quizás era porque usted no sabía qué responder, y si es así lo entiendo perfectamente. Hay cosas a las que no se sabe qué responder.

Soy Laura. Usted y yo no nos hemos hablado nunca, aunque nos hemos visto. Yo estaba en la Audiencia Nacional varios días. No sé si me reconoció.

Le escribo porque quería que supiera algo que creo que tiene derecho a saber: que yo no sé todavía qué siento en relación a todo esto. Sobre mi padre. Sobre lo que hizo. Sobre lo que le pasó antes de que yo naciera. Creo que tardaré mucho tiempo en tener las palabras correctas para todo eso.

Pero sí sé una cosa: que usted guardó ese cuaderno durante cuarenta y cuatro años y que eso requiere un tipo de fe que yo no sé si yo hubiera tenido. La fe de que en algún momento iba a haber alguien que lo leyera y que hiciera algo con lo que encontrara.

Hubo alguien. Y lo hizo.

Le saluda con respeto, Laura Andrade.

Nico leyó la carta dos veces.

La dobló.

La guardó en el cuaderno verde, entre las páginas en blanco.

* * *

Más tarde, al mediodía, cuando Mónica llamó desde dentro porque el almuerzo estaba listo, Nico se levantó de la silla.

Miró el jardín.

Los rosales podados. El muro de piedra con el musgo en la base. El campanario visible por encima de todo.

Luego miró el cuaderno verde.

Lo abrió en la primera página.

Escribió la fecha: *Diciembre de 2025.*

Debajo escribió: *Esto es lo que queda después de lo que pasó. No el cuaderno original —ese está en el juzgado y seguirá ahí mucho tiempo—. Esto es lo otro. Lo que no estaba escrito todavía.*

Se quedó mirando esas líneas durante un momento.

Luego cerró el cuaderno.

Entró en la casa.

El almuerzo olía bien, a guiso de verduras con el romero del jardín que Mónica añadía siempre porque decía que sin romero las verduras eran tristes, y eso era probablemente verdad.

Nico se sentó a la mesa.

Mónica le sirvió.

El sol de diciembre entraba por la ventana de la cocina en esa dirección específica del mediodía de invierno que calienta sin quemar.

El cuaderno estaba en la silla del jardín, con la carta de Laura entre las páginas.

Casi vacío todavía.

Pero ya no completamente en blanco.

Nico comió.

Y el peso —que seguía ahí, porque esas cosas no desaparecen del todo, porque cuarenta y cuatro años no se convierten en nada de un día para otro— el peso era, de alguna manera que no tenía nombre preciso pero que sí tenía textura, más ligero que antes.

No liviano.

Más ligero.

Con eso bastaba.
